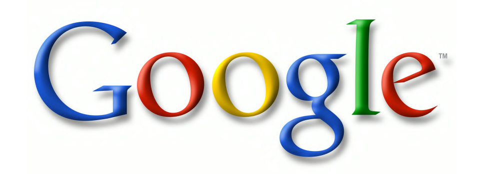

Google




DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA
Taylor Institution.

8-

Collection fort estimée, [illegible]

Archd Murray

POESÍAS

SELECTAS CASTELLANAS,

DESDE EL TIEMPO DE JUAN DE MENA
HASTA NUESTROS DIAS.

RECOGIDAS Y ORDENADAS

POR D. MANUEL JOSEF QUINTANA.

TOMO I.

MADRID:
POR GOMEZ FUENTENEBRO Y COMPAÑIA.
1807.

Á DON JUAN MELENDEZ VALDES.

No dudo, amigo mio, que muchos viéndome poner al frente de una coleccion de obras agenas el nombre de Meléndez, condenen este obsequio como poco correspondiente á los estrechos y antiguos vínculos que nos unen. V. me empezó á amar desde mi infancia, tuvo de mi educacion un cuidado casi paternal, me dió las primeras lecciones de buen gusto, y me inspiró hácia la poesía esta aficion viva y sostenida, que he conservado hasta ahora. Muy ageno de aquella odiosa superioridad, que los que vienen antes suelen comunmente afectar con los que llegan despues, V. ha sido siempre el primero á hacerse favorable ilusion sobre mis progresos, y á aplaudir con bondadosa indulgencia qualquiera paso que he dado en la carrera. La naturaleza y las circunstancias, que no favorecen á todos de un mismo modo, ni les prestan alas para

poder volar igualmente , no han dexado que mis escritos correspondan á estimulos tan generosos , ni á un modelo tan cabal : pero á lo menos siempre habré debido á mi pasion por un arte tan sublime , el amor al estudio y á la sabiduría , y en el exercicio delicado que proporciona al entendimiento las horas mas deliciosas de mi vida. Tales son los beneficios con que estoy obligado á V. ; beneficios cuya memoria es tan continua en mi corazon como su repeticion en mis labios : y si para el reconocimiento público que hago de ellos he preferido esta obra , es porque yendo unido á los rasgos inmortales de nuestros principales Autores , pienso que así se extienda y perpetue con gloria mia.

¿Y dónde , pregunto yo á mi vez, estará mejor el nombre de Melendez, que al frente de unas poesías , que él ha sabido tan diestramente imitar , y tan freqüentemente vencer? ¿Á quién dedicarse mejor las obras de nuestros líricos antiguos , que al primero de los

líricos modernos ; al que ha dexado tantos modelos de perfeccion, y al que tiene viviendo la satisfaccion de ser citado y reputado como un clásico dentro y fuera de su pais? Estos motivos ya no son particulares á mí solo; son comunes á quantos aman y honran las Musas españolas; y todos aprobarán, creo yo, el homenage que hago aquí, no solo al eminente poeta, sino al hombre amable y bueno, que ha sido amigo, hermano, elogiador de todos sus compañeros en el arte, y jamas se ha mostrado detractor ó envidioso de ninguno.

Mil causas han retardado la conclusion de la coleccion que ahora publico, sin embargo de haber corrido algunos años desde que empezé á recoger y á ordenar las poesías que comprende. Pero deseando entregarme con mas desahogo á la obra histórica que tengo empezada, (*) he querido que

(*) *Las vidas de los Españoles célebres*, cuyo primer tomo se ha publicado ya, y el segundo se está preparando para la prensa.

dar enteramente desembarazado de esta otra empresa. Movióme á entrar en ella la utilidad de los que no quieren, ó no pueden dar á nuestros poetas la atencion prolixa que se necesita, para buscar y disfrutar lo bueno que contienen. El extrangero que desea enterarse del gusto y caracter de la poesía castellana, el joven que empieza á dedicarse á ella, el aficionado que lee versos por distraccion y no por estudio, las mugeres, en fin, que no atienden sino á la flor de las cosas, agradecerán tal vez, que se les escusen el dispendio y la fatiga de adquirir y recorrer muchos volumenes; para leer lo que cómodamente puede ser reducido á muy pocos.

Bien sabe V. que ninguna de las colecciones ultimamente publicadas se ha dirigido á estos fines. Debemos al Parnaso Español el conocimiento de muchas composiciones inéditas ú olvidadas: pero esta compilacion ademas de ser demasiado voluminosa, tiene el inconveniente de estar hecha sin órden

ni discernimiento alguno. La que despues empezó, y no acabó, Don Juan Bautista Conti, executada á la verdad con gusto exquisito y buena disposicion, se destinó principalmente á dar á conocer á los Italianos el mérito de nuestra poesía. Contentóse pues su autor con publicar y traducir en toscano las composiciones líricas y bucólicas mas señaladas del siglo diez y seis, y algunas de los Argensolas: pero nada incluyó de Balbuena, de Jauregui, de Lope, de Góngora, ni de otros igualmente célebres en nuestro Parnaso, quedando por consiguiente la coleccion en extremo insuficiente y diminuta. Por ultimo, la que lleva el nombre de Don Ramon Fernandez, aunque se resiente de haber sido abandonada muy desde el principio de las manos hábiles que la empezaron, es util, ó mas bien necesaria, á los que se dedican á cultivar este ramo de nuestra literatura, porque su objeto fué la reimpresion de los mejores líricos españoles, cuyas ediciones antiguas se

habian hecho muy raras; pero esto mismo manifiesta la diversidad de su uso y aplicaciones comparada con lo presente. Omito hacer mencion de algunas otras que se han publicado fuera de España, porque ni por el número de las piezas que contienen, ni por su eleccion, ni por su disposicion, ni en fin por aspecto alguno cumplen con el objeto que se proponen.

El plan seguido en la mia es el que concilia mejor la variedad con el órden, el de los tiempos. Despues de una corta muestra de la Poesía castellana en el siglo quince, se empieza por Garcilaso, y se sigue por los demas poetas hasta Cadalso, dandose las composiciones cortas mas generalmente estimadas de cada uno. Van enteras las muy conocidas; pero en las que no lo son tanto se ha suprimido tal qual pasage; bien que con la mayor circunspeccion, y solo quando la decencia lo prescribia, ó lo aconsejaba la necesidad de conservar el efecto de la obra, destruido á las veces por al-

guna extravagancia. De estas supresiones hubiera dado razon en las observaciones críticas, que pensaba poner al fin de cada tomo, donde los lectores hubieran hallado las noticias particulares á cada composicion, y mi juicio sobre sus bellezas y sus defectos. Pero esto pedia por su delicadeza mas tiempo y atencion que la que me permitian las circunstancias actuales; y de todas las ilustraciones que me propuse al principio, solo he podido bosquexar en la Introduccion la historia de la poesía castellana, limitandola á los géneros y autores comprendidos en la obra.

Estos son en suma, amigo mio, el plan y proposito de la coleccion que presento á V. Bien conocí al emprenderla que en ella me aguardaban mas molestia y peligro que satisfaccion y gloria: pero ademas del provecho particular que yo sacaba de este nuevo estudio que hacia, me alentó á proseguir la esperanza de la utilidad que tal vez producirá á los demas. Ella

puede contribuir á formar el gusto de la juventud, á generalizar mas la aficion á las artes del bien decir, harto descuidadas entre nosotros; y á traer sobre nuestras cosas mas aprecio y estimacion de parte de los extrangeros, los quales se quexan del poco esmero que hemos tenido en allanarles los caminos de nuestra literatura.

V. fué el primero que me puso en las manos los padres de la poesía castellana: V. me enseñó á juzgarlos sin desprecio injusto y sin fanatismo extravagante: reciba V., pues, con la bondad indulgente que acostumbra, este monumento que les levanto; y permita que grave al pie de él los títulos de estimacion y cariño que me han unido á Melendez.

M. J. QUINTANA.

INTRODUCCION.

ARTÍCULO PRIMERO.

Del principio de nuestra poesía, y sus progresos hasta Juan de Mena.

Se ha convenido generalmente en dar á la poesía el primer lugar entre las artes de imitacion. Ya se mire la antigüedad de su origen, ya la extension de los objetos que la ocupan, ya la duracion y el agrado de sus impresiones, ya en fin las utilidades que produce, siempre resaltan su dignidad y su importancia, y la historia de sus progresos tiene que ir unida siempre á la de los otros ramos que componen la ilustracion humana. Dícese que ella y la música han civilizado á los pueblos; y esta proposicion que en rigor es exâgerada y aun falsa, manifiesta por lo menos el influxo que una y otra han tenido en la formacion de las sociedades. Las lecciones que los primeros filósofos dieron á los hombres, las primeras leyes, los sistemas mas antiguos todos se escribieron en verso, al paso que la fantasía de los poetas con el halago de sus pinturas, y la pompa de las funciones que ideaban, interrumpia con una distraccion apacible y necesaria la fatiga de los trabajos campestres.

Es cierto que la poesía despues no se presenta con la dignidad consiguiente al exercicio absoluto y exclusivo de estos diversos ministerios: pero conserva todavia un influxo tan poderoso en nuestra instruccion, en nuestra

perfeccion moral y en nuestros placeres que podemos considerarla como dispensadora de los mismos beneficios aunque baxo diferentes formas. Ella sirve de atractivo á la verdad para hacerla amable, ó de velo para defenderla, enseña á la infancia en las escuelas, despierta y dirige la sensibilidad en la juventud, ennoblece el espíritu con sus máximas, le engrandece con sus quadros, siembra de flores el camino de la virtud, y abre el templo de la gloria al heroísmo. Tantas ventajas unidas á tanto halago han excitado en los hombres una admiracion y una gratitud eternas.

Su ocupacion primaria y esencial es pintar á la naturaleza para agradar, como la de la filosofia explicar sus fenómenos para instruir. Así mientras que el filósofo observando los astros indaga sus proporciones, sus distancias y las reglas de su movimiento; el poeta los contempla y traslada á sus versos el efecto que en su imaginacion y en sus sentidos hacen la luz con que brillan, la armonía que reyna entre ellos, y los beneficios que dispensan á la tierra. La dificultad de llenar digna y debidamente el objeto de la poesía es enorme, aun quando por la prontitud de sus progresos en algunos generos no parezca tan grande á primera vista. Desde la máxima vaga, ó el cuento insípido, vigorizados con el halago de una rima incierta ó de una medida informe, hasta la armonía y elegancia sostenida, y los quadros complicados y sublimes de la Ilíada ó la Enéida; desde el carro y las heces de Tespis hasta el grande espectáculo que ofrecen la Ifigenia ó el Tancredo, la distancia es inmensa, y solo pueden superarla los esfuerzos mayores de la aplicacion y el ingenio.

Algunas naciones favorecidas del cielo la

recorren con mas prontitud, y pasan ligeramente desde la flaqueza de los primeros ensayos al vigor de los pensamientos mas grandes y combinaciones mas acabadas. Tal fué la suerte de la Grecia, donde el Genio de la poesía, contando apenas algunos momentos de infancia, crece y se eleva hasta el punto de producir los inmortales poemas de Homero. Tal, aunque con menos brillo y perfeccion, fué la de la Italia moderna, donde en medio de la noche de los siglos de barbarie sucedidos á la ilustracion romana, parecen de repente Dante y Petrarca, trayendo consigo la aurora de las artes y el buen gusto. Otros pueblos menos dichosos luchan siglos enteros con la rudeza y la ignorancia, se hacen sensibles mas tarde á los halagos de la elegancia y la armonía; y la perfeccion, en el modo que es dado á los hombres conseguirla, es conquistada por ellos solamente á fuerza de tiempo y de fatiga. Una gran parte de las naciones modernas se halla en este caso; y entre ellas es preciso contar tambien á nuestra España.

Precedió aqui, como en casi todas partes, el verso escrito á la prosa; siendo el *Poema del Cid*, hecho á mediados del siglo doce, el primer libro que se conoce en castellano, y al mismo tiempo la obra primera de poesía. Comenzaba ya entonces en medio de la confusion de lenguas, causada por la invasion de los bárbaros del norte, á tomar alguna forma aquel romance, que despues habia de presentarse con tanto brillo y magestad en los escritos de Garcilaso, Herrera, Rioja, Cervantes y Mariana. A considerar la obra por el argumento solo, pocas habria que la aventajasen, del mismo modo que pocos guerreros podrian disputar á Rodrigo de Vivar la palma

de las proezas y el heroismo. Su gloria que eclipsó entonces la de todos los Reyes de su tiempo, ha pasado de siglo en siglo hasta ahora, por medio de la infinidad de fábulas que la admiracion ignorante ha acumulado en su historia. Consignada en poemas, en tragedias, en comedias, en canciones populares, su memoria semejante á la de Aquiles ha tenido la suerte de herir fuertemente y ocupar la fantasía: mas el heroe castellano, superior sin duda al griego en esfuerzo y en virtudes, ha tenido la desgracia de no encontrar un Homero.

No era posible encontrarle al tiempo en que el rudo escritor de aquel poema se puso á componerle. Con una lengua informe todavia, dura en sus terminaciones, viciosa en su construccion, desnuda de toda cultura y armonía; con una versificacion sin medida cierta y sin consonancias marcadas; con un estilo lleno de pleonasmos viciosos y de puerilidades ridículas, falto de las galas con que la imaginacion y la elegancia le adornan; ¿cómo era posible hacer una obra de verdadera poesía, en que se ocupasen dulcemente el espíritu y el oido? No está sin embargo tan falto de talento el escritor, que de quando en quando no manifieste alguna intencion poetica ya en la invencion, ya en los pensamientos, y ya en las expresiones. Si como sospecha Don Tomas Sanchez editor de éste y otros poemas anteriores al siglo XV. no faltan al del Cid mas que algunos versos del principio; no dexa de ser una muestra de juicio en el autor haber descargado su obra de todas las particularidades de la vida de su heroe, anteriores al destierro que le intimó el Rey Alfonso VI. Entonces empieza la verdadera gloria de Rodrigo, y desde allí empie-

za el poema; contando despues sus guerras con los Moros y con el Conde de Barcelona, sus conquistas, la toma de Valencia, su reconciliacion con el Rey, la afrenta hecha á sus hijas por los Infantes de Carrion, la solemne reparacion y venganza que el Cid toma de ella; su enlace con las casas reales de Aragon y de Navarra, donde finaliza la obra; indicando ligeramente la época del fallecimiento del Heroe. En la série de su cuento no le faltan al escritor vivacidad é interes; usa mucho del diálogo que es la parte mas á proposito para animar la narracion; y á veces presenta quadros que no dexan de tener mérito en su composicion y artificio. Tal es entre otros la despedida de Rodrigo y Ximena en San Pedro de Cardeña, quando él parte á cumplir su destierro. Ximena postrada en las gradas del altar donde se celebra el oficio divino, hace al Eterno una oracion pidiendo por su esposo, que concluye así:

Tu eres Rey de los Reyes é de todo el mundo padre:
A ti adoro é creo de toda voluntad
E ruego á San Peydro que me ayude á rogar.
Por mio Cid el Campeador que Dios le curie de mal,
Quando hoy nos partimos, en vida nos faz yuntar.
La oracion fecha la Misa acabada la han:
Salieron de la Eglesia ya quieren cavalgar.
El Cid á Doña Ximena ibala abrazar
Doña Ximena al Cid la manol' va á besar,
Lorando de los ojos que non sabe que se far.
E el á las niñas tornólas á catar,
A Dios vos acomiendo fijas
E á la mugier é al Padre spiritual,
Agora nos partimos, Dios sabe el ayuntar:
Lorando de los oios que non viestes á tal,
Asis' parten unos d' otros como la uña de la carne.
Mio Cid con los sos vasallos pensó de cavalgar,
A todos esperando la cabeza tornando va.
A tan grand sabor fablo Minaya Alvar Fanez:
Cid do son vuestros esfuerzos?

En buen ora nasquiestes de madre:
Pensemos de ir nuestra via, esta sea de vagar.
Aun todos estos duelos en gozo se tornarán;
Dios que nos dió las almas, consejo nos dará.

Hay sin duda gran distancia entre esta despedida y la de Hector y Andromaca en la Iliada; pero es siempre grata la pintura de la sensibilidad de un heroe al tiempo que se separa de su familia, es bello aquel volver la cabeza alexandose; y que entonces le esfuerzen y conhorten los mismos á quienes da el exemplo del esfuerzo y la constancia en las batallas. Aun es mejor en mi dictamen, por su graduacion dramática y su artificio, el acto de acusacion que el Cid intenta á sus alevosos yernos delante de las Cortes congregadas á este fin. El choque primero de los Infantes y los campeones de Rodrigo en el palenque no dexa de tener animacion y aun estilo.

Abrazan los escudos delant' los corazones,
Abaxan las lanzas abueltas con los pendones,
Enclinaban las caras sobre los arzones,
Batien los caballos con los espolones,
Tembrar querie la tierra dod' eran movedores.
. . . .
Martin Antolinez mano metio al espada:
Relumbra tod' el campo.

No ha quedado noticia de quien fué autor de este primer vagido de nuestra poesía. En el siglo siguiente florecieron dos escritores, en quienes se descubre ya el adelantamiento y progresos que habian hecho la versificacion y la lengua. Una y otra tienen en los poemas sagrados de *Don Gonzalo de Berceo* y en el de Alexandro de *Juan Lorenzo* mas fluidez, mas trabazon, y formas mas determinadas. La marcha de estos autores, aunque penosa, no es tan arrastrada y seca como la del poe-

ma precedente. La diferencia que hay entre los dos poetas posteriores es, que *Berceo* por la naturaleza de sus argumentos, la mayor parte leyendas de Santos, fuera de su narracion, y de algunos consejos morales, consiguientes al estado que tenia, y á la materia que trataba, no presenta riqueza de erudicion, ni variedad de conocimientos, ni fantasía en la invencion. *Juan Lorenzo* al contrario, se eleva mas con su asunto, y manifiesta una instruccion tan extensa en historia, mitologia y filosofía moral, que hace de su obra la mas importante de quantas se escribieron en aquella época. Los versos siguientes sobre un objeto mismo pueden ser muestra del estilo de uno y otro.

Yo Maestro Gonzalo de Berceo nomnado
Yendo en romeria caeci an un prado
Verde é bien sencido, de flores bien poblado,
Logar cobdiciadero para un home cansado.
Daban olor sobeio las flores bien olientes,
Refrescaban en home las caras é las mientes,
Manaban cada canto fuentes claras corrientes,
En verano bien frias, en yvierno calientes.

BERCEO.

El mes era de Mayo, un tiempo glorioso,
Quando facen las aves un solaz deleytoso,
Son vestidos los prados de vestido fermoso,
Da suspiros la duenna la que non ha esposo.
Tiempo dolce é sabroso por bastir casamientos,
Ca lo tempran las flores é los sabrosos vientos,
Cantan las doncelletas, son muchas á conventos,
Facen unas á otras buenos pronunciamientos.
Andan mozas e vieias cobiertas en amores,
Van coger por la siesta á los prados las flores,
Dicen unas á otras: bonos son los amores,
Y aquellos plus tiernos tienense por meyores.

LORENZO.

Reynaba entonces en Castilla *Alfonso X*, Príncipe á quien la fortuna para completar su

gloria debió dar mejores hijos y vasallos menos feroces. La posteridad le ha puesto el sobrenombre de Sabio; y sin duda alguna le merecia el hombre extraordinario, que en un siglo de tinieblas pudo reunir en sí las miras paternales y benéficas de legislador, las combinaciones profundas de matemático y astrónomo, el talento y conocimientos de historiador, y los laureles de poeta. El fué quien puso en el debido honor la lengua patria, quando mandó que se extendiesen en ella los instrumentos públicos que antes se escribian en latin. Mariana, poco favorable á este Rey, asegura, que esta providencia fué la causa de la profunda ignorancia que se siguió despues. ¿Pero qué se sabia antes? El latin de que se usaba era tanto y mas bárbaro que el romance: los nuevos usos á que éste se aplicaba por aquella resolucion, la dignidad y autoridad que adquiria, era fuerza que influyesen en su cultura, pulimento y progresos. ¿Puede por ventura creerse que estas utilidades de la lengua no tuvieron influxo ninguno literario; ó que hay ilustracion y literatura nacional, quando la lengua propia no se cultiva? Considerese pues la asercion de Mariana como hija de las preocupaciones un poco pedantescas del siglo en que vivia; y nosotros aun prescindiendo de la conveniencia política de dicha ley, miremosla como una de las causas, que influyendo en la mejora de la lengua, debió tambien influir en el adelantamiento de nuestra poesía.

Hay un libro entero de Cantigas ó letras para cantarse, compuestas en dialecto gallego por este Rey, de que pueden verse muestras en los Anales de Sevilla de Ortiz de Zúñiga; otro intitulado *el Tesoro*, que es un tratado de piedra filosofal, á lo que se cree, pues has-

ta ahora no se ha podido en gran parte descifrar, y tambien se le atribuye el de las *Querellas*, del qual no se conservan mas que dos estancias. Uno y otro están escritos en versos de doce sílabas, con los consonantes cruzados: versificacion á que se dió el nombre de coplas de arte mayor, y que fué un verdadero adelantamiento para la poesía; pues la marcha que tenia el verso alexandrino, usado por Berceo y por Lorenzo, era insufrible por su monotonía y pesadez. Cotéjense con los versos que van citados estas coplas con que empieza el libro del Tesoro.

Llegó pues la fama á los mis oidos
Quen tierra de Egipto un sabio vivia,
E con su saber os que facia
Notos los casos que no son venidos:
Los astros juzgaba, é aquestos movidos
Por disposicion del cielo fallaba
Los casos que el tiempo futuro ocultaba
Bien fuesen antes por éste entendidos.

Codicia del sabio movió mi aficion
Mi pluma é mi lengua con grande humildad
Postrada la alteza de mi magestad,
Ca tanto poder tiene una pasion:
Con ruegos le fiz la mi peticion,
E se la mandé con mis mensageros,
Averes faciendas é muchos dineros
Allí le ofrecí con santa intencion.

Repusome el sabio con gran cortesía:
Maguer vos, Señor, seais un gran Rey,
Non pare yo mientes en aquesta ley
De oro nin plata nin su gran valia:
Serviros, Señor, en gracia ternia,
Ca non busco aquello que á mí me sobró,
E vuestros haberes vos fagan la pro.
Que vuestro siervo Mais vos querria.

De las mis naves mande la mejor,
E llegada al puerto de Alexandría,
El físico astrólogo en ella salia,
E á mí fué llegado cortes con amor:
E habiendo sabido su grande primor
En los movimientos que face la esfera,
Siempre le tuve en grande manera,
Ca siempre á los sabios se debe el honor.

Todavia son mejores en estilo, número y elegancia las dos coplas con que empezaba el libro de las Querellas.

A ti Diego Perez Sarmiento, leal
Cormano é amigo é firme vasallo,
Lo que á mias homes por cuita les callo
Entiendo decir plañendo mi mal:
A ti que quitaste la tierra é cabdal
Por las mias faciendas en Roma é allende,
Mi péndola vuela, escúchala dende,
Ca grita doliente con fabla mortal.
¡Cómo yace solo el Rey de Castilla
Emperador de Alemaña que foe,
Aquel que los Reyes besaban el pie,
E Reynas pedian limosna é mancilla!
El que de hueste mantuvo en Sevilla
Diez de mil de á caballo é tres dobles peones,
El que acatado en lejanas naciones
Foé por sus tablas, é por su cochilla.

Parece que hay la diferencia de un siglo entre versos y versos, entre lengua y lengua, y lo mas raro es que para encontrar coplas de arte mayor que tengan igual mérito así en la diccion como en la cadencia, es preciso saltar casi otros dos siglos, y buscarlas en Juan de Mena. (*)

Si el movimiento que dió este gran Rey á las letras hubiera sido auxîliado por sus sucesores, la ilustracion española contando dos siglos de antelacion, contaria tambien mas grados de perfeccion y mas riquezas. No lo consintió la naturaleza feroz de aquellos tiempos crueles. Empezó á arder la llama de la guerra civil en los ultimos años de Alfonso con la

(*) Algunos eruditos dudan de que estas dos obras pertenezcan al tiempo y Autor á que se atribuyen; y el adelantamiento que presentan la versificacion y el lenguage forma una presuncion muy fuerte á favor de esta opinion.

desobediencia y alzamento de su hijo, y siguió casi sin interrupcion por un siglo entero, hasta que llegó al ultimo grado de atrocidad y de horrores en el reynado borrascoso y terrible de Pedro. Los hombres de Castilla en esta miserable época parece que no tenian espíritu sino para aborrecer, ni brazos sino para destruir: ¿cómo era posible que en medio de la agitacion de aquellas turbulencias pudiese lucir tranquilamente la antorcha del ingenio, ni oirse los cantos de las Musas? Así es que solo se cuenta en ella un cortísimo número de poetas; *Juan Ruiz* Arcipreste de Hita, el infante *Don Juan Manuel*, Autor del Conde Lucanor, el judio *Don Santo*, y *Ayàla* el Cronista. Los versos de estos escritores unos se han perdido, otros existen todavia inéditos; habiendo salido solamente á la luz pública los del Arcipreste, que por fortuna son tal vez los mas dignos de conocerse.

El argumento de sus poesías es la historia de sus amores, interpolada con apólogos, alegorías, cuentos, sátiras, refranes, y aun devociones. Vencia este autor á todos los anteriores, y pocos le aventajaron despues, en facultad de inventar, en vivacidad de fantasía y de ingenio, en abundancia de chistes y de sales: y si hubiera tenido cuenta con elegir ó seguir metros mas determinados y fixos, y su diccion fuera menos informe y pesada, esta obra sería uno de los monumentos mas curiosos de la edad media. Pero la rudeza de las formas exteriores hace insufrible su lectura. Sean muestras de su versificacion y estilo las coplas siguientes, en que el Poeta pide á Venus que interponga su favor para con una Dama á quien amaba; la qual era, segun la pinta,

De talle muy apuesta, de gestos amorosa,

Donegil, muy lozana, plazentera et fermosa,
Cortes et mesurada, falaguera, donosa,
Graciosa et risueña, amor de toda cosa...
Señora Doña Venus, muger de Don Amor,
Noble dueña, omillome yo vuestro servidor,
De todas cosas sodes vos el amor señor,
Todos vos obedescen como á su facedor.
Reyes, Duques, et Condes é toda criatura
Vos temen é vos sirven como á vuestra fechura,
Complid los mios deseos, et dadme dicha é ventura
Non me seades escasa, nin esquiva nin dura...
So ferido é llegado, de un dardo so perdido,
En el corazon lo trayo encerrado et ascondido;
Non oso mostrar la llaga, matarme á si la olvido,
E aun desir non oso el nombre de quien me ha ferido.
El color he perdido, mis sesos desfallescen,
La fuerza non la tengo, mis ojos non parescen,
Si vos non me valedes mis miembros desfallecen.

Venus entre otros consejos le dice:

Toda muger que mucho otea, ó es risueña,
Dil sin miedo tus coitas non te embargue vergueña,
Apenas de mil una te desprecie....
Si la primera onda de la mar ayrada
Espantase al marinero quando viene turbada,
Nunca en la mar entraria con su nave ferrada:
Non te espante la dueña la primera vegada.
Con arte se quebrantan los corazones duros,
Tomanse las cibdades, derribanse los muros,
Caen las torres altas, alzanse pesos duros,
Por arte juran muchos, por arte son perjuros.
Por arte los pescados se toman so las ondas, &c.

Podrianse citar otros trozos mucho mas picantes, entre ellos la descripcion del poder del dinero, que tiene una mordacidad y una libertad, de que dificilmente se hallarán exemplos en otros escritores de dentro y fuera de España en aquel tiempo, aunque entrase en la comparacion el independiente Dante; ó la chistosa apología y alabanza de las mugeres chicas, que empieza:

Quiero vos abreviar la predicacion;
Que siempre me pagué de pequeño sermon,

E de dueña pequeña, et de breve rason;
Ca de poco et bien dicho se afinca el corazon, &c.

pero, bastan á mi propósito los exemplos citados. Alguna vez el poeta cansado acaso de la monotonía y pesadez, varía del metro que generalmente usa y introduce otra combinacion de rimas en Cantigas que mezcla con su narracion; como por exemplo la siguiente:

Cerca la tablada
La sierra pasada
Fallem con aldara
A la madrugada.
Encima del puerto
Coidé ser muerto
De nieve é de frio,
E de ese rocio,
E de grand belada.
A la decida
Di una corrida,
Fallé una serrana,
Fermosa, lozana,
E bien colorada.
Dixe yo á ella,
Homillome, bella, &c.

Don Tomas Antonio Sanchez ha publicado las obras de casi todos los autores mencionados, con ilustraciones excelentes así para dar noticia de ellos, como para la inteligencia del texto, que la ancianidad y rudeza del lenguage, y los vicios de los códices han obscurecido á porfia. Allí están como en una armería estas venerables antiguallas; objetos preciosos de curiosidad para el erudito, de investigaciones para el gramático, de observacion para el filósofo y el historiador, pero que el poeta sin gastar tiempo en estudiarlos, saluda con respeto, como á la cuna de su lengua y de su arte.

ARTÍCULO II.

De nuestra Poesía hasta el tiempo de Garcilaso.

Uno y otro se presentan ya mas formados y vigorosos en los versos escritos por los Poetas del siglo XV; y no es de extrañar este progreso, si se atiende á la muchedumbre de circunstancias que entonces concurrieron para favorecer á la poesía. Los juegos florales establecidos en Tolosa á mediados del siglo anterior, y traidos por los Reyes de Aragon á sus estados en fines del mismo, el concurso de ingenios que contendian por ganar los premios señalados en estas solemnidades; las ceremonias observadas en ellas; la consistencia y consideracion dada al arte de trobar, la aficion de los Príncipes, los libros antiguos mas generalmente conocidos, las luces que ya brotaban por todas partes, y deshacian la caliginosa niebla de tantos siglos bárbaros, la imitacion de la Italia que mas feliz y mas pronta se habia ilustrado primero; todo contribuyó poderosamente á la acogida que logró esta arte; la primera que se cultiva quando los pueblos se acercan á su civilizacion. Así al echar la vista á los antiguos Cancioneros donde están recogidas las poesías de esta época; lo primero que se admira es la muchedumbre de autores, y lo segundo su calidad. Juan el II. que se complacia mucho en oir los decires rimados, y á veces tambien rimaba, introduxo este gusto en su Corte, y casi todos los Grandes á imitacion suya, ó le protegian, ó le cultivaban. Coplas hacia el Condestable Don Alvaro, coplas el Duque de Arjona, coplas el

célebre D. Enrique de Villena, coplas el Marques de Santillana, coplas en fin otros ciento tanto ó mas ilustres que ellos.

La forma que se habia dado á la versificacion era mucho menos imperfecta que la de los siglos anteriores. Prevalecian las coplas de arte mayor, y los versos octosílabos sobre la pesadez fastidiosa del alexandrino; las rimas cruzadas herian mas agradablemente el oido y no le aturdian con las groseras martilladas del consonante quadruplicado; y el periodo poético mas despejado y rotundo venia de quando en quando al espíritu con las pretensiones de la gracia y la elegancia. Suavizóse un poco el austero semblante que el arte tenia, y dexando los largos poemas, las leyendas de devocion y la serie pesada y fastidiosa de preceptos áridos y secas sentencias, se dedicó á argumentos mas proporcionados á sus fuerzas, y la pintura del amor, y el tono de la elegia eran lo que mas comunmente se sentia en sus acentos. En fin, la lectura de los escritores latinos, mas generalizada ya, les enseñaba unas veces el modo de imitar, otras les proporcionaba alusiones, símiles, y exôrnaciones con que engalanar sus versos.

Entre el crecido número de poetas que entonces florecieron, el que mas descuella sobre todos por el talento, saber y dignidad de sus escritos es *Juan de Mena*. Este elevó en su *Laberinto* el monumento mas interesante de nuestra poesía en aquel siglo, y con él dexó muy lejos de sí á los otros escritores. El poeta en esta obra se supone con el intento de cantar las vicisitudes de la Fortuna, y al tiempo que teme las dificultades de la empresa se le aparece la Providencia, que le introduce en el palacio de aquella divinidad, y le sirve de guia

y de maestra: Allí primeramente ve la Tierra cuya descripcion geográfica hace, y despues se descubren las tres grandes ruedas de la Fortuna, donde voltean los tiempos pasados, presentes y venideros. Cada rueda se compone de siete círculos, emblemas alegóricos del influxo que los siete planetas tienen en la suerte de los hombres, por las inclinaciones que les dan, y en cada uno hay gentes innumerables que tuvieron la disposicion del planeta á quien el círculo pertenece; los castos á la Luna, los guerreros á Marte, los sabios á Febo, y así de los demas. La rueda del tiempo presente está en movimiento; las otras dos paradas; y á la de lo futuro cubre un velo de tal modo, que aunque aparecen formas y imágenes de hombres, no dexa distinguirlos bien. Concebida la obra baxo este plan, se divide naturalmente en siete órdenes; y el poeta describiendo lo que ve, ó conversando con la Providencia, pinta todos los personages importantes de que tiene noticia; cuenta los hechos célebres, asigna sus causas, manifiesta quanto sabe en historia mitología, y filosofía natural, moral y política, y deduce de quando en quando preceptos y máximas excelentes para la conducta de la vida y gobierno de los pueblos. Así el *Laberinto*, lejos de ser una coleccion de coplas frívolas ó insignificantes, donde á lo mas que hay que atender es al artificio del estilo y de los versos; debe ser mirado como la produccion de un hombre docto en toda la extension que aquel tiempo permitia, y como el depósito de todo lo que se sabia entonces. . . . .

Si la invencion de este quadro, que sin duda tiene grandiosidad y filosofía, perteneciese exclusivamente á nuestro poeta, su mérito seria infinitamente mayor, y no se le pudiera

negar el don del Genio en una parte tan principal. Pero siendo ya conocidas entre nosotros las terribles visiones de Dante y los triunfos de Petrarca, el esfuerzo de espíritu necesario para crear el plan y argumento del *Laberinto* aparece mucho menor, no habiendo hecho *Mena* mas que imitar á estos escritores, variando el sitio de la escena en que coloca su mundo alegórico. Los pensamientos son nobles y grandes, las miras justas y honestas. Se le ve tomar fuerzas de su asunto, y apostrofar aquí al Monarca castellano, advirtiendole que sus leyes no sean telas de araña, y que deben contener igualmente á los grandes que á los pequeños; en otra parte pedirle que reprima el horror que iba introduciendose en los lares domésticos de envenenarse los esposos; ya indignarse de la barbarie con que se habian quemado los libros de Don Enrique de Villena (*); ya mostrar los estragos y desordenes de Castilla, como castigo del reposo en que los grandes dexaban á los infieles, por atender solamente á su ambicion y á su codicia.

Los pedazos que van al frente de esta coleccion manifestarán el caracter de su fantasía, de su versificacion, de su estilo y su lenguage. El se expresa generalmente con mas fuerza y energia que gracia y delicadeza; su mar-

(*) *Otra y aun otra vegada yo lloro*
Porque Castilla perdió tal tesoro
No conocido delante la gente.
Perdió los tus libros sin ser conocidos,
Y como en exêquias te fueron ya luego
Unos metidos al ávido fuego
Y otros sin órden no bien repartidos:
Cierto en Atenas los libros fingidos
Que de Protágoras se reprobaron,
Con cerimonia mayor se quemaron
Quando al senado le fueron leidos.

cha es desigual; sus versos á veces valientes y numerosos decaen otras por falta de cadencia y de medida: su estilo animado, vivo y natural en partes, de quando en quando toca en hinchado ó en trivial: en fin, la lengua en sus manos es una esclava que tiene que obedecerle, y seguir de grado ó fuerza el impulso que la da el poeta. Ninguno ha manifestado en esta parte mayor osadía ni pretensiones mas altas: él suprime sílabas, modifica la frase á su arbitrio; alarga ó acorta las palabras, y quando en su lengua no halla las voces ó los modos de decir que necesita, acude á buscarlos en el latin, en el frances, en el italiano, en donde puede. Aun no acabado de formar el idioma, prestaba ocasion y oportunidad para estas licencias, que se hubieran convertido en privilegios de la lengua poetica, si hubieran sido mayores los talentos de aquel escritor, y mas permanente su crédito. Los poetas de la edad siguiente puliendo la rudeza de la diccion, haciendo una innovacion en los metros, y en los asuntos de sus composiciones, no conservaron la noble libertad y las adquisiciones que en favor de la lengua habian hecho sus antecesores. Si en esto los hubieran seguido, el lenguage castellano y sobre todo el lenguage poético, tan numeroso, tan vario, tan magestuoso y elegante, no envidiaria flexibilidad y riqueza á otro ninguno.

El *Laberinto* ha tenido la suerte de todas las obras, que saliendo de la esfera comun, forman época en un arte. Se ha impreso y reimpreso diferentes veces, muchos le han imitado, y algunos críticos respetables le comentaron, entre ellos el Brocense. Así ha pasado hasta nosotros, sino leido en su totalidad con placer por la rudeza del lenguage y monotonia

de la versificacion, por lo menos registrada con gusto, citado con oportunidad, y mentado siempre con estimacion. Mayor respeto se hubiera conciliado, si el autor al tiempo de imponerse la obligacion de escribir de las cosas del tiempo, se hubiera alejado del centro de los disturvios y maquinaciones que entonces habia en Castilla. Este era el medio de verlas mejor, y de juzgarlas con independencia. Tomó *Juan de Mena* sobre sí una obligacion que un cortesano no podia satisfacer, y su vigoroso espíritu no empleando mas que la mitad de su fuerza por obsequio á las circunstancias, se quedó lejos de la dignidad y altura á que con mas osadía pudo facilmente elevarse.

Los otros poetas mas distinguidos de este siglo fueron el *Marques de Santillana*, uno de los caballeros mas generosos y valientes que hubo en él, hombre docto, y poeta facil y dulce en los amores, cuerdo y grave en las sentencias; *Jorge Manrique* que floreció despues, y que en sus coplas á la muerte de su padre dexó el trozo de poesía mas regular y puramente escrito de aquel tiempo; *Garci Sanchez de Badajoz* que escribió coplas con mucho calor y agudeza; en fin *Macias* anterior á todos, autor de solas quatro canciones, pero que no será olvidado jamas por sus amores y muerte deplorable. (*)

(*) Macias era Gentil-hombre del Maestre Don Enrique de Villena. Entre las damas que servian á este señor, habia una de quien se prendó el poeta; y de cuyo amor no pudieron arrancarle ni el verla casada con otro, ni las reprensiones del Maestre, ni en fin la prision en que este le mandó custodiar. El esposo lleno de zelos se concertó con el alcaide de la torre en que estaba su rival, y halló modo de arrojarle por una ventana la lanza que llevaba, y atravesarle con ella. Cantaba entonces Macias una de las canciones que ha-

Se engañaria qualquiera que buscase en los Cancioneros antiguos una poesía constantemente animada, interesante y agradable. Despues de haber visto tal qual composicion, en que

bia hecho á su dama, y así espiró con el nombre de ella, y del amor en los labios. Las dos calidades de trobador y de amante unidas en él le hicieron un objeto solemne y casi religioso entre los poetas del tiempo. Los mas de ellos le celebraron, y su nombre, á que se unió el dictado de *enamorado*, quedó como proverbial para designar la fineza de los amantes. No disgustará á los lectores ver aquí las coplas que Mena le destinó en el *Laberinto*.

Tanto anduvimos el cerço mirando
A que nos hallamos con nuestro Mácias,
Y vimos que estaba llorando los dias
En que de su vida tomó fin amando:
Llegué mas acerca turbado yo quando
Vi ser un tal hombre de nuestra nacion,
Y vi que decia tal triste cancion,
En elegiaco verso cantando.
Amores me dieron corona de amores
Para que mi nombre por mas bocas ande,
Entonces no era mi mal menos grande
Quando me daban placer sus dolores:
Vencen el seso sus dulces errores,
Mas no duran siempre segun luego aplacen,
Y pues me hicieron del mal que vos hacen
Sabed al amor desamar amadores.
Huid un peligro tan apasionado,
Sabed ser alegres, dexad de ser tristes,
Sabed deservir á quien tanto servistes,
A otro que á amores dad vuestro cuidado:
Los quales si fuesen por un igual grado
Sus pocos placeres segun su dolor,
No se quexaria ningun amador
Ni desesperara ningun desamado.
Bien como quando algun malhechor
Al tiempo que hacen de otro justicia,
Temor de la pena le pone cobdicia
De allí en adelante vivir ya mejor,
Mas desque pasado por aquel temor
Vuelve á sus vicios como de primero;
Así me volvieron á do desespero
Amores, que quieren que muera amador.

la indulgencia con que se lee suple á las veces por el mérito que en gran parte le falta, el libro se cae de las manos, y no se vuelve á coger con facilidad. Es cierto que freqüentemente se encuentra un pensamiento ingenioso, una imagen oportuna, y una copla bien construida; pero allí mismo se tropieza al instante con puerilidades, baxezas, trivialidades, versos informes, rimas indeterminadas. Se ve luchar al escritor con la rudeza de la lengua, con la pesadez de la versificacion, y á pesar de los esfuerzos que hace, vencido de la dificultad, no atinar ni con la verdadera expresion ni con la bella armonía. Conocian y manejaban á Virgilio, Horacio, Ovidio, Lucano y demas poetas antiguos; pero si á veces se servian de ellos con oportunidad, mas freqüentemente, sacaban de estas fuentes incoherentes alusiones, y una erudicion que degenera en impertinente y pueril pedantería (*). No acertaban á imitar

(*) Esta cancion de Santillana, no desprovista enteramente, ni de afecto ni de gracia, puede ser exemplo de como estos escritores se aprovechaban de la instruccion.

Antes el rodante cielo
Tornará manso é quieto,
E será piadosa Aleto,
E pavoroso Metelo.
Que yo jamas olvidase
Tu virtud,
Vida mia, y mi salud,
Nin te dexase.
El Cesar afortunado
Cesará de combatir,
E hicieran desdecir
Al Priámides armado;
Antes que yo te dexára,
Idola mia,
Ni la tu folosomia
Olvidára.

de ellos la sencillez de sus planes, y el admirable artificio con que en sus composiciones sabian desenvolver y vigorizar un pensamiento, y sostener y graduar el efecto desde el principio hasta el fin. Por ultimo, los versos aunque mas tolerables que los del tiempo antiguo, tenian el gran inconveniente de la monotonía, y de no poderse acomodar á la variedad, elevacion y grandeza que deben tener los periodos poeticos segun las imagenes, afectos y pensamientos que encierran.

Sinón se tornará mudo
E Tursides virtuoso,
Sandanapalo animoso,
Torpe Salomon é rudo;
En aquel tiempo que yo,
Gentil criatura,
Olvidase tu figura
Cuyo so.
Ethiopia tornará
Umeda, fria é nevosa,
Ardiente Scitia é fogosa,
E Scila reposará;
Antes que el animo mio
Se partiese
Del tu mando é señorio,
Nin pudiese.
Las fieras tigres barán
Antes paz con todo armento,
Habrán las arenas cuento,
Los mares se agotarán;
Que me baga la fortuna
Si non tuyo,
Nin me pueda llamar suyo
Otra alguna.
Ca tu eres caramida,
E yo so fierro, señora,
E me tiras toda bora
Con voluntad non fingida.
Pero non es maravilla,
Ca tu eres
Espejo de las mugeres
De Castilla.

ARTÍCULO III.

Desde Garcilaso hasta los Argensolas.

Se atribuye generalmente á *Juan Boscan* la introduccion en nuestra poesía de los endecasílabos y artificio de la versificacion italiana. Andres Navagero Embaxador de Venecia en España aconsejó á *Boscan* esta novedad, que empezada por él, y seguida de Garcilaso, Mendoza, Acuña, Cetina y otros buenos ingenios, hizo enteramente mudar de semblante al arte. No porque ya no se conociesen antes de él los endecasilabos en Castilla. Hay algunos en el Conde Lucanor escrito en el siglo XIV, y el Marques de Santillana en el XV. compuso muchos sonetos al modo que los italianos. Pero estos ensayos no habian tenido conseqüencia; y solo al tiempo de *Boscan* fué quando se dedicaron generalmente á esta clase de versificacion. Y si bien yo creo, que mas influxo tuvo en esto la relacion íntima que ya por aquel tiempo habia entre las dos naciones, que la autoridad de un poeta mediano, como *Boscan*; todavia sin embargo es muy glorioso para él haber sido autor de tan feliz revolucion, y contribuir con su exemplo y sus esfuerzos á establecerla.

Pero los que se hallaban bien con la versificacion antigua, levantaron al instante el grito contra la innovacion, y trataron á sus fautores como reos de lesa poesía y alevosos á la patria. Al frente de ellos *Cristoval de Castillejo* en las sátiras que escribia contra los *Petrarquistas* (que así los llamaban) comparaba esta novedad á las que Lutero introducia

entonces en la Fé; y haciendo comparecer en el otro mundo á *Boscan* y Garcilaso ante el tribunal de Juan de Mena, Jorge Manrique y otros trobadores del tiempo anterior; ponia en su boca el juicio y condenacion de las nuevas rimas. Á este fin supone que *Boscan* dice un soneto, y Garcilaso una octava delante de sus jueces, y luego añade:

Juan de Mena como oyó
La nueva troba pulida,
Contentamiento mostró,
Caso que se sonrió
Como de cosa sabida.
Y dixo; segun la prueba
Once silabas por pie,
No halló causa porque
Se tenga por cosa nueva,
Pues yo tambien las usé.
Don Jorge dixo: no veo
Necesidad ni razon
De vestir nuestro deseo
De coplas, que por rodeo
Van diciendo su intencion.
Nuestra lengua es muy devota
De la clara brevedad,
Y esta troba á la verdad
Por el contrario denota
Obscura prolixidad. . . .
Cartagena dixo luego
Como práctico en amores,
Con la fuerza de este fuego
No nos ganarán el juego
Estos nuevos trobadores.
Muy melancolicas son
Estas trobas á mi ver,
Enfadosas de leer,
Tardias de relacion,
Y enemigas de placer.

Si Juan de Mena y Manrique hubieran podido manifestar entonces algun sentimiento, fuera el de no hallar establecida ya la versificacion nueva quando escribieron. El genio fogo-

so y atrevido del uno, el grave y sesudo del otro, habrian hallado para la expresion de sus pensamientos y pinturas un instrumento aproposito en el endecasílabo. Hubieran conocido al instante que las coplas de arte mayor reducidas á sus elementos eran una combinacion continua y cansada de versos de seis silabas; que los octosílabos aconsonantados servian mas para el epigrama y el madrigal que para la grande poesía, y que las coplas de pie quebrado esencialmente opuestas á toda armonía y á todo placer no debian sostenerse. Esto no lo podia conocer *Castillejo*: escribia sí la lengua castellana con propiedad, facilidad y pureza; pero el numen, la invencion, las imagenes altas y animadas, la fuerza del pensamiento, el calor de los afectos, la variedad, la armonía; todas estas dotes sin las quales, ó á lo menos sin muchas de ellas, nadie es considerado poeta, todas le faltaban. Así no es de extrañar que encastillado en sus coplas, suficientes para la expresion de los pensamientos agudos é ingeniosos en que abundaba, desconociese la necesidad que tenia nuestra poesía de la versificacion nueva para salir de su infancia. Esta tenia mas libertad y soltura, daba oportunidad para variar las pausas y las cesuras, y presentaba á la infinita variedad de formas que tiene la imitacion, la muchedumbre de combinaciones que puede recibir la colocacion de los versos largos y cortos. Tales ventajas se lograban con el nuevo sistema, y todas fueron reconocidas por los nuevos ingenios que las adoptaron; pero para ello era preciso tener la calidad de poeta, y *Castillejo*, rigorosamente hablando, no la tenia.

Esta circunstancia era para la disputa mucho mas necesaria de lo que parece: pues aunque no hubiese la grande diferencia que exîs-

tia entre unos y otros metros; siempre llevaria la palma aquel partido, que pusiese en su favor mejores versos y composiciones mas agradables. En tal posicion el solo talento de *Garcilaso* debia anonadar, como lo hizo, y convertir en polvo á todos los copleros. ¡Cosa verdaderamente extraña, por no decir admirable! un joven que muere á la edad de treinta y tres años; entregado á la carrera de las armas, sin estudios conocidos, con solo su particular talento auxîliado de su aplicacion y buen gusto, saca de repente á nuestra poesía de su infancia, la encamina felizmente por las huellas de los antiguos y de los mas célebres modernos que entonces se conocian; y rivalizando á veces con ellos, la engalana con arreos y sentimientos propios, y la hace hablar un lenguage puro, armonioso, dulce y elegante. Su genio, mas delicado y tierno que fuerte y elevado, se inclinó de preferencia á las imagenes dulces del campo y á los sentimientos propios de la égloga y la elegia. Tenia una fantasiá viva y amena, un modo de pensar decoroso y noble, una sensibilidad exquisita; y este feliz natural, ayudado del estudio de los antiguos, y de la comunicacion con los italianos, produxo aquellas composiciones, que aunque tan pocas, se conciliaron al instante una estimacion y un respeto, que los tiempos siguientes no han cesado de confirmar.

Deseáran algunos que se hubiese abandonado mas á sus propias ideas y sentimientos; que estudiando igualmente á los antiguos no se dexase llevar tanto del gusto de traducirlos, y que no abandonase las imagenes y afectos que su excelente talento le sugeria por las imagenes y afectos agenos; que ya que en la mayor parte es un modelo de cultura y de ele-

gancia, hubiera hecho desaparecer algunos rastros que tiene de la rudeza y desaliño antiguo; por último quisieran que la disposicion de sus églogas tuviese mas unidad, y hubiese mas conexîon entre las personas y objetos que intervienen en ellas. Pero estos defectos no pueden contrapesar las muchas bellezas que aquellas poesías contienen; y es privilegio concedido á todos los que abren una nueva carrera el poder errar sin que su gloria padezca. *Garcilaso* es el primero que dió á nuestra poesía alas, gentileza y gracia, y para esto se necesitaban mas talento y mas fuerza sin comparacion alguna, que para evitar las faltas en que la necesidad, su juventud, y la flaqueza indispensable en la naturaleza humana le hicieron caer.

A las prendas sobresalientes que tiene como poeta, se añade la de ser el escritor castellano, que manejó en aquel tiempo la lengua con mas propiedad y acierto. Muchas voces y frases de sus contemporaneos, muchas de otros autores posteriores han envejecido ya y desaparecido: el lenguage de *Garcilaso* al contrario, si se exceptuan algunos italianismos que su continuo trato con aquella nacion le hizo contraer, está vivo y floreciente aún, y apenas hay modo de decir suyo que no se pueda usar oportunamente hoy dia.

Tantas especies de mérito reunidas en un hombre solo excitaron la admiracion de su siglo que le dió al instante el título de Principe de los poetas castellanos: los extrangeros le llaman el Petrarca español: tres escritores célebres le han ilustrado y comentado; infinitas veces se ha impreso, y todos los partidos y sectas poeticas le han respetado. Sus bellos pasages corren de boca en boca por todos los

que gustan de pensamientos tiernos y de imagenes apacibles; y si no es el mas grande poeta castellano, es el mas clásico á lo menos, el que se ha conciliado mas aplauso y mas votos, aquel cuya reputacion se ha mantenido mas intacta, y que probablemente no perecerá mientras haya lengua y poesía castellana.

El impulso dado por *Garcilaso* fué seguido de algunos buenos ingenios de su tiempo, que fueron *D. Hernando de Acuña*, *Gutierre de Cetina*, *D. Luis de Haro*, *D. Diego de Mendoza* y otros pocos, pero todos muy desiguales á él; y para encontrar un escritor en que el arte hiciese algun progreso es preciso buscarle en *Fr. Luis de Leon.* Este hombre doctísimo, versado en toda clase de erudicion, inteligente en las lenguas antiguas, enlazado con relaciones de amistad á todos los sabios de su tiempo, fué uno de los escritores á quienes la lengua castellana debió mas por el nervio y propiedad con que la escribia; y el que dió á nuestra poesía un caracter no conocido hasta él. Las canciones y sonetos de Garcilaso estaban escritos en el tono elegíaco y sentimental de Petrarca, y sola su *Flor de Gnido* era la composicion en que se acercó mas al caracter de la poesía lírica antigua. *Luis de Leon* lleno de Horacio, á quien constantemente estudiaba, tomó de él la marcha, el entusiasmo y el fuego de la oda; y en una diccion natural y sin aparato supo manifestar elevacion, fuerza y magestad. Su profesion y su genio le inclinaban mas al genero lirico moral que al heroyco, sin embargo de que su *Profecía del Tajo* manifieste lo que hubiera podido hacer en este ultimo; pero en aquel dexó unas quantas odas excelentes, que se acercan mucho, si no igualan, á los modelos que se propuso imitar.

Su principal mérito y su caracter en ellas es el de producir pensamientos magestuosos y fuertes, imagenes grandes, sentencias profundas, sin que le cuesten ningun esfuerzo, y con la mayor sencillez. La diccion y el estilo son animados puros y abundantes como que salen de un manantial rico y limpio. No es tan feliz en la versificacion: aunque dulce, flúido y gracioso en ella, carece de gravedad, y desmaya no pocas veces por falta de número y plenitud. A este defecto se añade otro, mayor todavia en mi dictamen, que es el de que nadie tiene menos poesía quando el calor le abandona: lánguido entonces y prosayco ni toca, ni mueve, ni enagena; y solo le queda el mérito de su diccion y su estilo, que son sanos siempre y puros, aun quando no tengan vida ni color.

A este mismo tiempo pertenecen en mi opinion las poesías de *Francisco de la Torre*, publicadas por Quevedo en 1631. Nadie dudó entonces que estas obras fuesen de un poeta anterior al editor; pero casi en nuestros dias un hombre de mucho mérito (D. Luis Velazquez) las reimprimió con un discurso al frente en que aseguró eran una produccion de Quevedo; el qual habia querido publicar con nombre ageno sus versos amatorios. La absoluta ignorancia en que se está de la calidad y circunstancias del tal *Francisco de la Torre*; el exemplar de Lope de Vega que habia publicado con el nombre de Burguillos poesías conocidamente suyas; la semejanza de estilo que creia ver Velazquez entre estos versos y los de Quevedo, con otras razones menos importantes fueron los fundamentos de esta opinion, que por entonces se siguió sin contradiccion alguna.

Pero estas pruebas no pasan de meras conjeturas, que ademas de no afianzarse en hecho ninguno positivo, quedan desvanecidas al instante que se exâminan la naturaleza y caracter de aquellas poesías. El que no sepa distinguir los versos de Quevedo de los de Garcilaso, ú otro qualquiera poeta de la época anterior, ese solo podrá confundir con él á *Francisco de la Torre*. No son bastante prueba de semejanza unos quantos versos rebuscados en las obras de uno y otro, sacados de su lugar, confundidos entre sí, y que ni aun de este modo tienen, si bien se miran, la semejanza de estilo que se supone. Para saber si las poesías de *Francisco de la Torre* pueden ser ó no de Quevedo, es preciso despues de leer las primeras, buscar en la Erato ó Euterpe del segundo las poesías que allí se dan por pastoriles; entonces es quando se palpa la enorme diferencia que hay entre uno y otro, ya se mire la diccion, ya el estilo, ya los versos, ya las imagenes, ya la composicion, ya el todo. No es posible equivocarlos; como no es posible equivocar jamas á las mugeres que son bellas naturalmente con las que se martirizan para parecerlo. (*)

Con efecto estas poesías de *Francisco de la*

(*) Estas indicaciones creo yo que basten para el intentó. El que quiera todavia mas pruebas puede comparar la oda de *Torre* que empieza *Sale de la sagrada*, con las dos canciones de Quevedo *Pues quitas primavera al año el ceño*, y *Dulce señora mia*, puestas en la Euterpe, de donde Velazquez tomó los versos que cita mezclados en su discurso para probar su semejanza. Puede hacer mas, y es buscar en la Melpomene la silva funeral de la *Tortola*, y cotejarla con la bellísima cancion de *Torre*, á la misma avecilla. ¡Qué ingeniosidad tan importuna; quánta exâgeracion, quánta hi-

Torre son de los frutos mas exquisitos que dió entonces nuestro Parnaso. Todas pastoriles, sus imágenes, sus pensamientos y su estilo no desdicen nunca de este carácter, y guardan la propiedad mas rigurosa con él. Sus dotes mas eminentes son la sencillez de la expresion, la viveza y ternura de los afectos, la lozanía y amenidad risueña de la fantasía. Ningun poeta castellano ha sabido como él sacar de los objetos campestres tantos sentimientos tiernos y melancólicos: una tórtola, una cierva, un tronco derribado, una yedra caida, le sorprenden, le conmueven y excitan su entusiasmo y su ternura. Las imitaciones de los antiguos en que estas poesías abundan, están refundidas tan naturalmente en su caracter y estilo, que se identifican enteramente con él. Es lástima que á la pureza de su lenguage no añadiese mayor cuidado en la elegancia, que á veces padece por expresiones y voces triviales y prosaycas. A veces tambien la locucion se manifiesta obscura por dislocaciones ú omisiones de expresion, acaso hijas del descuido y corrupcion de los manuscritos. Por ultimo se echa de menos

pérbole, quánta frialdad en la primera; quánta melancolía, ternura y sentimiento en la segunda! Es imposible de toda posibilidad, que un mismo objeto pueda producir inspiracion tan diversa en una misma fantasía. Se cita el exemplo de Lope en las poesías de Burguillos; pero la semejanza real y efectiva que hay entre los versos y diccion de Lope y de Burguillos, sin embargo de la diversidad de asuntos y caracter; las insinuaciones del mismo Lope; la de Quevedo en su aprobacion á aquellas poesías; la autoridad terminante de Montalvan y Antonio de Leon, amigos y contemporaneos de Lope que se las atribuyen; hacen tan evidente la identidad de Lope con Burguillos, como las razones antes alegadas la diversidad de *Francisco de la Torre* y de Quevedo.

en sus églogas variedad, conocimiento del arte del diálogo, oposicion y contraste entre las situaciones de los interlocutores: el poeta que pinta y siente con tanta delicadeza y fuego quando habla por sí mismo, no acierta á hacer hablar á los otros, y se pierde en descripciones uniformes y prolixas, que al fin cansan y fastidian.

Hasta ahora la Poesía conservaba las galas naturales y sencillas que habia tomado de Garcilaso: y si bien Luis de Leon la dió alguna elevacion y grandeza; se inclinaba mas á los argumentos que piden un estilo medio, como son los que presenta la naturaleza campestre. Tenia ornamentos de gusto; pero sin ostentacion ni riqueza, y su lenguage era mas puro y gracioso que magestuoso y brillante. Mantenedores de este carácter natural modesto y sencillo fueron *Francisco de Figueroa*, que en su égloga de *Tirsi* dió el primer exemplo de buenos versos sueltos castellanos; *Jorge de Montemayor*, que con su Diana introduxo el gusto y la aficion por las novelas pastorales; y *Gil Polo* uno de sus continuadores, que menos feliz que él en la invencion, le aventajó mucho en los versos, y casi llegó á obscurecerle. Pero pasando de estos escritores á los Andaluces (*) ya se vé al arte mudar de gusto, tomar un tono mas elevado y vehemente, enriquecer y engalanar la diccion, y manifestar la intencion de sorprender y arrebatar: en suma, aspirar al *mens divinior atque os magna sonaturum*, por donde Horacio caracteriza la verdadera poesía.

Al frente de estos autores debe sin dispu-

(*) Luis de Leon, aunque natural de Granada, se formó y vivió en Salamanca, y por consiguiente no contradice á esta observacion general.

ta nombrarse á *Fernando de Herrera*; hombre á quien la elocucion poética debe mas que á ninguno. Su talento era igual á su estudio; y familiarizado con las lenguas latina, griega y hebrea, se dedicó á imitacion de los grandes escritores antiguos, á formar un lenguage poético que compitiese en pompa y riqueza con el que ellos usaron en sus versos. Es verdad que ya no estaba él en la situacion de Juan de Mena, y que no tenia facultades para suprimir silabas, sincopar frases, mudar terminaciones. Esta parte fisica de la lengua estaba ya fixada por Garcilaso y sus imitadores, y no podia sufrir alteracion. Pero la parte pintoresca podia recibir, y de hecho recibió de él grandes mejoras: valióse mucho de las palabras compuestas que ya habia, introduxo otras nuevas, restableció muchos adjetivos olvidados á que dió nuevo vigor y frescura por la oportunidad con que los aplicó, y usó en fin de mas frases y modos de decir separados de la lengua usual y comun que ningun otro poeta. A este esmero añadió otro no menos esencial, que fué el cuidado de pintar al oido por medio de la armonía imitativa, haciendo que los sonidos tuviesen analogía con la imagen. El los rompe ó los suspende, los arrastra penosamente, ó los precipita de golpe, ya los hace rozarse con aspereza, ya tocarse con blandura; en fin, unas veces corren flúidos y fáciles, otras penetran el oido con sosegada y apacible melodía. Estas dotes que tienen los versos de *Herrera* en el mecanismo de su lenguage, los hacen distinguir de la prosa en tal manera, que descompuestos y rotos, perdida su medida y su cadencia, son los que mas conservan el carácter pintoresco y divino que les dió el poeta.

Si de las formas exteriores se pasa á las

dotes esenciales, puede decirse que nadie sobrepuja á *Herrera* en fuerza y osadía de imaginacion, muy pocos en el calor y vivacidad de los afectos, y ninguno le iguala, si se exceptúa á Rioja, en dignidad y en decoro. La mayor parte de sus poesías se reducen á elegias, canciones y sonetos en el gusto de Petrarca. Fué este poeta el primero que separandose del modo con que los antiguos habian pintado al amor, dió á esta pasion un tono mas ideal y mas sublime. Él la acrisoló de la flaqueza de los sentidos, convirtiendola en una especie de religion; y reduxo su actividad á estar continuamente admirando y adorando las perfecciones de la cosa amada, á complacerse en sus penas y martirios, y á contar los sacrificios y privaciones por otros tantos placeres. *Herrera* apasionado toda su vida por la Condesa de Gelves, dió á su amor el heroismo del amor platónico, y con los nombres de *Luz*, de *Sol*, de *Estrella* y de *Eliodora*, la consagró una pasion fogosa, tierna y constante; pero acompañada de tal respeto y tal decoro, que el pudor no podia alarmarse de ella, ni la virtud ofenderse. En todos los versos que dedicó á este objeto hay mas adoraciones, mas enagenacion de sí mismo, que esperanzas y deseos. Tiene este gusto un inconveniente, que es dar en una metafisica nada inteligible, en un alambicamiento de penas, dolores y martirios muy distante de la verdad y de la naturaleza, y que por lo mismo ni interesa ni conmueve. A este mal, que de quando en quando se dexa notar en *Herrera*, se añade que su diccion demasiado estudiada y esmerada peca casi siempre por afectacion, y no pocas veces por obscuridad. El estilo y lenguage del amor quieren ir mas descargados y ligeros pa-

ra ser graciosos y delicados. Así *Herrera*, que sin duda amaba con vehemencia y con ternura, parece al decir sus sentimientos, mas ocupado del modo de expresarlos, que del deseo de interesar con ellos; y á esto debe atribuirse que sea de nuestros poetas el que menos versos amorosos ha hecho propios para andar en boca de las gentes.

Pero en donde esta diccion rica y poética luce á la par que su imaginacion ardiente y vigorosa, es en la oda elevada, donde *Herrera*, feliz imitador de la poesía griega, hebrea y latina, supo llenarse de su fuego, y rivalizar con ella. Este género en su origen estaba muy distante de las ideas ordinarias. El Poeta poseido de una exâltacion que no estaba en su mano ni moderar ni regir, cantaba sus versos junto á las aras de los templos, en los teatros públicos, al frente de los exércitos, en las grandes solemnidades nacionales. El numen que le inspiraba le hacia volar entonces á otras regiones, y ver cosas escondidas al comun de los hombres. Desde allí en un lenguage de fuego, y por todas sus circunstancias maravilloso, hacia descender la verdad de lo alto en grandes y fuertes lecciones para los pueblos; abria las puertas del destino, y anunciaba lo futuro; entonaba himnos de gratitud y de alabanza á los dioses y á los heroes; ó llenando de furor patriótico y guerrero á los esquadrones armados, los llamaba á los combates y á la victoria. En tal posicion el poeta lírico no debia parecer un hombre como los demás: su agitacion, su lenguage, los numeros á que le reducia; la música con que le cantaba, la audacia de sus figuras, la grandeza de sus pensamientos, todo debia contribuir á considerarle en aquellos momentos de entusiasmo como

un ser sobrenatural, un intérprete de la divinidad, una Sibila, un Profeta.

Tal fué en la antigüedad el caracter de la oda; que despues las naciones modernas han introducido con mas ó menos buen éxito en su poesía. Pero despojada del canto, y alejada de las solemnidades y concurrencias numerosas no ha sido mas que un debil reflexo de la inspiracion primera. Los grandes poetas modernos han creido que para restituirle el caracter exâltado y divino que tuvo en su origen, era preciso transplantarla otra vez al pais en que nació, y llenarla de las ideas, imágenes, y aun frases antiguas. Fué *Herrera* el primero que la concibió así entre nosotros: Horacio habria adoptado con gusto su cancion á Don Juan de Austria: el himno por la batalla de Lepanto respira en todas partes aquel fogoso entusiasmo, y está adornado de las imágenes ricas, y frases atrevidas que caracterizan la poesía hebraica: y la cancion elegiaca al Rey Don Sebastian, animada del mismo espíritu que el himno, pero mucho mas bella, está llena de la melancolía y agitacion que debia producir en una imaginacion viva aquella catástrofe miserable. Hasta en canciones poco interesantes por su asunto y su composicion se hallan vuelos osados y dignos de Píndaro: sobresaliendo siempre aquel esmero en la diccion, aquella poesía de estilo, por la qual jamás podrán confundirse tres versos suyos con los de otro ningun poeta. Servirán de muestra en esta parte los siguientes sacados de su cancion á San Fernando, que no es de las mejores.

Cubrió el sagrado Betis de florida
Púrpura, y blandas esmeraldas llena,
Y tiernas perlas la ribera ondosa,

Y al cielo alzó la barba revestida
De verde musgo, y removió en la arena
El movible cristal de la sombrosa
Gruta, y la faz honrosa
De juncos, cañas y coral ornada,
Tendió los cuernos húmidos, creciendo
La abundosa corriente dilatada,
Su imperio en el océano estendiendo.

Al citar Lope de Vega estos versos, como un modelo de locucion poética, tan opuesta á las extravagancias del culteranismo; lleno de entusiasmo exclamaba: *Aquí no excede ninguna lengua á la nuestra, perdonen la griega y latina. Nunca se me aparta de los ojos Fernando de Herrera.*

Sus paysanos le dieron el renombre de *Divino*, y de todos los poetas castellanos, á quienes se dió este título, ninguno le mereció sino él. A pesar de esta gloria, y de las alabanzas de Lope, su estilo y sus principios tuvieron pocos imitadores entonces; y hasta el restablecimiento del buen gusto en nuestro tiempo, no se ha conocido bien el mérito eminente de su poesía, y la necesidad de seguir sus huellas para elevar la lengua poética sobre la lengua vulgar. Imitóle *Don Juan de Arguijo* en sus sonetos, descargando un poco el estilo del excesivo ornato que tiene en Herrera; pero quien le mejoró infinitamente mas fué *Francisco de Rioja*, Sevillano tambien como los otros dos, y discípulo de la misma escuela, aunque floreció bastantes años despues.

Igual en talento á Herrera, y superior en gusto, *Rioja* hubiera fixado sin duda los verdaderos límites entre la lengua prosayca y la poética, si hubiese escrito mas, ó se conservasen sus composiciones. ¿Cómo es posible que

un hombre de tan grande ingenio, y que vivió tantos años, no escribiese mas que una cancion, una epístola, trece silvas, y unos quantos sonetos? Mas facil de creer es que sus escritos se perdiesen en las diferentes vicisitudes que tuvo su vida, ó que yazcan olvidados entre los muchos monumentos literarios, que entre nosotros luchan todavia con el polvo y los gusanos. Lo poco suyo que ha quedado es suficiente sin embargo á darnos idea de su caracter poético, sobresaliente entre los otros por la nobleza y severidad de la sentencia, por la novedad y eleccion de los asuntos, por la fuerza y vehemencia de su entusiasmo y su fantasía, y por la excelencia del estilo que es siempre culto sin afectacion, elegante sin nimiedad, sin hinchazon grandioso, y adornado y rico sin ostentacion ni aparato. Un mérito que le distingue particularmente es el acierto con que construye sus periódos; los quales ni dan en secos por la brevedad, ni se arrastran penosamente por lo prolixos; defecto freqüente y grande en los mas de nuestros poetas; cuyas cláusulas no bien distribuidas fatigan el aliento quando se recitan. Bien sé que aun en estas pocas composiciones hay resabios del prosaismo de los poetas del siglo XVI, y del falso oropel de los del siguiente; pero además de que son rarísimos, debe tenerse presente que no limó él ni dispuso estos versos para publicarlos, disculpa bastante de mayores yerros. Por mucha importancia que se las quiera dar, no podrán quitar la primacía que gozan entre nuestros tesoros poéticos las delicadas silvas á las flores, la magnífica cancion á las Ruinas de Itálica, y la casi perfecta epístola moral á Fabio.

Al último tercio del siglo XVI correspon-

den otros Poetas, célebres entonces, pero de mérito y órden muy inferior á los nombrados: *Juan de la Cueva* que mas propiamente pertenece á la historia de la Comedia, entre cuyos primeros corruptores se le cuenta, *Vicente Espinel*, á quien la Música debe la introduccion de la cuerda quinta en la vihuela, y la poesía la combinacion de rimas en los versos octosílabos á que se dió entonces el nombre de *espinela*, despues mas conocida con el de *décima*; *Luis Barahona de Soto*, autor de *las Lagrimas de Angelica*, poema muy célebre entonces, y de nadie leido ahora; *Pablo de Céspedes* escultor, pintor y poeta, en cuyo poema didactico sobre la pintura respira á veces el estilo vigoroso y pintoresco de Virgilio; *Pedro de Padilla* que algunos aprecian mucho por la pureza de la diccion y fluidez de los versos, pero pobre de imaginacion y de fuego; otros en fin, menos señalados, que cultivaron el arte, y que si no consiguieron grande reputacion en él, contribuyeron como los demas á dar á los versos y al estilo mas facilidad, número y abundancia.

ARTÍCULO IV.

De los Argensolas y otros poetas hasta Góngora.

Ninguno de los autores de este tiempo igualó á los *Argensolas* en circunspeccion y en cordura, en facilidad de rimar, y en correccion y propiedad de lenguage. Son tan sobresalientes en esta ultima parte, que Lope de Vega decia de ellos, que habian venido á Castilla desde Aragon á enseñar la lengua castellana. Su erudicion, la severidad de su doc-

trina, sus conexiones, la grande proteccion que les dispensó el Conde de Lemus, fueron las causas de aquella especie de magisterio que exercieron sobre sus contemporaneos, y de aquella superioridad reconocida y confirmada por las alabanzas que de todas partes se les prodigaban. Dióseles el título de Horacios españoles; y siempre se les reputó como poetas de primer órden, conservando una opinion casi tan intacta como la del mismo Garcilaso.

Sin intentar disminuir la justa estimacion que se les debe, ni contender con sus muchos apasionados; yo diria que su fama me parece mucho mayor que su mérito; y que si la lengua les debe mucho por el esmero y la propiedad con que la escribian, la poesía no tanto, donde su reputacion está al parecer mas afianzada en los vicios que les faltan, que en las virtudes que poseen. En el género lírico son faciles, cultos, ingeniosos; pero generalmente desnudos de entusiasmo, de grandiosidad, de fantasía. Tampoco en los amores tienen la gracia y la ternura que la poesía erótica pide, y si se exceptua algun otro soneto de *Lupercio*, no puede citarse en esta parte composicion ninguna de ellos, que merezca llamar la atencion, y encomendarse á la memoria de los amantes. No hablaré de la *Isabela* y la *Alexandra*, porque todos convienen, hasta los menos doctos, que estas composiciones no tienen de tragedias mas que el nombre y las muertes friamente atróces con que se terminan. Su caracter sesudo, la indole de su espíritu mas ingenioso y discreto que florido y expansivo, la sal y el gracejo que á veces sabian esparcir tenian mas cabida en la poesía satirica y moral, donde realmente han sido mas felices. Hay en ellos infinidad de rasgos, preciosos algunos por la

profundidad y valentía, y muchos por aquella ingeniosidad de pensamiento, aquella facilidad y propiedad de expresion, que los constituye proverbiales.

Y el vulgo dice bien que es desatino
El que tiene de vidrio su texado
Estar apedreando al del vecino.
. . . .
La grave autoridad de la moneda
Del aspero desden nunca ofendida,
Porque jamas oyó respuesta aceda.
. . . .
Los lechos conyugales y aun las cunas
Mancilla vuestra industria ó las abrasa.
El agraz virginal de las alumnas
En las prensas arroja aun no maduro
Sin aguardar tardanzas importunas.
Destroyunda el candado; humilla el muro,
En la familia toda infunde sueño.
. . . .
Asi tal vez fiada en su hermosura
La adúltera gentil con los fingidos
Zelos de su consorte se asegura.
Ya se desmaya y turba los sentidos,
Dentro del pecho desleal suspira
Los ojos á llorar apercibidos.
Culpa á los siervos con la limpia ira
De los zelos legitimos bramando:
Su noble esposo crédulo la mira
Enternecido, y obligado; y dando
Satisfaccion inutil á su aleve;
La abraza y pide el corazon mas blando.
Y con los labios abrasados bebe
De su Porcia las lágrimas atroces
Que de los ojos bien mandados llueve.
Cuyo llanto, ó marido, cuyas voces,
Te dirá su escritorio; si son fieles,
Si con curiosidad lo reconoces.
¡O santo Dios! ¡Qué trazas, qué papeles
Pérfidos has de hallar!
. . . .
Y si es de plata, ó nielado el jarro,
Con el rostro de un sátiro en el pico;
¿Aplacarte ha la sed mas que el de barro?
Pues la seguridad con que lo aplico

A la sedienta boca de agua lleno;
¿Darámela en palacio un vaso rico?
En el oro mezclaban el veneno
Los tiranos de Grecia.

Estos pasages sacados de varias sátiras de *Bartolomé*, y otros muchos de mérito igual ó superior, que pudieran citarse así de él como de *Lupercio*, prueban su feliz disposicion para esta clase de poesía. Se los ha comparado á Horacio, y sin duda tienen con él mas semejanza, sin embargo de la preferencia que Bartolomé daba á Juvenal. (*) ¡Pero á quánta distancia no están de él! La vivacidad, la soltura, la variedad, la concision, la mezcla exquisita y delicada de censura y de alabanza, el abandono amable, y la efusion amistosa que encantan y desesperan en su admirable modelo; todas les faltan, y acusan la condescendencia excesiva ó el defecto de gusto con que sus contemporaneos les dieron el título de Horacios. La facilidad de rimar les hacia encadenar tercetos sin fin, en que si no se encuentran ripios de palabras, hay muchos de pensamientos. Esto hace que sus sátiras y epístolas parezcan freqüentemente prolixas y aun á veces cansadas. Horacio hubiera aconsejado á *Lupercio* que abreviase la entrada de su sátira á la Marquesilla y muchos de los cuentos que hay en ella; á *Bartolomé* que suprimiese en la fábula del Aguila y la Golondrina la larga enumeracion de las aves, inutil é importuna para un poeta, superficial y escasa para un

(*) *Pero quando á escribir sátiras llegues,*
A ningun irritado cartapacio
Sino al del cauto Juvenal te entregues.
Porque nadie á los gustos de palacio
Tomó el pulso jamas con tanto acierto,
Con permision de nuestro insigne Horacio.

naturalista; hubiera en fin advertido á uno y otro, que los rasgos satíricos, semejantes á las flechas, deben llevar plumas y volar, para herir con ímpetu y certeza. Es triste por otra parte ver que no salgan jamas de aquel tono desabrido y desengañado que una vez toman; sin que la indignacion hácia el vicio los exâlte, ni la amistad ó admiracion les arranque un sentimiento ni un aplauso. Elige uno amigos entre los autores que lee, como entre los hombres que trata: yo confieso que no lo soy de estos poetas, que á juzgar por sus versos, parece que nunca amaron ni estimaron á nadie.

Discípulo del menor Argensola fué *Villegas*, que si al talento natural hubiera hermanado alguna parte del juicio y sensatez de su maestro, nada dexára que desear en los géneros que cultivó. El fué el primero que hizo conocer la Anacreóntica entre nosotros; y á pesar de sus defectos sus cantinelas y monostrofes se leen todavia con agrado, y quedan grabadas en la memoria de la juventud. La causa de esto es que en ellas hay vivacidad, ligereza, gracia, cadencia, que son las prendas caracteristicas del género á que pertenecen, y halagan á un tiempo la imaginacion y el oido. Sus versos grandes no han tenido la misma aceptacion; y es que la facilidad, el número y la erudicion no compensan en ellos el desagrado que causan la afectacion, la pedanteria, la falta de calor y de entusiasmo, las trasposiciones violentas, las locuciones viciosas, en fin los retruécanos, y antítesis pueriles de que abundan. (*)

(*) *¿Pues qué diré del ganadero Anquises?*
Mas pregúntalo á Venus Citerea
Quien es el hortelano de sus lises.

Otra novedad intentó, que pedia para arraygarse mas fuerzas que las suyas. Propúsose á componer sáficos, exâmetros y dísticos castellanos: y aunque las muestras que publicó no sean del todo infelices; especialmente en los sáficos por su analogía con nuestro endecasílabo; no ha tenido despues quien le siga en esta empresa. Pide el exâmetro una prosodia mas determinada y fixa que la que tiene nuestra lengua para contentar el oido; y por lo mismo su imitacion es tanto mas dificil, por no decir imposible. Sin duda hubiera ganado el arte en el establecimiento de esta novedad: pero para ello se necesitaba que hubiese estado entonces en sus principios; que la lengua docil y flexîble se prestase á la voluntad del poeta, y que éste tuviese un genio colosal, que subyugase á los otros, y les hiciese una ley de versificar como él. Era mal tiempo de introducir otros ritmos aquel, en que se conocian tan bellos versos endecasílabos de Garcilaso, Leon y Herrera; y la consistencia y fixacion, que tenian la lengua y la poesía, no las permitian retroceder á su infancia, como era preciso para adestrarse en el manejo de la versificacion latina.

O el pincel en el Ida de su idea:
¿ Agricola de mares no era Ulises,
Pues como de Calipso gozó dea?

¡Qué ridícula gerigonza! ¿Podrá nadie creer que estos versos son del mismo autor, y de la composicion misma donde se hallan estos otros?

Ven pues, Serrana, ven y no te escondas,
Serás, con ser esposa de este rio,
Tetis feliz de las mejores ondas
Que basan á dar lustre al mar sombrio;
Mira que es justo que al amor respondas
Con dulce agradecer, no con desvio.

La reputacion de este poeta no correspondió entonces á las esperanzas orgullosas de que se alimentaba quando publicó su libro. En el insultó á Cervantes, motejó á Góngora, se burló de Lope de Vega; y creyendose un astro superior que iba á eclipsar á sus contemporaneos, se representó al frente de sus Eróticas como sol naciente que amortigua con sus rayos á las estrellas, llevando el arrogante lema: *Sicut sol matutinus*: ¿*Me surgente, quid istæ*? Aun quando hubiera reunido en sí los talentos de Horacio, Pindaro y Anacreonte en toda su extension y pureza, de lo que estaba muy lejos, siempre era imperdonable esta jactancia, que ni aun puede disculparse con sus pocos años. El público es siempre mayor que qualquiera escritor por grande que sea; y es preciso presentarse delante de él con modestia, á menos de querer pasar ó por loco ó por necio. *Villegas* pues irritó impertinentemente á sus iguales; no hizo sensacion ninguna en el público, y se atraxo los sarcasmos groseros y mordaces de Góngora, y la reprension justa y moderada de Lope. (*) Sepultado en olvido hasta la aparicion del Parnaso español, en cuya coleccion tuvo gran lugar, fué reimpreso por aquel tiempo, con un discurso al frente, en que D. Vicente de

(*) *Anacreonte español, no hay quien os tope*
Que no diga con mucha cortesía,
Que ya que vuestros pies son de elegía,
Que vuestras suavidades son de arrope.....
Con cuidado especial vuestros antojos
Dicen que quieren traducir del griego,
No habiendolo mirado vuestros ojos.

GONGORA.

Aunque dixo que todos se escondiesen,
Quando los rayos de su ingenio viesen.

LOPE.

los Rios, hombre de una erudicion vasta, y de un gusto exquisito, pero excesivamente condescendiente entonces, le atribuyó la palma de nuestra poesía lírica; que una crítica mas severa y mas justa no le ha conservado despues.

Habian cultivado nuestros poetas hasta este tiempo casi todas las especies de versificacion italiana. La octava numerosa y rotunda, el terceto exâcto y laborioso, el artificioso soneto, la impertinente sextina, la cancion en sus infinitas combinaciones, el verso suelto, aunque por lo comun pesimamente manejado (*), eran los instrumentos de sus composiciones todas; las quales venian á ser reflexos mas ó menos luminosos de la poesía antigua y la toscana. Algunas coplas y trobas se hacian, bien que poquísimas, en que duraba el gusto anterior á Garcilaso: pero quando el uso del asonante se generalizó en el ultimo tercio del mismo siglo XVI, el gusto y aficion á los *Romances* se generalizó tambien, y con ellos se continuó, y como que vino á perpetuarse la antigua poesía castellana. (**)

Desnudos verdaderamente del artificio y violencia á que precisaba la imitacion en los otros géneros; cuidandose poco sus autores de que se pareciesen á odas de Horacio ó á canciones de Petrarca, y componiendose mas bien por instinto que por arte, los *Romances* no podian tener el aparato y la elevacion de las

(*) La égloga de Tirsi, de Figueroa, y la traduccion del Aminta por Jauregui son las unicas excepciones de esta decision general; y los unicos exemplares que pueden citarse entre nuestros antiguos poetas de versos sueltos bien construidos.

(**) Este juicio de nuestros *Romances* ha sido publicado ya por el colector en otro opusculo suyo; así como el de Quevedo, que sigue mas adelante, aunque con alguna alteracion.

odas de Leon, Herrera y Rioja. Pero ellos eran propiamente nuestra poesía lírica: en ellos empleaba la música sus acentos; ellos eran los que se oian por la noche en los estrados y en las calles al son del arpa ó la vihuela; servian de vehiculo y de incentivo á los amores, de flechas á la sátira y á la venganza; pintaban felizmente las costumbres moriscas, y las pastoriles, y conservaban en la memoria del vulgo las proezas del Cid y otros campeones. En fin mas flexîbles que los otros géneros se plegaban á toda clase de asuntos, se valian de un lenguage rico y natural, se vestian de una media tinta amable y suave, y presentaban por todas partes aquella facilidad, aquella frescura propias solamente de un caracter original que procede sin violencia y sin estudio.

Hay en ellos mas expresiones bellas y enérgicas, mas rasgos delicados é ingeniosos que en todo lo demás de nuestra poesía. Los *Romances* Moriscos principalmente están escritos con un vigor y una lozanía de estilo que encantan. Aquellas costumbres en que se unian tan bellamente el esfuerzo y el amor, aquellos Moros tan bizaros y tan tiernos, aquel pais tan bello y delicioso, aquellos nombres tan sonorosos y tan dulces, todo contribuye á dar novedad y poesía á las composiciones en que se pintan. Los poetas despues se cansaron de disfrazar las galanterías con el trage morisco, y se acogieron al pastoril. Entonces á los desafios, cabalgatas y divisas sucedieron los campos, los arroyos, las flores, las cifras en los árboles; y lo que con esta mudanza perdieron en vigor los *Romances*, lo ganaron en amenidad y sencillez.

La invencion en unos y en otros es bellísima, y admira ver con quan poco esfuerzo,

y con que brevedad describen el sitio, el personage y los sentimientos que le agitan. Aqui es el Alcayde de Molina que entra alarmando á los Moros contra los christianos que les talan los campos; allá es el malogrado Aliatar que en medio de la pompa fúnebre que le trae entra sangriento y difunto por la misma puerta que el dia anterior le vió salir lleno de lozanía, ya es una simplecilla, que habiendo perdido los zarzillos que le dió su amante, se aflige pensando en las reconvenciones que la esperan, ó bien es un pastor, que solo y desdeñado, se ofende de ver que dos tortolas se besen en un álamo, y las espanta á pedradas.

Los defectos de estas composiciones nacen de la misma fuente que sus buenas prendas, ó por mejor decir son el exceso ó el abuso de ellas mismas. Su facilidad y soltura se convierten muchas veces en abandono y desaliño, su ingeniosidad en afectacion; los equivocos, los conceptos, las falsas flores, se introduxeron en ellos con tanta mayor libertad, quanto mas ayudaban tales juguetes á la galantería que las tenia por discreciones; y porque parecian mas disimulables en unas obras que se hacian como jugando. No pueden determinarse fixamente los autores principales de esta poesía: pero la buena época de los *Romances* es aquella en que Lope de Vega, Liaño y otros mil desconocidos aun no se habian acabado de corromper con el pésimo gusto que despues lo ahogó todo; comprende la juventud de Góngora y de Quevedo, y termina en el Príncipe de Esquilache, que fué el unico que desde ellos acertó á dar á los *Romances* el colorido, la gracia y ligereza que antes tuvieron. Pero este gusto si por una parte contribuyó á popularizar la poesía, á darla ma-

yor amenidad y soltura, y á sacarla de los límites de la imitacion á que los anteriores poetas la habian reducido; influyó tambien para descorregirla y desaliñarla, convidando á este abandono la misma facilidad de su composicion. Así es que los poetas que florecieron á fines del siglo XVI. y principios del siguiente, mas numerosos, mas fáciles, mas amenos, y sobretodo mas originales que los anteriores, serán al mismo tiempo mas descuidados, y tendrán menos artificio, menos esmero, y menos pureza y correccion en su diccion y en su estilo.

Vivian en este tiempo los tres poetas que mas amenidad, mas abundancia y facilidad han poseido. El primero es *Balbuena*, nacido en la Mancha, educado en México, y autor del *Siglo de oro*, y del *Bernardo*. Nadie desde Garcilaso ha dominado como él la lengua, la versificacion y la rima, y nadie al mismo tiempo es mas desaliñado y desigual. Su poema, semejante al nuevo mundo donde el autor vivia, es un pais inmenso y dilatado, tan feraz como inculto, donde las espinas se hallan confundidas con las flores, los tesoros con la escasez, los páramos y pantanos con los montes y selvas mas sublimes y frondosas. Si á veces sorprende por la soltura del verso, por la novedad y viveza de la expresion, por el gran talento de describir en que no conoce igual, y aun tal vez por la osadía y profundidad de la sentencia; mas freqüentemente ofende por su prodigalidad importuna, y por su inconcebible descuido. El mayor defecto del *Bernardo* es su extension excesiva, siendo moralmente imposible dar á una obra de cinco mil octavas la igualdad y elegancia continuada que son precisas para agradar. Las églogas

del *Siglo de oro* no tienen los defectos de composicion que el poema, y gozan en la estimacion pública el lugar mas proxîmo á las de Garcilaso. Sin duda le merecen, atendida la propiedad del estilo, la facilidad de los versos, la oportunidad y frescura de las imagenes, y la sencillez de la invencion. Si sus pastores no fueran á veces tan rudos; si hubiera tenido un cuidado mas constante con la elegancia en la diccion, y con la belleza en los incidentes; si pusiera en fin mas variedad en la versificacion, reducida casi enteramente á tercetos; no dudo que el buen gusto le concediera en esta parte una absoluta primacía.

El segundo de estos poetas es *Jauregui*, célebre por su traduccion del *Aminta*, poeta florido, versificador elegante y numeroso. Este escrîtor es el que con mas facilidad y cultura ha expresado sus pensamientos en verso: pero tenia poco nervio y espíritu, y era tambien escaso en la invencion. Su gusto en sus primeros tiempos fué muy puro, como sus *Rimas* lo manifiestan. Mas despues de haber sido uno de los mas acérrimos impugnadores del cultismo, se dexó al fin arrastrar de la corriente, y en su traduccion de la *Farsalia*, y en su *Orfeo* se abandonó á todas las extravagancias de que antes se burlaba.

Pero el hombre que recibió de la naturaleza mas dones de poeta, y el que mas abusó de ellos fué sin duda *Lope de Vega*. Don de escribir su lengua con pureza, con claridad suma y con elegancia; don de inventar, don de pintar, don de versificar de la manera que queria, flexîbilidad de fantasía y de espíritu para acomodarse á todos los géneros y á todos los tonos, una afluencia que jamas conocia estorbo ó escasez; memoria enriquecida con

una vasta lectura, y aplicacion infatigable que aumentaba la facilidad que naturalmente tenia. Con estas armas se presentó en la arena; no conociendo en su ambiciosa osadía, ni límites ni freno. Desde el madrigal hasta la oda, desde la égloga hasta la comedia, desde la novela hasta la epopeya todo lo recorrió, todos los géneros cultivó, y en todos dexó señales de desolacion y talento.

Avasalló el teatro, llamó á sí la atencion universal, los poetas de su tiempo fueron nada delante de él. Su nombre era el sello de aprobacion para todo: las gentes le seguian en las calles, los extrangeros le buscaban como un objeto extraordinario, los Monarcas paraban su atencion á contemplarle. Hubo críticos que alzaron el grito contra su culpable abandono, envidiosos que le murmuraban, infames que le calumniaron. Exemplo triste, añadido á los otros muchos que prueban que la envidia y la calumnia nacen con el mérito y la celebridad: puesto que ni la amable cortesania del poeta, ni la apacibilidad de su genio, ni el gusto con que se prestaba á alabar á los otros pudieron desarmar á sus detractores, ni templar su malignidad. Pero ninguno de ellos pudo arrebatarle el cetro que tenia en sus manos, ni la consideracion que tantos y tan célebres trabajos le habian adquirido. Su muerte fué un luto público, su entierro una concurrencia universal: hay un libro de poesías españolas hechas á su muerte, otro de italianas; y viviendo y muriendo, siempre estuvo oyendo alabanzas, siempre cogiendo laureles, y admirado como un portento, y aclamado *Fenix de los ingenios*.

¿Qué queda al cabo de dos siglos de toda aquella pompa, de aquellos ruidosos aplausos

que entonces fatigaron los ecos de la fama? Al ver que de tantas poesías y poemas como compuso, es muy raro, quizá ninguno, el que puede leerse entero, sin que á cada paso choque por su repugnancia; que su obra mas estudiada y querida, su *Jerusalem* (*), es un compuesto de absurdos, donde lo poco bueno que se encuentra hace todavia mas deplorable el abuso de su talento; que de tantos centenares de comedias apénas habrá una que pueda llamarse buena; en fin que de tantos millares de versos como su incansable vena produxo, son tan pocos los que han quedado grabados en las tablas del buen gusto; no puede ménos de exclamarse: ¡dónde están pues los cimientos de aquel edificio de gloria levantado en obsequio de un hombre solo por el siglo en que vivia, y que asombra y da envidia á la imaginacion que lo contempla desde lejos!

No era posible que tuviesen otro resultado trabajos hechos con tal precipitacion, con semejante olvido de todos los buenos principios, y de todos los grandes modelos; sin plan, sin preparacion, sin estudio ni atencion á la naturaleza. La necesidad de escribir precipitadamente para el teatro, donde él habia acostumbrado al público á novedades casi diarias, descompuso y como que relaxó todos los resortes de su ingenio, llevando la misma prie-

(*) *Mientras que llega el fiador que obligo*
De la Jerusalem, de aquel poema,
Que escribo, imito, y con rigor castigo.
EPÍSTOLA Á GASPAR DE BARRIONUEVO.

¿Qué ideas pues tenía de gusto, de correccion, de órden, de elegancia; el hombre que con tanto estudio y esmero produce una obra tan desatinada?

sa y el mismo abandono á todos sus demas escritos. (*) Así es que á excepcion de algunas poesías cortas en que la buena inspiracion del momento podia aprovecharse en él, en todas las otras hay faltas imperdonables de invencion, de composicion y de estilo. ¡Facilidad fatal que corrompió en él todo quanto bueno habia! Ella le hizo deslucir la claridad, el número, la elegancia, la sencillez, la afluencia y aun la fuerza de que tambien estaba dotado; dando lugar á figuras impropias, á alusiones históricas ó fabulosas pedantescas é importunas, á explicaciones frias y prolixas de lo mismo que ya ha dicho; en fin, á la floxedad, á la llaneza, á la falta de tono insufrible, en que degeneran la rica abundancia y la candidez amable de su diccion y sus versos.

Era pues bárbaro, se dirá, el siglo que consentia tales extravíos, y que daba tanto aplauso á un escritor tan defectuoso. No era bárbaro; aunque sí condescendiente con exceso. Hubo entonces muchos buenos ingenios que deploraban este desórden; pero no podian contrastar al aura popular que la clase de trabajos de *Lope* se llevaba consigo, y que en algun modo su talento autorizaba. La general dulzura y fluidez de su poesía, la claridad de su expresion inteligible casi siempre al menos

(*) *Si no me embarazára el libre cuello*
De la necesidad el fiero yugo
Por lo que al cielo plugo;
Yo viera en mi cabello
Algun honor que á la virtud se debe,
Que diera verde lustre á tanta nieve.
Del vulgo vil solicité la risa
Siempre ocupado en fábulas de amores:
Así grandes pintores
Manchan la tabla aprisa.

LOPE: EGLOGA A CLAUDIO.

docto, el lenguage de la galantería fina y culta que él inventó, y puso en uso en las comedias, el decoro y aparato con que autorizó la escena (*); los rasgos de sensibilidad viva y delicada que de quando en quando presenta; el papel sobresaliente y brillante que las mugeres hacen generalmente en sus obras; en fin su imperio absoluto en el teatro donde los aplausos tienen mas solemnidad y energia; todas son circunstancias que concurren á disculpar al público de entonces, el qual no era injusto en admirar mas á quien mas placer le daba. (*)

(*) *Pintar las iras del armado Aquiles,*
Guardar á los palacios el decoro
Iluminador de oro
Y de lisonjas viles,
La furia del amante sin consejo,
La hermosa dama, el sentencioso viejo.
¿A quién se debe, Claudio?

(*) Muerto él, Calderon, Moreto y otros que en vida suya se hubieran contentado con el título de sus discípulos, le obscurecieron en la escena, sin embargo de que su nombre fué siempre respetado como escritor. Este respeto se iba disminuyendo mucho con la observacion mas atenta de los buenos principios, y de los grandes modelos; hasta que ultimamente algunas de sus comedias representadas con aplauso y concurrencia general han vuelto á restablecer su reputacion vacilante. En francés se ha hecho en estos ultimos años una muy buena traduccion de algunas poesías suyas por el señor Marques de Aguilar; y en Inglaterra, un hombre tan respetable por su dignidad y caracter, como por su erudicion, filosofia y buen gusto (Milord Holland) ha publicado una disertacion excelente sobre su vida y sus obras. Alternativa por cierto bien extraña; y que prueba á lo menos, que aun quando *Lope* sea un escritor muy imperfecto, está sin embargo muy lejos de ser un objeto poco interesante en la historia de nuestras letras.

ARTÍCULO V.

De Góngora y Quevedo, y sus imitadores.

Para dar á la poesía castellana el tono y el vigor que la iban faltando, apenas fueran suficientes Horacio y Virgilio con la grandeza de sú ingenio, la perfeccion de su gusto, y la alta proteccion que disfrutaron. Dos hombres se aplicaron entre nosotros á esta empresa; los dos de gran talento, pero de un gusto depravado, y de diferentes estudios. Sus vicios que participan alguna vez de sus buenas prendas, tuvieron la propiedad de un contagio, y produxeron consecuencias mas fatales que el mal mismo que intentaron remediar.

El primero fué *D. Luis de Góngora*, padre y fundador de la secta llamada de los *cultos*. Todos saben que despues de un siglo de adoraciones que logró en los sequaces de su estilo, Luzan y los demas humanistas que restablecieron el buen gusto, se aplicaron á destruir la secta desacreditando á su fundador; y para ellos Góngora y poeta detestable fué todo uno. Mas esto era injusto, y deben distinguirse siempre en este autor el poeta brillante, ameno y lozano del novador extravagante y caprichoso. Su genio independiente era incapaz de seguir ni de imitar á nadie: su imaginacion en extremo fogosa y viva no veia las cosas de un modo comun, y el colorido débil y pálido de los otros poetas no puede sufrir comparacion con la bizarría, si así puede decirse, de su expresion y su estilo. ¿En quál de ellos se encontrarán periodos poéticos iguales, que en riqueza de

lenguage, en lozanía y en número, puedan competir con los siguientes?

Rey de los otros rios caudaloso
Que en fama claro, en aguas cristalino,
Tosca guirnalda de robusto pino
Ciñe tu frente y tu cabello ondoso.

. . . .

Raya, dorado sol, orna y colora
Del alto monte la lozana cumbre,
Sigue con apacible mansedumbre
El roxo paso de la blanca aurora:
Suelta las riendas á Fabonio y Flora....

¿En quál imágenes mas delicadas, mas oportunas y mas naturalmente expresadas que estas?

La dulce boca que á gustar convida...
Amantes, no toqueis si quereis vida,
Que entre el un labio y otro colorado
Amor está de su veneno armado,
Qual entre flor y flor sierpe escondida.

. . . .

Dormid, que el dios alado
De vuestras almas dueño
Con el dedo en la boca os guarda el sueño.

. . . .

Ondeábale el viento que corria
El oro fino con error galano,
Qual verde hoja de álamo lozano
Se mueve al roxo despuntar del dia.

No hay en todo Anacreonte un pensamiento tan gentil como el de aquella cancion, en que presentando unas flores á su amada, la pide tantos besos como heridas le habian dado las abejas que las guardaban. Si de la poesia italiana se pasa al romance castellano y á las letrillas, *Góngora* es el rey de este género, que de nadie ha recibido tanta gracia, tantas galas, tanta poesía. Su mérito es tal en esta parte, y los buenos exemplos tan comunes, que no de-

xan para demostrarlo otro trabajo que el de escoger. Este trozo bastará al intento, sacado del romance de Angelica y Medro.

Todo es gala el africano,
Su vestido espira olores,
El lunado arco suspende,
Y el corvo alfange depone.
Tórtolas enamoradas
Son sus roncos atambores,
Y los volantes de Venus
Sus bien seguidos pendones.
Desnuda el pecho anda ella,
Vuela el cabello sin órden,
Si lo abrocha es con claveles,
Con jazmines si le coge....
Todo sirve á los amantes;
Plumas les baten veloces
Ayrecillos lisongeros,
Si no son murmuradores.
Los campos les dan alfombras,
Los árboles pabellones,
La apacible fuente sueño,
Música los ruiseñores,
Los troncos les dan cortezas
En que se guarden sus nombres
Mejor que en tablas de mármol
O que en láminas de bronce.
No hay verde fresno sin letra,
No hay blanco chopo sin mote,
Si un valle Angelica suena,
Otro Angelica responde.

¿Cómo un hombre que poseía esta fuerza y esta abundancia, pudo despues abandonarse á los delirios lastimosos que le perdieron sin que le quedase ni una sombra de sus excelentes disposiciones? Creyendo que el lenguage de la poesía se enervaba, y reputando la naturalidad por pobreza, la pureza por sujecion, y la facilidad por abandono, aspiró á extender los límites de la lengua y de la poesía; y dióse á

inventar un nuevo dialecto, que remontase el arte de la llaneza rastrera, á que segun él estaba reducido. Este dialecto se habia de distinguir por la novedad de las palabras ó de su aplicacion; por la extrañeza y la dislocacion de la frase, por la osadía y abundancia de las figuras: y no solo compuso en él sus *Soledades* y su *Polifemo*, sino que afeó del mismo modo casi todos sus sonetos y canciones, salpicando tambien con él bastantes pasages de sus romances y letrillas.

Si *Góngora* á las excelentes disposiciones que tenia hubiese juntado la instruccion y el buen gusto que le faltaban; si hubiera hecho de su lengua el estudio profundo que Herrera, y meditado sobre los recursos que presentaba el idioma, atendidos su carácter, su caudal y su armonía; tal vez consiguiera lo que deseaba, y tendria la gloria de ser un restaurador del arte, y no el oprobio de haberle corrompido. Pero le sucedió lo que á todos los que quieren levantar un edificio sin cimientos; dió consigo en un abismo de extravagancias y delirios; en una gerigonza detestable, tan opuesta á la verdad como á la belleza, y que al paso que fué seguida de una muchedumbre de ignorantes, fué reprobada de quantos conservaban todavia un poco de juicio y sensatez.

Quiso, dice Lope de Vega, *enriquecer el arte y aun la lengua con tales exôrnaciones y figuras, quales nunca fueron imaginadas, ni hasta su tiempo vistas... Bien consiguió lo que intentó á mi juicio, si aquello era lo que intentaba; la dificultad está en recibirlo.... A muchos ha llevado la novedad hácia este género de poesía, y no se han engañado; pues en el estilo antiguo en su vida llegaron á ser poetas, y en el moderno lo son en el mismo dia; por-*

que con aquellas transposiciones, quatro preceptos y seis voces latinas ó frases enfáticas, se hallan levantados adonde ellos mismos no se conocen, ni sé si se entienden. Lipsio escribio aquel nuevo latin, de que dicen los que le saben que se han reido Ciceron y Quintiliano en el otro mundo... Todo el fundamento de este edificio es el trasponer, y lo que le hace mas duro es el apartar tanto los substantivos de los adjuntos donde es imposible el paréntesis... esto es una composicion llena de tropos y figuras; un rostro colorado á manera de los ángeles de la trompeta del juicio, ó de los vientos de los mapas... Las voces sonoras, las figuras esmaltan la oracion; pues si el esmalte cubriese todo el oro, no seria gracia de la joya, sino fealdad notable. Y en otra parte dice: *Sin andar á buscar tantas metáforas de metáforas, gastando en afeytes lo que falta de facciones, y enflaqueciendo el alma con el peso de tan excesivo cuerpo. Cosa que ha destruido gran parte de los ingenios de España, con tan lastimosó exemplo, que poeta insigne, que escribiendo en sus fuerzas naturales y lengua propia, fué leido con general aplauso, despues que se pasó al culteranismo lo perdió todo.*

No contento con estas demostraciones de severidad este hombre apacible, que apenas conocia la malignidad ni la hiel, creyó que debia perseguir aquel contagio á sangre y fuego, y en sus comedias, en las poesías burlescas de Burguillos, en el *Laurel de Apolo*, y en otras mil partes burló y maldixo semejante poesía, que él caracterizaba de *invencion odiosa para hacer bárbara la lengua.* Auxîliaronle en esta guerra Jauregui, Quevedo y algun otro; pero sus esfuerzos fueron inútiles, y ellos mismos al fin se vieron precisados á ceder al contagio. Pues

aunque no se los pueda llamar cultos en todo rigor, adoptaron algunos de los elementos que componian el dialecto, como fueron las transposiciones violentas, las hipérboles extravagantes, y las figuras incoherentes. *Góngora* entre tanto, que no habia conocido jamas ni sujecion ni freno alguno, vomitaba contra sus adversarios los dicterios groseros que su mordacidad le sugeria, y fiero y orgulloso con el aplauso de los ignorantes, gozaba en su interior de toda la gloria de un triunfo. A esto se añadió la recomendacion que daban á su partido el célebre predicador *Fr. Hortensio Paravicino* por el influxo grande que tenia con los teólogos y oradores sagrados, y el malogrado *Conde de Villamediana*, por el favor secreto y poderoso con que se le suponia en palacio. Los dos imitaron á *Góngora*, y arrastraron consigo á otros escritores de menor crédito, propagándose así este bárbaro lenguage hasta mediados del siglo pasado, en que Luzan y los demas buenos críticos lograron al cabo desterrarle enteramente.

Al mismo tiempo que los cultos vinieron los conceptistas, los equivoquistas, y los friamente sentenciosos; entre quienes descuella *D. Francisco de Quevedo*; así por su mérito, como por el influxo en el nacimiento y progresos de estas sectas diversas. *Quevedo* para algunos es el padre de la risa, el tesoro de los chistes, la fuente de las sales, el inventor de tantas frases y refranes felices; en una palabra, el maestro de la agudeza y de la jocosidad. Para otros al contrario es un hombre ominoso á la belleza y decoro del ingenio: su espíritu, dicen, en vez de ser festivo, es chocarrero; él ha empobrecido la lengua, privándola de infinitos modos de decir que ántes nobles y decentes, son ya por culpa suya baxos é indecorosos; y si ad-

guna vez divierte es por la extravagancia original de sus delirios. Estos dos juicios tan encontrados son al mismo tiempo verdaderos, y considerando atentamente el carácter de este escritor, se vé quanto fundamento tienen unos y otros para sus críticas y sus aplausos. *Quevedo* era extremado: de la misma manera que nadie, en lo serio ostenta una gravedad tan seca, y una moral tan austera; nadie en lo jocoso muestra un humor tan festivo, tan libre y tan abandonado. La eleccion de sus asuntos se resiente tambien de esta contrariedad. Alguaciles, escribanos, terceras, maridos fáciles, rufianes y mugercillas componen generalmente el fondo de sus bufonadas, y es preciso confesar que muchas veces lós zahiere maestramente. Teólogo y Estoyco por otra parte, traduce á Epitecto, comenta á Séneca, interpreta la Escritura, y se enreda en vanos laberintos de metafisica: trabajos perdidos, que en su mayor parte ya no se leen, y que apenas tienen otro mérito que el de su erudicion inmensa.

De esta contradicion nace tal vez el esfuerzo y la violencia con que procede en los dos géneros. Su estilo en prosa como en verso, en lo serio como en lo jocoso, es siempre cortado, sin trabazon ninguna, sin progresion, y sacrificando casi siempre la naturaleza y la verdad á la exâgeracion y á la hipérbole. Su imaginacion era vivísima y brillante, pero superficial y descuidada; y el genio poético que le anima, centellea y no inflama, sorprehende y no conmueve, salta con ímpetu y con fuerza, pero no vuela ni toma nunca una elevacion sostenida. La manía, ó mas bien la rabia de expresar las cosas con novedad, le hará llamar *ley de arena* á la orilla del mar, al amor *guerra civil de los nacidos*, *rústico libro escrito en esmeralda* á

los troncos donde estan grabadas las cifras de los amantes. En los versos burlescos amontonará las alusiones forzadas, los equívocos y los despropósitos. Un xaque para denotar quan sentida ha sido su desgracia, dirá que le han llorado *soga á soga*, y no hilo á hilo: dirá que ha tenido *mas grillos que el verano*, *mas guardas que el monumento*, *mas registros que el misal*. Yo bien sé que Quevedo se divierte frecuentemente con lo que escribe, y delira porque quiere; sé que los equívocos tienen su lugar propio en estas composiciones, y que nadie los ha usado con mas felicidad que él. Pero todo tiene su término; y amontonados con semejante prodigalidad, en vez de agradar causan fastidio.

La misma incorreccion y mal gusto que hay en su estilo, compuesto de frases y voces altas y nobles, unidas á otras triviales y baxas; se halla en sus imágenes y pensamientos, los quales se ven mezclados unos con otros sin economía, sin juicio y sin decoro. El soneto siguiente hará ver esta miserable confusion mejor que descripcion ninguna.

Falleció Cesar fortunado y fuerte:
Ignoran la piedad y el escarmiento,
Señas de su glorioso monumento,
Porque tambien para el sepulcro hay muerte.
Muere la vida, y de la misma suerte
Muere el entierro rico y opulento,
La hora con oculto movimiento
Acalla el grito que la fama vierte.
Devanan *sol y luna noche y dia*
Del mundo la robusta vida; ¿y lloras
Las advertencias que la edad te envia?
Risueña enfermedad *son las Auroras,*
Lima *de la salud es su alegria,*
Licas, sepultureros *son las horas.*

A pesar de estos defectos, que sin duda alguna son grandes, Quevedo será leido con éstimacion, y admirado justamente en muchos pasages. En primer lugar sus versos son de ordinario llenos y sonóros, sus rimas ricas y fáciles. Y aunque este mérito, el primero que debe tener un poeta no sea el principal; nuestro escritor sabe acompañarle de muchos rasgos, excelentes unos por la viveza de los colores, otros por la robustez y el vigor. Su poesía nerviosa y fuerte va impetuosamente á su fin; y si sus movimientos se resienten demasiado de los esfuerzos, afectacion y mal gusto del escritor; se la ve marchar no pocas veces con una fiereza, una audacia, y una singularidad que sorprende. Sus versos de quando en quando salen del fondo general, y sin necesidad del auxîlio de los otros vienen á herir el oido con su vibracion fuerte y sonora; ó á grabarse en la mente por la profundidad de la sentencia que contienen, ó por la novedad y energia de la expresion. De nadie se pueden citar tantos bellos versos aislados como de él; de nadie periodos poeticos mas pomposos y valientes:

Todas matronas y ninguna dama.

. . . .

Joya era la virtud pura y ardiente.

. . . .

Fatigó su furor el emisferio.

. . . .

Faltar pudo su patria al grande Osuna.

. . . .

Vencida de la edad sentí mi espada.

. . . .

De amenazas del ponto rodeado,
Y de enojos del viento sacudido,
Tu pompa es la borrasca, y su gemido
Mas aplauso te da que no cuidado.
Reynas con mugestad, escollo osado,

En las iras del mar.

. . . .

De esteril osas acusar al suelo
Porque á los gritos tuyos no se mueve;
¿ Presumes, necio, de mandar la nieve
Y al invierno tasar quieres el yelo?

. . . .

Y antes que los desórdenes del vientre
Satisfagan sus ímpetus violentos,
Yermos han de quedar los elementos
Para que el orbe en sus angustias entre.

Al encontrar en sus obras estos pasages brillantes, despues de tributarles la justa admiracion que se les debe, no puede menos de sentirse un movimiento de indignacion, viendo el lastimoso abuso que *Quevedo* ha hecho de sus talentos, y empleados en equilibrios vanos y suertes de volteador, los vigorosos músculos y fuerzas de un Alcides.

Amigo de Quevedo fué *D. Francisco Manuel Melo*, Portugués, y escritor tan infatigable como activo político y guerrero. Manejaba con igual facilidad el idioma castellano que el suyo nativo; y poeta, historiador, moralista, autor político, militar, y aun ascetico; es sobresaliente en algunos de estos ramos, y en ninguno despreciable. El libro de sus versos es rarísimo, y aunque algunos le han hecho imitador de Góngora, tiene mas puntos de semejanza con Quevedo. El mismo gusto en versificar, la misma austeridad de principios, la misma afectacion de sentencias, la misma copia de doctrina. Tiene ademas con Quevedo la conformidad de haber publicado sus versos distribuidos por Musas, bien que tres de ellas están en portugués. Hay en el español colores mas brillantes y rasgos mas valientes; en *Melo* mas sobriedad y menos extravagancias. Su estilo aunque elegante y culto apenas tiene poesía;

y sus versos amatorios carecen de ternura y de fuego como sus odas de entusiasmo y de elevacion. Tampoco tenia índole para los muchos versos burlescos de que está lleno el gran volumen de sus poesías : mas quando la materia es seria y grave, entonces su filosofia y su doctrina le sostienen, y su expresion iguala á sus ideas. Naturalmente inclinado á las máximas y á las sentencias, era mas apropósito para las poesías morales, para la epístola principalmente, en que la fuerza y la severidad del pensamiento se combinan mejor con una fantasía templada y poco profunda. En este género, si no es siempre un gran pintor, es por lo menos castigado y severo en el lenguage y estilo, sonoro en los versos, grave y elevado en los pensamientos, moralista respetable en el caracter y en los principios. Sin embargo de estas prendas, los títulos de su gloria como escritor estan mas bien afianzados en sus obras prosaicas; en el *Eco político* por exemplo, en su *Aula militar*, y sobre todo en la *Historia de las alteraciones de Cataluña*; la produccion mas sobresaliente de su pluma, y quizá la mejor obra de su clase que hay en castellano.

La poesía entre tanto agonizaba : martirizada por estos energúmenos no podia recobrar su belleza y su frescura con el auxilio de algunos pocos que todavia componian con circunspeccion y escribian con mas pureza. *Rebolledo* no tenia fuerza ni fantasía; y sus escritos no son otra cosa que una prosa rimada : *Esquilache* aunque con alguna mas gracia en los Romances, lamido y amanerado, carecia tambien del espíritu y nervio necesario para composiciones mas altas. *Ulloa* nada hizo bueno sino su Raquel : *Solís* en fin que

se mostró alguna vez poeta en sus comedias, y freqüentemente en su historia; no es mas que un coplero en sus poesías líricas, que ya nadie lee. ¿Cómo pudieran las endebles fuerzas de estos escritores eunúcos levantar el arte del abismo en que se hallaba? Ya no era posible. El mal gusto estaba sancionado y reducido á teoría en la obra extravagante y singular de Gracian *Agudeza y Arte de ingenio*, que es un arte de escribir en prosa y verso, fundado en los principios mas absurdos, y apoyado con exemplos buenos y malos, confundidos entre sí de la manera mas repugnante. Este mismo *Gracian* es el que compuso un poema descriptivo sobre las estaciones con el título de *Selvas del año*; el primero segun creo que se ha escrito en Europa sobre este asunto, y sin duda alguna el peor. Para muestra de su estilo, y de la risible degradacion á que habia llegado la poesía, bastarán los versos siguientes sacados de la entrada del Estio.

Despues que en el celeste anfiteatro
El ginete del dia
Sobre Flegonte toreó valiente
Al luminoso toro,
Vibrando por rejones rayos de oro;
Aplaudiendo sus suertes
El hermoso espectáculo de estrellas,
Turba de damas bellas,
Que á gozar de su talle alegre mora
Encima los balcones de la aurora:
Despues que en singular metamorfosi
Con talones de pluma,
Y con cresta de fuego,
A la gran multitud de astros lucientes,
Gallinas de los campos celestiales,
Presidió gallo el boquirrubio Febo,
Entre los pollos del tindario huevo.

No hay mas que ver, ni mas que decir: to-

do el poema está escrito de este modo bárbaro y ridículo; y es una prueba tan evidente como triste de que ya no quedaban principios ningunos de imitacion ni vestigios de eloqüencia. Los ornatos propios del madrigal y del epigrama pasaron á los generos mayores, y todo se volvió conceptos, retruécanos, equívocos y antítesis. Así acabó la poesía castellana: en su juventud mas tierna la bastaron para adorno las flores del campo con que la habia engalanado Garcilaso: en las buenas composiciones de Herrera y de Rioja se presenta con la ostentacion de una hermosa dama ricamente ataviada: en Balbuena, Jauregui y Lope de Vega, aunque con alguna libertad y abandono, conserva todavia gentileza y hermosura: pero desfiguradas sus formas con las contorsiones á que la obligan Góngora y Quevedo, se abandona despues á la turba de bárbaros que acaban de corromperla. Desde entonces sus movimientos son convulsiones, sus colores postizos, sus joyas piedras falsas y oropel grosero; y vieja y decrépita, no hace mas que delirar puerilmente, secarse y perecer.

ARTÍCULO VI.

Reflexiones generales; restablecimiento del buen gusto.

Si en este estado se echa una ojeada por los pasos que habia dado el arte en poco mas de un siglo que habia tenido de vida, se verá que nada habia dexado por intentar. Estaban traducidos todos, ó buena parte de los autores antiguos, se habian hecho poemas épicos de todas clases, el teatro habia tomado una extension, y presentaba una abundancia, que tuvo

para comunicar de sus riquezas á los extrangeros; la oda en fin en todas sus especies, la égloga, la epístola, la sátira, la poesía descriptiva, el madrigal, el epigrama, todo se habia recorrido y cultivado.

Si esta extension y variedad hacen honor á su flexibilidad, aplicacion y osadía, [illegible] es igual la felicidad de su desempeño en todas partes. Ya en primer lugar las traducciones son casi todas malas ó medianas. ¿Quién puede decir de buena fé que la de la Odisea por *Gonzalo Perez*, la de la Eneida por *Hernandez de Velasco*, la de los Metamorfoseos por *Sigler*, pueden suplir por el original? ¿Quál es el hombre, que teniendo algun gusto en el lenguage poetico, y en la versificacion, puede leer dos páginas de estas versiones, en que los ingenios mayores de la antigüedad están convertidos en copleros triviales sin elegancia y sin armonía? Tenemos un buen número de poemas épicos; y aunque de ellos se pueden entresacar algunos trozos de buena poesía; no hay uno que se pueda mirar como una fábula bien ordenada, y que corresponda en su interes y dignidad á su título y argumento. (*) Es notorio que los defectos de nuestras comedias sobrepujan mucho á sus buenas dotes. Mas felices en los géneros cortos, nuestras odas, elegías, sonetos, romances y letrillas se acercan mas á la perfeccion. Pero aun en estos, ¡qué olvido de decoro, qué desaliño á veces; y á veces qué de pedantismo, y quánto falso gusto no hay que

(*) Los dos poemas epicos castellanos que tienen mejor disposicion, y estan escritos mas correctamente son *La Gatomaquia* y la *Mosquea*: pero no me atrevo á decir, si esto nos debe causar mas satisfaccion que vergüenza.

disimular! En los mejores escritores, en las composiciones mas esmeradas se ofende el espíritu de hallar freqüentemente junto á un acierto un desbarro, junto á una flor una espina.

Una cosa que se extraña en los buenos poetas del siglo XVI. es que su genio poetico no se alzase al nivel de las circunstancias que por todas partes los rodeaban. Las composiciones de Virgilio y de Horacio en Roma correspondian á la dignidad y magestad del imperio. Lucano despues, aunque muy distante de la perfeccion de sus predecesores, conservó en su poema el tono fiero y arrojado, conveniente al asunto que escribia, y al entusiasmo patriótico que le animaba. Dante en su extraño poema se muestra inspirado por todos los sentimientos que el rencor de la faccion, las disensiones civiles y la exâltacion de los ánimos daban de sí. Petrarca, si en sus amores sacrificó á la galanteria de su tiempo, en sus triunfos está el nivel de la altura y de la ilustracion, á que ya iba subiendo entónces el espíritu humano. No así nuestros poetas. Los árabes arrojados de la península; el mundo desdoblado presentando un nuevo emisferio á la fortuna española; nuestras flotas yendo de un extremo al otro del occeano, acompañadas de terror, y volviendo cargadas de las riquezas de oriente y occidente; la religion cristiana desgarrada por la faccion de Lutero; Francia, Holanda, Alemania conmovidas y desoladas con la guerra civil y las disensiones religiosas; la potencia otomana arrollada en las aguas de Lepanto; Portugal cayendo en Africa para despues unirse á Castilla; la espada española agitándolo todo en la tierra por espíritu de heroismo, de religion, de ambicion y de codicia; ¿qué tiem-

po hubo nunca mas lleno de prodigios, ni mas propio para exâltar la fantasía y el ingenio? Y sin embargo las musas castellanas sordas, indiferentes á esta agitacion universal, apenas saben inspirar á sus favoritos otra cosa que moralidades vagas, imágenes campestres, amores y galanteria (*).

La falta de esta especie de grandeza se compensa en parte con una qualidad moral que distingue á aquellos poetas, y los recomienda infinitó. Ni en Garcilaso, ni en Luis de Leon, ni en Francisco de la Torre, ni en Herrera se hallan muestras ningunas de rencor y envidia literaria, de indecencia grosera, ni de adulacion servil y descarada. Las alabanzas que alguna vez tributan al poder, se contienen en aquel justo comedimiento y decoro que las hace tolerables. Hasta que se corrompió el gusto literario, no empezó á manifestarse esta degradacion moral, compuesta de baxeza con los mayores, de insolencia con los iguales, y de olvido de todo respecto hácia el público: vicios harto contagiosos por desgracia, y que disfaman y destruyen la nobleza y dignidad de un arte, que por la naturaleza de su objeto y de sus medios tiene algo de sobrehumano.

No puede negarse á una buena parte de nuestros autores talento admirable, erudicion extensa, y gran manejo en los clásicos antiguos; y sin embargo no es comun en ellos la elegancia sostenida y la perfeccion de gusto, que otros

(*) Tres canciones de Herrera y algun trozo poco importante no son mas que una excepcion de esta idea general. Ni el *Golfo de Lepanto*, ni la *Carolea*, ni la *Austriada*, ni el *Carlo famoso* se acercan con mucho á su argumento. En la *Araucana* misma, si hay algo bien pintado, no son los españoles, son los indios.

autores modernos han bebido en las mismas fuentes. Á esto contribuyeron muchas causas. Una de ellas es que estos poetas comunicaban poco entre sí: faltaba un centro comun de urbanidad y de gusto; una legislacion literaria, que trazase la línea entre la hinchazon y la grandeza, la exâgeracion y la fuerza, la afectacion y la elegancia. Las universidades donde habia mas conocimientos, no podian serlo por la naturaleza de sus estudios, mas escolásticos que amenos. La corte donde se perfecciona mas pronto el espíritu de sociedad y de concurrencia, hubiera sido mas á proposito; pero vagante con Cárlos V, severa y melancólica con Felipe II, no dió hasta Felipe III al talento poético la atencion necesaria para perfeccionarse; y ya entónces, y mucho mas en tiempo de su sucesor, el gusto estaba estragado, y la proteccion y aficion de los príncipes y grandes no podia hacer otra cosa que autorizar la corrupcion. En suma faltó en España una corte como la de Augusto, la de Leon X, la de los Duques de Ferrara, la de Luis XIV, donde la buena y delicada conversacion, la aficion á las musas, la cultura y elegancia, y otras circunstancias felices contribuyeron poderosamente á la perfeccion de los grandes escritores que vivian en ellas.

Otra causa es el lugar secundario que tenia la poesía en muchos de los que la cultivaban. Hacian versos para distraerse de otras ocupaciones mas serias, y el que hace versos para divertirse, no es por lo comun muy cuidadoso de la eleccion de asunto, ni muy esmerado en la execucion. ¡Suerte fatal, que ha cabido entre nosotros á la mas bella y mas dificil de todas las artes! La poesía que es una diversion y entretenimiento para los que la disfrutan, debe

ser una ocupacion muy seria y casi exclusiva para los que la profesan, si aspiran á tener un lugar distinguido en la reputacion. Quando se considera que Homero, Sófocles, Virgilio, Horacio, Taso, Racine, Pope y otros pocos mas han sido los mas grandes poetas y los mas laboriosos; no debe extrañarse que se hayan quedado tan detras de ellos los que, aun suponiéndoles igual talento, no los han igualado ni en aplicacion ni en constancia.

A este mal se añadió otro peor, nacido en gran parte de la misma causa. Muy pocos de nuestros buenos poetas publicaron sus obras en vida. Garcilaso, Luis de Leon, Francisco de la Torre, Herrera, los Argensolas, Quevedo y otros han sido dados á luz despues de su muerte por sus herederos y amigos, con mas ó ménos inteligencia. ¡Quánto no hubieran ellos desechado de lo que se publicó con su nombre, quantas correcciones no hubieran hecho en lo escogido, y quantos lunares de desaliño, de mal gusto y de obscuridad no hubieran hecho desaparecer!

Pero aun quando por este motivo no les sea tan imputable la falta de perfeccion, no por eso dexa de ser cierta. Ella ha dado motivo á la contrariedad de opiniones sobre el mérito de nuestros poetas antiguos, á quienes algunos reputan como modelos excelentes, mientras que otros los desprecian hasta el punto de creerlos indignos de leerse. En esto, como en todo, la parcialidad y las pasiones suelen llevar á los críticos mas allá del término que prescriben la verdad y la justicia; y ensalzar ó deprimir á los muertos, no viene á ser en ellos otra cosa, que una manera indirecta de ensalzar ó deprimir á los vivos. Mas aun prescindiendo de esta circunstancia; puede decirse que esta enor-

me diferencia nace del diverso punto que se toma para la comparacion. Cotejados Leon, Garcilaso, Herrera, Rioja y otros pocos con las extravagancias monstruosas que Góngora y Quevedo introduxeron y autorizaron, no hay duda que los primeros deben parecer escritores clásicos, perfectos, dignos de imitarse y de seguirse: pero si á estos mismos se los compara con los grandes autores de la antigüedad, ó con los pocos modernos que se han acercado á ellos, ó los han excedido; viene ya á descubrirse la razon porque muchos los tratan con el excesivo rigor que se ha indicado. Yo, sin pretender dar por regla mi opinion particular, y juzgando por el efecto que en mí hace su lectura, diria que aunque contemplo nuestras poesías antiguas á bastante distancia de la perfeccion, todavia sin embargo producen en mi espíritu y en mi oido el placer suficiente para disimular en gracia suya los descuidos y lunares que encuentro. Me atreveria tambien á decir, que si nuestros poetas hubieran cultivado los géneros grandes de la poesía, la epopeya y y el drama, con el esmero y felicidad que la oda y demas géneros cortos; podriamos estar contentos del lote que nos cabia en esta amena parte de literatura. Añadiré en fin, que á mi juicio es absolutamente necesario leer y estudiar á estos poetas para aprender la pureza, la propiedad y la índole de la lengua, y para formar el gusto y el oido en el número y fluidez de los versos, y en la estructura del periodo poético castellano. No seria dificil, ni quizá fuera de propósito, manifestar en nuestras composiciones modernas el influxo que ha tenido en sus autores la admiracion exclusiva, ó el desprecio exâgerado de los padres de la poesía española; pero estas aplicaciones, necesa-

riamente odiosas, no entran ni en mi carácter ni en mis principios.

Sepultada la poesía castellana entre las ruinas donde se hundieron las otras artes, las ciencias y el poder en los tiempos de Cárlos II, volvió á renacer hácia la mitad del siglo pasado, por los laudables esfuerzos de algunos literatos, que se dedicaron todos al restablecimiento de los buenos estudios. La principal gloria de esta revolucion feliz se debe á *D. Ignacio de Luzan*, que no contento con señalar la senda del buen gusto en su *Poetica* publicada en 1737, dió tambien el exemplo de marchar por ella con los buenos rasgos poeticos que se leen en las pocas composiciones que de él se han publicado. Su poesía, como la de todos los preceptistas, se recomienda mas por la nobleza, la circunspeccion y el decoro, que por la elevacion y la osadía; pero su memoria será para siempre respetable como la del restaurador de nuestro Parnaso. Siguieronle otros ingenios en la misma carrera: *el Conde de Torrepalma*, cuyo *Deucalion* á pesar de algunos resabios de hinchazon y cultismo que conserva todavia, es uno de los trozos de poesía descriptiva mas sostenidos y valientes que hay en castellano: *D. Josef Porcel* autor de unas églogas venatorias muy alabadas de todos sus contemporaneos; pero que no he leido, ni sé si llegaron á publicarse: *D. Agustin Montiano*, hombre docto y de buen gusto, bien que escaso de imaginacion y de ingenio: *D. Nicolás de Moratin*, poeta dotado de fantasia viva y flexible y de expresion original y robusta; que toda su vida estuvo luchando con infatigable ardor á favor de los principios y de las buenas reglas del componer; en fin, *Don Joséf Cadalso*, en quien revivió la Anacreóntica al cabo de siglo

y medio que estaba enterrada con Villegas. En este escritor festivo y ameno es en quien se terminan los ensayos y esfuerzos para restablecer el arte. Desde entónces empieza una nueva época en la poesía castellana, con otro fondo, otro caracter, otros principios, y aun puede decirse que con otros modelos: época cuya descripcion y juicio no pertenecen á mi plan; y que la posteridad sabrá hacer con mas justicia, autoridad y decoro, que el que se supone generalmente en un contemporáneo.

ERRATAS

en la Introduccion.

PAG.	LIN.	DICE	LEASE.
16.	15.	yermos	*yernos*
52.	28.	muchos de los cuentos	*muchos pasages de los cuentos*
53.	ult.	lises.	*lises,*
64.	18.	viejo.	*viejo;*

Arch.d Murray

MUESTRAS

DE LA POESÍA CASTELLANA

EN EL SÍGLO XV.

DE JUAN DE MENA. *

MUERTE DEL CONDE DE NIEBLA.
Laberinto. Orden de Marte. Copla 160.

Aquel que en la barca parece sentado
Vestido en engaño de las bravas ondas,
En aguas crueles ya mas que no hondas
Con mucha gran gente en la mar anegado,
Es el valiente, no bien fortunado,
Muy virtuoso, perinclito Conde
De Niebla, que todos sabeis bien adonde
Dió fin al dia del curso hadado.
Y los que lo cercan por el derredor,
Puesto que fuesen magnificos hombres,
Los titulos todos de todos sus nombres
El nombre les cubre de aquel su señor:
Que todos los hechos que son de valor,
Para se mostrar por sí cada uno
Quando se juntan y van de consuno
Pierden el nombre delante el mayor.
Arlanza, Pisuerga, y aun Carrion,
Gozan de nombres de rios, empero

* Cordobés: murió en 1456.

Despues de juntados llamámoslos Duero,
Hacemos de muchos una relacion:
Oye por ende pues la perdicion
De solo el buen Conde sobre Gibraltar;
Su muerte llorada de digno llorar
Provoque tus ojos á lamentacion.

En la su triste hadada partida
Por muchas señales que los marineros
Han por auspicios y malos agüeros
Le fué denegado hacer su venida:
Los quales veyendo con voz dolorida
El cauto maestro de toda su flota,
Al Conde amonesta del mal que denota
Porque la via fuese resistida.

Ca he visto, dice, señor, nuevos yerros
La noche pasada hacer los planetas,
Con crines tendidos arder los cometas,
Y dar nueva lumbre las armas y hierros:
Ladrar sin herida los canes y perros,
Triste presagio hacer de peleas
Las aves nocturnas y las funereas
Por las alturas, collados y cerros.

Ví que las guminas gruesas quebraban
Quando las áncoras quise levantar;
Y ví las antenas por medio quebrar,
Aunque los carbasos no desplegaban;
Los masteles fuertes en calma temblaban,
Los flacos triquetes con la su mezana
Ví levantarse, no de buena gana,
Quando los vientos se nos convidaban.

En la partida del resto Troyano
De aquella Carthago del Byrseo muro,

El voto prudente del buen Palinuro:
Toda la flota loó de mas sano:
Tanto que quiso el rey muy humano,
Desque lo vido llegar á Acheronte
Con Leucaspis á cerca de Oronte
En el Averno tocarle la mano.

Ya pues si se debe en este gran lago
Guiarse la flota por dicho del sage;
Vos dexáredes aqueste viage
Hasta ver dia no tan aciago:
Las deidades llevar por halago
Debedes, pues veis señales de plaga,
No dedes causa á Gibraltar, que haga
En sangre de reyes dos veces estrago.

El Conde que nunca de las abusiones
Creía, ni menos de tales señales,
Dixo, ni apruebo por muy naturales,
Maestro, ninguna de aquestas razones;
Las que me dices ni bien perfeciones,
Ni veras pronosticas son de verdad,
Ni los indicios de la tempestad
No vemos fuera de sus opiniones.

Aun si yo viera la ménstrua luna
Con cuernos obscuros mostrarse fuscada,
Muy rubicunda y muy colorada
Temiera que vientos nos diera fortuna.
Si Phebo dexada la Delia cuna
Igneó lo vieramos ó turbulento,
Temiera yo pluvias mezcladas con viento;
En otra manera no sé que repugna.

Ni veo tampoco que vientos delgados
Muevan los ramos de nuestra montaña,

Ni fieren las ondas con su nueva saña
La playa con golpes mas demasiados;
Ni veo delphines de fuera mostrados,
Ni los marinos volar á lo seco,
Ni los caystros hacer nuevo trueco,
Dexar las lagunas por ir á los prados.
  Ni baten las alas ya los alciones,
Ni tientan jugando de se rociar,
Los quales amansan la furia del mar
Con sus cantares y lánguidos sones,
Y dan á sus hijos contrarias sazones
Nido en invierno con nueva pruina,
Do puestos acerca la costa marina
En un semilunio les dan perfecciones.
  Ni la corneja no anda señera
Por el arena seca paseando,
Con su cabeza su cuerpo bañando
Por preocupar la lluvia que espera,
Ni vuela la garza por alta manera,
Ni sale la fúlica de la marina
Contra los prados, ni va ni declina
Como en los tiempos adversos hiciera.
  Desplega las velas pues ¿ya qué tardamos?
Y los de los barcos levanten los remos
Á vueltas del tiempo mejor que perdemos,
No los agüeros, los hechos sigamos:
Y pues una empresa tan santa levamos,
¿Quál otra en el mundo podrá ser alguna?
Presuma de vos y en mí la fortuna,
No que nos fuerza, mas qué la forzamos.
  Tales palabras el Conde decia,
Que obedecieron al su mandamiento,

Y dieron las velas infladas al viento,
No padesciendo tardanza la via:
Segun la fortuna lo ya disponia,
Llegaron acerca de la fuerte villa
El Conde con toda su rica quadrilla
Que por el agua su flota seguia.

Con la bandera del Conde tendida
Ya por la tierra su hijo viniera
Con mucha mas gente que el padre le diera
Bien á caballo y á punto guarnida;
Porque á la hora que fuese la grida,
Subitamente en el mesmo desate
Por ciertos lugares oviese combate
La villa que estaba desapercibida.

El Conde y los suyos tomaron la tierra,
Que estaba entre el agua y el borde del muro,
Lugar que en menguante es seco y seguro,
Mas con la cresciente del todo se cierra:
Quien llega mas tarde presume que yerra,
La pavesada ya junta á las alas,
Levantan los trozos, crescen las escalas,
Crescen las artes mañosas de guerra.

Los Moros veyendo crescer los engaños,
Y viéndose todos cercados por artes,
Y combatidos por tantas de partes,
Allí socorriendo do ya han mas daños,
Y con necesarios dolores extraños
Resisten sus sañas las fuerzas agenas,
Y lanzan los cantos desde las almenas,
Y botan los otros que no son tamaños.

Bien como médico mucho famoso,
Que trae el estilo por mano seguido,

En cuerpo de golpes diversos herido
Luego socorre á lo mas peligroso;
Así aquel pueblo maldito sañoso
Sintiendo mas daño de parte del Conde,
Con todas sus fuerzas juntando responde
Allí do el peligro más era dañoso.
 Allí disparaban lombardas y truenos,
Y los trabucos tiraban ya luego
Piedras y dardos y hachas de fuego,
Con que los nuestros hacian ser menos:
Algunos de moros tenidos por buenos
Lanzan temblando las sus azagayas,
Pasan las lindes, palenques y rayas,
Doblan sus fuerzas con miedos agenos.
 Mientra morian y mientra mataban
De parte del agua ya crecen las ondas,
Y cobran los mares soberbias y ondas
Los campos que ante los muros estaban:
Tanto, que los que de allí peleaban,
Á los navíos si se retraían
Las aguas crescidas les ya defendian
Tornar á las fustas que dentro dexaban.
 Con peligrosa y vana fatiga
Pudo una barca tomar á su Conde,
La qual le levára seguro, si donde
Estaba, bondad no fuera enemiga:
Padece tardanza, si quies que lo diga,
De los que quedan y irlo veían,
Y otros que ir con él no podian,
Presume qué voz doliente sería.
 Entrando tras él por el agua decian,
Magnífico Conde, ¿y cómo nos dexas?

Nuestras finales y ultimas quejas
En tu presencia favor nos serían:
Las aguas las vidas ya nos desafian,
Si tú no nos puedes prestar el vivir,
Danos linage mejor de morir,
Daremos las manos á mas que debian.
Ó volveremos á ser sometidos
Á aquellos adarves maguer no debamos,
Porque los tuyos muriendo podamos
Ser dichos muertos, mas nunca vencidos;
Solo podremos ser redargüidos
De temeraria y loca osadía,
Mas tal infamia mejor nos sería
Que no so las aguas morir sepelidos.
Hicieron las voces al Conde á deshora
Volver la su barca contra las saetas
Y contra las armas de los mahometas,
Ca fué de temor piedad vencedora:
Habia fortuna dispuesto la hora,
Y como los suyos comienzan á entrar
La barca con todos se ovo de anegar
De peso tamaño no sostenedora.
Los míseros cuerpos ya no respiraban
Mas so las aguas andaban ocultos,
Dando y trayendo mortales singultos
De agua la hora que mas anhelaban:
Las vidas de todos así litigaban,
Que aguas entraban do almas salian,
La pérfida entrada las aguas querian
La dura salida las almas negaban.
¡Ó piedad fuera de medida!
¡Ó ínclito Conde! quisiste tan fuerte

Tomar con los tuyos en antes la muerte
Que con tu hijo gozar de la vida:
Si fe á mis versos es atribuida,
Jamas la tu fama, jamas la tu gloria
Darán en los siglos eterna memoria,
Será la tu muerte por siempre plañida.

DEL MISMO.

MUERTE DE LORENZO DAVALOS.
Laberinto. Orden de Marte. Copla 201.

Aquel que allí ves al cerco trabado
Que quiere subir y se halla en el ayre,
Mostrando en su rostro doblado donayre
Por dos deshonestas feridas llagado,
Es el valiente, no bien fortunado,
Muy virtuoso mancebo Lorenzo,
Que hizo en un dia su fin y comienzo,
Aquel es el que era de todos amado.
Él mucho querido del señor Infante
Que siempre le fuera señor como padre,
Él mucho llorado de la triste madre,
Que muerto ver pudo tal hijo delante.
¡O dura fortuna, cruel, tribulante!
Por ti se le pierden al mundo dos cosas,
Las vidas y lágrimas tan piadosas
Que ponen dolores de espada tajante.
Bien se mostraba ser madre en el duelo
Que hizo la triste despues que ya vido
El cuerpo en las andas sangriento tendido

De aquel que criára con tanto desvelo:
Ofende con dichos crueles al cielo,
Con nuevos dolores su flaca salud,
Y tantas angustias roban su virtud
Que cae la triste muerta por el suelo.

Rasga con uñas crueles su cara,
Hiere sus pechos con mesura poca,
Besando á su hijo la su fria boca
Maldice las manos de quien lo matára;
Maldice la guerra do se comenzára,
Busca con ira crueles querellas,
Niega á sí mesma reparo de aquellas,
Y tal como muerta viviendo se para.

Decia llorando con lengua rabiosa:
Ó matador de mi hijo cruel,
Matáras á mí, dexáras á él,
Que fuera enemiga no tan porfiosa;
Fuera á la madre muy mas digna cosa,
Para quien mata llevar menos cargo,
Y no te mostráras á él tan amargo,
Ni triste dexáras á mí querellosa.

Si antes la muerte me fuera ya dada,
Cerrára mi hijo con éstas sus manos
Mis ojos delante de los sus hermanos,
É yo no muriera mas de una vegada;
Moriré así muchas desaventurada,
Que sola padezco lavar sus heridas,
Con lágrimas tristes y no gradecidas,
Maguer que lloradas por madre cuitada.

Así lamentaba la pia matrona, &c.

DEL MARQUES DE SANTILLANA. *

CANCION.

Querella de Amor.

Ya la gran noche pasaba
É la luna se escondia:
La clara lumbre del dia
Radiante se monstraba:
Al tiempo que reposaba
De mis trabajos é pena
Oi triste cantilena
Que tal cancion pronunciaba.
Amor cruel é brioso,
Mal haya la tu alteza,
Pues no faces igualeza
Seyendo tan poderoso.
Desperté como espantado,
É miré donde sonaba
El que damor se quejaba
Bien como damnificado:
Ví un hombre ser llagado
De gran golpe de una flecha,
É cantaba tal endecha

* Nació en Carrion de los Condes año de 1398, y murió en 1458 en Guadalaxara.

Con semblante atribulado:
De ledo que era, triste,
¡Ay amor! tú me tornaste,
La hora que me tiraste
La señora que me diste.
Pregunté ¿por qué facedes,
Señor, tan esquivo duelo,
Ó si puede haber consuelo
La cuita que padescedes?
Respondióme, non curedes,
Señor, de me consolar,
Ca mi vida es querellar
Cantando así como vedes.
Pues me fallesció ventura
En el tiempo del placer,
Non espero haber folgura
Mas por siempre entristecer.
Dixele: segunt paresce
El dolor que vos aqueja
Es alguna que vos dexa
É de vos no se adolesce.
Respondióme: quien padesce
Cruel plaga por amar,
Tal cancion debe cantar
Jamas pues le pertenesce.
Cativo de miña tristura
Ya todos prenden espanto
É preguntan, ¿qué ventura
Es que matormenta tanto?
Dixele, non vos quexedes
Que non sois vos el primero,
Nin sereis el postrimero

Que saben del mal que avedes.
Respondióme : fallaredes
Que mi cuita es tan esquiva,
Que jamas en quanto viva
Cantaré, segunt veredes.
Pero te sirvo sin arte:
¡Ay amor, amor, amor!
Gran cuita de mí nunca se parte.
¿Non puede ser al sabido
Repliqué, de vuestro mal,
Nin de la causa especial
Por qué así fuistes ferido?
Respondió : trueque y olvido
Me fueron así ferir,
Por do me convien decir
Este cantar dolorido.
Crueldad, é trocamento
Con tristeza me conquiso;
Pues me lexa quien me priso,
Ya non sey amparamento.
Su cantar ya non sonaba
Segunt antes, nin se oia,
Mas manifiesto se via
Que la muerte lo aquejaba:
Pero jamas non cesaba,
Nin cesó con grant quebranto
Este dolorido canto
Á la sazon que espiraba:
Pois placer non poso haber
Á meu querer degradado;
Seray morrer, mas non ver
Meu bien perder coitado.

Por ende quien me creyere
Castigue en cabeza agena,
É no entre tal cadena
Do no salga si quisiere.

SONETO *

Del mismo.

Lejos de vos, é cerca de cuidado,
Pobre de gozo, é rico de tristeza,
Fallido de reposo, é abastado
De mortal pena, congoja é graveza;
Desnudo de esperanza, é abrigado
De inmensa cuita, é visto d' aspereza,
La mi vida me huye mal mi grado,
La muerte me persigue sin pereza.
Ni son bastantes á satisfacer
La sed ardiente de mi gran deseo
Tajo al presente, ni á me socorrer
La enferma Guadiana, ni lo creo:
Solo Guadalquivir tiene poder
De me sanar, é solo aquel deseo.

* Se pone este soneto no tanto por su mérito, como por ser la prueba mas convincente de haberse conocido entre nosotros el verso endecasílabo antes de que le introduxese Boscan.

DEL MISMO.

Letrilla.

Moza tan fermosa
Non ví en la frontera
Como una vaquera
De la Finojosa.
Faciendo la via
De Calateveño
Á Santa María,
Vencido del sueño
Por tierra fragosa
Perdí la carrera,
Do ví la vaquera
De la Finojosa.
En un verde prado
De rosas é flores
Guardando ganado
Con otros pastores
La ví tan fermosa,
Que apenas creyera
Que fuese vaquera
De la Finojosa.
Non creo las rosas
De la primavera
Sean tan fermosas
Nin de tal manera,
Fablando sin glosa
Si antes supiera
Daquella vaquera

De la Finojosa.
  Non tanto mirára
Su mucha beldad
Porque me dexára
En mi libertad.
Mas dixe, donosa,
Por saber quién era
Aquella vaquera
De la Finojosa.

DE DON JORGE MANRIQUE. *

COPLAS

Á la muerte de su padre el Maestre Don Rodrigo.

Recuerde el alma adormida,
Avive el seso y despierte,
Contemplando
Como se pasa la vida,
Como se viene la muerte,
Tan callando.
Quan presto se va el placer,
Como despues de acordado,
Da dolor;
Como á nuestro parecer
Qualquiera tiempo pasado,
Fué mejor.
  Y pues vemos lo presente,

* Murió en 1479.

Como en un punto se es ido,
Y acabado;
Si juzgamos sabiamente;
Daremos lo no venido,
Por pasado.
No se engañe nadie, no,
Pensando que ha de durar
Lo que espera
Mas que duró lo que vió;
Porque todo ha de pasar,
Por tal manera.
Nuestras vidas son los rios,
Que van á dar en la mar,
Que es el morir:
Allí van los señoríos
Derechos á se acabar,
Y consumir:
Allí los rios caudales,
Allí los otros medianos
Y mas chicos,
Allegados son iguales,
Los que viven por sus manos,
Y los ricos.
Dexo las invocaciones
De los famosos Poetas
Y Oradores,
No curo de sus ficiones,
Que traen yerbas secretas,
Sus sabores:
Á aquel solo me encomiendo,
Aquel solo invocó yo,
De verdad,

Que en este mundo viviendo,
El mundo no conoció,
Su deidad.
Este mundo es el camino
Para el otro que es morada
Sin pesar;
Mas cumple tener buen tino,
Para andar esta jornada
Sin errar.
Partimos quando nascemos,
Andamos mientras vivimos,
Y allegamos
Al tiempo que fenescemos;
Así que quando morímos,
Descansamos.
Este mundo bueno fué,
Si bien usásemos del,
Como debemos;
Porque segun nuestra fé
Es para ganar aquel,
Que atendemos.
Y aun el Hijo de Dios
Para subirnos al cielo,
Descendió
Á nacer acá entre nos,
Y vivir en este suelo,
Do murió.
Ved de quan poco valor
Son las cosas tras que andamos,
Y corremos
En este mundo traydor;
Que aun primero que muramos

Las perdemos.
Dellas deshace la edad,
Dellas casos desastrados,
Que acaescen,
Dellas por su calidad
En los mas altos estados,
Desfallecen.
 Decidme, ¿la hermosura,
La gentil frescura y tez
De la cara,
La color y la blancura,
Quando viene la vejez,
Qué se pára?
Las mañas y ligereza,
Y la fuerza corporal
De juventud,
Todo se torna graveza,
Quando llega al arrabal
De senetud.
 ¿Pues la sangre de los Godos,
El linage y la nobleza,
Tan crecida;
Por quantas vias y modos,
Se pierde de su alteza,
En esta vida?
Unos por poco valer,
¡Por quán baxos y abatidos
Que los tienen!
Otros que por no tener,
Con oficios no debidos,
Se mantienen.
 Los estados y riqueza,

Que nos dexan á deshora,
¿Quién lo duda?
No les pidamos firmeza,
Porque son de una señora
Que se muda:
Que bienes son de fortuna,
Que revuelve con su rueda
Presurosa,
La qual no puede ser una,
Ni ser estable, ni queda
En una cosa.
Pero digo que acompañen,
Y lleguen hasta la huesa
Con su dueño;
Por eso no nos engañen,
Que se va la vida apriesa
Con su dueño.
Y los deleytes de acá
Son en que nos deleytamos
Temporales,
Y los tormentos de allá,
Que por ellos esperamos,
Eternales.
Los placeres y dulzores
De esta vida trabajada
Que tenemos,
¿Qué son sino corredores,
Y la muerte es la celada,
En que caemos?
No mirando á nuestro daño
Corremos á rienda suelta,
Sin parar:

Desque vemos el engaño,
Y queremos dar la vuelta,
No hay lugar.
Si fuése en nuestro poder
Tornar la cara hermosa,
Corporal,
Como podemos hacer
El alma tan gloriosa
Angelical;
¿Qué diligencia tan viva,
Tuvieramos toda hora,
Y tan presta,
En componer la captiva,
Dexándonos la señora
Descompuesta?
Estos Reyes poderosos
Que vemos por escrituras
Ya pasadas,
Con casos tristes llorosos,
Fueron sus buenas venturas,
Trastornadas.
Así no hay cosa tan fuerte,
Que á Papas y Emperadores
Y Prelados,
Así los trata la muerte,
Como á los pobres pastores
De ganados.
Dexemos á los Troyanos,
Que sus males no los vimos
Ni sus glorias:
Dexemos á los Romanos,
Aunque oimos y leimos

Sus historias.
No curemos de saber
Lo de aquel siglo pasado:
¿Qué fué de ello?
Vengamos á lo de ayer,
Que tambien es olvidado
Como aquello.

¿Qué se hizo el Rey Don Juan,
Los Infantes de Aragon,
Qué se hicieron?
¿Qué fué de tanto galan,
Qué fué de tanta invencion,
Como traxéron?
Las justas y los torneos,
Paramentos, bordaduras
Y cimeras
Fueron sino devaneos,
¿Qué fueron sino verduras
De las eras?

¿Qué se hicieron las damas,
Sus tocados, sus vestidos,
Sus olores?
¿Qué se hicieron las llamas
De los fuegos encendidos
De amadores?
¿Qué se hizo aquel trobar,
Las músicas acordadas,
Que tañian?
¿Qué se hizo aquel danzar,
Aquellas ropas chapadas,
Que traian?

Pues el otro su heredero

Don Henrique, ¿qué poderes
Alcanzaba?
¡Quán blando, quán halaguero
El mundo con sus placeres
Se le daba!
Mas verás quán enemigo,
Quán contrario, quán cruel
Se monstró;
Habiéndole sido amigo,
¡Quán poco duró con él
Lo que dió!
  Las dádivas desmedidas,
Los edificios Reales
Llenos de oro,
Las baxillas tan febridas,
Los Henriques y reales
Del tesoro,
Los jaeces y caballos
De su gente y atavíos,
Tan sobrados,
¿Dónde iremos á buscallos?
¿Qué fueron sino rocíos
De los prados?
  Pues su hermano el inocente,
Que en su vida sucesor
Se llamó,
¿Qué Corte tan excelente
Tuvo, y quánto gran Señor,
Que lo siguió?
Mas como fuese mortal,
Metiólo la muerte luego
En su fragua.

¡Ó juicio divinal!
Quando mas ardia el fuego
Echaste el agua.
Pues aquel gran Condestable,
Maestre que conocimos
Tan privado,
No cumple que del se hable,
Sino solo que lo vimos
Degollado.
Sus infinitos tesoros,
Sus villas y sus lugares,
Y su mandar
¿Qué le fueron, sino lloros,
Qué fueron, sino pesares
Al dexar?
Pues los otros dos hermanos
Maestres tan prosperados
Como Reyes,
Á los Grandes y medianos
Traxeron muy sojuzgados
Á sus leyes.
Aquella prosperidad,
Que tan alta fué subida
Y ensalzada,
¿Qué fué sino claridad,
Que quando mas encendida
Fué amatada?
Tantos Duques excelentes,
Tantos Marqueses y Condes
Y Barones
Como vimos tan potentes
Di, muerte, ¿dó los escondes

Y traspones?
Y sus muy claras hazañas,
Que hicieron en las guerras
Y en las paces,
Quando tú, cruel, te enseñas,
Con tus fuerzas las aterras
Y deshaces.
Las huestes innumerables,
Los pendones, estandartes
Y banderas,
Los castillos impunables,
Los muros, y baluartes
Y barreras,
La cava honda chapada,
Ó qualquier otro reparo
¿Qué aprovecha?
Que si tú vienes ayrada,
Todo lo pasas de claro
Con tu flecha.
Aquel de buenos abrigo,
Amado por virtuoso
De la gente,
El Maestre Don Rodrigo
Manrique tan famoso
Y tan valiente,
Sus grandes hechos y claros,
No cumple que los alabe
Pues los vieron;
Ni los quiero hacer caros,
Pues el mundo todo sabe
Quales fueron.
Amigo de sus amigos,

¡Qué Señor para criados
Y parientes!
¡Qué enemigo de enemigos!
¡Qué maestro de esforzados
Y valientes!
¡Qué seso para discretos!
¡Qué gracia para donosos!
¡Qué razon!
Muy benigno á los sugetos,
Y á los bravos y dañosos
Un leon, &c.

SIGLO XVI.

POESÍAS DE GARCILASO.

ÉGLOGA PRIMERA.

Salicio, Nemoroso, Poeta.

POETA.

El dulce lamentar de dos pastores
Salicio juntamente y Nemoroso
He de cantar sus quejas imitando;
Cuyas ovejas al cantar sabroso
Estaban muy atentas, los amores,
De pacer olvidadas, escuchando.
Tú, que ganaste obrando
Un nombre en todo el mundo,
Y un grado sin segundo;
Agora estés atento, solo y dado,
Al ínclito gobierno del Estado,
Albano; agora vuelto á la otra parte
Resplandeciente, armado,
Representando en tierra al fiero Marte.
Agora de cuidados enojosos
Y de negocios libre por ventura,
Andes á caza el monte fatigando

En ardiente ginete que apresura
El curso tras los ciervos temerosos,
Que en vano su morir van dilatando;
Espera que en tornando
Á ser restituido
Al ocio ya perdido,
Luego verás exercitar mi pluma
Por la infinita inumerable suma
De tus virtudes y famosas obras,
Antes que me consuma
Faltando á ti, que á todo el mundo sobras.
En tanto que este tiempo que adivino,
Viene á sacarme de la deuda un dia;
Que se debe á tu fama y á tu gloria;
Que es deuda general no solo mia,
Mas de qualquier ingenio peregrino,
Que celebra lo digno de memoria;
El arbol de vitoria,
Que ciñe estrechamente
Tu gloriosa frente
Dé lugar á la yedra, que se planta
Debaxo de tu sombra y se levanta
Poco á poco arrimada á tus loores;
Y en quanto esto se canta,
Escucha tú el cantar de mis pastores.
Saliendo de las ondas encendido
Rayaba de los montes el altura
El sol, quando Salicio recostado
Al pie de un alta haya en la verdura;
Por donde un agua clara con sonido
Atravesaba el verde y fresco prado:
Él con canto acordado

Al rumor que sonaba
Del agua que pasaba,
Se quejaba tan dulce y blandamente,
Como si no estuviera de allí ausente
La que de su dolor culpa tenia;
Y así como presente
Razonando con ella le decia:

SALICIO.

¡Ó mas dura que marmol á mis quejas,
Y al encendido fuego en que me quemo
Mas helada que nieve Galatea!
Estoy muriendo ; y aun la vida temo;
Témola con razon , pues tú me dexas,
Que no hay sin ti el vivir para que sea.
Vergüenza he que me vea
Ninguno en tal estado
De ti desamparado;
Y aun de mí mismo yo me corro agora.
¿De un alma te desdeñas ser señora
Donde siempre moraste , no pudiendo
Della salir un hora?
Salid sin duelo , lágrimas , corriendo.
El sol tiende los rayos de su lumbre
Por montes y por valles despertando
Las aves , animales y la gente:
Qual por el ayre claro va volando,
Qual por el verde prado ó alta cumbre
Paciendo va segura y libremente,
Qual con el sol presente
Va de nuevo al oficio,
Y al usado exercicio
Do su natura ó menester le inclina:

Siempre está en llanto esta ánima mezquina
Quando la sombra el mundo va cubriendo,
Ó la luz se avecina:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Y tú de esta mi vida ya olvidada,
Sin mostrar un pequeño sentimiento
De que por ti Salicio triste muera,
Dexas llevar, desconocida, al viento
El amor y la fe, que ser guardada
Eternamente solo á mí debiera:
¡Ó Dios! ¿por qué siquiera,
Pues ves desde tu altura
Esta falsa perjura
Causar la muerte de un estrecho amigo,
No recibe del cielo algun castigo?
Si en pago del amor yo estoy muriendo,
¿Qué hará el enemigo?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Por ti el silencio de la selva umbrosa,
Por ti la esquividad y apartamiento
Del solitario monte me agradaba:
Por ti la verde yerba, el fresco viento
El blanco lirio y colorada rosa
Y dulce primavera deseaba:
¡Ay quanto me engañaba!
¡Ay quan diferente era,
Y quan de otra manera
Lo que en tu falso pecho se escondia!
Bien claro con su voz me lo decia
La siniestra corneja repitiendo
La desventura mia:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¡Quántas veces durmiendo en la floresta
Reputandolo yo por desvarío
Ví mi mal entre sueños desdichado!
Soñaba que en el tiempo del estío
Llevaba por pasar allí la siesta
Á beber en el Tajo mi ganado:
Y despues de llegado,
Sin saber de qual arte
Por desusada parte
Y por nuevo camino el agua se iba;
Ardiendo yo con la calor estiva,
El curso enagenado iba siguiendo
Del agua fugitiva:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Tu dulce habla en cuya oreja suena?
¿Tus claros ojos á quién los volviste?
¿Por quién tan sin respeto me trocaste?
¿Tu quebrantada fe do la pusiste?
¿Qual es el cuello que como en cadena
De tus hermosos brazos añudaste?
No hay corazon que baste
Aunque fuese de piedra,
Viendo mi amada yedra,
De mí arrancada, en otro muro asida,
Y mi parra en otro olmo entretegida,
Que no se esté con llanto deshaciendo
Hasta acabar la vida:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Qué no se esperará de aquí adelante
Por dificil que sea y por incierto,
Ó qué discordia no será juntada?
¿Y juntamente qué terná por cierto,

Ó que de hoy mas no temerá el amante
Siendo á todo materia por ti dada?
Quando tú enagenada
De mí cuitado fuiste,
Notable causa diste,
Y exemplo á todos quantos cubre el cielo.
Que el mas seguro tema con rezelo
Perder lo que estuviere poseyendo.
Salid fuera sin duelo,
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Materia diste al mundo de esperanza
De alcanzar lo imposible y no pensado,
Y de hacer juntar lo diferente;
Dando á quien diste el corazon malvado,
Quitandolo de mí con tal mudanza
Que siempre sonará de gente en gente.
La cordera paciente
Con el lobo hambriento
Hará su ayuntamiento,
Y con las simples aves sin ruido
Harán las bravas sierpes ya su nido:
Qué mayor diferiencia comprehendo
De ti al que has escogido:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Siempre de nueva leche en el verano
Y en el invierno abundo; en mi majada
La manteca y el queso está sobrado;
De mi cantar pues yo te ví agradada
Tanto, que no pudiera el Mantuano
Titiro ser de ti mas alabado:
No soy, pues, bien mirado,
Tan disforme ni feo,

Que aun agora me veo
En esta agua que corre clara y pura;
Y cierto no trocára mi figura
Con ese que de mí se está riendo:
Trocára mi ventura,
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
¿Cómo te vine en tanto menosprecio?
¿Cómo te fuí tan presto aborrecible?
¿Cómo te faltó en mí el conocimiento?
Si no tuvieras condicion terrible,
Siempre fuera tenido de ti en precio
Y no viera este triste apartamiento.
¿No sabes que sin cuento
Buscan en el estío
Mis ovejas el frio
De la sierra de Cuenca y el gobierno
Del abrigado Estremo en el invierno?
¿Mas qué vale el tener, si derritiendo
Me estoy en llanto eterno?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Con mi llorar las piedras enternecen
Su natural dureza, y la quebrantan;
Los árboles parece que se inclinan;
Las aves que me escuchan quando cantan
Con diferente voz se condolecen
Y mi morir cantando me adivinan,
Las fieras que reclinan
Su cuerpo fatigado
Dexan el sosegado
Sueño por escuchar mi llanto triste:
Tú sola contra mí te endureciste,
Los ojos aun siquiera no volviendo

Á lo que tú hiciste.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
  Mas ya que á socorrerme aquí no vienes,
No dexes el lugar que tanto amaste,
Que bien podrás venir de mí segura:
Yo dexaré el lugar do me dexaste,
Ven, si por solo esto te detienes,
Ves aquí un prado lleno de verdura,
Ves aquí una espesura
Ves aquí una agua clara
En otro tiempo cara,
Á quien de ti con lágrimas me quejo:
Quizá aquí hallarás, pues yo me alejo,
Al que todo mi bien quitarme puede;
Que pues el bien le dexo,
No es mucho que el lugar tambien le quede.

POETA.

  Aquí dió fin á su cantar Salicio,
Y sospirando en el postrero acento
Soltó de llanto una profunda vena:
Queriendo el monte al grave sentimiento
De aquel dolor en algo ser propicio
Con la pasada voz retumba y suena.
La blanda Filomena
Casi como dolida
Y á compasion movida,
Dulcemente responde al son lloroso.
Lo que cantó tras esto Nemoroso
Decidlo, vos Piérides, que tanto
No puedo yo, ni oso,
Que siento enflaquecer mi debil canto.

NEMOROSO.

Corrientes aguas, puras, cristalinas,
Árboles, que os estais mirando en ellas,
Verde prado, de fresca sombra lleno,
Aves, que aquí sembrais vuestras querellas,
Yedra, que por los árboles caminas
Torciendo el paso por su verde seno;
Yo me ví tan ageno
Del grave mal que siento,
Que de puro contento
Con vuestra soledad me recreaba
Donde con dulce sueño reposaba,
Ó con el pensamiento discurria
Por donde no hallaba
Sino memorias llenas de alegría.
Y en este mismo valle donde agora
Me entristezco y me canso, en el reposo
Estuve yo contento y descansado.
¡Ó bien caduco vano y presuroso!
Acuérdome, durmiendo aquí algun hora,
Que despertando, á Elisa ví á mi lado.
¡Ó miserable hado!
¡Ó tela delicada,
Antes de tiempo dada
Á los agudos filos de la muerte!
Mas convenible fuera aquesta suerte
Á los cansados años de mi vida,
Que es mas que el hierro fuerte,
Pues no la ha quebrantado tu partida.
¿Dó están agora aquellos claros ojos,
Que llevaban tras sí como colgada
Mi ánima do quier que se volvian?

¿Dó está la blanca mano delicada
Llena de vencimientos y despojos,
Que de mí mis sentidos le ofrecian?
¿Los cabellos, que vian
Con gran desprecio al oro
Como á menor tesoro,
Á dónde están? ¿Á dónde el blanco pecho?
¿Dó la coluna, que el dorado techo
Con presuncion graciosa sostenia?
Aquesto todo agora ya se encierra,
Por desventura mia
En la fria, desierta y dura tierra.
¿Quién me dixera, Elisa, vida mia,
Quando en aqueste valle al fresco viento
Andabamos cogiendo tiernas flores,
Que habia de ver con largo apartamiento
Venir el triste y solitario dia,
Que diese amargo fin á mis amores?
El cielo en mis dolores
Cargó la mano tanto,
Que á sempiterno llanto,
Y á triste soledad me ha condenado;
Y lo que siento mas, es verme atado
Á la pesada vida y enojosa,
Solo, desamparado,
Ciego sin lumbre en carcel tenebrosa.
Despues que nos dexaste nunca pace
En hartura el ganado ya, ni acude
El campo al labrador con mano llena.
No hay bien, que en mal no se convierta y mude
La mala yerba al trigo ahoga, y nace
En lugar suyo la infelice avena;

La tierra que de buena
Gana nos producia
Flores con que solia
Quitar en solo vellas mil enojos,
Produce agora en cambio estos abrojos,
Ya de rigor de espinas intratable:
Y yo hago con mis ojos
Crecer llorando el fruto miserable.
Como al partir el sol la sombra crece,
Y en cayendo su rayo, se levanta
La negra escuridad que el mundo cubre,
De do viene el temor que nos espanta,
Y la medrosa forma en que se ofrece
Aquello que la noche nos encubre,
Hasta que el sol descubre
Su luz pura y hermosa;
Tal es la tenebrosa
Noche de tu partir en que he quedado
De sombra y de temor atormentado,
Hasta que muerte el tiempo determine
Que á ver el deseado
Sol de tu clara vista me encamine.
Qual suele el ruiseñor con triste canto
Quejarse entre las hojas escondido
Del duro labrador que cautamente
Le despojó su dulce y caro nido
De los tiernos hijuelos, entre tanto,
Que del amado ramo estaba ausente;
Y aquel dolor que siente,
Con diferencia tanta
Por la dulce garganta
Despide, y á su canto el ayre suena;

Y la callada noche no refrena
Su lamentable oficio y sus querellas,
Trayendo de su pena
Al cielo por testigo y las estrellas:
  De esta manera suelto yo la rienda
Á mi dolor, y así me quejo en vano
De la dureza de la muerte ayrada.
Ella en mi corazon metió la mano,
Y de allí me llevó mi dulce prenda,
Que aquel era su nido y su morada.
¡Ay muerte arrebatada!
Por ti me estoy quejando
Al cielo, y enojando
Con importuno llanto al mundo todo.
Tan desigual dolor no sufre modo:
No me podrán quitar el dolorido
Sentir, si ya del todo
Primero no me quitan el sentido.
  Una parte guardé de tus cabellos,
Elisa, envueltos en un blanco paño,
Que nunca de mi seno se me apartan:
Descójolos, y de un dolor tamaño
Enternecerme siento, que sobre ellos
Nunca mis ojos de llorar se hartan.
Sin que de allí se partan,
Con suspiros calientes,
Mas que la llama ardientes,
Los enxugo del llanto y de consuno
Casi los paso y cuento uno á uno:
Juntándolos, con un cordon los ato:
Tras esto el importuno
Dolor me dexa descansar un rato.

Mas luego á la memoria se me ofrece
Aquella noche tenebrosa, escura,
Que siempre aflige esta ánima mezquina
Con la memoria de mi desventura.
Verte presente agora me parece
En aquel duro trance de Lucina;
Y aquella voz divina,
Con cuyo son y acentos
Á los ayrados vientos
Pudieras amansar, que agora es muda,
Me parece que oigo, que á la cruda
Inexôrable diosa demandabas
En aquel paso ayuda;
¿Y tú rustica diosa dónde estabas?
¿Ibate tanto en perseguir las fieras?
¿Ibate tanto en un pastor dormido?
¿Cosa pudo bastar á tal crueza,
Que comovida á compasion, oido
Á los votos y lágrimas no dieras,
Por no ver hecha tierra tal belleza?
¡Ó no ver la tristeza,
En que tú Nemoroso
Queda, que su reposo
Era seguir tu oficio persiguiendo
Las fieras por los montes, y ofreciendo
Á tus sagradas aras los despojos?
¡Y tú, ingrata, riendo
Dexas morir mi bien ante mis ojos!
Divina Elisa, pues agora el cielo
Con inmortales pies pisas y mides,
Y su mudanza ves estando queda;
¿Por qué de mí te olvidas y no pides,

Que se apresure el tiempo en que este velo
Rompa del cuerpo y verme libre pueda?
Y en la tercera rueda,
Contigo mano á mano,
Busquemos otro llano,
Busquemos otros montes y otros rios,
Otros valles floridos y sombríos,
Dó descansar, y siempre pueda verte
Ante los ojos mios,
Sin miedo y sobresalto de perderte.

POETA.

Nunca pusieran fin al triste lloro
Los pastores, ni fueran acabadas
Las canciones, que solo el monte oía,
Si mirando las nubes coloradas,
Al trasmontar del sol bordadas de oro,
No vieran que era ya pasado el dia.
La sombra se veía
Venir corriendo apriesa
Ya por la falda espesa
Del altísimo monte, y recordando
Ambos como de sueño, y acabando
El fugitivo sol de luz escaso,
Su ganado llevando
Se fueron recogiendo paso á paso.

DE LA ÉGLOGA SEGUNDA.

ALBANIO.

Ora, Salicio, escucha lo que digo:
Y vos, ó Ninfas deste bosque umbroso,
Á do quiera que esteis, estad conmigo.
Ya te conté el estado tan dichoso
Á do me puso amor, si en él yo firme
Pudiera sostenerme con reposo.
Mas como de callar y de encubrirme
De aquella por quien vivo me encendia,
Llegué ya casi al caso de morirme;
Mil veces ella preguntó qué habia,
Y me rogó que el mal le descubriese,
Que mi rostro y color le descubria.
Mas no acabó con quanto me dixese
Que de mí á su pregunta otra respuesta
Que un suspiro con lágrimas hubiese.
Aconteció que en una ardiente siesta
Viniendo de la caza fatigados,
En el mejor lugar de esta floresta,
Que es éste donde estamos asentados,
Á la sombra de un árbol afloxamos
Las cuerdas á los arcos trabajados.
En aquel prado allí nos reclinamos,
Y del céfiro fresco recogiendo
El agradable espirtu respiramos.
Las flores á los ojos ofreciendo
Diversidad extraña de pintura,
Diversamente así estaban oliendo;

Y en medio aquesta fuente clara y pura,
Que como de cristal resplandecia
Mostrando abiertamente su hondura.
El arena que de oro parecia
De blancas pedrezuelas variada
Por do manaba el agua se bullia.
En derrededor ni sola una pisada
De fiera, ó de pastor, ó de ganado
Á la sazon estaba señalada.
Despues que con el agua resfriado
Hubimos el calor y juntamente
La sed de todo punto mitigado:
Ella, que con cuidado diligente
Á conocer mi mal tenia el intento,
Y á escudriñar el ánimo doliente;
Con nuevo ruego y firme juramento
Me conjuró, y rogó que le contase
La causa de mi grave pensamiento.
Y si era amor que no me rezelase
De hacelle mi caso manifiesto,
Y de mostralle aquella que yo amase:
Que me juraba que tambien en esto
El verdadero amor que me tenia
Con pura voluntad estaba presto.
Yo, que tanto callar ya no podia,
Y claro descubrir menos osaba
Lo que en el alma triste se sentia;
Le dixe que en aquella fuente clara
Veria de aquella que yo tanto amaba
Abiertamente la hermosa cara.
Ella que ver aquesta deseaba
Con menos diligencia discurriendo

De aquella con que el paso apresuraba;
  Á la pura fontana fué corriendo.
Y en viendo el agua, toda fué alterada
En ella su figura sola viendo.
  Y no de otra manera arrebatada
Del agua rehuyó, que si estuviera
De la rabiosa enfermedad tocada:
  Y sin mirarme desdeñosa y fiera
No sé que allá entre dientes murmurando,
Me dexó aquí, y aquí quiere que muera.
  Quedé yo triste y solo allí culpando
Mi temerario osar, mi desvarío
La pérdida del bien considerando.
  Creció de tal manera el dolor mio,
Y de mi loco error el desconsuelo
Que hice de mis lágrimas un rio.
  Fixos los ojos en el alto cielo
Estuve boca arriba una gran pieza,
Tendido sin moverme en este suelo.
  Y como de un dolor otro se empieza
El largo llanto, el desvanecimiento,
El vano imaginar de la cabeza,
  De mi gran culpa aquel remordimiento,
Verme del todo al fin sin esperanza
Me trastornaron casi el sentimiento.
  Como deste lugar hice mudanza,
No sé, ni quien de aquí me conduxese
Al triste albergue, y á mi pobre estanza.
  Sé que tornando en mí, como estuviese
Sin comer ni dormir bien quatro dias,
Y sin que el cuerpo de un lugar moviese,
  Las ya desamparadas vacas mias

Por otro tanto tiempo no gustaron
Las verdes yerbas, ni las aguas frias.
Los pequeños hijuelos que hallaron
Las tetas secas ya de las hambrientas
Madres, bramando al cielo se quexaron.
Las selvas á su voz tambien atentas,
Bramando pareció que respondian
Condolidas del daño y descontentas.
Aquestas cosas nada me movian,
Antes con mi llorar hacia espantados
Todos quantos á verme allí venian.
Vinieron los pastores de ganados,
Vinieron de los sotos los vaqueros
Para ser de mi mal de mí informados;
Y todos con los gestos lastimeros
Me preguntaban quáles habian sido
Los accidentes de mi mal primeros.
Á los quales en tierra yo tendido
Ninguna otra respuesta dar sabia:
Rompiendo con sollozos mi gemido;
Sino de rato en rato les decia:
Vosotros los de Tajo, en su ribera
Cantareis la mi muerte cada dia.
Este descanso llevaré, aunque muera,
Que cada dia cantareis mi muerte,
Vosotros los de Tajo, en su ribera.
La quinta noche en fin mi cruda suerte,
Queriéndome llevar do se rompiese
Aquesta tela de la vida fuerte;
Hizo que de mi choza me saliese
Por el silencio de la noche escura
Á buscar un lugar donde muriese.

Y caminando por do mi ventura
Y mis enfermos pies me conduxeron,
Llegué á un barranco de muy gran altura.
Luego mis ojos le reconocieron,
Que pende sobre el agua, y su cimiento
Las ondas poco á poco le comieron.
Al pie de un olmo hice allí asiento:
Y acordéme que ya con ella estuve
Pasando allí la siesta al fresco viento.
Y con esta memoria me detuve
Como si aquesta fuera medicina
De mi furor, y quanto mal sostuve.
Denunciaba el aurora ya vecina
La venida del sol resplandeciente,
Á quien la tierra, á quien la mar se inclina:
Entonces, como quando el cisne siente
El ansia postrimera que le aquexa,
Y tienta el cuerpo mísero y doliente;
Con triste y lamentable son se quexa,
Y se despide con funesto canto
Del espirtu vital que del se aleja;
Así, aquexado yo de dolor tanto,
Que el alma abandonaba ya la humana
Carne, solté la rienda al triste llanto.
¡Ó fiera, dixe, mas que tigre Hircana,
Y mas sorda á mis quexas que el ruido
Embrabecido de la mar insana!
Heme entregado, heme aquí rendido
He aquí vences, toma los despojos
De un cuerpo miserable y afligido.
Yo pondré fin del todo á tus enojos;
Ya no te ofenderá mi rostro triste

Mi temerosa voz y humidos ojos.
  Quizá tú que en mi vida no moviste
El paso á consolarme en tal estado
Ni tu dureza cruda enterneciste;
  Viendo mi cuerpo aquí desamparado
Vendrás á arrepentirte y lastimarte,
Mas tu socorro tarde habrá llegado.
  ¿Cómo pudiste tan presto olvidarte
De aquel tan luengo amor, y de sus ciegos
Nudos en sola una hora desligarte?
  ¿No se te acuerda de los dulces juegos
Ya de nuestra niñez, que fueron leña
De estos dañosos y encendidos fuegos;
  Quando la encina desta espesa breña
De sus bellotas dulces despojaba,
Que ibamos á comer sobre esta peña?
  ¿Quién las castañas tiernas derrocaba
Del arbol á subir dificúltoso?
¿Quién en tu limpia falda las llevaba?
  ¿Quándo en valle florido, espeso, umbroso
Metí jamas el pie, que del no fuese
Cargado á ti de flores y oloroso?
  Jurabasme si ausente yo estuviese
Que ni el agua sabor, ni olor la rosa,
Ni el prado yerba para ti tuviese.
  ¿Á quién me quexo, que no escucha cosa
De quantas digo, quién debria escucharme?
Eco sola me muestra ser piadosa.
  Respondiendome, prueba conhortarme
Como quien probó mal tan importuno;
Mas no quiere mostrarse y consolarme.
  ¡Ó Dioses, si allá juntos de consuno

De los amantes el cuidado os toca,
Ó tú, solo si toca solo á uno!
Recibid las palabras que la boca
Echa con la doliente ánima fuera,
Antes qué el cuerpo torne en tierra poca.
¡Ó Nayades de aquesta mi ribera
Corriente moradoras! ¡ó Napeas,
Guarda del verde bosque verdadera!
Alce una de vosotras, blancas Deas,
Del agua su cabeza rubia un poco;
Así, Ninfa, jamas en tal te veas.
Podré decir que con mis quexas toco
Las divinas orejas, no pudiendo
Las humanas tocar cuerdo ni loco.
¡Ó hermosas Oreadas, que teniendo
El gobierno de selvas y montañas,
Á caza andais por ellas discurriendo!
Dexad de perseguir las alimañas,
Venid á ver un hombre perseguido
Á quien no valen fuerzas ya ni mañas.
¡Ó Driades! de amor hermoso nido;
Dulces y graciosísimas doncellas
Que á la tarde salis de lo escondido,
Con los cabellos rubios, que las bellas
Espaldas dexan de oro cobijadas;
Parad mientes un rato á mis querellas.
Y si con mi ventura conjuradas
No estais, haced que sean las ocasiones
De mi muerte aquí siempre celebradas.
¡Ó lobos, ó osos, que por los rincones
De estas fieras cabernas escondidos
Estais oyendo agora mis razones,

Quedaos á Dios; que ya vuestros oidos
De mi zampoña fueron halagados,
Y alguna vez de amor enternecidos.
Á Dios montañas, á Dios verdes prados,
Á Dios corrientes rios espumosos,
Vivid sin mí con siglos prolongados.
Y mientras en el curso presurosos
Ireis al mar á darle su tributo
Corriendo por los valles pedregosos;
Haced que aquí se muestre triste luto
Por quien viviendo alegre os alegraba
Con agradable son, y viso enjuto:
Por quien aquí sus vacas abrevaba,
Por quien ramos de lauro entreteglendo
Aquí sus fuertes toros coronaba.
Estas palabras tales en diciendo,
En pie me alcé por dar ya fin al duro
Dolor que en vida estaba padeciendo:
Y por el paso, en que me ves, te juro
Que ya me iba arrojar de do te cuento
Con paso largo, y corazon seguro;
Quando una fuerza súbita de viento
Vino con tal furor, que de una sierra
Pudiera remover el firme asiento.
De espaldas como atónito, en la tierra,
Desde á gran rato me hallé tendido,
Que así se halla siempre aquel que yerra.
Con mas sano discurso en mi sentido
Comencé de culpar el presuroso
Y temerario error que habia seguido.
En querer dar con triste muerte al resto
De aquesta breve vida fin amargo,

No siendo por los hados aun dispuesto.
  De allí me fuí con corazon mas largo
Para esperar la muerte quando venga
Á relevarme de este largo cargo.
  Bien has ya visto quanto me convenga
Que pues buscalla á mí no se consiente,
Ella en buscarme á mí no se detenga.
  Contado te he la causa, el accidente,
El daño y el proceso todo entero;
Cumple, tú, tu promesa prestamente.
  Y si mi amigo cierto y verdadero
Eres como yo pienso, vete agora,
No estorbes un dolor acerbo y fiero
Al afligido y triste quando llora.

DE LA ÉGLOGA TERCERA.

Tirreno, Alcino.

TIRRENO.

Flerida, para mí dulce y sabrosa
Mas que la fruta del cercado ageno,
Mas blanca que la leche y mas hermosa
Que el prado por Abril de flores lleno;
Si tú respondes pura y amorosa
Al verdadero amor de tu Tirreno,
Á mi majada arribarás primero
Que el cielo nos demuestre su lucero.

ALCINO.

Hermosa Filis, siempre yo te sea
Amargo al gusto mas que la retama,

Y de ti despojado yo me vea
Qual queda el tronco de su verde rama;
Si mas que yo el murciélago desea
La escuridad, ni mas la luz desama,
Por ver el fin de un termino tamaño
Deste dia, para mí mayor que un año.

TIRRENO.

Qual suele acompañada de su bando
Aparecer la dulce primavera
Quando favonio y céfiro soplando
Al campo tornan su beldad primera,
Y van artificiosas esmaltando
De roxo, azul y blanco la ribera,
En tal manera á mí, Flerida mia
Viniendo, reverdece mi alegría.

ALCINO.

¿Ves el furor del animoso viento
Embravecido en la fragosa sierra,
Que los antiguos robles ciento á ciento,
Y los pinos altísimos atierra,
Y de tanto destrozo aun no contento
Al espantoso mar mueve la guerra?
Pequeña es esta furia comparada
Á la de Filis con Alcino ayrada.

TIRRENO.

El blanco trigo multiplica y crece,
Produce el campo en abundancia tierno
Pasto al ganado, el verde monte ofrece
Á las fieras salvages su gobierno:
Á do quiera que miro me parece
Que derrama la copia todo el cuerno;
Mas todo se convertirá en abrojos

Si de ello aparta Flerida sus ojos.

ALCINO.

De la esterilidad es oprimido
El monte, el campo, el soto y el ganado,
La malicia del campo corrompido
Hace morir la yerba mal su grado,
Las aves ven su descubierto nido
Que ya de verdes hojas fué cercado;
Pero si Filis por aquí tornáre,
Hará reverdecer quanto miráre.

TIRRENO.

El álamo de Alcides escogido
Fué siempre, y el laurel del roxo Apolo,
De la hermosa Venus fué tenido
En precio y en estima el mirto solo;
El verde sauz de Flerida es querido,
Y por suyo entre todos escogiólo;
Do quiera que de hoy mas sauces se hallen
El álamo, el laurel y el mirto callen.

ALCINO.

El fresno por la selva en hermosura
Sabemos ya que sobre todos vaya,
Y en aspereza y monte de espesura
Se aventaja la verde y alta haya;
Mas el que la beldad de tu figura
Donde quiera mirado, Filis, haya;
Al fresno y á la haya en su aspereza
Confesará que vence tu belleza.

CANCION.

El aspereza de mis males quiero
Que se muestre tambien en mis razones
Como ya en los efetos se ha mostrado:
Lloraré de mi mal las ocasiones,
Sabrá el mundo la causa porque muero,
Y moriré á lo menos confesado.
Pues soy por los cabellos arrastrado
De un tan desatinado pensamiento
Que por agudas peñas peligrosas,
Por matas espinosas
Corre con ligereza mas que el viento,
Bañando de mi sangre la carrera:
Y para mas despacio atormentarme,
Llevame alguna vez por entre flores
Á do de mis tormentos y dolores
Descanso, y de ellos vengo á no acordarme.
Mas él á mas descanso no me espera,
Antes como me ve desta manera,
Con un nuevo furor y desatino
Torna á seguir el áspero camino.
No vine por mis pies á tantos daños,
Fuerzas de mi destino me traxeron,
Y á la que me atormenta me entregaron:
Mi razon y juicio bien creyeron
Guardarme como en los pasados años
De otros graves peligros me guardaron.
Mas quando los pasados compararon
Con los que venir vieron, no sabian
Lo que hacer de sí, ni do meterse,

Que luego empezó á verse
La fuerza y el rigor con que venian.
Mas de pura vergüenza constreñida
Con tardo paso, y corazon medroso
Al fin ya mi razon salió al camino:
Quanto era el enemigo mas vecino,
Tanto mas el rezelo temeroso
Le mostraba el peligro de su vida:
Pensar en el temor de ser vencida
La sangre alguna vez le calentaba;
Mas el mismo temor se la enfriaba.
Estaba yo á mirar, y peleando
En mi defensa mi razon estaba
Cansada, y en mil partes ya herida,
Y sin ver yo quien dentro me incitaba,
Ni saber cómo, estaba deseando
Que allí quedase mi razon vencida.
Nunca en todo el proceso de mi vida
Cosa se me cumplió que desease
Tan presto como aquesta; que á la hora
Se rindió la señora
Y al siervo consintió que gobernase
Y usase de la ley del vencimiento:
Entonces yo sentime salteado
De una vergüenza libre y generosa,
Corríme gravemente, que una cosa
Tan sin razon hubiese así pasado.
Luego siguió el dolor al corrimiento
De ver mi reyno en mano de quien cuento
Que me da vida y muerte cada dia,
Y es la mas moderada tiranía.
Los ojos, cuya lumbre bien pudiera

Tornar clara la noche tenebrosa
Y escurecer el sol á mediodia,
Me convirtieron luego en otra cosa
En volviendose á mí la vez primera
Con la calor del rayo que salia
De su vista que en mí se defendia;
Y de mis ojos la abundante vena
De lágrimas, al sol que me inflamaba
No menos ayudaba
Á hacer mi natura en todo agena
De lo que era primero. Corromperse
Sentí el sosiego y libertad pasada,
Y el mal de que muriendo estó engendrarse,
Y en tierra sus raices ahondarse
Tanto quanto su cima levantada
Sobre qualquier altura hace verse:
El fruto que de aquí suele cogerse,
Mil es amargo, alguna vez sabroso;
Mas mortífero siempre y ponzoñoso.

De mí agora huyendo voy buscando
Á quien huye de mí como enemiga
Que al un error añado el otro yerro:
Y en medio del trabajo y la fatiga
Estoy cantando yo, y está sonando
De mis atados pies el grave hierro.
Mas poco dura el canto, si me encierro
Acá dentro de mí, porque allí veo
Un campo lleno de desconfianza:
Muestrame la esperanza
De lejos su vestido y su meneo;
Mas ver su rostro nunca me consiente.
Torno á llorar mis daños, porque entiendo

Que es un crudo linage de tormento,
Para matar á aquel que está sediento,
Mostralle el agua porque está muriendo,
De la qual el cuitado juntamente
La claridad contempla, el ruido siente;
Mas quando llega ya para bebella,
Gran espacio se halla lejos della.
  De los cabellos de oro fué texida
La red que fabricó mi sentimiento,
Do mi razon revuelta y enredada
Con gran vergüenza suya y corrimiento,
Sujeta al apetito y sometida,
En público adulterio fué tomada,
Del cielo y de la tierra contemplada.
Mas ya no es tiempo de mirar yo en esto
Pues no tengo con que considerallo,
Y en tal punto me hallo,
Que estoy sin armas en el campo puesto
Y el paso ya cerrado y la huida:
¿Quien no se espantará de lo que digo?
Que es cierto que he venido á tal extremo,
Que del grave dolor que huyo y temo
Me hallo algunas veces tan amigo,
Que en medio dél, sí vuelvo á ver la vida
De libertad, la juzgo por perdida,
Y maldigo las horas y momentos
Gastadas mal en libres pensamientos.
  No reyna siempre aquesta fantasía;
Que en imaginacion tan variable
No se reposa un hora el pensamiento:
Viene con un rigor tan intratable
Á tiempos el dolor, que al alma mia

Desampara huyendo el sufrimiento.
Lo que dura la furia del tormento
No hay parte en mí que no se me trastorne,
Y que en torno de mí no esté llorando;
De nuevo protestando
Que de la via espantosa atras me torne.
Esto ya por razon no va fundado
Ni le dan parte dello á mi jüicio,
Que este discurso todo es ya perdido;
Mas es en tanto daño del sentido
Este dolor, y tanto perjüicio,
Que todo lo sensible atormentado
Del bien, si alguno tuvo, ya olvidado
Está de todo punto, y solo siente
La furia y el rigor del mal presente.
En medio de la fuerza del tormento
Una sombra de bien se me presenta
Do el fiero ardor un poco se mitiga:
Figuráseme cierto á mí que sienta
Alguna parte de lo que yo siento
Aquella tan amada mi enemiga.
Es tan incomparable la fatiga,
Que si con algo yo no me engañase
Para poder llevalla, moriria;
Y así me acabaria,
Sin que de mí en el mundo se hablase.
Así que del estado mas perdido
Saco algun bien; mas luego en mí la suerte
Trueca y revuelve el órden, que algun hora
Si el mal acaso un poco en mí mejora,
Aquel descanso luego se convierte
En un temor, que me ha puesto en olvido

Aquella por quien sola me he perdido:
Así del bien que un rato satisface,
Nace el dolor que el alma me deshace.
  Cancion, si quien te viere se espantare
De la instabilidad y ligereza
Y revuelta del vago pensamiento;
Estable, grave y firme es el tormento,
Le di, que es causa, cuya fortaleza
Es tal que en qualquier parte que tocáre,
Le hará revolver, hasta que pare
En aquel fin de la terrible y fuerte,
Que todo el mundo afirma que es la muerte.

ODA.

A la flor de Gnido.

Si de mi baxa lira
Tanto pudiese el son, que en un momento
Aplacáse la ira
Del animoso viento,
Y la furia del mar, y el movimiento;
  Y en ásperas montañas
Con el suave canto enterneciese
Las fieras alimañas,
Los árboles moviese,
Y al son confusamente los truxese;
  No pienses que cantado
Seria de mí, hermosa flor de Gnido,
El fiero Marte ayrado,
A muerte convertido,
De polvo y sangre, y de sudor teñido.

Ni aquellos Capitanes,
En la sublime rueda colocados,
Por quien los Alemanes
El fiero cuello atados,
Y los Franceses van domesticados.
Mas solamente aquella
Fuerza de tu beldad sería cantada;
Y alguna vez con ella
Tambien sería notada
El aspereza de que estás armada.
Y como por ti sola,
Y por tu gran valor y hermosura,
Convertida en viola,
Llora su desventura
El miserable amante en tu figura.
Hablo de aquel cautivo
De quien tener se debe mas cuidado,
Que está muriendo vivo,
Al remo condenado,
En la concha de Venus amarrado.
Por ti, como solia,
Del áspero caballo no corrige
La furia y gallardía,
Ni con freno le rige,
Ni con vivas espuelas ya le aflige.
Por ti, con diestra mano,
No revuelve la espada presurosa,
Y en el dudoso llano
Huye la polvorosa
Palestra, como sierpe ponzoñosa.
Por ti, su blanda Musa,
En lugar de la cítara sonante,

Tristes querellas usa,
Que con llanto abundante
Hacen bañar el rostro del amante.
  Por ti, el mayor amigo
Le es importuno, grave y enojoso:
Yo puedo ser testigo,
Que ya del peligroso
Naufragio fuí su puerto y su reposo;
  Y agora en tal manera
Vence el dolor á la razon perdida,
Que ponzoñosa fiera
Nunca fué aborrecida
Tanto como yo del, ni tan temida.
  No fuiste tú engendrada,
Ni producida de la dura tierra;
No debe ser notada,
Que ingratamente yerra
Quien todo el otro error de sí destierra.
  Hágate temerosa
El caso de Anaxárete, y cobarde,
Que de ser desdeñosa
Se arrepintió muy tarde,
Y así su alma con su marmol arde.
  Estábase alegrando
Del mal ageno el pecho empedernido,
Quando abaxo mirando,
El cuerpo muerto vido
Del miserable amante allí tendido:
  Y al cuello el lazo atado,
Con que desenlazó de la cadena
El corazon cuitado,
Que con su breve pena

Compró la eterna punicion agena.
Sintió allí convertirse
En piedad amorosa el aspereza.
¡Ó tarde arrepentirse!
¡Ó última terneza!
¿Cómo te sucedió mayor dureza?
Los ojos se enclavaron
En el tendido cuerpo que allí vieron,
Los huesos se tornaron
Mas duros, y crecieron,
Y en sí toda la carne convirtieron.
Las entrañas heladas
Tornaron poco á poco en piedra dura:
Por las venas cuitadas
La sangre su figura
Iba desconociendo, y su natura:
Hasta que finalmente
En duro marmol vuelta y transformada,
Hizo de sí la gente
No tan maravillada,
Quanto de aquella ingratitud vengada.
No quieras tú, Señora,
De Némesis ayrada las saetas
Probar, por Dios, agora;
Baste que tus perfetas
Obras, y hermosura á los poetas
Den inmortal materia,
Sin que tambien en verso lamentable
Celebren la miseria
De algun caso notable,
Que por ti pase triste y miserable.

SONETO I.

¡Ó dulces prendas por mi mal halladas,
Dulces y alegres quando Dios queria!
Juntas estais en la memoria mia,
Y con ella en mi muerte conjuradas.
¿Quién me dixera, quando las pasadas
Horas en tanto bien por vos me via,
Que me habiais de ser en algun dia
Con tan grave dolor representadas?
Pues en un hora junto me llevastes
Todo el bien que por términos me distes,
Llevadme junto el mal que me dexastes.
Sino sospecharé que me pusistes
En tantos bienes, porque deseastes
Verme morir entre memorias tristes.

SONETO II.

Hermosas Ninfas, que en el rio metidas,
Contentas habitais en las moradas,
De relucientes piedras fabricadas,
Y en colunas de vidrio sostenidas;
Agora estais labrando embebecidas,
Ó texiendo las telas delicadas;
Agora unas con otras apartadas
Contandoos los amores y las vidas:
Dexad un rato la labor, alzando
Vuestras rubias cabezas á mirarme,
Y no os detendreis mucho segun ando:
Que no podreis de lástima escucharme,

Ó convertido en agua aquí llorando,
Podreis allá despacio consolarme.

SONETO III.

Gracias al cielo doy que ya del cuello
Del todo el grave yugo he sacudido,
Y que del viento el mar embravecido
Veré desde la tierra sin temello.
Veré colgada de un sutil cabello
La vida del amante embebecido
En su error, y en su engaño adormecido,
Sordo á las voces que le avisan dello.
Alegrárame el mal de los mortales:
Mas no es mi corazon tan inhumano
En aqueste mi error, como parece;
Porque yo huelgo, como huelga el sano;
No de ver á los otros en los males,
Sino de ver que dellos él carece.

NOTICIAS DE GARCILASO DE LA VEGA.

Nació en Toledo el año de 1503 de una familia muy ilustre, y fué caballero del Orden de Alcántara. Desde sus primeros años siguió las banderas de Cárlos V, y se halló en todas las mas célebres acciones militares de su tiempo, alcanzando en ellas el renombre de esforzadísimo soldado, especialmente en la defensa de Viena, y en el sitio de Tunez, de donde salió herido. Vuelto á Nápoles despues de estos servicios, incurrió en la desgracia del Emperador, por haber protegido los amores de un sobrino suyo que aspiraba á un enlace superior á su gerarquía; y fué desterrado á una Isla del Danubio. Mas luego vuelto á la gracia del Príncipe, le

acompañó al Piamonte mandando once banderas de infantería. Seguia el Emperador el alcance del exército francés que se retiraba, y mandó que se escalase una torre de un lugar cerca de Frejus, donde se defendian desesperadamente cincuenta paisanos franceses. Garcilaso subió de los primeros, pero herido de una piedra en la cabeza, cayó, y llevado á Niza, sobrevivió veinte y un dias al golpe, del qual murió á los treinta y tres años de su edad en 1536. Cárlos V indignado de la pérdida de un joven que prometia tan grandes esperanzas, hizo pasar á cuchillo todos aquellos franceses.

Pero aunque su vida fué tan corta, su nombre durará quanto dure la lengua castellana. El entusiasmo de su tiempo le dió el título de Príncipe de los Poetas españoles, la posteridad se le ha confirmado; y sus obras, aunque pocas, conocidas y leidas de todos los que aman nuestra lengua y poesía, son de quantas han producido nuestros antiguos poetas, las que gozan de una reputacion menos controvertida.

POESÍAS

DE FRAY LUIS DE LEON.

ODA I.

¡Qué descansada vida
La del que huye del mundanal rüido,
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!
Que no le enturbia el pecho
De los soberbios grandes el estado,
Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sabio moro, en jaspes sustentado.
No cura si la fama
Canta con voz su nombre pregonera;
Ni cura si encarama
La lengua lisongera
Lo que condena la verdad sincera.
¿Qué presta á mi contento
Si soy del vano dedo señalado;
Si en busca de este viento
Ando desalentado
Con ansias vivas, con mortal cuidado?
¡Ó monte! ¡ó fuente! ¡ó rio!
¡Ó secreto seguro deleytoso!

Roto casi el navío,
Á vuestro almo reposo
Huyo de aqueste mar tempestuoso.
Un no rompido sueño,
Un dia puro, alegre, libre, quiero,
No quiero ver el ceño
Vanamente severo
De á quien la sangre ensalzada, ó el dinero.
Despiertenme las aves
Con su cantar sabroso no aprendido,
No los cuidados graves
De que es siempre seguido
El que al ageno arbitrio está atenido.
Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo,
Á solas sin testigo,
Libre de amor, de zelo,
De ódio, de esperanza, de rezelo.
Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera
De bella flor cubierto
Ya muestra en la esperanza el fruto cierto:
Y como codiciosa
Por ver acrecentar su hermosura,
Desde la cumbre ayrosa
Una fontana pura
Hasta llegar corriendo se apresura.
Y luego sosegada,
El paso entre los árboles torciendo,
El suelo de pasada
De verdura vistiendo

Y con diversas flores va esparciendo.
El ayre el huerto orea,
Y ofrece mil olores al sentido,
Los árboles menea
Con un manso rüido,
Que del oro y del cetro pone olvido.
Ténganse su tesoro
Los que de un falso leño se confian,
No es mio ver el lloro
De los que desconfian
Quando el cierzo y el ábrego porfian.
La combatida antena
Cruge, y en ciega noche el claro dia
Se torna, al cielo suena
Confusa vocería,
Y la mar enriquecen á porfia.
Á mí una pobrecilla
Mesa de amable paz bien abastada
Me basta, y la baxilla
De fino oro labrada
Sea de quien la mar no teme ayrada.
Y mientras miserable–
mente se están los otros abrasando
Con sed insaciable
Del peligroso mando,
Tendido yo á la sombra esté cantando.
Á la sombra tendido
De yedra y lauro eterno coronado,
Puesto el atento oido
Al son dulce acordado
Del plectro sabiamente meneado.

ODA II.

Profecía del Tajo.

Folgaba el Rey Rodrigo
Con la hermosa Caba en la ribera
De Tajo sin testigo;
El pecho sacó fuera
El rio, y le habló de esta manera:
En mal punto te goces
Injusto forzador, que ya el sonido
Oyo ya, y las voces
Las armas y el bramido
De Marte, de furor y ardor ceñido.
¡Ay! esa tu alegría
¡Qué llantos acarrea! y esa hermosa
Que vió el sol el mal dia
Á España ¡ay! ¡quán llorosa,
Y al cetro de los Godos quán costosa!
Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamientos, fieros males
Entre tus brazos cierras,
Trabajos inmortales
Á ti y á tus vasallos naturales.
Á los que en Constantina
Rompen el fertil suelo, á los que baña
El Ebro, á la vecina
Sansueña, á Lusitaña,
Á toda la espaciosa y triste España.
Ya dende Cádiz llama
El injuriado Conde á la venganza

Atento, y no á la fama
La bárbara pujanza
En quien para tu daño no hay tardanza.
Oye, que al cielo toca
Con temeroso son la trompa fiera,
Que en Africa convoca
El moro á la bandera,
Que al ayre desplegada va ligera.
La lanza ya blandea
El árabe cruel, y hiere el viento
Llamando á la pelea,
Inumerable cuento
De esquadras juntas veo en un momento.
Cubre la gente el suelo,
Debaxo de las velas desparece
La mar, la voz al cielo
Confusa y varia crece,
El polvo roba el dia, y le oscurece.
¡Ay! que ya presurosos
Suben las largas naves, ¡ay! que tienden
Los brazos vigorosos
Á los remos, y encienden
Las mares espumosas por dó hienden.
El Eolo derecho
Hinche la vela en popa, y larga entrada
Por el Herculeo estrecho
Con la punta acerada
El gran padre Neptuno da á la Armada.
¡Ay triste! ¿y aun te tiene
El mal dulce regazo? ¿ni llamado
Al mal que sobreviene
No acorres? ¿ocupado

No ves ya el puerto á Hércules sagrado?
  Acude, corre, vuela,
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
No perdones la espuela,
No des paz á la mano,
Menea fulminando el hierro insano.
  ¡Ay quánto de fatiga,
Ay quánto de dolor está presente
Al que viste loriga,
Al infante valiente,
A hombres y caballos juntamente!
  Y tú, Betis divino,
De sangre agena y tuya amancillado,
Darás al mar vecino,
¡Quánto yelmo quebrado!
¡Quánto cuerpo de nobles destrozado!
  El furibundo Marte
Cinco luces las haces desordena
Igual á cada parte;
La sexta ¡ay! te condena,
Ó cara patria, á bárbara cadena.

ODA III.

Noche serena.

Quando contemplo el cielo
De inumerables luces adornado,
Y miro hácia el suelo
De noche rodeado,
En sueño y en olvido sepultado;
  El amor y la pena

Despiertan en mi pecho un ansia ardiente,
Despiden larga vena
Los ojos hechos fuente,
Oloarte, y digo al fin con voz doliente.
 Morada de grandeza,
Templo de claridad y hermosura,
El alma que á tu alteza
Nació, ¿qué desventura,
La tiene en esta cárcel baxa, escura?
 ¿Qué mortal desatino
De la verdad aleja así el sentido,
Que de tu bien divino
Olvidado, perdido,
Sigue la vana sombra, el bien fingido?
 El hombre está entregado
Al sueño de su suerte no cuidando,
Y con paso callado
El cielo vueltas dando
Las horas del vivir le va hurtando.
 ¡Oh! despertad, mortales,
Mirad con atencion en vuestro daño!
¿Las almas inmortales,
Hechas á bien tamaño,
Podrán vivir de sombras y de engaño?
 ¡Ay! levantad los ojos
Á aquella celestial eterna esfera,
Burlareis los antojos
De aquesta lisongera
Vida, con quanto teme y quanto espera.
 ¿Es mas que un breve punto
El baxo y torpe suelo, comparado
Con este gran trasunto

Do vive mejorado
Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?
Quien mira el gran concierto
De aquestos resplandores eternales,
Su movimiento cierto,
Sus pasos desiguales,
Y en proporcion concorde tan iguales:
La luna como mueve
La plateada rueda, y va en pos de ella,
La luz dó el saber llueve,
Y la graciosa estrella
De amor la sigue reluciente y bella:
Y como otro camino
Prosigue el sanguinoso Marte ayrado,
Y el Júpiter benigno
De bienes mil cercado
Serena el cielo con su rayo amado:
Rodease en la cumbre
Saturno padre de los siglos de oro,
Tras él la muchedumbre
Del reluciente coro
Su luz va repartiendo y su tesoro:
¿Quién es el que esto mira,
Y precia la baxeza de la tierra,
Y no gime y suspira,
Y rompe lo que encierra
El alma, y de estos bienes la destierra?
Aquí vive el contento,
Aquí reyna la paz, aquí asentado
En rico y alto asiento
Está el amor sagrado,
De glorias y deleytes rodeado.

Inmensa hermosura
Aquí se muestra toda, y resplandece
Clarísima luz pura
Que jamas anochece,
Eterna primavera aquí florece.
¡Ó campos verdaderos!
¡Ó prados con verdad frescos y amenos!
¡Riquísimos mineros!
¡Ó deleytosos senos!
¡Repuestos valles de mil bienes llenos!

ODA IV.

Á Felipe Ruiz.

¿Quándo será que pueda
Libre de esta prision volar al cielo,
Felipe; y en la rueda,
Que huye mas del suelo,
Contemplar la verdad pura sin duelo?
Allí á mi vida junto,
En luz resplandeciente convertido
Veré distinto y junto
Lo que es, y lo que ha sido,
Y su principio propio y ascondido.
Entonces veré cómo
La soberana mano echó el cimiento
Tan á nivel y plomo,
Do estable y firme asiento
Posee el pesadísimo elemento.
Veré las inmortales
Colunas do la tierra está fundada,

Las lindes y señales
Con que á la mar hinchada
La providencia tiene aprisionada.
Porque tiembla la tierra,
Porque las hondas mares se embravecen,
Do sale á mover guerra
El cierzo, y porque crecen
Las aguas del Océano, y descrecen:
De do manan las fuentes
Quien ceba y quien bastece de los rios
Las perpetuas corrientes,
De los helados frios
Veré las causas, y de los estíos:
Las soberanas aguas
Del ayre en la region quien las sostiene,
De los rayos las fraguas,
Do los tesoros tiene
De nieve Dios; y el trueno donde viene.
¿No ves quando acontece
Turbarse el ayre todo en el verano?
El dia se ennegrece,
Sopla el gallego insano,
Y sube hasta el cielo el polvo vano:
Y entre las nubes mueve
Su carro, Dios ligero y reluciente,
Horrible son conmueve,
Relumbra fuego ardiente,
Treme la tierra, humíllese la gente.
La lluvia baña el techo,
Envian largos rios los collados,
Su trabajo deshecho,
Los campos anegados,

Miran los labradores espantados.
  Y de allí levantado
Veré los movimientos celestiales,
Ansí el arrebatado,
Como los naturales,
Las causas de los hados, las señales.
  Quien rige las estrellas
Veré, y quien las enciende con hermosas
Y eficaces centellas,
Porque están las dos osas
De bañarse en el mar siempre medrosas.
  Veré este fuego eterno
Fuente de vida y luz do se mantiene;
Y porque en el invierno
Tan presuroso viene:
Quien en las noches largas le detiene.
  Veré sin movimiento
En la mas alta esfera las moradas
Del gozo y del contento,
De oro y luz labradas,
De espíritus dichosos habitadas.

ODA V.

Á la Ascension.

¿Y dexas, Pastor santo,
Tu grey en este valle hondo, escuro,
Con soledad y llanto,
Y tú rompiendo el puro
Ayre te vas al inmortal seguro?
  Los antes bien hadados,

Y los agora tristes y afligidos,
Á tus pechos criados,
De ti desposeidos
¿Á do convertirán ya sus sentidos?
¿Qué mirarán los ojos
Que vieron de tu rostro la hermosura,
Que no les sea enojos?
Quien oyó tu dulzura,
¿Qué no tendrá por sordo y desventura?
¿Aqueste mar turbado
Quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto
Al viento fiero ayrado?
¿Estando tú cubierto
Qué norte guiará la nave al puerto?
¡Ay! nube envidiosa
Aun de este breve gozo, qué te aquexas?
¿Dó vuelas presurosa?
¡Quán rica tú te alejas!
¡Quán pobres, y quán ciegos, ay, nos dexas!

SONETO.

Agora con la Aurora se levanta
Mi luz, agora coge en rico nudo
El hermoso cabello, agora el crudo
Pecho ciñe con oro, y la garganta.
Agora vuelta al cielo pura y santa
Las manos y ojos bellos alza, y pudo
Dolerse agora de mi mal agudo,
Agora incomparable tañe y canta.
Así digo, y del dulce error llevado
Presente ante mis ojos la imagino,

Y lleno de humildad y amor la adoro.
Mas luego vuelve en sí el engañado
Ánimo, y conociendo el desatino,
La rienda suelta largamente al lloro.

EPITAFIO

Al túmulo del Príncipe Don Cárlos.

Aquí yacen de Cárlos los despojos;
La parte principal volvióse al cielo,
Con ella fué el valor; quedóle al suelo
Miedo en el corazon, llanto en los ojos.

COPLAS

Á una desdeñosa.

Vuestra tirana esencion,
Y ese vuestro cuello erguido,
Estoy cierto que Cupido
Pondrá en dura sujecion.
Vivid esquiva y esenta,
Que á mi cuenta
Vos servireis al amor,
Quando de vuestro dolor
Ninguno quiera hacer cuenta.
Quando la dorada cumbre
Fuere de nieve esparcida,
Y las dos luces de vida
Recogieren ya su lumbre:
Quando la ruga enojosa

En la hermosa
Frente y cara se mostráre,
Y el tiempo que vuela heláre,
Esa fresca y linda rosa.
Quando os viéredes perdida,
Os perdereis por querer,
Sentireis que es padecer,
Querer y no ser querida:
Direis con dolor, señora,
Cada hora:
¡Quién tuviera, ay sin ventura,
Ó agora aquella hermosura,
Ó entonces el amor de hora!
Á mil gentes que agraviadas
Teneis con vuestra porfia,
Dexareis en aquel dia
Alegres y bien vengadas:
Y por mil partes volando,
Publicando
El amor irá este cuento,
Para aviso y escarmiento
De quien no sigue su vando.
Ay por Dios, señora bella,
Mirad por vos mientras dura
Esa flor graciosa y pura,
Que el no gozalla es perdella:
Y pues no menos discreta
Y perfeta
Sois que bella y desdeñosa,
Mirad que ninguna cosa
Hay, que á amor no esté sujeta.
El amor gobierna el cielo,

Con ley dulce eternamente;
¿Y quereis vos ser valiente
Contra él? Acá en el suelo,
Da movimiento y viveza,
Á la belleza
El amor, y es dulce vida,
Y la suerte mas válida
Sin él es pobre tristeza.
¿Qué vale el beber en oro,
El vestir seda y brocado,
El techo rico labrado,
Y los montes del tesoro?
¿Y qué vale, si á derecho,
Os da pecho
El mundo todo y adora,
Si á la fin dormís, señora,
En el solo y frio lecho?

NOTICIAS DE FRAY LUIS DE LEON.

Nació en Granada en el año de 1527. Tomó el hábito de San Agustin en el Convento de Salamanca donde profesó en 29 de Enero de 1544. Siguió allí sus estudios con sumo aplauso, recibiendo el grado de Doctor en Teología por aquella Universidad, y ganando por oposicion al año siguiente de su grado, que fué en 1561, la Cátedra que llamaban de Durando, y algun tiempo despues la de Escritura. Su gran conocimiento en lenguas orientales, y la copiosa erudicion de que estaba dotado le hacian mirar como uno de los mas sabios Expositores de su tiempo. Pero esta misma reputacion le atraxo una grave persecucion de parte de

sus émulos. Baxo el pretexto de que habia traducido el Libro de los Cantares al castellano contra la prohibicion que habia entonces de hacer versiones de la Escritura en lengua vulgar, lograron sus iniquos enemigos que se le formase causa por la Inquisicion de Valladolid como sospechoso en la fé. Cinco años estuvo preso en las cárceles de aquel Tribunal, al cabo de los quales logró sincerarse de todos los cargos que se le hicieron, y salió libre y triunfante de la calumnia. Volvió á la Universidad con júbilo de todos, y fué restituido á su Cátedra y á sus honores. Su Religion le condecoró con varios empleos; y ultimamente con el de Provincial. Pero antes de exercerlo, falleció en Madrigal de una enfermedad aguda que le arrebató á los 64 años de su edad en 23 de Agosto de 1591. Don Francisco de Quevedo fué el primer editor de sus Poesías, que se publicaron por él, dedicadas al Conde Duque, quarenta años despues de la muerte de su Autor.

POESÍAS

DE FRANCISCO DE LA TORRE. *

Tirsi.

ÉGLOGA.

Al tiempo que la dulce primavera
Á su primer estado reducia
El campo de belleza despojado,
Coronando de flores la ribera
Que el inclemente yerto invierno habia
Con sus yelos y nieves abrasado;
Bordando el verde prado
Con los vivos colores
De azules, blancas flores,
Vistiendo las desnudas plantas de hojas,
Quales escuras verdes, quales roxas,
Entretegiendo el arboleda umbrosa,
Yedra con roble, vid con olmo hermosa;
En las concavidades de una piedra,
Que el presto curso de las aguas hace
En la ribera del Tesin florido,
Ornada toda de verbena y yedra,
Que á pura fuerza de las olas nace,

* Autor desconocido.

En el yerto peñasco endurecido:
Lugar sacro, offrecido
Á las Ninfas sagradas
De sus claras moradas:
Ál tiempo que la luz del claro Apolo
El cóncabo orizonte dexa solo,
Para gozar del presto movimiento,
Del animoso, y encendido viento;
Aquí donde la fuente resonaba,
El ayre entre las flores se mecia,
Los valles resonaban sin aliento,
El viento su braveza suspendia,
Y las yerbas y rosas meneaba,
Dando á su perfeccion mas ornamento;
Donde el divino acento
De las bellas sirenas
De las aguas serenas
Del cristalino rio sosegado
Detenian el ánimo pasmado,
Haciendo la caduca vida eterna
Al regalado son de la voz tierna;
Quando la clara luz del roxo Apolo
Por el profundo reyno de Neptuno
Al reyno de la aurora descendia,
Dexando al mundo con su ausencia solo
Del rayo reluciente, que importuno,
Con mas ardor, que su sazon heria;
Los vientos encendia,
Las aguas aumentaba
Con las que derramaba
Tirsis cuitado, de quien es temida
Mas que su muerte su cansada vida,

Cuya probada, y rigurosa suerte
Le acrecienta la vida por la muerte.
De su dolor gravísimo vencido
Tales extremos suspirando hacia
Que los peñascos duros ablandára,
Si consintiera en ellos el sentido,
Que en su Ninfa terrible consistia,
Filis sin duda su enemiga cara:
Cuya belleza rara
No á Tirsi pastor solo,
Mas ál divino Apolo
Dexar hiciera su dorada esfera
Por su hermosura rigurosa y fiera;
Quando cobrando su perdido aliento,
Así soltó la triste voz al viento.
Agora que mi suerte me concede
Tiempo para llorar mi desventura,
Mayor ventura que del cielo espero,
Fuerza será que convertido quede
En una planta, en una piedra dura,
Pues que de mi remedio desespero.
Amor injusto y fiero
Disimulado amigo,
Encubierto enemigo
Que mi rendido, y lastimado pecho
Un infierno de penas tienes hecho,
Por haberme mostrado escasamente
La gloria de tu cielo reluciente:
Si con el alma, con la vida y gloria
Que mi perdida libertad me daba,
Satisfice la gloria que me diste,
Y si de mis despojos y victoria

Ganada voluntad, firmeza esclava,
Corona y triunfo al enemigo hiciste:
¿Qué cruda furia triste
Persigue mi sosiego
Talando á sangre y fuego
El real de mi pecho saqueado
Á mi contrario francamente dado,
Si basta ser como á prision rendido,
Sin ser como enemigo perseguido?
Allá tu poderosa mano vuelve,
Donde por el rigor del mar helado
No se puede extender tu ardiente fuego;
Que si como la siento, allí revuelve,
Poco será quedar tan abrasado
Como yo de llorar mis males, ciego.
Pasa encendiendo luego
Aquel esento pecho
Que niega tu derecho
Despreciando soberbia, y crudamente
La dulce ley de tu rigor clemente,
De cuyo rigoroso altivo brio
Tiene principio el grave llanto mio.
No pudo proseguir las justas quejas,
Que del injusto y fiero amor formaba
El desdichado Tirsi desamado
Por llegar resonando á sus orejas
Un ay de rato en rato, que arrancaba
El corazon mas libre de cuidado:
Y habiendo apresurado
Por entre lo escondido
De un valle florecido
Siguiendo los suspiros dolorosos

Los tardos pasos menos perezosos,
Hallando la ocasion de aquel estruendo,
Descuidado de sí quedó advirtiendo.
  La mano de alabastro sustentando
El claro cielo al suelo reclinado
Aljofarando el prado florecido,
Como queda la mustia Clicie, quando
Su claro amante queda transportado,
Una Ninfa del sacro rio vido,
Cuyo dolor crecido
Vertido por los ojos,
Por ultimos despojos
De la alma mas rendida, que afligida,
Y mas aborrecida, que rendida,
Declaraban la pena lamentable
Del espíritu suyo miserable.
  Cuya belleza celestial mirando
Tan elevado se quedó advirtiendo
Como si la divina inmensa viera:
Y si del triste sentimiento blando,
Con que sus ansias iba despidiendo,
Al lastimado suyo no volviera,
No dudára que fuera
En piedra convertido
Estando suspendido
En aquella vision maravillosa
Á su sentido natural gloriosa:
Cuyo causado estraordinario espanto
No pudiera venir sino de tanto.
  Y habiendo con suspiros dolorosos,
Con tristísimas lágrimas habiendo
Su gravísima pena declarado,

Deteniendo los vientos animosos,
Las sonorosas aguas deteniendo
Con un volver de ojos sosegado,
Al son dulce acordado
De una sonora lira
Amansando la ira
De los contrarios fieros elementos
Revueltos de la furia de los vientos,
Dixo aquellas palabras lástimadas
De un mar de llanto y penas escapadas.
Injustísimo amor, ¿pór qué consientes,
Que el triunfante contrario de mi vida
Desprecie los despojos ofrecidos?
Tú que los rigurosos accidentes
Que el alma triste tienen consumida
Tienes injustamente concebidos,
Abrasa los sentidos
Mas helados que nieve
De un libre que se atreve,
En solo su flaqueza confiado,
Resistir tu poder jamas domado.
Basta morir contino lastimada,
Sin vivir juntamente despreciada.
Tú que los abrasados corazones
Con hielo enciendes, y con fuego hielas,
Prendes, y libras milagrosamente;
Tú que las ardentísimas pasiones
De los amantes míseros consuelas
Con la esperanza que el dolor consiente,
Vuelve furiosamente
Tu no vencida mano
Al corazon tirano

Del riguroso endurecido pecho,
De sola su dureza satisfecho:
Y sienta tu potencia poderosa
Quien la desprecia como poca cosa.
  Porque si justo, amor injusto, fueras,
Ya tuvieras pasado el pecho esentó
Del fiero monstruo, que adorando vivo:
Ya tuviera tu mano cruda y fiera
Ablandado el rigor del crudo intento
Que tu descuido tiene tan altivo.
Basta el cuerpo cautivo,
Sin rogar tanto en vano
Al vencedor tirano,
Que desprecia de un alma la victoria
Por ser para su brio poca gloria,
Por ser, ay triste, de quien él desama;
Que á ti te puede dar un alma fama.
  Las derramadas lágrimas ardientes,
El ahinco del pecho levantado
Con las ansias del alma desamada,
Con otros mil contrarios accidentes
Que en un pecho de amor jamas tocado
Acabarán la vida fatigada:
La triste voz cansada
Apenas despedida
Del alma entristecida,
El aliento vital entorpecido,
El sentimiento sin ningun sentido,
Tanto con sus pasiones acabaron
Que la divina Ninfa desmayaron.
  En el suelo cayó, como la rosa,
Que habiendo sido en el florido prado

Del nectar del Aurora sustentada,
Apenas la sazon del año hermosa,
Que sustentó su tiempo florecido,
Tras el invierno yerto fué pasada,
Quando tras ella entrada
La sazon inclemente
De la calor ardiente
Los campos deleytosos abrasando,
Las sombras de los árboles negando,
Quando de su color hermoso falta
Reclina la corona de hojas alta.
Y el cuitado pastor, que atento habia
Las dolorosas quexas escuchado
Con lágrimas de amor solemnizadas,
Viendo la Ninfa desmayada y fria,
El color de su rostro demudado,
Luego salió de aquellas enramadas;
Y con voces turbadas,
Hermosa Ninfa, dice,
¿Qué fortuna infelice
Turbó la nieve, y el cristal, y el ostro,
Colores vivas de tu bello rostro,
Que muestras tu belleza milagrosa,
Perdido el vivo de su luz hermosa?
Volvió luego la Ninfa suspirando,
Y al desamado Tirsi conociendo,
No desdeñó su dulce compañía:
Y los cansados miembros levantando
Poco á poco se fueron recogiendo
Á la parte del valle mas sombría:
Cuya caberna umbría
De plantas coronada,

De flores matizada,
Es deleytosa parte defendida
De la furia del ayre embravecida,
De los ardientes rayos, que el verano
Apolo tiende por el monte y llano.
De donde sobre mármoles de Paro
Como la nieve de la sierra helada,
Una fuente clarísima salia,
Cuyo cristal mas puro, vivo y claro,
Que el agua de la sierra despeñada,
El alameda fresca producia.
Donde despues que habia
Por un camino usado
Los árboles regado,
Por unos yertos riscos empinados
Del curso de las aguas quebrantados,
Haciendo un ronco son de peña en peña
En el sagrado rio se despeña.
Cuya rara belleza contemplando,
Del deleytoso valle convidados,
En torno de la fuente se sentaron
Y sus penas gravísimas contando,
Uno del otro amante consolados,
El rigor de sus males aliviaron,
Quando cerca escucharon
Un pastor lastimado
De su bien apartado
Que cantando divina, y dulcemente,
De aquella gloria que gozó presente,
A la fuente purísima venia
Buscando su querida compañía.
Y á cantar incitados juntamente

Del mandamiento de la Ninfa hermosa,
Sus sonorosas liras acordadas,
Al rio deteniendo su corriente
Y al aura su presteza bulliciosa
Dulcemente sonaron meneadas:
Las selvas admiradas
No resonaron tanto
Al sonoroso canto
Con que los dos pastores lastimados
Aliviaron cantando sus cuidados,
Como quando las hiere Boreas crudo,
Noto furioso de piedad desnudo.
Pusieron fin al canto sonoroso
Y el claro sol al espacioso dia,
Acaso por oillos detenido,
Y dexando la fuente y valle umbroso,
Se fueron recogiendo en compañia
A su comun alvergue conocido.
Cuyo techo florido,
De plantas enramado
Habiéndose acabado,
La Ninfa se dexó llevar del rio
A su profundo cavernoso y frio,
Y los pastores, apartados della,
A su cabaña fresca, verde y bella.

CANCION PRIMERA.

Á una tórtola.

Tórtola solitaria, que llorando
Tu bien pasado, y tu dolor presente,
Ensordeces la selva con gemidos:
Cuyo ánimo doliente
Se mitiga penando
Bienes asegurados y perdidos:
Si inclinas los oidos
Á las piadosas y dolientes quexas
De un espíritu amargo,
(Breve consuelo de un dolor tan largo)
Con quien, amarga soledad, me aquexas,
Yo con tu compañia,
Y acaso á ti te aliviará la mia.
La rigurosa mano, que me aparta
Como á ti de tu bien, á mí del mio
Cargada va de triunfos y victorias:
Sabelo el monte y rio,
Que está cansada y harta
De marchitar en flor mis dulces glorias:
Y si eran transitorias,
Acabáralas golpe de fortuna:
No viera yo cubierto,
De turbias nubes cielo que ví abierto
En la fuerza mayor de mi fortuna;
Que acabado con ellas
Acabáran mis llantos y querellas.
Parece que me escuchas, y parece

Que te cuento tu mal, que roncamente
Lloras tu compañía desdichada:
El ánimo doliente
Que el dolor apetece
Por un alivio de su suerte ayrada,
La mas apasionada
Mas agradable le parece, en tanto
Que el alma dolorosa
Llorando su desdicha rigurosa
Baña los ojos con eterno llanto;
Cuya pasion afloxa
La vida al cuerpo, al alma la còngoxa.
¿No regalaste con tus quexas tiernas
Por solitarios, y desiertos prados,
Hombres, y fieras, cielos y elementos?
¿Lloraste tus cuidados
Con lagrimas eternas,
Duras y encomendadas á los vientos?
¿No son tus sentimientos
De tanta compasion, y tan dolientes
Que enternecen los pechos,
A rigurosas sinrazones hechos,
Que los haces crueles de dementes?
¿En qué ofendiste tanto
Cuitada, que te sigue miedo y llanto?
Quien te vé por los montes solitarios
Mustia, y enmudecida, y elevada
De los casados arboles huyendo,
Sola, y desamparada
A los fieros contrarios,
Que te tienen en vida padeciendo:
Señal de agüero horrendo

Mostrarian tus ojos añublados,
Con las cerradas nieblas
Que levantó la muerte, y las tinieblas
De tus bienes supremos y pasados:
Llora cuitada, llora
Al venir de la noche, y de la aurora.
Llora desventurada, llora quando
Vieres resplandecer la soberana
Lámpara del Oriente luminoso:
Quando su blanca hermana
Muestra su rostro blando
Al pastorcillo de su Sol quexoso:
Y con llanto piadoso
Quéxate á las estrellas relucientes,
Regálate con ellas,
Que ellas tambien amaron bien, y dellas
Padecieron mortales accidentes:
No temas que tu llanto
Esconda el Cielo en el noturno espanto.
¿Dónde vas avecilla desdichada?
¿Dónde puedes estar mas afligida?
¿Hágote compañía con mi llanto?
¿Busco yo nueva vida,
Que la desventurada
Que me persigue, y que te aflige tanto?
Mira que mi quebranto,
Por ser como tu pena rigurosa,
Busca tu compañía:
No menosprecies la doliente mia,
Por menos fatigada y dolorosa,
Que si te persuadieras,
Con la dureza de mi mal vivieras.

¿Vuelas al fin, y al fin te vas llorando?
El Cielo te defienda, y acreciente
Tu soledad, y tu dolor eterno.
Avecilla doliente
Andes la selva errando
Con el sonido de tu arrullo eterno:
Y quando el sempiterno
Cielo cerrare tus cansados ojos,
Llórete Filomena
Ya regalada un tiempo con tu pena,
Sus hijos hechos míseros despojos
Del azor atrevido
Que adulteró su regalado nido.
Cancion, en la corteza de este roble
Solo y desamparado
De verdes hojas, verde vid, y verde
Yedra quedad; que el hado,
Que mi ventura pierde
Mas esteril, y solo se me ha dado.

CANCION SEGUNDA.

La cierva.

Doliente cierva, que el herido lado
De ponzoñosa, y cruda yerba lleno
Buscas el agua de la fuente pura,
Con el cansado aliento, y con el seno
Bello, de la corriente sangre hinchado,
Débil, y descaida tu hermosura:
¡Ay! que la mano dura,
Que tu nevado pecho

Ha puesto en tal estrecho,
Gozôsa va con tu desdicha, quando
Cierva mortal, viviendo, estás penando
Tu desangrado y dulce compañero,
El regalado, y blando
Pecho pasado del veloz montero:
 Vuelve cuitada, vuelve al valle, donde
Queda muerto tu amor, en vano dando
Terminos desdichados á tu suerte.
Morirás en su seno, reclinando
La beldad, que la cruda mano esconde
Delante de la nube de la muerte.
Que el paso duro, y fuerte,
Ya forzoso y terrible,
No puede ser posible
Que le escusen los Cielos; permitiendo
Crudos astros, que muera padeciendo
Las asechanzas de un montero crudo,
Que te vino siguiendo
Por los desiertos de este campo mudo.
 Mas ¡ay! que no dilatas la inclemente
Muerte, que en tu sangriento pecho llevas,
Del crudo amor vencido, y maltratado.
Tú con el fatigado aliento pruebas
Á rendir el espíritu doliente,
En la corriente de este valle amado.
Que el ciervo desangrado,
Que contigo la vida
Tuvo por bien perdida,
No fué tan poco de tu amor querido,
Que habiendo tan cruelmente padecido,
Quieras vivir sin él, quando pudieras

Librar el pecho herido
De crudas llagas, y memorias fieras.
Quando, por la espesura deste prado
Como tórtolas solas, y queridas
Solos, y acompañados anduvistes:
Quando de verde mirto, y de floridas
Violetas, tierno acanto, y lauro amado,
Vuestras frentes bellísimas ceñistes.
Quando, las horas tristes,
Ausentes, y queridos,
Con mil mustios bramidos
Ensordecistes la ribera umbrosa
Del claro Tajo, rica, y venturosa
Con vuestro bien, con vuestro mal sentida;
Cuya muerte penosa
No dexa rastro de contenta vida.
Agora el uno, cuerpo muerto lleno
De desden y de espanto, quien solia
Ser ornamento de la selva umbrosa:
Tú, quebrantada y mustia, al agonía
De la muerte rendida, el bello seno
Agonizando, el alma congojosa:
Cuya muerte gloriosa,
En los ojos de aquellos
Cuyos despojos bellos
Son victorias del crudo amor furioso,
Martirio fué de amor, triunfo glorioso
Con que corona, y premia dos amantes
Que del siempre rabioso
Trance mortal, salieron muy triunfantes.
Cancion, fábula un tiempo, y caso agora
De una cierva doliente, que la dura

Flecha del cazador dexó sin vida;
Errad por la espesura
Del monte, que de gloria tan perdida
No hay sino lamentar su desventura.

ODA I.

Mira Filis, furiosa
Onda, que sigue, y huye la ribera
Y torna presurosa
Echando al punto fuera
Del agua el peso de la Nao ligera.
Aquellas despojadas
Plantas, que son estériles abrojos
Solian adornadas
De cárdenos, y roxos
Ramos lucir ante tus bellos ojos.
Vino del Austro frio
Invierno yerto, y abrasó la hermosa
Gloria del valle umbrio,
Y derribó la hojosa
Corona de los árboles umbrosa.
Agora que el Oriente
De tu belleza reverbera, agora
Que el rayo trasparente
De la rosada Aurora
Abre tus ojos, y tu frente dora:
Antes que la dorada
Cumbre de relucientes llamas de oro,
Húmeda y argentada
Quede inutil tesoro
Consagrado al errante y fixo coro.

Goza Filis del aura
Que la concha de Venus hiere; dado
Que apenas se restaura
El contento pasado,
Como el dia de ayer, y el no gozado.
Vendrá la temerosa
Noche, de nieblas, y de vientos llena,
Marchitará la rosa
Purpurea, y la azucena
Nevada, mustia tornará de amena.

ODA II.

¿Tirsis? ¿ah Tirsis? Vuelve y endereza
Tu navecilla contrastada, y fragil
Á la seguridad del puerto; mira
Que se te cierra el cielo.
El frio Boreas, y el ardiente Noto,
Apoderados de la mar insana,
Anegaron agora en este piélago
Una dichosa nave.
Clamó la gente mísera, y el cielo
Escondió los clamores y gemidos
Entre los rayos, y espantosos truenos
De su turbada cara.
¡Ay que me dice tu animoso pecho,
Que tus atrevimientos mal regidos
Te ordenan algun caso desastrado
Al romper de tu Oriente!
No ves, cuitado, que el hinchado Noto
Trae en sus remolinos polvorosos
Las imitadas mal seguras alas
De un atrevido mozo?

¿No ves, que la tormenta rigurosa
Viene del abrasado monte donde
Yace muriendo vivo el temerario
Encélado, y Tifeo?
Conoce desdichado tu fortuna,
Y preven á tu mal, que la desdicha
Prevenida con tiempo no penetra
Tanto como la subita.
¡Ay que te pierdes! Vuelve Tirsis, vuelve:
Tierra, tierra, que brama tu navío,
Hecho prision y cueva sonorosa
De los hinchados vientos.
Allá se avenga el mar, allá se avengan
Los mal regidos súbditos del fiero
Éolo, con soberbios navegantes,
Que su furor desprecian.
Miremos la tormenta rigurosa
Dende la playa, que el ayrado cielo
Menos se encrüelece de continuo
Con quien se anima menos.

ODA III.

¿Viste, Filis, herida
Cierva de la saeta, que temiendo
Nuevo daño, la vida
Cara pierde, vertiendo
La roxa sangre que dilata huyendo?
¿Viste resplandeciente
Cielo, del cuerpo de las nubes suelto
Turbarse, y el ardiente
Soplo de Boreas vuelto,
Dexar el mundo en sombra y agua envuelto?

¿Viste de la empinada
Cumbre sacar á Febo la cabeza
Roxa, y acelerada
Noche con gran tristeza
Salir escureciendo su belleza?
¿Viste volando hermosa
Garza señorearse deste Cielo
Y salir de la odiosa
Mano, torciendo el vuelo,
Sacre, que la derriba por el suelo?
¿Lucidas flores viste,
Á quien, ó Aurora, fuiste su Lucina,
Y viene el Euro triste,
Y á la tierra reclina
La corona de hojas mortecina?
Así fué mi ventura,
Y así, Filis, podria ser tu suerte:
No vivas tan segura
Del mal, que hasta la muerte
No hay estado tan firme, que sea fuerte.
Quando Júpiter tira
Á las alturas de la humilde tierra,
Jamas alcanza su ira
Al valle; que en la sierra
Yace penando quien le armó la guerra.
El ayre se embrabece,
Y entre los verdes árboles bramando
Cobra fuerzas, y crece,
Sopla, y está silvando,
Y en el suelo las flores regalando.

ODA IV.

Sale de la sagrada
Cipro la soberana Ninfa Flora,
Vestida, y adornada
Del color de la Aurora,
Con que pinta la tierra, el cielo dora.
De la nevada, y llana
Frente del levantado monte arroja
La cabellera cana
Del viejo invierno, y moja
El nuevo fruto en esperanza y hoja.
Deslizase corriendo
Por los hermosos mármoles de Paro,
Las alturas huyendo
Un arroyuelo claro,
De la cuesta beldad, del valle amparo.
Corre bramando, y salta
Y codiciosamente procurando
Adelantarse, esmalta
De plata el cristal blando,
Con la espuma que cuaxa golpeando.
Viste, y ensoberbece
Con diferentes hojas la corona
De plantas, y florece
Las que apenas perdona
Furioso rayo de la ardiente zona.
El regalado aliento
Del bullicioso Zefiro encerrado
En las hojas, el viento
Enriquece, y el prado,
Este de flor, y aquel de olor sagrado.

Y reducido, quanto
Baña el mar, tiene el suelo, el cielo cria,
A mas bien con el llanto,
Que al asomar del dia
Viene haciendo la Aurora humida y fria:
Todo brota, y extiende
Ramas, hojas y flores, nardo y rosa;
La vid enlaza, y prende
El olmo, y la hermosa
Yedra sube tras ella presurosa.
Yo triste, el cielo quiere,
Que yerto invierno ocupe el alma mia,
Y que si rayo viere
De aquella luz del dia,
Furioso sea, y no como solia.
Renueva Filis esta
Esperanza marchita, que la helada
Aura de tu respuesta
Tiene desalentada:
Ven, Primavera, ven mi flor amada.
Ven, Filis, y del grato
Invidiado contento del aldea
Goza, que el pecho ingrato,
Que tu beldad afea,
Aquí tendrá el descanso que desea.

SONETO L.

Salve sagrado, y cristalino rio
De sauces, y de cañas coronado,
De arenas de oro, y de cristal ornado,
Y de crecientes con el llanto mio.

Salve, y dilata tu ancho poderío
Por la orla Sabea, y el dorado
Cerco de perlas, que el licor sagrado
Enriquece tu eterno señorío.
Y así tus Ninfas te detengan, quando
Pases por el estrecho deleitoso
De la concha de Venus amorosa;
Que saques la cabeza serenando
Este cerco de nubes espantoso,
En compañía de mi Ninfa hermosa.

SONETO II.

¡Quántas veces te me has engalanado,
Clara y amiga noche! ¡Quántas llena
De oscuridad y espanto, la serena
Mansedumbre del cielo me has turbado!
Estrellas hay que saben mi cuidado,
Y que se han regalado con mi pena;
Que entre tanta beldad, la mas agena
De amor, tiene su pecho enamorado.
Ellas saben amar, y saben ellas
Que he contado su mal llorando el mio
Envuelto en los dobleces de tu manto.
Tú, con mil ojos noche, mis querellas
Oye, y esconde; pues mi amargo llanto
es fruto inutil, que al amor envio.

SONETO III.

Bella es mi Ninfa, si los lazos de oro
Al apacible viento desordena:

Bella si de sus ojos enagena
El altivo desden que siempre lloro.
  Bella, si con la luz que sola adoro
La tempestad del viento, y mar serena;
Bella si á la dureza de mi pena
Vuelve las gracias del celeste coro.
  Bella si mansa, bella si terrible,
Bella si cruda, bella esquiva, y bella
Si vuelve grave aquella luz del cielo;
  Cuya beldad humana y apacible,
Ni se puede saber lo que es sin vella,
Ni, vista, entenderá lo que es el suelo.

SONETO IV.

Si lo que el alma me revela, quando,
Filis, contemplo la divina y rara
Beldad al mundo, mas que el cielo clara,
Que adoro ardiendo, y reverencio amando,
  Con el acento doloroso, y blando,
Que me quexo de ti significára,
Parára al sol, las fieras humillára,
Arrebatára el cielo contemplando.
  Mas como el rayo de tus bellos ojos
Otras tinieblas amanece agora
En el que fué mi ocaso escurecido;
  Silencio eterno esconde el que te adora,
Á quien los rayos de tu oriente roxos
Encubren nubes de perpetuo olvido.

SONETO V.

Viva yo siempre ansí con tan ceñido
Lazo, Filis, contigo, como aquesta
Yedra inmortal, en esta encina puesta,
Que le enreda su tronco envejecido.
Mira allí un olmo seco, y un florido
Junto á la fuente, que una vid le presta
Hermosura y valor; y tu dispuesta
Á perseguirme, pónesme en olvido.
Por ti, cruel, olvido mi ganado,
Y le dexo sin guarda del ardiente
Lobo cruel (ganado que tú amaste):
Un Cabritillo deste coronado
Monte ví yo llevar; lloré, y presente
Á mi dolor soberbia te gozaste.

SONETO VI.

Filis, mas bella, y mas resplandeciente
Que el claro cielo, y que el ameno prado,
Este gamo de flores coronado,
Que á su madre quité, te ofrezco ausente.
Riyendoseme agora dulcemente,
Me le pidió Testílis: mas cansado
Me tienen ya sus risas; que tu helado
Ceño me ha de perder eternamente.
Á ti le doy, y á ti tambien te guardo
Dos tortolas hermosas, y una bella
Garza, que ayer cogí del monte al rio.
Y si el amor de Tirsis por el mio
Quieres dexar, escoge tú de aquella
Manada mia un toro blanco y pardo.

SONETO VII.

Pastor, que lees en esta, y en aquella
Planta, Fili, y Damon, que á Fili adora,
Sabe, que tanto fué piadosa agora
Fili á Damon, quanto es terrible, y bella;
¡Ay! yo la llamó, yo la ruego, y ella
Misero no me escucha, y huye á la hora,
Y quanto me huye mas, mas me enamora,
Que en ella puso su crueldad mi estrella.
Ayer llevando mi ganado al rio,
Al pie de un verde mirto entretexiendo
Violetas, y amaranto la vi sola:
Ladró Melampo, y ella cruel huyendo,
Desamparando monte, y valle umbrio,
Huyó de mi, y el viento socorrióla.

SONETO VIII.

Mi propio amor entiendo, que es la cierta
Causa que mi ganado sin contento
Se rige apena en pie; no lluvia ó viento,
Ni pasto amargo de montaña yerta.
¿Mas qué cuidado es este, si la incierta
Muerte luchando con el alma siento,
Y Filis cruda, nunca me arrepiento
De verte siempre de piedad desierta?
¡Ó! si almenos sobre este monte yerto
Adonde lloro de continuo tanto,
Aquel pino cubriese el cuerpo mio:
Y pasando por este valle umbrío,
Dixeses, Filis, con amargo llanto,
Allí yace mi triste amante muerto.

SONETO IX.

Esta es, Tirsis, la fuente do solia
Contemplar su beldad mi Filis bella:
Este el prado gentil, Tirsis, donde ella
Su hermosa frente de su flor ceñia.
Aquí, Tirsis, la ví quando salia
Dando la luz de una y otra estrella,
Allí, Tirsis, me vido, y tras aquella
Haya se me escondió, y así la via.
En esta cueva de este monte amado
Me dió la mano, y me ciñó la frente
De verde yedra, y de violetas tiernas.
Al prado y haya, y cueva y monte, y fuente,
Y al cielo, desparciendo olor sagrado,
Rindo por tanto bien gracias eternas.

ENDECHAS.

I.

El pastor mas triste,
Que ha seguido el Cielo,
Dos fuentes sus ojos,
Y un fuego su pecho;
Llorando caidas
De altos pensamientos,
Solo se querella
Riberas del Duero.
El silencio amigo,
Compañero eterno

De la noche sola
Oye su tormento.
Sus endechas llevan
Rigurosos vientos,
Como su firmeza
Mal tenidos zelos.
Solo, y pensativo
Le halla el claro Febo,
Sale su Diana,
Y hállale gimiendo.
Cielo que le aparta
De su bien inmenso,
Le ha puesto en estado
De ningun consuelo.
Tórtola cuitada,
Que el montero fiero
Le quitó la gloria
De su compañero,
Elevada y mustia
Del piadoso acento,
Que oye suspirando
Entregar al viento:
Porque no se pierdan
Suspiros tan tiernos,
Ella los recoge,
Que se duele dellos,
Y por ser mas dulces,
Que su arrullo tierno
De su soledad
Se quexa con ellos.
¿Qué ha de hacer el triste?
Pierda el sufrimiento,

Que tras lo perdido
No caerá contento.

II.

Corona del Cielo,
Ariadna bella,
Conocida estrella
Del nocturno velo.
Tú sola del coro
De las lumbres bellas,
Oye mis querellas,
Pues tus males lloro.
Tú fuiste querida,
Y olvidada fuiste,
Yo querido y triste,
Quien me amó, me olvida.
Si el dolor estrecho
De mi suerte ayrada
Trae mi alma forzada
Dentro de mi pecho.
¿Qué pretende el Cielo
Tras agravio tanto,
Si al verter mi llanto
Le transforma en hielo?
¿Por ventura fuí
Tan terrible y duro,
Que miré seguro
El bien que perdí?
Mas mi dolor fiero,
Cómo ha de acabarme,
No viene á matarme

Sin mortal agüero.
¡Ay del sin ventura,
Que ha de amar forzado!
Siempre al desdichado
Sigue suerte dura.

III.

Viuda sin ventura,
Tórtola cuitada,
Mustia y asombrada
De una muerte dura.
Tú que el valle ameno
Con tu arrullo blando
Serenaste, quando
Vió tu bien sereno.
Quexas inmortales
Hieren tus sentidos,
Que á bienes perdidos
No hay medianos males.
Vuelve donde muevas
Las fieras que dexas,
Que no son tus quexas
Para monte y cuevas.
En el valle donde
Tu dolor te zela,
Nadie te consuela,
Nadie te responde.
Llora Filomena,
Cierva herida brama,
Y Ecó que te llama
Te cuenta tu pena.

Tu gloria fué tal,
Que hizo ser temida;
Pero tu caida
Fué temido mal.
Si mi compañía
Triste y desdichada,
Por sola te agrada,
Oye mi agonía.
Cielos y hados canso,
Monte y valle ofendo,
Los ayres enciendo,
Las aguas amanso. . . .

IV.

Filis rigurosa
Sobre quantas cria
La ribera fria
De Xarama hermosa:
Y á mi fiel lamento
Mas endurecida,
Que montaña herida
De alterado viento.
¡Ay, que la razon
Que á llorar me fuerza,
Tu rigor la esfuerza,
Como á mi pasion!
Si Cielo piadoso
Por mí permitiera,
Que no me doliera
Tu desden rabioso;
Quexas inhumanas

No te endurecieran,
Porque á humana fueran
Canciones humanas.
Mas pues duro Cielo
Con mi fe y mi llanto
Te endurece tanto,
No me sufra el suelo.
Mi dolor te canse,
Mi razon te indine,
Y el Cielo se incline
Contra quien te amanse.
Triste y apartado
En esta ribera,
Piedra, planta ó fiera
Quede transformado.
Mis penas y enojos
Rompan con mi amor,
Y no haya pastor,
Que cierre mis ojos.
Que tú, que mi vida
Tienes ya de suerte,
Que desea la muerte
Por aborrecida:
Tu dirás, en vano,
¡Ay pecho nevado,
Que mal que has tratado
Su amor soberano!
Tú, que con tu amor
Sueles pïadosa
Por la selva umbrosa
Templar su dolor:
Y en sus ojos frios,

Ya para ti hermosos,
Volverlos furiosos,
Que lloran los mios;
Tú los fixarás
En la piedra escura
De mi sepultura,
Quando no querrás.
Quando la razon,
Que á llorar te obligue,
Aun no te mitigue
Con igual pasion.
Quando fuentes frias
Laben el error,
Que causó el rigor
De mis agonías.
Quando coronando
Mi sepulcro triste
Con la flor que viste
Flora el campo blando,
Suspiros despidas,
Quexas te oyga el Cielo,
Que esto es el consuelo
De glorias perdídas.
Mas, ¡ay Filis! temo
Tu visto rigor,
Que de mi dolor
No es el bien supremo.
Qualquiera contento
Fuera bien crecido;
Pero lo sufrido
No tiene descuento.
Ni tú tratarás

De aliviar mi llanto,
Tú á quien mi quebranto
No movió jamás.
Que pues tanta muerte
Nunca te ha movido,
La que tú has querido
No podrá moverte.

POESÍAS

DE FERNANDO DE HERRERA.

CANCION I.

Á Don Juan de Austria.

Quando con resonante
Rayo y furor del brazo impetuoso
Á Encélado arrogante
Júpiter poderoso
Despeñó ayrado en Etna cavernoso;
  Y la vencida tierra,
Á su imperio rebelde, quebrantada
Desamparó la guerra,
Por la sangrienta espada
De Marte, aun con mil muertes no domada;
  En el sereno polo
Con la suave citara presente
Cantó el crinado Apolo
Entonces dulcemente,
Y en oro y lauro coronó su frente.
  La canora armonía
Suspendia de Dioses el Senado;
Y el cielo que movia
Su curso arrebatado,
El vuelo reprimia enagenado.

Halagaba el sonido
Al pielago sañudo, al raudo viento
Su fragor encogido,
Y con divino aliento
Las Musas consonaban á su intento.
Cantaba la victoria
Del exército etéreo y fortaleza,
Que engrandeció su gloria;
El horror y aspereza
De la Titania estirpe y su fiereza.
De Palas Atenea
El Gorgóneo terror, la ardiente lanza;
Del Rey de la onda Egea
La indomitá pujanza;
Y del Ercúleo brazo la venganza.
Mas del Bistonio Marte
Hizo en grande alabanza luenga muestra,
Cantando fuerza y arte
De aquella armada diestra,
Que á la Flegrea hueste fué siniestra.
A ti decia, escudo,
Á ti del cielo esfuerzo generoso,
Poner temor no pudo,
El esquadron sañoso
Con sierpes enroscadas espantoso,
Tú solo á Oromedonte
Traxiste al hierro agudo de la muerte.
Junto al doblado monte;
Y abrió con diestra suerte
El pecho de Peloro tu hasta fuerte.
¡Ó hijo esclarecido
De Juno! ¡ó duro y no cansado pecho!

Por quien cayó vencido,
Y en peligroso estrecho
Mimante pavoroso fué deshecho.
  Tú cubierto de acero;
Tú estrago de los hombres indinado,
Con sangre horrido y fiero,
Rompiste acelerado
Del ancho muro el torreon alzado.
  Á ti libre ya debe
Del rezelo Saturnio, que el profano
Linage, que se atreve
Á alzar la osada mano,
Sienta su bravo orgullo salir vano.
  Mas aunque resplandezca
Esta victoria tuya conocida
Con gloria, que merezca
Gozar eterna vida,
Sin que yaga en tinieblas ofendida:
  Vendrá tiempo en que tenga
Tu memoria el olvido, y la termine;
Y la tierra sostenga
Un valor tan insine
Que ante él desmaye el tuyo, y se le incline.
  Y el fertil occidente,
Cuyo inmenso mar cerca el orbe y baña,
Descubrirá presente
Con prez y honor de España
La lumbre singular de esta hazaña.
  Que el cielo le concede
A aquel ramo de Cesar invencible,
Que su valor herede,
Para que al Turco horrible

Derribe el corazon y ardor terrible.
Vese el pérfido vando
En la fragosa, yerta, aerea cumbre,
Que sube amenazando
La soberana lumbre,
Fiado en su animosa muchedumbre.
Y allí, de miedo ageno,
Corre qual suelta cabra, y se abalanza
Con el fogoso trueno
De su cubierta estanza,
Y sigue de sus odios la venganza.
Mas despues que aparece
El joven de Austria en la enriscada sierra,
Frio miedo entorpece
Al rebelde, y atierra
Con espanto y con muerte la impia guerra.
Qual tempestad ondosa
Con horrisono estruendo se levanta,
Y la nave medrosa
De rabia y furia tanta,
Entre peñascos asperos quebranta;
Ó qual de cerco estrecho
El flamígero rayo se desata,
Con luengo sulco hecho,
Y rompe y desbarata
Quanto al encuentro su ímpetu arrebata.
La fama alzará luego
Y con las alas de oro la victoria
Sobre el giro del fuego,
Resonando su gloria,
Con puro lampo de inmortal memoria.
Y extenderá su nombre

Por do zéfiro espira en blando vuelo,
Con inclito renombre
Al remoto Indio suelo,
Y á dó esparce el rigor helado el cielo.
Si Peloro tuviera
Parte de su destreza y valentía,
Él solo te venciera,
Gradivo, aunque á porfia,
Tu esfuerzo acrecentáras y osadía.
Si este al cielo amparára
Contra las duras fuerzas de Mimante,
Ni el trance rezelara
El vencedor Tonante,
Ni sacudiera el brazo fulminante.
Traed Cielos huyendo
Este cansado tiempo espacïoso;
Que oprime deteniendo
El curso glorïoso:
Haced que se adelante presuroso.
Así la lira suena,
Y Jove el canto afirma, y se estremece
El Olimpo, y resuena
En torno, y resplandece,
Y Mavorte dudoso se escurece.

CANCION II.

Á la batalla de Lepanto.

Cantemos al Señor que en la llanura
Venció del ancho mar al Trace fiero:
Tú Dios de las batallas tú eres diestra,
Salud y gloria nuestra.

Tú rompiste las fuerzas y la dura
Frente de Faraon, feroz guerrero:
Sus escogidos Principes cubrieron
Los abismos del mar, y descendieron,
Qual piedra, en el profundo; y tu ira luego
Los tragó, como arista seca el fuego.
El soberbio Tirano, confiado
En el grande aparato de sus naves,
Que de los nuestros la cerviz cautiva,
Y las manos aviva
Al ministerio injusto de su estado,
Derribó con los brazos suyos graves
Los cedros mas excelsos de la cima;
Y el árbol, que mas yerto se sublima,
Bebiendo agenas aguas, y atrevido
Pisando el vando nuestro y defendido.
Temblaron los pequeños confundidos
Del impio furor suyo, alzó la frente
Contra ti, Señor Dios, y con semblante
Y con pecho arrogante,
Y los armados brazos extendidos,
Movió el ayrado cuello aquel potente:
Cercó su corazon de ardiente saña
Contra las dos Esperias que el mar baña;
Porque en ti confiadas le resisten,
Y de armas de tu fe y amor se visten.
Dixo aquel insolente y desdeñoso:
¿No conocen mis iras estas tierras,
Y de mis padres los ilustres hechos?
¿Ó valieron sus pechos
Contra ellos con el Ungaro medroso,
Y de Dalmacia y Rodas en las guerras?

¿Quién los pudo librar, quien de sus manos
Pudo salvar los de Austria y los Germanos?
¿Podrá su Dios, podrá por suerte ahora
Guardallos de mi diestra vencedora?
Su Roma, temerosa y humillada,
Los cánticos en lágrimas convierte;
Ella y sus hijos tristes mi ira esperan
Quando vencidos mueran.
Francia está con discordias quebrantada.
Y en España amenaza horrible muerte,
Quien honra de la Luna las banderas,
Y aquellas en la guerra gentes fieras
Ocupadas estan en mi defensa;
Y aunque no; ¿quién hacerme puede ofensa?
Los poderosos pueblos me obedecen,
Y el cuello con su daño al yugo inclinan,
Y me dan, por salvarse ya la mano,
Y su valor es vano,
Que sus luces cayendo se oscurecen,
Sus fuertes á la muerte ya caminan;
Sus vírgenes están en cautiverio;
Su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio;
Del Nilo á Eufrates fertil é Istro frio;
Quanto el sol alto mira, todo es mio.
Tú, Señor, que no sufres que tu gloria
Usurpe, quien su fuerza osado estima
Prevaleciendo en vanidad y en ira;
Este soberbio mira
Que tus aras afea en su victoria;
No dexes, que los tuyos así oprima,
Y en sus cuerpos cruel, las fieras cebe
Y en su esparcida sangre el ódio pruebe:

Que hechos ya su oprobrio, dice: ¿dónde
El Dios de estos está? ¿de quién se asconde?
Por la debida gloria de tu nombre;
Por la justa venganza de tu gente;
Por aquel de los míseros gemido
Vuelve el brazo tendido
Contra este, que aborrece ya ser hombre,
Y las honras, que zelas tú, consiente;
Y tres y quatro veces el castigo
Esfuerza con rigor á tu enemigo,
Y la injuria á tu nombre cometida
Sea el yerro contrario de su vida.
Levantó la cabeza el poderoso,
Que tanto ódio te tiene en nuestro estrago,
Juntó el consejo; y contra nos pensaron
Los que en él se hallaron.
Venid, dixeron, y en el mar ondoso
Hagamos un gran lago;
Destruyamos á estos de la gente,
Y el nombre de su Christo juntamente;
Y dividiendo de ellos los despojos
Hartense en muerte suya nuestros ojos.
Vinieron de Asia y portensa Egito,
Los Arabes y leves Africanos;
Y los que en Grecia junta mal con ellos
Con los erguidos cuellos,
Con gran poder, y número infinito;
Y prometer osaron con sus manos
Encender nuestros fines; y dar muerte
A nuestra juventud con hierro fuerte,
Nuestros niños prender y las doncellas,
Y la gloria manchar, y la luz de ellas.

Ocuparon del piélago los senos
Puesta en silencio, y en temor la tierra,
Y cesaron los nuestros valerosos,
Y callaron dudosos,
Hasta que al fiero ardor de Sarracenos,
El Señor eligiendo nueva guerra
Se opuso el Jóven de Austria generoso
Con el claro Español y belicoso;
Que Dios no sufre ya, en Babel cautiva
Que su Sion querida siempre viva.

Qual Leon á la presa apercibido,
Sin rezelo los ímpios esperaban
Á los que tú, Señor, eras escudo
Que el corazon desnudo
De pavor, y de fe y amor vestido
Con celestial aliento confiaban.
Sus manos á la guerra compusiste
Y sus brazos fortísimos pusiste
Como el arco acerado, y con la espada,
Bibraste en su favor la diestra armada.

Turbáronse los grandes, los robustos
Rindiéronse temblando, y desmayaron;
Y tú entregaste, Dios, como la rueda
Como la arista queda
Al ímpetu del viento á estos injustos
Que mil huyendo de uno se pasmaron:
Qual fuego abrása selvas cuya llama
En las espesas cumbres se derrama,
Tal en tu ira y tempestad seguiste,
Y su faz de ignominia convertiste.

Quebrantaste al cruel dragon, cortando
Las alas de su cuerpo temerosas,

Y sus brazos terribles no vencidos:
Que con hondos gemidos
Se retira á su cueva, do silvando
Tiembla con sus culebras venenosas,
Lleno de miedo torpe en sus entrañas,
De tu Leon temiendo las hazañas,
Que, saliendo de España, dió un rugido,
Que lo dexó asombrado y aturdido.
Hoy se vieron los ojos humillados
Del sublime varon y su grandeza,
Y tú solo, Señor, fuiste exâltado;
Que tu dia es llegado
Señor de los exércitos armados,
Sobre la alta cerviz y su dureza,
Sobre derechos cedros y estendidos,
Sobre empinados montes y crecidos,
Sobre torres y muros, y las naves
De Tiro que á los tuyos fueron graves,
Babilonia y Egipto amedrentada,
Temerá el fuego y la asta vïolenta,
Y el humo subirá á la luz del cielo,
Y faltos de consuelo,
Con rostro oscuro y soledad turbada
Tus enemigos llorarán su afrenta.
Mas tú, Grecia, concorde á la esperanza
Egicia, y gloria de su confianza;
Triste, que á ella pareces, no temiendo
Á Dios, y á tu remedio no atendiendo.
Porque, ingrata, tus hijas adornaste
En adulterio infame á una impia gente,
Que deseaba profanar tus frutos;
Y con ojos enxutos,

Sus odiosos pasos imitaste,
Su aborrecida vida y mal presente;
Dios vengará sus iras en tu muerte,
Que llega á tu cerviz con diestra fuerte
La aguda espada suya, ¿quién cuitada
Reprimirá su mano desatada?
Mas tu fuerza del mar, tú excelsa Tiro,
Que en tus naves estabas gloriosa
Y el termino espantabas de la tierra,
Y si hacias guerra,
De temor la cubrias con suspiro;
¿Cómo acabaste fiera y orgullosa?
¿Quién pensó á tu cabeza daño tanto?
Dios para convertir tu gloria en llanto,
Y derribar tus ínclitos y fuertes,
Te hizo perecer con tantas muertes.
Llorad, naves del mar, que es destruida
Vuestra vana soberbia y pensamiento:
¿Quién ya tendrá de ti lástima alguna,
Tú, que sigues la luna,
Asia adúltera, en vicios sumergida?
¿Quién mostrará un liviano sentimiento?
¿Quién rogará por ti? Que á Dios enciende
Tu ira y la arrogancia, que te ofende;
Y tus viejos delitos y mudanza
Han vuelto contra ti á pedir venganza.
Los que vieron tus brazos quebrantados
Y de tus pinos ir el mar desnudo,
Que sus ondas turbaron y llanura;
Viendo tu muerte oscura,
Dirán de tus estragos quebrantados:
¿Quién contra la espantosa tanto pudo?

El Señor, que mostró su fuerte mano
Por la fe de su Príncipe Christiano,
Y por el nombre santo de su gloria
Á su España concede esta victoria.
Bendita, Señor, sea tu grandeza,
Que despues de los daños padecidos,
Despues de nuestras culpas y castigo,
Rompiste al enemigo
De la antigua soberbia la dureza.
Adórente, Señor, tus escogidos,
Confiese, quanto cerca el ancho cielo,
Tu nombre, ó nuestro Dios, nuestro consuelo;
Y la cerviz rebelde condenada,
Perezca en bravas llamas abrasada.

SONETO I.

Al mismo asunto.

Hondo Ponto que bramas atronado,
Con tumulto y terror, del turbio seno
Saca el rostro, de torpe miedo lleno,
Mira tu campo arder ensangrentado:
Y junto en este cerco y encontrado
Todo el Christiano esfuerzo y Sarraceno,
Y cubierto de humo, y fuego y trueno,
Huir temblando el ímpio quebrantado.
Con profundo murmurio la victoria,
Mayor celebra, que jamas vió el cielo,
Y mas dudosa y singular hazaña;
Y dí, que solo mereció la gloria,
Que tanto nombre da á tu sacro suelo
El joven de Austria, y el valor de España.

CANCION III.

Á la pérdida del Rey Don Sebastian.

Voz de dolor, y canto de gemido,
Y espíritu de miedo, envuelto en ira,
Hagan principio acervo á la memoria
De aquel dia fatal aborrecido,
Que Lusitania mísera suspira
Desnuda de valor, falta de gloria.
Y la llorosa historia
Asombre con horror funesto y triste,
Dende el Africo Atlante y seno ardiente,
Hasta dó el mar de otro color se viste;
Y dó el límite roxo de Orïente,
Y todas sus vencidas gentes fieras
Ven tremolar de Christo las banderas.
¡Ay de los que pasaron confiados
En sus caballos, y en la muchedumbre
De sus carros, en ti, Libia desierta!
Y en su vigor y fuerzas engañados
No alzaron su esperanza á aquella cumbre
De eterna luz; mas con soberbia cierta
Se ofrecieron la incierta
Vitoria; y sin volver á Dios sus ojos,
Con yerto cuello y corazon ufano
Solo atendieron siempre á los despojos;
Y el Santo Israel abrió su mano,
Y los dexó, y cayó en despeñadero
El carro y el caballo, y caballero!
Vino el dia cruel, el dia lleno

De indinacion, de ira y furor, que puso
En soledad, y en un profundo llanto
De gente y de placer el reyno ageno.
El Cielo no alumbró, quedó confuso
El nuevo Sol, preságo de mal tanto;
Y con terrible espanto
El Señor visitó sobre sus males,
Para humillar los fuertes arrogantes;
Y levantó los bárbaros no iguales,
Que con osados pechos y constantes
No busquen oro; mas con hierro ayrado
La ofensa venguen y el error culpado.
Los ímpios y robustos indinados
Las ardientes espadas desnudaron
Sobre la claridad y hermosura
De tu gloria y valor; y no cansados
En tu muerte, tu honor todo afearon,
Mezquina Lusitania sin ventura.
Y con frente segura
Rompieron sin temor con fiero estrago
Tus armadas esquadras y braveza.
La arena se tornó sangriento lago,
La llanura con muertos aspereza:
Cayó en unos vigor, cayó denuedo;
Mas en otros desmayo y torpe miedo.
¿Son estos por ventura los famosos,
Los fuertes, los belígeros varones
Que conturbaron con furor la tierra?
Que sacudieron reynos poderosos?
Que domaron las hórridas naciones?
Que pusieron desierto en cruda guerra
Quanto el mar Indo encierra,

Y soberbias ciudades destruyeron ?
¿Dó el corazon seguro y la osadía?
¿Cómo así se acabaron y perdieron
Tanto heroyco valor en solo un dia;
Y léjos de su patria derribados,
No fueron justamente sepultados?
Tales ya fueron estos, qual hermoso
Cedro del alto Líbano, vestido
De ramos, hojas, con excelsa alteza;
Las aguas lo criaron poderoso,
Sobre empinados árboles crecido,
Y se multiplicaron en grandeza
Sus ramos con belleza;
Y estendiendo su sombra, se anidaron,
Las aves que sustenta el grande cielo;
Y en sus hojas las fieras engendraron,
Y hizo á mucha gente umbroso velo:
No igualó en celsitud y en hermosura
Jamás árbol alguno á su figura,
Pero elevóse con su verde cima,
Y sublimó la presuncion su pecho,
Desvanecido todo y confiado,
Haciendo de su alteza solo estima:
Por eso Dios lo derribó deshecho,
Á los impíos y agenos entregado,
Por la raiz cortado:
Que opreso de los montes arrojados,
Sin ramos y sin hojas, y desnudo,
Huyeron de él los hombres espantados,
Que su sombra tuvieron por escudo:
En su ruina y ramos, quantas fueron
Las aves y las fieras se pusieron.

Tú, infanda Libia, en cuya seca arena
Murió el vencido reyno Lusitano,
Y se acabó su generosa gloria,
No estés alegre y de ufanía llena;
Porque tu temerosa y flaca mano,
Hubo sin esperanza tal vitoria,
Indina de memoria;
Que si el justo dolor mueve á venganza
Alguna vez el Español corage,
Despedazada con aguda lanza
Compensarás muriendo el hecho ultrage;
Y Luco amedrentado, al mar inmenso
Pagará de Africana sangre el censo.

SONETO II.

Á Marco Bruto.

Yaces al fin, ó del valor Latino
Última gloria; por tu fuerte mano;
Tentado habiendo reducir en vano
La libertad al orbe, de ella indino.
Tu virtud te guió, perdió el destino;
Pero pudo tu esfuerzo soberano
Mostrar, que fuiste capitan Romano,
Y solo sucesor de Bruto dino.
¡Ó si agena ambicion no te moviera
Á desnudar el hierro, ó ya desnudo,
Siguiera á tus hazañas la ventura!
Que ninguno tu igual en Roma hubiera:
Mas tráxote en desprecio el hado crudo
Del grave seso y la virtud segura.

ELEGIA I.

Estoy pensando en medio de mi engaño
El error de mi tiempo mal perdido,
Y quán poco me ofendo de mi daño.
Vuelvo los ojos que el mejor sentido
Alumbra; y hallo una pequeña senda,
Do paso humano apena está esculpido.
Procuro, antes que el breve sol descienda
A encubrirse en el último Ocidente,
Llegar al fin de esta mortal contienda.
Y como quien se ve del daño ausente,
Que considera su temor pasado,
Y aun no descansa con el bien presente;
Tal de mi afrenta y mi dolor cargado
En la seguridad nunca sosiego,
Y en el sosiego siempre estoy turbado.
Aquel vigor, aquel celeste fuego,
Que enciende mis entrañas, me levanta
De la oscura tiniebla y error ciego.
Veo el tiempo veloz que se adelanta,
Y derriba con vuelo presuroso
Quanto el hombre fabríca y quanto planta.
¡Ó cierto desengaño vergonzoso!
¡Ó grave confusion de nuestro yerro!
¡Claro enemigo, amigo sospechoso!
Tú me pusiste solo en un destierro,
De quanto me podia dar tormento,
Y por ti á la alegría el paso cierro.
¿Quántas veces me diste al pensamiento
Ocasiones de gloria, si yo osara

Valerme del honor de tu tormento?
  Fueme la suerte en lo mejor avara,
Sombras fueron de bien las que yo tuve,
Oscuras sombras en la luz mas clara.
  Ninguna en tantas penas que sostuve
Puso merecimiento al amor mio,
Quando de merecer mas cerca estuve.
  Acabe ya este grande desvarío,
Ó, pues no acaba, estas razones vanas,
Que sin provecho á quien no escucha envío.
  Tus mudanzas ¡ó tiempo! soberanas,
Las cosas que revuelven y quebrantan,
Movibles, graves, firmes y livianas,
  Me arrebatan el ánimo y levantan
De este cansado peso que contrasta,
Y en su diversa condicion me espantan.
  La edad robusta huye apriesa y gasta
Las fuerzas, y se pierde la ufanía;
Y á tu furor ninguna fuerza basta.
  ¿Quántas cosas mostró el sereno dia
Alegres, que tu furia apresurada
Entristeció en la noche y sombra fria?
  Vencío vencida Troya y derribada
Se alzó, y en su ruina se postraron
Los muros de Micenas estimada.
  Las vencedoras llamas abrasaron
Las altas torres, que labró Neptuno,
Y á Grecia sus cenizas acabaron.
  El Africano exército importuno
Á España sepultó en sangriento lago,
Y libre su furor dexó á ninguno.
  Mas roto sufre igual el duro estrago

Por la mano Española; y al fin siente
El hierro, no una vez, la gran Cartago.
Y el que en el patrio suelo estrechamente
Vivia oscuro, osado se aventura
Por el remoto golfo de Ocidente:
Y con valor igual á su ventura
Bravas gentes sujetó y fieros pechos,
Sin rendirse al temor de muerte oscura.
Arcos y claros títulos estrechos
Son á su gloria inmensa; pues él solo
Vence los grandes hechos con sus hechos.
No descubre la luz del roxo Apolo
Tal vigor y osadía, y brazo fuerte,
En quanto cerca en uno en otro polo.
Tú, domador de toda humana suerte,
Al fin vences, abates su grandeza,
Y entregas á los brazos de la muerte.
Tú exercitas ahora la riqueza,
Las armas del soberbio Turco fiero,
Y del Persa el valor y fortaleza.
Las celadas y escudos el ligero
Araxês vuelve en ondas espumosas,
Del bravo Trace y Medo caballero.
Osadas gentes, duras y sañosas,
Á la ambicion de cuyo grande pecho
Es pequeño el imperio de las cosas,
Teñid en sangre el hierro, y el estrecho
Paso abrid ¡ó crueles! á la muerte;
Vengad el daño á vuestras honras hecho.
No volvais la fiereza y brazo fuerte,
Y el furor de la ira no vencida,
Sobre nuestra desnuda y flaca suerte.

Que ya la gloria del valor perdída,
Nuestra virtud en ocio se remata;
Nuestra virtud que tanto fué temida.
Culpa, de quien, pudiendo, la maltrata,
Y no le dá lugar; antes procura,
Que muera á manos de la envidia ingrata.
La ardiente Libia es triste sepultura
Del destruido reyno Lusitano,
Y eterna pena á su fatal locura:
Bañado en noble sangre el Africano
Campo rebosa, y con dolor suspira,
Léjos Atlante, y Avila cercano.
El ímpio Cimbro osadamente aspira,
Y espera el cetro, y sin pavor seguro
A su marino claustro se retira.
El alto, fuerte, inexpunable muro
Pasó la fuerza Hispana, y puso á tierra
Quanto halló el furor del fuego oscuro.
Mas ¡ó infame remate de tal guerra?
Reyna el vencido, y el engaño tanto
Puede, que al mismo vencedor destierra.
¡Ó quánto en vano se ha expendido! ¡ó quánto
Valor asconde aquel ingrato suelo,
Que al Turco de temor cubriera y llanto!
No ha visto, el que ve todo, inmenso cielo
Empresa de mayor atrevimiento,
Mas firme corazon y sin rezelo.
Contumaz y cobarde movimiento,
Furor plebeyo, y desleal nobleza,
Indina de sufrir vital aliento;
¿Dó está la fe, que á la real alteza
Debes? ¿á dó huyó de tu memoria?

¿A dó la religion y su firmeza?
¿Piensas ó esperas alcanzar victoria
Contra Dios? ¿contra el Rey? ¡ó intento ciego,
Digno de vituperio y no de gloria!
¡Ó cómo crias en tu pecho fuego,
Que ha de abrasar tu patria generosa,
Sin que esfuerzo te valga ó humilde ruego!
Qual soberbio turbion de la fragosa
Alcazar se despeña de Apenino,
Tal va contra ti España poderosa.
Apresurar el paso á su destino
Veo las cosas todas; y en mi pecho
Hacer los pensamientos un camino.
No puedo, aunque procuro á mi despecho
Librarme de ellos y mal grado mio
Voy con ellos adonde el mal me han hecho.
Oso temiendo, y con el mal porfio,
Y tal vez la razon lugar me dexa,
Contra mi ostinacion y desvarío.
Mas poco dura, porque al fin se aleja
En la ocasion que viene, y quedo ufano
De aquello, que debiera tener quexa.
¡Quién pudiera traer siempre á la mano
De la razon la voluntad perdida,
Sin que temiera su ímpetu liviano!
Varias revueltas de confusa vida,
Dexadme respirar de mi deseo,
Dexadme ya curar esta herida:
Que todo quanto pienso y quanto veo,
Es dar aliento á la amorosa llama,
Dar vigor sin provecho al devaneo.
¡Dichoso aquel á quien jamas inflama

Vano amor, ambicion, y lo que adora,
Y teme el vulgo incierto siempre y ama!
Que el miedo y la esperanza engañadora
Con gran pecho seguro y sosegado
En todo trance doma, á qualquier hora.
  Y de quanto fatiga y da cuidado
Á nuestros votos libre va, y paciente,
En todos los peligros no turbado.
  Y no sufre su pecho ni consiente
Que algun liviano afecto le dé asalto,
Y ofenda su sosiego injustamente.
  Antes mayor, mas glorioso y alto,
Que lo que alcanza fortaleza alguna
Se ve, y de ricos bienes menos falto.
  Firme y constante, sin temer fortuna,
Con mesurado curso va contino,
Y qualquier ocasion le es importuna.
  No lo ve en el dudoso torbellino
De las cosas el dia extremo; pero
Dispuesto sí á seguille en su camino.
  Nosotros, turba vil, con afan fiero
Puestos en desear y amar estamos,
Y en servir á este bien perecedero.
  En mil casos presentes peligramos;
Y en pocas ó ninguna vez concede
Nuestra ruda ignorancia que huyamos.
  Nuestro valor tan cortamente puede,
Que caemos de la alta pesadumbre
Y alzarnos casi nunca nos sucede.
  Él mira de la sacra excelsa cumbre
Los que erramos, y el gozo y vano intento
Desprecia con aguda y pura lumbre.

Soplo ayrado no bate el yerto asiento,
Del elevado Olimpo, si no alcanza
Á su ensalzada cima el fiero viento.
Quien tan rastrera trae la esperanza
Desespere llegar á tal estado,
Que aunque tenga de sí mas confianza,
Al fin verá que en vano se ha cansado.

SONETO III.

Del mar las ondas quebrantarse via
En las desnudas peñas, desde el puerto,
Y en conflicto las naves que el desierto
Bóreas, bramando con furor batía.
Quando gozoso de la suerte mia,
Aunque afligido del naufragio cierto,
Dixe: no cortará del Ponto incierto
Jamas mi nave la temida via.
Mas ¡ay triste! que apenas se presenta
De mi fingido bien una esperanza,
Quando las velas tiendo sin rezelo:
Vuelo qual rayo, y súbita tormenta
Me niega la salud y la bonanza,
Y en negra sombra cubre todo el cielo.

SONETO IV.

¿Do vas? ¿do vas, cruel? ¿do vas? refrena,
Refrena el presuroso paso, en tanto
Que de mi grave afan el luengo llanto
Abre en prolixo curso honda vena.
Oye la voz de mil suspiros llena,

Y de mi mal sufrido el triste canto;
Que ser no podrás fiera y dura tanto,
Que no te mueva al fin mi acerba pena.
Vuelve á mí tu esplendor, vuelve tus ojos,
Antes que oscuro quede en ciega niebla,
Decia en sueño, ó ilusion perdido.
Volví, halléme solo y entre abrojos,
Y en vez de luz cercado de tiniebla,
Y en lágrimas ardientes convertido.

ELEGIA II.

Esta amorosa luz serena y bella,
Que en el usado curso á la alma mia
Es eterno esplendor, y al cielo estrella:
Ésta, que en sombra oscura, en claro dia
Con el inmenso ardor me abrasa el pecho,
Quedando toda en sí nevada y fria:
De mi dolor, del grande agravio hecho
Con su valor me paga, y aunque muero,
Me hallo en mi tormento satisfecho.
Amor me traxo el mal; y en él espero
Volver al bien perdido; y si esto niega,
El sentido acabó el dolor primero.
Sulco el áspero mar en noche ciega,
Siguiendo porfioso mi deseo,
Que sin pavor al piélago se entrega.
Yo, que al fin naufragar al triste veo
Entre las altas ondas, ¿qué esperanza
Buscar podré al temor con que peleo?
No procuro á mi daño seguranza
En la fortuna mia, ni pretendo

Mis cuitas mejorar en la mudanza.
 Ni ya huyo, ni oso, ni deseado
Mi alma del peligro, ni me escuso
Del mal, que en mi cercana muerte entiendo.
 Todo para mi pena se dispuso,
Y lo debo, pues dí ocasion en ello,
Su flecha quando amor al pecho puso.
 Mi osado orgullo, y mi lozano cuello,
La razon, y el gallardo pensamiento
Quedaron enredados de un cabello.
 No siente en el insano, oscuro asiento,
Los cien brazos y cuerpo relazados,
Egeon con sus nudos mas tormento.
 Las trenzas de oro crespo, ensortijado,
Que, qual cometa ardiente, resplandecen
Esparcidas con arte, ó sin cuidado:
 De quien las tersas hebras se enriquecen
Del radïante hijo de Latona,
Y en color y en belleza se engrandecen:
 Juntas en ricos cercos y corona,
Entre lucientes piedras anudadas,
Do mi ímpio Rey alegre se corona,
 En sus hermosas vueltas y sagradas
El corazon llevaron, y herido
Halló el error y muerte en sus lazadas.
 De allí quedé sujeto, y sin sentido,
Sino para el dolor y de alegria,
En quanto amando viva, despedido.
 Conmigo este mi afan y suerte mia
Temprano acabará con pena indigna,
Que no dura en dolor luenga porfía.
 Pues consiente mi excelsa luz divina:

Que celebre la gloria de su nombre,
Y al cuerpo humano el fuego suyo afina;
  Hacer sublime espero su renombre,
Y que en sus fines últimos la aurora,
Y el negro Melo y frio mar lo nombre.
  Ensalce al verde lauro en voz canóra
El tierno, dulce y amador Toscano
La belleza y el bien, que humilde honora.
  Que yo canto, aunque el duro amor tirano
En mis entrañas fiero el ódio incita;
El valor de mi lumbre soberano.
  Y si en mi pena y lastima infinita
Se me concede espacio de reposo;
Su memoria en el tiempo será escrita.
  En tanto, á do alza Betis deleitoso
Las verdes cañas, y la ovosa frente
Del puro vaso de cristal hermoso;
  Y con llena, espumosa, alta corriente
Entra, donde Neptuno la ancha y honda
Ribera ocupa y ciñe de Ocidente;
  En la rica, dorada y fertil onda
Haré los sacros juegos en su gloria,
Y que el coro de Nayades responda.
  Y al arbol generoso de vitoria
Rendirá el tierno mirto, aunque mi canto
Por si no espera honrarse en tal memoria.
  ¡Quántas veces reí del blando llanto
De Laso, cuyo igual no sufre España,
Ni tiene á quien venere y precie tanto!
  Qualquier dolor de amor, qualquier hazaña,
Me pareció, y aquel temor fingido,
Que ahora siento bien su fuerza estraña.

Amor, que no comporta un atrevido
Y libertado pecho, el arco fiero
Torció; y al desarmar dió un gran sonido.
Pasóme el corazon, y con severo
Imperio me usurpó el dichoso estado,
En que ufano cuidé vivir primero.
Quedé siempre cautivo y sujuzgado
De tales dos estrellas, que en el cielo
Á todas la beldad han despojado.
Y en la purpurea red y rico velo
De la hermosa frente ví mi vida
Presa, sin esperar algun consuelo.
Mas tal bien, y tal honra ví ofrecida
Á los trabajos mios, que contento
Justamente la dí por bien perdida.
De allí el soberbio y animoso intento
Oscuro de mi canto quedar pudo,
Que solo dió lugar á mi tormento:
Y aquel rayo de Júpiter sañudo,
Y los fieros Gigantes derribados,
Principio de mis versos grande y rudo;
Y el valor de Españoles, olvidados
Fincaron, que pudieron en mi pena
Mas mis nuevos dolores y cuidados.
Entre armas, y entre hierro mal resuena
Cansado, el noble espíritu amoroso,
Del mal, que su sosiego desordena.
Dichoso, quien en verso generoso
Celebra las hazañas inmortales,
Y el vigor y el esfuerzo valeroso.
Ó quien en las regiones celestiales

Termina el vuelo, y de su cumbre mira
La vanidad, y cosas de mortales.
Quien de una bella luz arde y suspira,
Quien se ve condenado al mal presente,
Que de su pensamiento no retira;
No puede contemplar al sol luciente,
Ni admirar la virtud, y el nombre ageno,
Que amor tanto reposo no consiente.
Basta el dolor, en que muriendo peno,
Si cabe esta memoria en el mal mio,
Y de mi gloria ausente el tiempo bueno.
Mas yo temo, que yace en horror frio
Que el ánimo es preságo de su daño,
Del olvido, en que triste desconfio.
Fué siempre á mi deseo amor estraño,
Indució mi congoja y sentimiento,
Y me encubrió la sombra de mi engaño.
Mas pues que desconorto el pensamiento,
Ó siga olvido, ó el desden me hiera,
Ya estoy hecho á cansar el sufrimiento.
Por do me lleva injusta suerte fiera,
Irán conmigo solos mis enojos,
Hasta el fin miserable que me espera.
Y siempre volveré los mustios ojos,
Donde quedó (y do yo quedar deseo)
Mi gloria, mi fortuna y mis despojos.
Si de ellos levantáre algun trofeo
Mi Luz, espero ver, que por ventura
Tierna se muestre, y mansa á mi deseo.
No es de roca engendrada alpestre y dura,
Es blanda y cortesmente piadosa,

Y causa mi pasion mi desventura.
En color de suave y pura rosa,
Dulces ojos y angélica armonía
Y noble trato, y gracia deleytosa
No reyna crueldad; ni ser podria,
Que en celestial belleza se hallase
Deseo de la pena y muerte mia.
Si á los hondos estrechos me llevase
Amor del Indo Océano, ó perdido
En la Africana arena me abrasase;
Firme siempre estaria, no rendido;
Que en pecho, mas que fino diamante,
Está fixo el cuidado y esculpido.
Si puede ser, que Iperion levante
Primera luz de España, y que el corriente
Ganges no entre en el golfo resonante;
Esperar se podrá, que al pecho ardiente
Oprima el frio intenso de la nieve,
Ó mitigue su fuego vehemente.
La lluvia que en mi faz contino llueve,
Regalar puede bien el puro yelo,
Aunque apretar su fuerza aquilon pruebe.
Gracias humilde hago al alto cielo,
Que ya que me perdí en mi daño cierto,
Monstró en mi tiempo esta mi Estrella al suelo.
Amor, quando el pesado cuerpo muerto
Mi espíritu dexáre, á mi luz bella
Presenta mi peligro descubierto;
Que una lágrima puede sola de ella
Renovarme la gloria de la vida;
¡Dichosa, si tal bien hallase en ella!
En tanto que mi suerte aborrecida

Me aquexa, cantaré desamparado
Mi presente fortuna y la perdida,
De todas esperanzas apartado.

ELEGIA III.

Pues la luz, que escogí por cierta guia,
Sombra oscura del cielo me defiende;
Llora conmigo, amor, la pena mia.
Ya sobre mi nubloso horror desciende,
Y me aflige la suerte, y rinde á llanto,
Que el fuego que me abrasa ayrado enciende.
En lágrimas deshago el triste canto,
Y en ellas ya debria estar deshecho
El duro corazon, que sufre tanto.
¿Qué aspera condicion de fiero pecho
En tan siniestro caso me levanta,
Y me tuerce á sufrir tan impio hecho?
¿Cómo explicar podré congoja tanta,
Si faltan las palabras, si el efeto
Triste el sentido mísero quebranta?
¿Qué podré ya temer? ¿qué tierno afeto
Habrá que ablande en parte mi dureza,
Pues vivo en tal dolor con mal secreto?
¿Quién me impide mirar la gran belleza,
El celestial semblante y armonía
Que desterraban toda mi tristeza?
Ya para mí se ha oscurecido el dia;
Y pues en las tinieblas me lamento,
Llora conmigo, amor, la pena mia.
El puro fuego, aquel divino aliento,
Que en el blando y rendido pecho mio

Mi sol bello envió de su alto asiento,
Se altera con rigor en yelo frio,
Y acaba de la vida ya suspensa
La parte que estrenó mi desvarío.
Y la virtud de la alma y fuerza inmensa
Que me llevaba sin graveza al cielo,
Entorpecida está de nieve intensa.
Ya no pretendo yo encumbrar el vuelo
Á algun favor, que estoy desconfiado,
Sin bien, oscuro y derribado al suelo.
Queda solo este bien á mi cuidado
Renovar con dolor esta memoria;
Amor, lloremos mi dichoso estado.
¿Á dó el favor antiguo? ¿á dó la gloria
De mi pasado tiempo y venturoso?
¿Á dó tantos despojos y vitoria?
Collados altos, bosque deleytoso,
Fuente abundosa, y agradable puesto,
Testigos de mi bien y mi reposo;
¿Á dó las luces y el semblante honesto,
El oro en rico cerco recogido
Con bello error en torno ó descompuesto?
¿Á dó el coral lustroso y encendido,
Y el color dulce de süave rosa
Tiernamente tal vez descolorido?
¿Á dó la blanca mano y generosa
Que el yugo puso blandamente al cuello,
Y fué prenda á mi alma dolorosa?
¿Á dó el ardor luciente del cabello?
¿Á dó mas que marfil, y no tocada
Nieve del pecho tierno el candor bello?
¿Á dó la perfeccion, nunca imitada,

De aquella ímagen viva y hermosura
Con envidia de todas admirada?
¿Qué fuerza de astro, qué cruel ventura
Puede apartarme el bien de mi deseo?
De mi grave temor ¿quién me asegura?
En un mesmo lugar estó, y no veo
La luz que á el alma da virtud crecida,
Y pierdo el bien que siempre ver deseo.
¡Grande dolor! pero en cuitada vida
Bien lo debe abrazar, quien lo consiente,
Y sufre sustentar esta caida.
Si donde el sol se asconde de la gente,
Ó á dó en rosado carro va á la Aurora
Con purpureo celage y blanca frente,
Fortuna, de mi daño causadora,
Me llevase esta luz serena y bella
Que humilde reconozco por señora;
Aunque mil muertes me ofreciese en ella,
Por la tiniebla y claridad del dia
Buscando iria mi fatal estrella.
Y ahora una enemiga compañía
El paso al bien abierto me deshace;
Llora conmigo, amor, la pena mia.
En esta soledad me satisface
Quanto es triste y á muchos insufrible,
Y todo extraño desconcierto aplace.
¿Quién espera en amor, si aborrecible
Su bien y su mal es en su mudanza,
Y quanto mas alhaga mas terrible?
Si pudiese perderse la esperanza,
¡O quán breve sería el ciego engaño
Que nace de amorosa confianza!

Porque descubriria el desengaño
Presente al cielo que mis cuitas mira
La vanidad y causa de su daño.
¡ Mísero, quien estima y quien admira
Simple tan fragil fuerza, y olvidado
De sí su perdicion busca y suspira.
Pues yo ausente aun no estoy desesperado;
Para que no desmaye el dolor crudo,
Amor, lloremos mi dichoso estado.
Mis quejas oyga el ímpetu sañudo
De Vulturno, y las lleve resonando
Do Iperion ascônde el rayo agudo.
Y traspase de allí el caliente vando,
Y la llena region de fria nieve,
Mi cuidado y dolor multiplicando.
Mi daño alcance quien sulcando debe
Abrir el hondo lago de Neptuno;
Y quien, ó Marte, á tu furor se atreve.
Si se halláre desdichado alguno,
Que tuvo bien, y lo perdió, éste puede,
Consuelo en mí tener mas oportuno.
Escrita mi infelice historia quede
En bronce; y llore de mi gloria muerta
Quejoso el mal, que á tanto bien sucede.
Si algun amante en esta parte incierta
Llegáre, lleno de mortal fatiga,
Y con dolor herido, y cuita cierta;
Señale en esta arena, y mustio diga,
Aquí no entra quien no es desdichado,
Y aquí la suerte á todo afan obliga.
En tanto que se acerca el ímpio hado,
Y nos escucha esta ribera fria,

Lloremos, ojos, mi dichoso estado.
  Llore Betis los versos que me oía;
Y tú que no te ofendes de mis males
Llora conmigo, amor, la pena mia.
  Las aves con sus cantos desiguales
Acompañan la voz de mi lamento,
Y de esta fuente rotos los cristales.
  No es mi queja mayor que mi tormento,
Que el corazon que tengo es bien bastante
Para qualquier profundo sentimiento.
  Mas éste que padezco, va delante
Á todos quantos tiene el amor fiero,
Ni puede alguno ser su semejante.
  Desconfio, aborrezco, amo, espero,
Y llega á tal extremo el desconcierto,
Que ya no sé si quiero ó si no quiero.
  Testigo es de mis males el desierto
Que me ve en su desnuda y roxa arena
Vencido de dolor y casi muerto.
  Cándida Luna, que con luz serena
Oyes atentamente el llanto mio,
¿Has visto en otro amante otra igual pena?
  Mírame en este solo y hondo rio
Lamentando mi mal con su rüido,
Y me cubre del cielo el manto frio.
  Repara el carro instable á mi gemido;
Y pues amor tocó su esento pecho,
Duélete de quien ama tan perdido.
  Así el dormido joven, satisfecho
Del hermoso fulgor de tu luz pura
Amancille jamas tu alegre pecho.
  Pues de nieblas la faz rompiste oscura,

Para mirar el tiempo ufano y ledo,
Quando pude esperar de mi ventura,
En este mal en que me vence el miedo,
Ofrece algun remedio á tanto daño;
Pues valerme en mis ansias nunca puedo.
Que en este mi infortunio y mal estraño
Por ventura la suerte ofreceria
Algun flaco reparo á tal engaño.
Mas pues Diana sigue su alta via,
Y acogida á mis lágrimas me niega,
Llora conmigo, amor, la pena mia.
Ya que mudanza á tanto mal no llega,
Y roto del mar negro en la onda fiera,
Cruel fortuna á lástimas me entrega;
De este sonante rio en la ribera,
Esperaré, si soy de tal bien dino,
Que mi esquiva pasion conmigo muera:
Y seré en esta tierra triste, indino
Exemplo del dolor, que amor presenta
Al mas dichoso amante y mas mezquino.
Cubrirá mi sepulcro esta sedienta
Arena que el sol hiere en luengo dia,
Y un verso que declare así mi afrenta.
" Dió ausencia y soledad siendo su guia
A un mísero amador injusta muerte,
Amor que siempre fué en su compañía
Yace con él en una misma suerte."

ELEGIA IV.

Bien debes asconder, sereno cielo,
Tus luces, y texer de oscuro manto

En torno luengamente el ancho velo;
Y España deshacerse en mustio llanto,
Y volver en un triste sentimiento
Siempre la dulce voz, y alegre canto;
Y Betis remover del hondo asiento
Negras ondas, creciendo el mar hinchado
El curso de su misero lamento.
Pues ¡oh dolor tarde temido! el hado
Pudo ayrado robar la luz hermosa
Al suelo eternamente despojado.
Perpetua sombra y niebla tenebrosa
Desconorte los pechos espantados
De dureza tan áspera y llorosa.
Acábense con éste los cuidados,
Las congojas antiguas, y el gemido
Por todos los sucesos desdichados.
El sol de hermosura esclarecido,
Rayo de la divina hermosura
Yace en fria tiniebla oscurecido.
Quien pudo ver la luz suave y pura,
Clarísima Eliodora, de tus ojos,
Nunca esperó tan grande desventura.
Las ricas hebras, lucidos manojos
De oro terso, sutil y ensortijado,
Son ya de muerte miseros despojos.
Vese el dulce color amortiguado,
Y sin vigor la bella y blanca frente,
Y queda el cuello apuesto derribado.
El blanco trato, el corazon clemente,
La gracia generosa y cortesía,
La fe y modestia, y la virtud presente
Entrega un desdichado, y cruel dia

En duros brazos de la muerte fiera,
Quando menos al miedo se debia.
  Esta engañosa vida lisongera
Desierta, y en confuso error perdida,
Despues de tanto mal, ¿qué bien espera?
  Con esta triste y última partida
Es dulce vida ya la amarga muerte,
Y amarga muerte ya la dulce vida.
  Ningun caso tan aspero, ó tan fuerte
Estrago, y ningun ímpetu sañoso
Del cielo, que contrasta nuestra suerte,
  Puede, aunque quebrantando proceloso,
Arranque gruesos muros bien trabados,
Y se confunda el orbe temeroso;
  Rendir los corazones levantados;
Que el valor gloríoso los alienta,
Entre peligros mil nunca turbados.
  Mas esta, que enemiga se presenta,
Y deshace cruel con ímpia mano
La verde flor, indigna de esta afrenta;
  Al mas excelso pecho, y sobre humano
Desnuda de la usada fortaleza,
Que contra su rigor se opone en vano.
  Terrible mal, pero comun tristeza,
Que desbarata la ambicion profana,
Freno de vanas pompas y grandeza.
  Contra esta furia, rígida tirana,
Solo finca un reparo no ofendido,
Que es la ardiente virtud y soberana.
  Rompa el cielo, en mil rayos encendido,
Y con pavor horrísono cayendo,
Se despedaze en hórrido estampido:

Tal es, que este furor y horror tremendo,
Y quanto conspirare por su daño,
Rendido ante ella quedará gimiendo.
Bien puede al hombre ciego y della estraño,
Enflaquecer; y su memoria injusta
Acabar del olvido en lento engaño.
Mas nunca podrá haber victoria justa
De quien se aparta, y singular contino
Sigue, y alcanza al bien con gloria augusta.
Dichoso aquel espíritu divino,
Que la alta frente descubrió seguro,
Sin temer el comun peligro indino.
Y al estrellado claustro y ardor puro
Encumbró el facil vuelo en paz, purgado
De corteza mortal y error oscuro.
Si amor de la virtud jamas cansado,
Si pïedad, si corazon honesto,
Si sufrimiento á penas enseñado;
Y si animo humillado, y bien dispuesto;
Si trabajos de inmenso sentimiento;
Si á santas obras pecho firme y puesto,
Pueden de este apartado y grave asiento
Colocarte, ó sin par bella Eliodora,
En los giros de eterno movimiento;
Tú serás en el cielo nueva Aurora,
Antes luciente Sol, que muestre al dia
La riqueza y valor que en ti atesora.
Y quando la desnuda noche fria
Oscurezca el fulgor, serás Lucero,
Que descubra en su horror serena via.
Y viendo el color tuyo verdadero,
Variado en la purpura y la nieve

Y el oro, que igual nunca vió el Ibero;
Dirá, quien te mirare, si osar debe
En tanto mal, ingrato á tu belleza,
¿El ímpio hado á tanto bien se atreve?
Tú jamas descansaste en la estrecheza
Que tu alma ofendia, y padeciste
Dolor, y siempre afanes y tristeza.
No quiso el claro Olympo, ni pudiste
Ya esperar mas trabajos, y dexaste
Alegre al cielo todo, á España triste.
Contigo arrebatado nos llevaste
El deseo de amor honesto y santo,
Con el que en nuestros pechos inflamaste.
Yo canté tu valor, y ahora canto
El premio merecido de tu gloria,
Aunque á la voz impide el tierno llanto:
Mas en mí no desmaya la memoria
De tu virtud, de quien el tibio olvido
Desespere ganar jamas vitoria;
Y veo, que es el llanto mal perdido;
Porque descansas libre ya, y segura,
Y la ocasion de mi dolor olvido.
No podia tu inmensa hermosura,
Tu valor, tu divino entendimiento
Contento sosegar en sombra oscura;
Y desdeñando, el duro ligamento
Deslazaste, y en leve vuelo suelta
Pisas el cerco etéreo, y firme asiento.
Si puede renovarte alguna vuelta
La memoria del suelo despreciado,
En dichosa alegría y bien envuelta;
Dá esfuerzo á este mi espíritu cuitado,

Para sufrir la acerba y luenga pena
De esta vida la lástima y cuidado,
  Que ya de la esperanza se enagena
Ya su intento engañado y error siente,
Y en tormento molesto se condena.
  Que en tu honra inclinado el Ocidente
El frio Ebro, el Tajo caudaloso
Venerára este dia humildemente.
  El Betis, que contigo fué dichoso;
Pero ya desdichado que te pierde,
Y triste, y sin el ancho curso hondoso;
  En medio de su fértil campo verde
Hará, que el coro todo se levante
De Ninfas, que con dulce voz concuerde;
  Y metiendo en el piélago de Atlante
La frente por su abierto y hondo seno,
Con ímpetu estendido, resonante,
  Dará ocasion, que el mar de peñas lleno,
Alce el canto en tu gloria, rodeando
Sus vandas, de otra alguna voz ageno.
  Hasta que el claro son multiplicando
Entre volviendo el paso en el Egeo,
En el último Euxíno reparando.
  Y, si el cielo, presente á mi deseo,
No corta el hilo fragil de esta vida,
Y al canto aspira espíritu Febeo;
  Espero, tu memoria esclarecida
Hacer insigne exemplo de la fama,
Prenda solo á mis lágrimas debida.
  Y quien oir pudiere de tu llama
Viva el puro esplendor, y la belleza,
Que, por quanto el sol cerca, se derrama,

Culpára de sus hados la dureza
Que le negó admirar en este suelo
La luz excelsa de ínclita grandeza.
Alma dichosa, tú que al alto cielo
Enriqueces alegre, y gloriosa
Te cubres de purpúreo y sutil velo;
Vuelve á mirar á España lastimosa
En tu partida, que de bien ya agena,
Yace en terreno afecto congojosa.
Esta triste ribera, de afan llena,
Que vió desparecer su blanca Aurora,
Con mustio verso murmurando suena:
"La sublime y bellísima Eliodora,
Roto el cansado y grave peso frio,
Abrasada en la eterna luz, que adora
Es tutela del sacro Esperio rio."

ÉGLOGA VENATORIA.

De aljaba y arco, tú Diana armada,
Que por el monte umbroso y extendido
Fatigas á las fieras presurosa,
Huye del alto Ladmo, desdichada,
Donde tu cazador duerme ascondido;
Que ya otra cazadora mas hermosa
Persigue impetuosa
Al Javalí espumoso y enojado;
Que ya otra mas hermosa cazadora
Al ciervo sigue ahora.
Si Endimion la viere, tu cuidado,
Venciendo de las fieras la braveza,

Te dexara por ella con tristeza,
  A Endimion no dexes tú, Diana,
Queda con él, no siga al amor mio:
Tu amor, Endimion, esté contigo;
En la callada noche, en la mañana,
Al sol ardiente, al importuno frio
Mi dulce cazadora esté conmigo:
Este bosque es testigo,
Quantas veces la llamo, y busco en vano,
La aurora me oye sola sin su amante,
Y si ofrece delante,
Quando espera las fieras en lo llano,
Suspira ella su amor, yo lloro el mio,
Si al monte mira, yo á mi valle y rio.
  Hermosa cazadora, que has llevado
Del frio bosque mi herido pecho,
Con el cabello de oro suelto al viento,
Y de flores y rosas coronado;
¿Eres Napea de este valle estrecho,
Que alcanza con ligero movimiento,
Al Javalí sediento,
Y del ciervo la planta voladora?
Que tu paso, tu voz y tu belleza,
Mas que mortal grandeza
Descubre á tu Melanio que te adora:
Tal va Cintia con trage soberano,
Y enciende en fuego al amador Silvano.
  ¿Que Dios, ó Clearista, te ha ofrecido,
Á mis ojos, corriendo yo una fiera
Sin cuidado de amor, y vista luego
Te me llevó, dexandome perdido,
Porque en llama inmortal ardiendo muera?

De tus luces probó el tirano fuego
Con mi daño su fuego.
Mas tú habites el bosque oscuro y prado,
Ó la tendida selva de este rio,
Jamas del pecho mio
Se apartará el amor que me ha abrasado:
El bosque y prado del amor testigo,
Á amarte aprenderán tambien conmigo.
Ó la ligera garza levantando
Mire al alcon veloce y atrevido,
Ó espere el Javalí cerdoso y fiero,
Ó la aura entre los árboles gozando,
Con silencio y voz muda lo ascondido
Del pecho solo lloraré primero,
El dolor en que muero.
Sin ti el veloz caballo, el rayo ardiente
Del imitado trueno, y la sabrosa
Caza me es enojosa,
Pues tú me dexas mísero y doliente;
Todo me agradará y será mi gloria
Si vuelves, y de mí tienes memoria.
¿Por qué huyes y quieres que sin lumbre
En estas breñas muera con tormento,
Y no miras tu amante que te llama?
Baxa de esa fragosa y alta cumbre,
Que segun el rüido grave siento,
Por entre una y otra espesa rama
Que las hojas derrama,
Un feroz Javalí se ha recogido:
Con el arco en la blanca y tierna mano
Baxa, que antes que al llano
Llegues, atravesado y extendido

De mi venablo, y muerto, la espumosa
Cabeza llevarás victorïosa.
  No fies, Clearista, en tu belleza
Que vendrá el dia en que las hebras de oro
Mude la edad ligera en blanca plata.
Antes muera que vea tu tristeza:
¿Mas para qué suspiro triste y lloro
Por quien á mis querellas es ingrata?
¿Si tu dureza mata,
Á quien te sigue, aquel que te aborrece
Que pena habrá que iguale con su culpa?
¿Pero quién no te culpa
Pues sigo solo el mal que se me ofrece?
Suspenso en el amor y en el deseo
Al fin doy en un ciego devaneo.
  Mas vos, amores roxos, dulcemente
Dexad las ondas claras de Citera,
Y á mi Ninfa herid con vuestra llama;
Que su hermosa flor perder no siente,
Sin fruto, inutil, en la edad primera.
Y tu, Latonia, pues amor te inflama
Quando el monte te llama
Por el dormido amante, y ya el tormento
Conoces del amor; si he venerado
Tus aras, y colgado
Del Javalí terrible y vïolento
La alta frente y del ciervo la ramosa;
Muestrate á mis dolores piadosa.
  Si contigo viviera, Ninfa mia,
En esta selva tu sútil cabello
Adornára de rosas, y cogiera
Las frutas varias en el nuevo dia,

Las blancas plumas del gallardo cuello
De la garza ofreciendo, y te traxera
De la silvestre fiera
Los despojos, contigo recostado,
Y á la sombra cantando tu belleza,
Y en la verde corteza
De la frondosa encina, mi cuidado
Entendiendo conmigo, lo leyeras,
Y sobre mí las flores esparcieras.

¡Ah quántas veces entre aqueste juego
A tu cuello los brazos rodeára,
Y en tus ojos mis ojos encendiendo,
Quando mas descuidada de mi fuego
A tu boca el espíritu robára
Mi espíritu en el tuyo convirtiendo,
Dulcemente muriendo!
Esto preciara mas que ver el vuelo
Del halcon, mas que dar de un golpe muerte
Al Javalí mas fuerte,
Ó alcanzar por el ancho y largo suelo
Junto al agua herido y sin aliento
El ciervo que atras dexa el presto viento.

No dudes, ven conmigo, Ninfa mia:
Yo no soy feo aunque mi altiva frente
No se muestra á la tuya semejante;
Mas tengo amor, y fuerza, y osadía,
Y tengo parecer de hombre valiente
Que al cazador conviene este semblante
Robusto y arrogante:
Iremos á la fuente, al dulce frio,
Y en blando sueño puestos al rüido
Del murmurio esparcido

Del agua, tú en mis brazos, amor mio,
Y yo en los tuyos blancos y hermosos,
Á los Faunos haria envidïosos.
  Mas si te agrada; y ¡oh si te agradase!
Ven conmigo á esta sombra do resuena
La aura en los ciclamores revestidos
De yedra, do se vió jamas que entrase
Alzado el sol con luz ardiente y llena.
Aquí hay álamos verdes y crecidos,
Y los pobos floridos,
Y el fresco prado riega la alta fuente,
Con murmurio suave y sosegado:
Aquí el tiempo templado
Te convida á huir el sol caliente:
Ven Clearista, ven ya, Ninfa mia,
Este prado te llama, y fuente fria.

IDILIO.

El sol del alto cerco descendia,
Y el paso lentamente apresuraba,
Y no espiraba la aura mansa y fria;
  Quando suspenso el curso, con que lava
El sacro muro, honor de Esperia y fama,
Betis la frente ovosa triste alzaba.
  No viendo la cruel por quien derrama
Mil suspiros lloroso, en voz agena
Dixo, ardiendo de amor en fiera llama;
  ¿Á dónde estás? escucha de mi pena
La fuerza, que en tu ausencia reverdece,
Y á mayor mal me obliga y me condena.

Ven, Ninfa, adonde el ciclamor florece,
Que en la entrepuesta yedra está sombrío,
Y do, al timble igualando el povo crece:
  Que todo quanto abraza este gran rio
Es mio, y será tuyo, si tú vienes.
Ven, ven, ó Galatea, al llanto mio,
  ¿Qué tardas? ¿por qué, ingrata te detienes?
No canses mi esperanza, que afligida
Penando en confusion y en miedo tienes.
  Una guirnalda guardo retexida
De siempre ardientes rosas, blancas flores,
Y de vïolas blandas esparcida,
  Que enlazada en tu frente con olores
Que cria el Orïente fortunado
Encenderás los sátiros de amores.
  Cubrirá de ostro asirio un estimado
Y rico manto el cuerpo bello y puro,
Envidia de las Näides y cuidado.
  Consagraré á tu nombre un bosque oscuro
Con empinados árboles tendido
Que nunca ose cortar el hierro duro.
  Mas esto, Galatea, si rendido
No ha tu altivo corazon, yo quiero
Prometer otro don mas escogido.
  Las torres que el Tebano alzó primero
Mira á quien le cerulea y alta fuente
Y el curso inclina el mar de Atlante fiero;
  Do vibra la asta Marte, que caliente
Bañó en la sangre Maura, y lleno de ira
Pone á la Aurora el yugo y á Ocidente.
  Donde valor, virtud el cielo inspira,
La grandeza el imperio glorïoso,

Y felice fortuna siempre aspira.
  En estos dará Febo poderoso
A sublimes espirtus noble aliento
Con industria y cuidado generoso.
  Habrá quien cante humilde su tormento,
Quien belígero horror y aguda espada,
Y quien el dulce y rústico lamento.
  Que aunque tú de pastores celebrada
Seas en Aretusa y Mincio frio,
Y del lascivo Sulmonés cantada;
  Si atiendes á su alegre desvarío
Te agradará en mis brazos blandamente
Su canto que suspira el dolor mio.
  Ven pues, ven, Galatea; que el ardiente
Calor á estas mis-ondas te convida,
Templadas con el zefiro presente,
  Y en la secreta urna y ascondida
Trataremos de amor süave y blando,
Sin nunca desear mas dulce vida.
  Cantando yo, tú ayudarás sonando,
Y la zampoña y canto confundido
Con lazo estrecho al fin ira cesando;
  ¡Dichoso yo, si alcanzo lo que pido!
Que si lo alcanzaré, pues tu deseo
No aborrece los juegos de Cupido.
  Aunque á la Siracusia Ninfa Alfeo
Busque, y con Ilia el Tebro venturoso
Y esté con Tiro el horrido Enipeo;
  Ensalzaré yo el curso espacïoso
Con puras ondas, esmaltado y lleno
De esmeraldas el suelo deleytoso.
  Y el vaso de cristal y el claro seno

Coronaré con oro y perlas bellas,
La aura esparciendo espíritu sereno.
Infundirán propicias tus estrellas
Virtud al campo alegre y flor hermosa,
Y arderé yo inflamado en sus centellas.
¿Qué lira habrá, que cítara llorosa,
Que no se rinda, humilde, y dé la gloria?
¿Qué silvestre zampoña y amorosa?
Será eterna y sagrada tu memoria
En quanto ciña el mar, y Cintio vea;
Pues das al amor mio esta victoria,
Mi dulce, bella, amada Galatea.

DE BALTASAR DE ESCOBAR, *en elogio de Herrera.*

SONETO.

Así cantaba en dulce son Herrera,
Gloria del Betis espacioso, quando
Iba las quexas amorosas dando
A la mansa corriente en su ribera;
Y las Ninfas del bosque en la frontera
Selva de Alcides todas escuchando;
Y en cortezas de olivos entallando
Sus versos, qual si Apolo los dixera.
Y porque, tiempo, tú no los consumas,
En estas hojas trasladados fueron
Por sacras manos del Castalio coro:
Dieron los Cisnes de sus blancas plumas,
Y del rio las Ninfas esparcieron
Para enjugallos sus arenas de oro.

NOTICIAS DE FERNANDO DE HERRERA.

De pocos literatos hay menos noticias que de este poeta Sevillano, á pesar de su celebridad. Es de admirar que habiendo sido uno de los hombres mas famosos por su saber, nos creyesen sus contemporaneos tan poco interesados en las particularidades de su vida, que nos hayan dexado ignorar quándo nació, quál fué su suerte, y quándo ó donde murió. Francisco Pacheco nos dexó el retrato de su amigo Herrera, y conservó parte de sus poesías, haciendolas reimprimir en Sevilla despues de la muerte del autor en 1619. Ya en 1582 se habia publicado en dicha Ciudad un tomo de sus versos, y en 1580 sus *Anotaciones á Garcilaso*. Por estos datos podemos venir en conocimiento de que Herrera debió nacer á principios del siglo 16, supuesto que vivió hasta una edad muy abanzada, y que ya habia muerto en los primeros años del 17. Por una desgracia que se ignora pereció el manuscrito de las poesías que tenia preparadas para la prensa, y la misma suerte cupo á otros trabajos históricos y literarios á que se habia dedicado en su vida, consagrada toda al estudio y al retiro.

POESÍAS

DE FRANCISCO DE RIOJA. *

SILVAS.

I.

Á la rosa.

Pura, encendida rosa,
Émula de la llama,
Que sale con el dia,
¿Cómo naces tan llena de alegría,
Si sabes, que la edad, que te dá el cielo,
Es apenas un breve y veloz vuelo?
Y no valdrán las puntas de tu rama,
Ni tu púrpura hermosa,
Á detener un punto
La execucion del hado presurosa.
El mismo cerco alado,
Que estoy viendo riente,

* Sevillano: murió en 1659, de edad, segun se dice, muy abanzada. Fué Racionero de la Iglesia de Sevilla, Inquisidor en la Suprema, y grande amigo del Conde Duque de Olivares. Aunque bastante posterior á Herrera, se colocan sus poesías en este lugar, por ser de la misma escuela, y mas análogas en gusto y carácter á las de este autor, que á las de sus contemporaneos.

Hable mas de tu olor y de tu fuego
Aquel, á quien envidias de favores
No altéran el sosiego.

XIII.

Al jazmin.

¡Ó en pura nieve y púrpura bañado,
Jazmin, gloria y honor del seco Estío!
¿Quál habrá tan ilustre entre las flores,
Hermosa flor que competir presuma
Con tu fragante espíritu y colores?
Tuyo es el principado
Entre el copioso número que pinta
Con su pincel y con su varia tinta
El florido verano.
Naciste entre la espuma
De las ondas sonantes
Que blandas rompe y tiende el Ponto en Chio:
Y quizá te formó suprema mano,
Como á Venus tambien de su rocío:
Y si no es rumor vano
La misma blanca diosa de Citera,
Quando del mar salió la vez primera,
Por dó en la espuma el blando pie estampaba
De la playa arenosa,
Albos jazmines daba
Y de la tersa nieve y de la rosa,
Que el tierno pie ocupaba,
Fiel copia apareció en tan breves hojas,
La dulce flor de su divino aliento.

Liberal escondió en tu cerco alado:
Hizo inmortal en el verdor tu planta,
El soplo la respeta mas violento,
Que impele vuelto en nieve el cierzo frio,
Y la luz mas flamante,
Que Apolo esparce altivo y arrogante.
Si de suave olor despoja ardiente
La blanca flor divina,
Y amenaza á su cuello y á su frente
Cierta y veloz ruina,
Nunca tan licenciosa se adelanta
Que al incansable suceder se opone
De la nevada copia,
Que siempre al mayor sol igual florece,
É igual al mayor yelo resplandece.
¡Ó jazmin glorioso!
Tú solo eres cuidado deleytoso
De la sin par hermosa Citerea,
Y tú tambien su imágen peregrina.
Tu cándida pureza
Es mas de mi estimada;
Por nueva emulacion de la belleza
De la altiva luz mia,
Que por obra sagrada
De la rosada planta de Dione:
Á tu excelsa blancura
Admiracion se debe,
Por imitar de su color la nieve;
Y á tus perfiles roxos,
Por emular los cercos de sus ojos.
Quando renace el dia
Fogoso en Oriente,

Y con color medroso en Ocidente,
De la espantable sombra se desvía,
Y el dulce olor te vuelve
Que apaga el frio, y que el calor resuelves:
Al espíritu tuyo
Ninguno habrá que iguale:
Porque entonces imitas
Al puro olor que de sus labios sale.
¡Oh! corona mis sienes,
Flor, que al olvido de mi luz previenes.

IV.

Á la arrebolera.

Tristes horas y pocas
Dió á tu vivir el cielo,
Y tú á su eterna ley, mal obediente
Á no fáciles iras lo provocas:
Alzas la tierna frente,
¿Diré en llama ó en púrpura bañada?
De la gran sombra en el oscuro velo;
Y mustia, y encogida, y desmayada
Llegas á ver del dia
La blanca luz rosada;
Tan poco se desvia
De tu nacer la muerte arrebatada.
Si es, pues, de alto decreto,
Que el tiempo breve de tu edad incluyas
En solo el cerco de una noche fria,
¿Qué te valdrá que huyas
Con ambicioso afecto

De acrecentar instantes á la vida?
No inquietes atrevida
El cano seno á los profundos mares,
Que por ventura negarán camino
En daño tuyo á tu serrado pino:
Y en vez de la acogida,
Que en las pardas entrañas
Hallaste siempre de la tierra dura
Hallarás en sus aguas sepultura.
Dime: ¿quál necio ardor te solicita
Por ver de Apolo el refulgente rayo?
¿Qué flor de las que en larga copia el Mayo
Vierte, su grave incendio no marchita?
¡Ó como es error vano,
Fatigarse por ver los resplandores
De un ardiente tirano,
Que ímpio roba á las flores
El lustre, y el aliento, y los colores!
Y tu admirable, y vaga,
Dulce honor y cuidado de la noche,
Si la llama y color el sol te apaga,
¿Quál mayor dicha tuya
Que el tiempo de tu edad tan veloz huya?
No es mas el luengo curso de los años
Que un espacioso número de daños.
Si vives breves horas,
¡Ó, quántas glorias tienes!
Tú las divinas sienes
Ciñes de la callada noche obscura,
Y no una vez ofreces á las auroras
La soñolienta Diosa
De tus colores bellos,

Tintas para su frente y sus cabellos.
Dexa el mar, ambiciosa,
Que por tu errar inmenso y dilatado
No añadirá fortuna
Hora á tu edad alguna,
Ni por mudar lugar tan apartado
Que otro sol le visite y otra luna;
Y pasa en ocio y paz aventurada,
De tu vivir el tiempo obscuro y breve,
Esperando aquel ultimo desmayo
Á quien tu luz y púrpura se debe.

Al verano.

Fonseca, ya las horas
Del invierno aterido,
Aunque tarde se fueron
Y su vez agradable permitieron
Al céfiro florido.
Ya el verano risueño
Nos descubre su frente,
De rosas y de púrpura ceñidos
Remite el ayre el desabrido ceño,
Y el sol libra sus rayos
De las nubes obscuras,
Y con luces mas vivas y mas puras,
Regalando las nieves,
Al blando pie de los parados rios,
Las prisiones de yelo alegre quita,
Y su antiguo correr les solicita.

Viste de yerba el suelo,
Y de verdor lozano
Frentes que desnudára el cierzo cano.
En la copia de flores que aparece
Por los troncos desnudos,
Que rara y breve hoja cubre apenas,
Esperanzas ofrece
Del rústico al sudor, prémio mal cierto,
Bien que sabe el engaño
De los frutos que espera
En el copioso ramo, y en la era.
La pesadumbre líquida no crece
Con el furor de los obscuros vientos,
Que ásperos la levantan y remueven
De sus hondos asientos,
Mas antes ya serena y blanda gime
Con el peso de máquinas aladas,
Que su tranquila y lisa frente oprime.
Filomena con voces acordadas
Se oye sonar en los confusos senos
De ramas intrincadas,
Y en los prados amenos.
¡Ó, como es el verano
Tiempo el mas genial y mas humano,
Que otro alguno que da el volver del cielo!
¡Ó qual número y quanto trae de flores!
¡Ó qual admiracion en sus colores!
De la imagen de amor, ardiente rosa,
Las encendidas alas
Que fueron ya de sus espinas galas,
Con el color, con el olor divino
Son ilustre ornamento al blanco lino.

Do al gusto se ministra, coronando
La mésa regalada,
Y fruta sazonada,
Con el puro rocío blanqueando.
¡Pues qual parece el búcaro sangriento
De flores esparcido,
Y el cristal Veneciano,
Á quien la agua de helada
La tersa frente le dexó empañada!
¿Á qual vaga lazada de oro crespo,
Á qual púrpura y nieve
Por do las gracias y el amor se mueve,
No aumentó hermosura peregrina
Alguna flor divina?
¡Ó florido verano!
Si á mi afecto se debe,
Camina á lento paso;
Dexa el volar, dexa el volar ligero,
Para tiempo mas triste y mas severo,
Tú cándido y suave, y blando espira,
Y tarde te retira.
Pero sordo y dificil á mi ruego,
Veloz pasas volando,
Al humano linage amonestando,
Viendo las rosas que su aliento cria
Como nacen y mueren en un dia,
Que las humanas cosas,
Quanto con mas belleza resplandecen,
Mas presto desvanecen.
¡Y, tú, la edad no miras de las rosas!
Arde, Fonseca, en el divino fuego,
Que dulcemente engaña tu cuidado:

Toma exemplo del tiempo que nos huye,
Y en sus flores de tardos nos arguye,
Y no dexes pasar en ocio un punto;
Que tan excelsa llama
Á nueva gloria y resplandor te llama.
¿Y sabes si á este dia claro y puro
Otro podrás contar ledo y seguro;
Ó si del bello incendio que te apura
Ha de lucir eterna la hèrmosura?

VI.

Á la riqueza.

¡Ó mal seguro bien! ¡ó cuidadosa
Riqueza, y como á sombra de alegría,
Y de sosiego engañas!
El que vela en tu alcance, y se desvia
Del pobre estado, y la quietud dichosa,
Ocio y seguridad pretende en vano:
Pues tras el luengo errar de agua y montañas,
Quando el metal precioso coja á mano,
No ha de ver sin cuidado abrir el dia.
No sin causa los Dioses te escondieron
En las entrañas de la tierra dura:
¿Mas qué halló difícil y encubierto
La sedienta codicia?
Turbó la paz segura,
Con que en la antigua selva florecieron
El abeto y el pino,
Y traxolos al puerto,
Y por campos de mar les dió camino.

Abrióse el mar, y abrióse
Altamente la tierra,
Y salistes del centro al ayre claro,
Hija de la avaricia,
Á hacer á los hombres cruda guerra.
Salistes tú, y perdióse
La piedad que no habita en pecho avaro.
Tantos daños, riqueza,
Han venido contigo á los mortales,
Que aun quando nos pagamos á la muerte
No cesan nuestros males:
Pues el cadaver que acompaña el oro
Ó el costoso vestido,
Solo por opulento es perseguido,
Y el último descanso y el reposo,
Que tuviera en pobreza, le es negado,
Siendo de su sepulcro conmovido.
¡Á quántos armó el oro de crueza!
¡Y á quántos ha dexado
En el último trance! ¡Ó dura suerte!
Pierde su flor la virginal pureza
Por ti y vése manchado
Con adulterio el lecho no esperado.
Al menos animoso
Para que te posea,
Das, riqueza, ardimiento licencioso.
Ninguno hay que se vea
Por ti tan abastado y poderoso,
Que carezca de miedo.
¿Qué cosa habrá de males tan cercada,
Pues ora pretendida, ora alcanzada,
Y aun estando en deseos,

Pena ocultan tus ciegos devaneos?
Pero cánsome en vano, decir puedo,
Que si sombras de bien en ti se vieran,
Los inmortales Dioses te tuvieran.

VII.

Fragmento.

El fuego que emprendió leves materias,
Ligeras y atrevidas,
Quanto fueron mas fáciles y aerias,
Quanto mas estorbadas y oprimidas,
Tanto con mas espíritu se esfuerza
A levantar en sus ardientes alas
Los palacios agustos,
Y los montes mas altos y robustos.
Mas apenas tonante
De los cóncavos senos de la mina,
El ayre se arrebata,
Y en círculos de humo se dilata;
Quando no se ve mas que la ruina,
Rotas columnas, y deshechas basas,
Ceniza y polvo obscuro
De la alta mole, y del trabado muro.
¡Impia hazaña y fiera,
Por conseguir el natural intento,
Resolver la firmeza al grave asiento
De inmudable montaña!
¡Impia y atroz hazaña,
Y cruda condicion, dar al deseo
Imperio de tirano,

Y al vano afeto poderosa mano!
No así vagante llama,
Tiende el cabello sobre antigua selva;
Y rompe y se derrama
Por los hojosos senos, ambiciosa
De conservar su luz maravillosa,
Y esforzada del viento
Discurre por el bosque á paso lento.
Esplende y arde en el silencio obscuro,
Émula de los astros,
Arde y esplende al rutilante y puro
Cándido aparecer de la mañana,
Y sobra y vence al sol siempre segura.
Abrasadora del verdor del pino
Levanta entre sus ramas
Globos de fuego y máquinas de llamas:
Y en el sólido tronco y mas secreto
Del laurel y el abeto
Estalla, y gime, y luce,
Nunca del Euro ó Noto escurecida,
Ni de la inmensa pluvia destruida.
Tal en mi pecho inapagable incendio
Eterno se sustenta;
Y tal como violenta,
Y vana y leve exhalacion huyéron
Las llamas, Clori, que en tu pecho ardiéron.

SONETO I.

Aunque pisaras, Layda, la sedienta
Arena, que en la Libia Apolo enciende,
Sintieras ¡ay! que el Aquilon me ofende,

Y del yelo y rigor la pluvia lenta.
  Oye con que ruido la violenta
Furia del viento en el jardin se estiende;
Y que apenas la puerta me defiende
Del soplo que en mi daño se acrecenta.
  Pon la soberbia ¡ó Layda! y blandos ojos
Muestra, pues ves en lágrimas bañado
El umbral que adorné de blanda rosa.
  Que no siempre tu ceño y tus enojos
Podré sufrir, ni el mustio invierno helado,
Ni de Bóreas la saña impetuosa.

SONETO II.

Sube, frondosa vid, y en estendido
Ramo corona la desnuda frente
De este infelice pobo, que al corriente
Cristal yace, de honor destituido.
  Sube, así no amancille el aterido
Invierno en duro yelo tu excelente
Cima, ni Febo, quando mas ardiente
Muestra á tu gloria el rayo embravecido.
  Que pues quando en su lustre florecia,
Te dió el aspero tronco, y dilatado
Seno, donde luciese tu ufanía;
  Es razon, sacra vid, que el despojado
Leño, de verde y fresca lozanía,
Ornes agora en su funesto estado.

CANCION.

Á las ruinas de Itálica.

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo, Itálica famosa:
Aquí de Cipion la vencedora
Colonia fué, por tierra derribado
Yace el temido honor de la espantosa
Muralla, y lastimosa
Reliquia es solamente
De su invencible gente.
Solo quedan memorias funerales,
Donde erraron ya sombras de alto exemplo:
Este llano fué plaza, allí fué templo;
De todo apenas quedan las señales:
Del gimnasio, y las termas regaladas
Leves vuelvan cenizas desdichadas;
Las torres que desprecio al ayre fueron
Á su gran pesadumbre se rindieron.
Este despedazado anfiteatro,
Impio honor de los Dioses, cuya afrenta
Publíca el amarillo xaramago,
Ya reducido á trágico teatro
¡Ó fábula del tiempo! representa
Quanta fué su grandeza, y es su estrago.
¿Cómo en el cerco vago
De su desierta arena
El gran pueblo no suena?
¿Donde, pues fieras hay, está el desnudo
Luchador? ¿Dónde está el atleta fuerte?

Todo despareció, cambió la suerte
Voces alegres en silencio mudo:
Mas aun el tiempo da en estos despojos
Espectáculos fieros á los ojos,
Y miran tan confusos lo presente,
Que voces de dolor el alma siente.
Aquí nació aquel rayo de la guerra,
Gran padre de la patria, honor de España,
Pio, felice, triunfador Trajano;
Ante quien muda se postró la tierra,
Que ve del sol la cuna, y la que baña
El mar tambien vencido gaditano.
Aquí de Elio Adriano,
De Teodosio divino,
De Silio peregrino,
Rodaron de marfil y oro las cunas.
Aquí ya de laurel, ya de jazmines
Coronados los vieron los jardines,
Que ahora son zarzales y lagunas.
La casa para el César fabricada,
Ay! yace de lagartos vil morada:
Casas, jardines, Césares murieron,
Y aun las piedras que de ellos se escribieron.
Fabio, si tú no lloras, pon atenta
La vista en lenguas calles destruidas,
Mira mármoles y arcos destrozados,
Mira estatuas soberbias que violenta
Nemesis derribó yacer tendidas,
Y ya en alto silencio sepultados
Sus dueños celebrados.
Así á Troya figuro,
Así á su antiguo muro,

Y á ti, Roma, á quien queda el nombre apenas,
¡O patria de los Dioses y los Reyes!
Y á ti, á quien no valieron justas leyes,
Fábrica de Minerva, sábia Atenas:
Emulacion ayer de las edades,
Hoy cenizas, hoy vastas soledades:
Que no os respetó el hado, no la muerte,
¡Ay! ni por sabia á ti, ni á ti por fuerte.
¿Mas para qué la mente se derrama
En buscar al dolor nuevo argumento?
Basta exemplo menor, basta el presente,
Que aun se vé el humo aquí, se vé la llama,
Aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento.
Tal genio, ó religion fuerza la mente
De la vecina gente,
Que refiere admirada,
Que en la noche callada
Una voz triste se oye, que llorando,
Cayó Itálica; dice; y lastimosa
Eco reclama *Itálica* en la hojosa
Selva que se le opone resonando,
Itálica, y el claro nombre oido
De Italica, renuevan el gemido
Mil sombras nobles de su gran ruina:
Tanto aun la plebe á sentimiento inclina.
Esta corta piedad que agradecido,
Huesped, á tus sagrados Manes debo,
La doy y consagro á Italica famosa:
Tú, si el lloroso don han admitido
Las ingratas cenizas de que llevo
Dulce noticia asaz, si lastimosa;
Permiteme piadosa

Usura á tierno llanto:
Que vea el cuerpo santo
Dé Gerencio tu mártir y prelado:
Muestra de su sepulcro algunas señas,
Y cabaré con lagrimas las peñas
Que ocultan su sarcófado sagrado.
Pero mal pido el único consuelo
De todo el bién que airado quitó el cielo,
Goza en las tuyas sus reliquias bellas
Para envidia del mundo y las estrellas.

EPISTOLA MORAL.

Fabio, las esperanzas cortesanas
Prisiones son do el ambicioso muere
Y donde al mas astuto nacen canas.
Y el que no las limare ó las rompiere
Ni el nombre de varon ha merecido,
Ni subir al honor que pretendiere.
El ánimo plebeyo y abatido
Elija en sus intentos temeroso,
Primero estar suspenso que caido:
Que el corazon entero y generoso,
Al caso adverso inclinará la frente,
Antes que la rodilla al poderoso.
Mas triunfos, mas coronas dió al prudente,
Que supo retirarse, la fortuna,
Que al que esperó obstinada y locamente.
Esta invasion terrible é importuna
De contrarios sucesos nos espera,
Desde el primer sollozo de la cuna.
Dexemosla pasar, como á la fiera,
Corriente del gran Betis, quando ayrado

Dilata hasta los montes su ribera.
  Aquel entre los heroes es contado,
Que el premio mereció, no quien le alcanza
Po vanas conseqüencias del Estado.
  Peculio propio es ya de la privanza,
Quanto de Austria fué, quanto regia,
Con su temida espada y fuerte lanza.
  El oro, la maldad, la tiranía
Del iniquo procede, y pasa al bueno;
¡Qué espera la virtud, ó en qué confia?
  Ven y reposa en el materno seno
De la antigua Romúlea, cuyo clima
Te será mas humano y mas sereno.
  A donde por lo menos, quando oprima
Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno,
Blanda le sea, al derramarla encima:
  Donde no dexaras la mesa ayuno,
Quando te falte en ella el pece raro,
Ó quando su pavon nos niegue Juno.
  Busca, pues, el sosiego dulce y caro,
Como en la obscura noche, del Egeo
Busca el piloto el eminente faro:
  Que si acortas y ciñes tu deseo,
Dirás, lo que desprecio he conseguido,
Que la opinion vulgar es devaneo.
  Mas precia el ruiseñor su pobre nido,
De pluma y leves pajas, mas sus quejas
En el bosque repuesto y escondido,
  Que agradar lisongero las orejas
Del algun Príncipe insine, aprisionado,
En el metal de las doradas rejas.
  Triste de aquel que vive destinado

Á esa antigua colonia de los vicios,
Augur de los semblantes del privado.
  Cese el ansia y la sed de los oficios;
Que acepta el don, y burla del intento
El ídolo á quien haces sacrificios.
  Iguala con la vida el pensamiento,
Y no te pasarás de hoy á mañana,
Ni quizá de un momento á otro momento.
  Casi no tienes ni una sombra vana
De nuestra antigua Itálica, y esperas:
¡Ó error perpetuo de la suerte humana!
  Las enseñas Grecianas, las banderas
Del Senado, y Romana Monarquía
Murieron y pasaron sus carreras.
  Que es nuestra vida mas que un breve dia
Dó apenas sale el sol, quando se pierde
En las tinieblas de la noche fria?
  ¿Que es mas que el heno, á la mañana verde,
Seco á la tarde? ¡ó ciego desvarío!
¿Será que des este sueño me recuerde?
  ¿Será que pueda ver que me desvio
De la vida viviendo, y que está unida
La cauta muerte al simple vivir mio?
  Como los rios en veloz corrida
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al ultimo suspiro de mi vida.
  ¿De la pasada edad qué me ha quedado?
¿Ó qué tengo yo á dicha en la que espero
Sin ninguna noticia de mi hado?
  ¡Ó si acabase viendo como muero,
De aprender á morir, antes que llegue
Aquel forzoso término postrero!

Antes que aquesta mies inutil siegue,
De la severa muerte dura mano,
Y á la comun materia se la entregue.
Pasaronse las flores del verano,
El otoño pasó con sus racimos,
Pasó el invierno con sus nieves cano.
Las hojas que en las altas selvas vimos,
Cayeron, y nosotros á porfia
En nuestro engaño inmoviles vivimos.
Temamos al Señor que nos envia
Las espigas del año y la hartura,
Y la temprana pluvia y la tardía.
No imitemos la tierra siempre dura
A las aguas del cielo y al arado,
Ni á la vid cuyo fruto no madura.
¿Piensas acaso tú, que fué criado
El varon para el rayo de la guerra,
Para sulcar el pielago salado,
Para medir el orbe de la tierra,
Y el cerco, donde el sol siempre camina?
¡O quién así lo entiende, quanto yerra!
Esta nuestra porcion alta y divina,
A mayores acciones es llamada,
Y en mas nobles objetos se termina.
Así aquella, que solo al hombre es dada,
Sacra razon y pura me despierta,
De esplendor y de rayos coronada;
Y en la fria region dura y desierta
De aqueste pecho enciende nueva llama,
Y la luz vuelve á arder que estaba muerta.
Quiero, Fabio, seguir á quien me llama,
Y callado pasar entre la gente

Que no afecto los nombres ni la fama.
  El soberbio tirano del Oriente
Que maziza las torres de cien codos
Del cándido metal, puro y luciente,
  Apenas puede ya comprar los modos
Del pecar; la virtud es mas barata,
Ella consigo mesma ruega á todos.
  Pobre de aquel que corre y se dilata,
Por quantos son los climas y los mares,
Perseguidor del oro y de la plata.
  Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo, un sueño breve
Que no perturben deudas ni pesares.
  Esto tan solamente es quanto debe
Naturaleza al parco y al discreto,
Y algun manjar comun, honesto y leve.
  No, porque así te escribo, hagas concepto,
Que pongo la virtud en exercicio,
Que aun esto fué dificil á Epiteto.
  Basta al que empieza aborrecer el vicio,
Y el ánimo enseñar á ser modesto,
Despues le será el cielo mas propicio.
  Despreciar el deleyte no es supuesto
De sólida virtud, que aun el vicioso
En sí propio le nota de molesto.
  Mas no podrás negarme, quán forzoso
Este camino sea al alto asiento,
Morada de la paz y del reposo.
  No sazona la fruta en un momento
Aquella inteligencia, que mensura
La duracion de todo á su talento:
  Flor la vimos primero, hermosa y pura,

POESÍAS

DE BERNARDO DE BALBUENA. *

EGLOGA I.

Rosanio. Beraldo.

ROSANIO.

Dime, cabrero, ¿es tuyo aquel ganado
Con que te vide ayer pasar el rio?
¿Ó á soldada con Clónico has entrado?

BERALDO.

No: mas á Tirsis guardo su cabrio:
Dos cabras solamente tengo mias,
Y el cabron la mitad tambien es mio:

ROSANIO.

¿Cómo tan desmedradas las traías?
Tú no solias ser pastor lozano,
Quando las vacas de Alemon pacias?

BERALDO.

Ya pasó, compañero, ese verano,

* Nació en Valdepeñas en 1568: fué Abad de la Jamayca y Obispo de Puerto Rico, y murió en esta Isla en 1627. Publicó la *Grandeza Mexicana*, el *Bernardo*, poema épico, y el *Siglo de Oro*, de donde se han sacado estas poesías: las demas obras suyas se han perdido.

Y sucedieron tantas tempestades,
Que igualaron los montes con el llano.
  Lleva el cielo tras sí las voluntades,
Y así nunca dá vuelta que no sea
Ocasion de infinitas novedades.
  Lo mismo que dá en rostro, nos recrea,
Y aquello que parece mas durable
Ayer se desechó, y hoy se desea:

ROSANIO.

  Pastor, si á dicha el tiempo es variable,
El ánimo del hombre no es de tiempo,
Y así le asienta mal el ser mudable.
  Á quien tanta mudanza le dá el tiempo
No le llamaré yo corazon noble,
Llamarle he corazon de pasatiempo.

BERALDO.

  Mas firme soy que envejecido roble,
Pastor; palma inmortal es mi cuidado,
Que no sabe quebrar por mas que doble.
  Si en otro tiempo andaba descuidado,
Y solo con mis cabras me avenia,
Quizá que no seria enamorado:
  Mas ahora yo pienso, que daria
La mitad del ganado á quien me diese
Ver unos ojos que otro tiempo via.

ROSANIO.

  Yo tambien, si alabarme pretendiese,
Mi Filis tengo, y soy enamorado,
Y aun holgaria que ella lo supiese.
  Que quando llevo á casa mi ganado
Suele aguardarme sola en el camino,
Y me asombra si paso descuidado...

Rosas le llevo, y flores de contino,
Y pongo mis guirnaldas á su puerta,
Y me huelgo hablar con su vecino;
Y de la primer fruta de mi huerta
Una cestilla le enviaré colmada
Toda de flores, y azahar cubierta.

BERALDO.

Esa, pastor, es aficion pintada,
Ni el verdadero amor cabe en el seno,
Ni dexa el alma andar tan descuidada.
¿Yo no te ví pasar el sayo lleno
De paja, y todo tal, que me hiciste
Reir un grande rato con Fileno?
Y en mi cabron te digo que pusiste
Los ojos al pasar por cierto paso,
Que yo bien te miré, tú no me viste.

ROSANIO.

Seria por ventura, quando acaso,
Cansado de coger fruta madura,
De mis huertos volvia paso á paso.
Mas si yo voy á ver la hermosura
De Filis, luego limpio mi vestido,
Y me cubro de rosas y frescura;
Y tan lozano voy por el exido,
Quella, segun me dicen, por mirarme
Mil veces de su madre se ha perdido.
Si me siente cantar baxa á azecharme;
Y esto, Filis, no es mucho, si el ganado
Se olvida de pacer por escucharme.

BERALDO.

Basta, pastor, que vives confiado.
¿Ya tú sabes juntar cañas con cera?

¿Tu voz en estas selvas ha sonado?
¿Yo no te oí un dia en la ribera
Una flauta sonar áspera y dura,
Y acompañarla de una voz grosera?

ROSANIO.

¿Quieres cantar conmigo por ventura?
¿Quieres que los dos juntos nos probemos,
Y tú salir quizá desa locura?
Sendas preseas nuestras apostemos,
Un arco nuevo ha de tener curioso,
De cuerno reforzados los extremos.
Todo de un palo índico oloroso
Con labores de estaño guarnecido,
Digno de qualquier brazo valeroso.
Y un carcax de lo mismo, do esculpido
El mal logrado Adonis yace muerto
Al pie de un fiero javalí tendido.
Mas contigo haré nuevo concierto:
Es precioso mi arco, y no querria
Aventurar tal joya á caso incierto.
Sola una cabra tengo toda mia,
A criar dos cabritos enseñada,
Y ordeñarse dos veces cada dia.
Aquesta sí será de mí apostada,
Bien es el premio harto aventajado,
Señálame otra tú de tu manada.

BERALDO.

No cabra, mas un vaso delicado,
Te apostaré de tanta hermosura
Que no te quexarás por agraviado.
Labrado es todo de madera escura,
Clonio en el monte se halló la rama

Del divino Cleandro es la hechura.
Es évano, ó nogal quizá se llama,
Y bien cabe su entalle por famoso
Entre las cosas dignas de la fama.
Es todo el vaso un bosque deleytoso,
Y en medio dél tres diosas hermosísimas,
Delante un pastorcillo venturoso.
Así hechas las hojas sutilísimas,
Que con ellas parece que se enraman,
Y al pastor quieren parecer bellísimas.
Á juzgar no sé que las tres le llaman,
Una pienso que es madre de Cupido,
No sé las otras dos como se llaman.
Por ser mi vaso, como ves polido,
Al labio hasta ahora no ha llegado,
Que en mi zurron guardado le he tenido.

ROSANIO.

Tambien á mí otro vaso delicado
Cleandro me labró, tambien el mio,
De Ninfas y de bosques ilustrado.
Dónde pintó de Orfeo el desafio
Que hizo con los montes que le oían,
Y á oir su canto se detuvo un rio.
Las selvas puso allí que le seguian,
Y los pinos tambien, que sin ruido,
De las mas altas sierras descendian.
Por ser mi vaso, como ves polido,
Al labio hasta ahora no ha llegado,
Que en mi zurron guardado le he tenido.
Qualquiera cosa apostaré de grado,
Escoge tú, que si mi cabra vieses,
No hay que alabar tu vaso delicado.

BERALDO.

Bien cantaria yo quanto quisieses,
Mas somos compañeros, y algun dia,
Juntos hemos segado nuestras mieses.
Por tanto si quieres, en compañía,
Dexando ahora nuestro honor aparte,
Los dos cantemos la pastora mia.

ROSANIO.

Canta, que soy contento de ayudarte,
Que nada habrá que tu amistad deshaga,
Aunque estaba resuelto de ganarte.

BERALDO.

El cielo con mi fe te satisfaga
La nueva obligacion en que me pones,
Pues solo amor con lo que obliga paga.
Oid, cielos, oid los ricos dones
Que en mi cielo encerrais; y tú, pastora,
Recibe nuestras puras intenciones.

ROSANIO.

Los nuevos resplandores de la aurora,
Las tiernas rosas, las doradas flores,
Quanto en los senos del verano mora,
No son, pastora, mas que borradores
Do quiso retratarse tu belleza,
Dados como al descuido los colores.

BERALDO.

Las perlas con que el alba se adereza,
Y el mundo argenta y viste de alegría,
Las nubes llenas de oro y de riqueza;
Los mensageros del alegre dia,
La luz que siembran por la tierra y cielo
Sin ti, pastora bella, es noche fria.

Tristeza, enfado, angustia y desconsuelo.

ROSANIO.

Pastor, si veo un monte en cuya cumbre
Dexó un cielo plantado
La primavera con alegres flores,
Que con la clara lumbre
Del nuevo sol dorado,
Echa de sí mil varios resplandores,
Me parece que miro alguna cosa,
Que es sombra del cabello de tu Diosa.

BERALDO.

Los lazos con que amor cautiva y prende,
Las redes y marañas
Con que enreda mil almas y mil vidas,
El oro con que enciende
El fuego en las entrañas,
Que las dexa en cenizas convertidas,
Dese cabello de oro ensortijado,
Por nuestro bien, pastora, fué robado.

ROSANIO.

Has visto los remansos mas hermosos
De la leche quajada,
Quando temblando apenas dexa verse,
Ó en llanos espaciosos
La nieve no pisada
Que abriendo el sol comienza á deshacerse;
Pues aun es mas hermosa y sin mancilla
La bella frente de tu pastorcilla.

BERALDO.

La bella frente de mi pastorcilla
Si yo quisiese ahora,
Darla en comparacion justa y medida,

La plateada silla
De la rosada Aurora
Quedára en su retrato deslucida,
Amortiguado el sol resplandeciente,
Y el dia en las ventanas del Oriente.

ROSANIO.

Unos arcos y venas van parejas,
Por la blanca azucena
Que te parecerán oro escarchado;
Mas mirando las cejas
Y la frente serena,
Donde tu paraiso está cifrado,
Verás, no oro escarchado con el yelo,
Mas dos arcos de gloria en solo un cielo.

BERALDO.

Si hay dos arcos de gloria en solo un cielo,
Serán, pastora mia,
Los dos arcos triunfales de tus ojos,
Con que amor tira al suelo
Saetas de alegría,
Y le siguen mil almas por despojos:
¡Dichosos arcos, y dichosa vira,
Y mas dichoso el blanco á quien se tira!

ROSANIO.

El sol, la luna, el alva y el lucero,
Las doradas estrellas,
Los exes de oro en que restriva el cielo,
El dia placentero
Bañado en luces bellas,
Lloviendo lumbre y gloria por el suelo,
Son, pastora, los bienes que á manojos
Saca amor por las puertas de tus ojos.

BERALDO.

Saca amor por las puertas de tus ojos,
Pastora de mi vida,
Quanto bien por el mundo se reparte,
Fenecen los enojos
Y el alegría escondida
Brota al moverlos tú por qualquier parte;
¡ Ay ojos mios, quien volviese á veros,
Sin nuevo sobresalto de perderos !

ROSANIO.

Quisiera aquí pintar de tu pastora
La boca soberana
Conchuela en cuyos senos plateados
Un paraiso mora,
De adonde llueve y mana
La gloria que dá amor á sus privados,
Donde lo menos que hay es el concierto,
Del blanco aljofar en rubies enxerto.

BERALDO.

Del blanco aljofar en rubies enxerto,
Mas claro y mas lustroso
Que el que nace en conchuelas orientales,
El tesoro encubierto,
En el seno precioso
Do se crian mis bienes y mis males,
Es la riqueza que á la vista envia
Esa celestial puerta de alegría.

ROSANIO.

¿Has visto entre la nieve deshojada
Una encarnada rosa,
Ó algun rubí sobre marfil sentado,
Ó á la nieve mezclada

La hojuela olorosa
Del clavel roxo en carmesí bañado?
Pues aquesto es tinieblas y pobreza,
Belisa, puesto ante tu gran belleza.

BERALDO.

Belisa, puesto ante tu gran belleza
El cielo arrebolado,
El alba, la mañana y su frescura,
Las galas, la riqueza,
El primor mas cendrado
Que hay en los cofres de la hermosura,
Es comparar el sol con una estrella,
Ó con la noche escura el alva bella.

ROSANIO.

No mas, pastor, no mas, que se han pasado
Las horas y el frescor de la mañana,
Y el tiempo y la ocasion nos han burlado.

BERALDO.

Comenzamos labor muy soberana,
Y trasladó el pincel, que era del suelo,
De estampa celestial pintura humana.

ROSANIO.

Ya en lo mas alto del dorado cielo
La carroza del Sol, fuente del dia,
Sigue con ruedas de oro el claro vuelo.
Nuestro ganado busca el agua fria,
Y el pasto fresco en que pasar la siesta
Que entre silvestres árboles se cria.

BERALDO.

Ya el mio va subiendo por la cuesta,
Corre, pastor, recorre tu manada,

Y allá te aguardo al val de la floresta,
Cabe el pino, al baxar de la cañada.

ÉGLOGA II.

LEUCIPO.

¡Quién pudiera poner en la memoria
Hecha de aquel metal que son los ojos,
Solo un cuidado, y una sola historia!
 Y sin mirar las cosas por antojos,
Ni de la paz cogieramos la guerra,
Ni entre rosas nacieran los abrojos.
 Yo sé quando los pinos desta tierra,
Con delgadas palabras repetian
Mis cantares al tono de la sierra:
 Y á las veces tambien me respondian,
Que pudieran decir de mis canciones,
Que con las de Sincéro competian.
 Trocadas siento ya las condiciones,
Ya ni responden, ni escucharme quieren,
Que á todos gustos cansan mis razones.
 Los que enfadados de vivir vivieren,
Lleguen á mi dolor; y allí atajados,
En ver otro mayor no desesperen.
 Ninfas que entre las flores destos prados
Vivis en tiernas plantas convertidas,
Sin apartar de allí vuestros cuidados;
 Ó ya en las claras aguas escondidas
Guardeis por dicha aquesta dulce fuente,
Guardad tambien mis lágrimas perdidas.
 Quando yo en medio de la siesta ardiente
Te busco Filis, Filis deseada,

Y mi voz sola la cigarra siente.
 Entro en el monte, y dexo la cañada,
Subo al pinar y salgo por la sierra,
Y allí te llamo con la voz cansada.
 Quémame el sol, abrásame la tierra,
Tú mas sorda que el mar á mis razones,
Mas cruel haces con callar mi guerra.
 No me bastó sufrir las sinrazones,
Los altivos desdenes de Tirrena,
Iguales sois las dos en condiciones.
 Aunque mas blanca tú que ella morena,
Aunque ella sea lirio, y tú seas rosa,
La una sea amapola, y otra azucena;
 No fies en beldad, Filis hermosa,
El lirio vive, la azucena muere,
Y todo pasa con la edad forzosa.
 Si por ventura alguno te dixere
Que en su huerto las rosas siempre viven,
Dile, tú Filis, que engañarte quiere.
 Ya sé que mis cuidados se reciben
En gusto entretenido y ocupado,
Y en el agua tus dedos los escriben.
 Despreciaste de mí, luego te enfado,
Pues aunque no merezca ser querido,
No soy digno de ser tan despreciado.
 Bien sabes que revuelvo en el exido
Mil ovejas mas blancas que la nieve,
Siempre de leche y queso abastecido.
 Ni quando abrasa el Sol, ni quando llueve
Pasto verde le falta á mi rebaño,
Ora se seque el campo, ó se renueve.
 Leche fresca me sobra todo el año,

Ni á mí el verano me acrecienta el queso,
Ni me hace el invierno ningun daño.
Pues en saber cantares yo confieso,
Que si Titiro ahora me escuchára,
Que no perdiera su opinion por eso.
Y en hacer una ortera, una cuchara,
Labrar un caramillo y un cayado,
Si yo quisiera, nadie me igualára.
Ni soy de gesto yo tan mal formado
Si por dicha mi imágen no me miente,
Que venga á ser por feo desamado.
Ya yo me ví del Tajo en la corriente,
Que como á ti de acero me servia,
Y aun ahora me véo en esta fuente.
Y si acaso la imagen por ser mia
No me engaña; por esa de tu Alfeo,
La ventura, y no el rostro trocaria.
Sé tu júez, que no por eso creo,
Que si alzases los ojos á mirarme
No pareciese tu narciso feo.
El cielo entre estos bienes quiera darme,
Gozar estos cortijos mal labrados
Mil siglos de oro, sin de ti apartarme.
Y juntos por la sierra ambos ganados
Competir con los faunos en canciones,
Y componer guirnaldas por los prados.
Mas ¡ ay! que Pan no escucha mis razones,
Febo en oir mi canto de corrido
Enmuga en mi zampoña ya los sones.
Su voz y mis cantares se han perdido,
La cera derretida se ha deshecho,
Y tres cañas de siete se han caido.

¿ Por ventura mejor no hubiera hecho
De verdes mimbres una blanca cesta,
Que no gastar el tiempo sin provecho?
Ya en la ribera entrando va la siesta,
Quiero llevar al agua mi ganado;
Y otra Filis habrá, quizá sin ésta,
Si aquesta sin razon me ha desechado.

ÉGLOGA III.

Arcisio. *Melancio.*

ARCISIO.

¿ Dime, pastor, á un pecho alborotado
De un liviano temor, qualquier reposo,
No bastará á dexarlo sosegado?
Mira qué caso baxo y vergonzoso:
Pueda aquí la razon hacer su oficio
Y tú ser mas discreto que zeloso.
Vuelve con paso llano á tu exercicio
Que vivir siempre á sombra de opiniones
Es levantar las cosas de su quicio.
Limpia y escombra el pecho de invenciones
Que si una vez te haces señor de ellas
Facil será romper las ocasiones.
Quantos peces el mar, el cielo estrellas,
Aves el viento y los collados flores,
Tiene amor sinrazones y querellas.
¡ Oh! no pongas el gusto en sus favores,
Ó estimalos en precio moderado,
Si te costáre un bien muchos dolores.

MELANCIO.

Á un corazon de veras agraviado
Le das tú la razon por medicina,
Razon se admite en pecho lastimado.
Amor es ciego, á la razon no atina,
Si hiere el alma, ofusca el pensamiento,
El uno muere, el otro desatina.
Dame, pastor, tu libre entendimiento,
Y darte he en trueco yo todos mis males
Hechos ayre y sembrados por el viento.

ARCISIO.

Las grandes cosas piden sus iguales,
Ni rinde al diamante el hierro duro,
Ni el agua ablanda duros pedernales.
Para allanar ese encantado muro
Que ahora á la razon le quita el paso
Fuerzas son menester de ánimo puro.
Desear la vitoria es todo el caso,
En este punto tu salud se encierra,
De todo lo demas no hagas caso.
Yo vi pastor un dia en otra tierra
Que mil consejos á los hombres daba,
Para alcanzar vitoria desta guerra.
Si supiera decir lo que cantaba
Yo pensára de cierto que á sanarte
Oirlo solamente te bastaba.

MELANCIO.

Trabaja, compañero, en acordarte,
Y canta en mi dolor un cantar nuevo,
Que las Ninfas se gocen de escucharte.

ARCISIO.

Escucha ahora en tanto que yo pruebo

Á acordarme mejor de sus canciones,
Que ya el principio en la memoria llevo.
Con ellas se curaron mis pasiones,
Aunque ásperas y duras de tratarse,
Sanando á la razon buenas razones.

MELANCIO.

Comience pues tu canto á mejorarse
Que tras el primer verso segun creo
Luego los otros suelen acordarse.

ARCISIO.

Quando por dar contento á Melibeo
Fuí por otras riberas y cabañas
Cansado, y mas cansado mi deseo,
Pasé unas grandes selvas y montañas
Y quanto mas andaba, parecia
Que el fuego era mayor en mis entrañas.
Al fin por nuevas sendas hallé un dia
Una nueva y fresquísima floresta
Donde un sabio pastor viejo vivia.
Y allí mientras pasabamos la siesta
Esto le oí cantar con voz divina,
Él haciendo una jaula, yo una cesta.
Pastor, si á desear salud te inclina
La pena y el dolor que te atormenta,
Y la razon tus pasos encamina;
Oyeme ahora sin que en ti se sienta
Flaqueza alguna que es un sentimiento
Que al niño infama, y la vejez afrenta.
Huye la ociosidad, ama el contento;
Que si amor busca gente descuidada,
La soledad levanta el pensamiento.
Echa en el hombro la industriosa hazada,

Labra tu viña, planta tus parrales,
La fresca vid al álamo arrimada.
Haz en tu huerto al agua sus canales,
Con esto agotarás la de tus ojos,
Quedando claros para ver tus males.
Ocupate en arar nuevos rastrojos,
Y escardando en el trigo las espinas
Arrancarás del alma los abrojos.
Busca en las selvas entre flores finas
El cuidadoso enxambre edificando
En secos troncos sus sabrosas minas.
En esto irá tu corazon cobrando
Un alivio tan poco conocido,
Que aun sin él pensarás que estás penando.
Fingete sano, ya me ha acontecido
Fingir que duermo, y con estar despierto
Hallarme sin saber cómo, dormido.
Dexa la ociosidad, esto es muy cierto,
Que la imaginacion de ella ayudada
Resucita al amor quando mas muerto.
Si es nueva la pasion será arrancada
Con mas facilidad, que el tiempo dexa
Seca la miel, la uba sazonada,
Tú ves aquella encina dura y vieja,
Un tiempo fué pimpollo ternezuelo,
Liviano de rendirse á qualquier rexa.
No dilates los dias en su vuelo,
El mar crece, y si llegas á mañana
Mas caro ha de vendersete el consuelo.
El nuevo rio que en su fuente mana
Es facil de atajar y darle vado,
Camina manso, y por su vega llana.

Llegasele un arroyo, y otro al lado,
Y soberbio hinchado y caudaloso
De su primera fuente va afrentado.
Aunque el amor es mal, es mal sabroso,
Y así nos remitimos á otro dia
Que siempre se apetece lo dañoso.
No pierdas tiempo, que por esta via
Lo qué de diligencia no se gana
Pierde tu corazon de mejoría.
Herida he visto yo harto liviana
Peligrosa despues por dilatarse,
Quien hoy no puede, mal podrá mañana.
Quando es nuevo el amor ha de atajarse,
Que por medio el furor de la corriente
Querer pasar el rio, es anegarse.
Pero si el mal en su vigor se siente
Ya del todo en el alma apoderado:
Á viejo amor, remedio diferente.
Si poco á poco al hueso ha penetrado,
Poco á poco tambien será expelido,
Á vieja enfermedad nuevo cuidado.
Saca tus ovejuelas al exido
El fertil campo, y el agricultura
Son medicina al pecho mas herido.
Ver los bueyes abrir la tierra dura,
Sembrar á logro cierto alegres prados,
Gozar la fruta y su primer dulzura:
Los árboles de flores estrellados
Las sierpes de cristal que los enredan,
De cantorcillas aves visitados:
Vuelan las unas, y las otras quedan
Al murmurar del agua concertando

Los dulces cantos en que nos remedan.
Qual de quejas el ayre está sembrando
De zelos llena; y qual de triste olvido;
Hasta allí, ó falso amor, llega tu mando.
Pues tras esto hallarse acaso un nido,
Y á su dueño espiar tras una mata
Podrá traerte un rato divertido.
Con esto un grande amor se desbarata;
Si prendes el zorzal y quedas sano,
La salud te se vende bien barata.
¿Hay gusto igual, si sales el verano
Sin sol el dia, el campo verde y tierno,
Que echar un par de liebres por el llano?
Pues en el blanco y encogido invierno
En tu cabaña al fuego recostado
¿Cómo te hallará su llanto eterno?
El zurron proveido, el rio al lado,
Tiernas castañas, y manteca fresca,
Las migas hechas, y el corral nevado.
Siembra tu pedernal fuego en la yesca,
Y el amor en tu pecho brasa viva;
Una se apaga y otra se refresca.
Mas en el alma su veneno priva,
Procura ser señor de tus pasiones
Que es lo que todo su poder derriba.
Ama el trabajo, huye de ocasiones,
Busca la ausencia y hallarás la vida,
Vete á la villa dexa tus rincones.
El alma se te parte á la partida,
Ánimo, que vencer dificultades
Nos hace la vitoria mas cumplida.
Libres son las humanas voluntades,

El cielo las crió sin ligadura,
Y es todo lo demás curiosidades.
Esto, en lenguage lleno de dulzura
Y en tono mas alegre que no el mio,
Cantó el pastor sentado en la frescura.
Y porque vió que entraba su cabrío
Ya tras la nueva yerba por el monte,
Se fué tras él, y yo pasando el rio,
El sol pasó tambien nuestro orizonte.

ÉGLOGA IV.

Clarenio. Delicio. Toribio.

CLARENIO.

Dime, rústico y nuevo cabrerizo,
¿Cómo en mi ausencia á Delio te alabaste
De lo que tu zampoña nunca hizo?

DELICIO.

¿Yo me alabé, ó tú que le contaste
Que en el rio dos veces me venciste,
Y un cabrito por premio me llevaste?

CLARENIO.

La flauta que á Polibo le vendiste,
Aquí te quiero yo, responde, amigo,
Y dime sin pasion ¿dónde la hubiste?

DELICIO.

Nunca entraria yo por el postigo
Á hurtarla á Meliso, qual tú entraste,
Por su zampoña siendo yo testigo.

CLARENIO.

Si yo se la hurté, tú me ayudaste,
Mas para no ser tuyo el caramillo,
Mucho perdiste, y poco aventuraste.

DELICIO.

Quando yo te hallé tras el tomillo
Agachado de noche, y espiando,
Quizá andabas á caza de algun grillo.

CLARENIO.

Estaba por ventura contemplando
Quan justamente Tirsis dió el júicio,
En que aquel dia te vencí cantando.

DELICIO.

¿Á mí tú me venciste? ¿ó con Galicio
Tu rústica zampoña resonaba,
Qual cordero llevado al sacrificio?

CLARENIO.

¿Quieres cantar á prueba? pues acaba,
Dexa las burlas, vamos á las veras,
Veremos quien se ofende ó quien se alaba.

DELICIO.

Pon tú de haya aquellas dos horteras,
Que ayer ponias, y yo este caramillo,
Hecho de pegajosas ajonjeras.

CLARENIO.

Mas pon tú remendado cerbatillo,
Yo mi mastin ahogador de lobos
Que tiemblan los mas bravos en oillo.

DELICIO.

Yo dos nuevos cayados de algarrobos
Pondré, pon tú el cordero, que perdido
Hallaste ayer al val de los escobos.

CLARENIO.

No aquel ; mas sea este rabel polido;
Porque es de mi madrina la manada
Que me ves carear por el exido.

DELICIO.

Alfeo dexará determinada
Nuestra contienda, vamos por Alfeo,
Que yo le dexé anoche en su majada.

CLARENIO.

Toribio cumplirá nuestro deseo;
Que es de juicio, y seso mas maduro,
Y no lleva las cosas por rodeo.

DELICIO.

No te irás por ay pastor, te juro;
Ven, Toribio, al ruido de esta fuente,
Sal de la sombra del nogal oscuro.

CLARENIO.

No huyo yo, cabrero negligente,
Ven, Toribio, verás temblar mi canto,
Al son que hace el agua en la corriente.

TORIBIO.

Cantad: que el cielo os cubra con su manto,
Y al son dese dulcisimo exercicio
Se cuaje el suelo de oloroso acanto.

DELICIO.

Toribio, este pastor que entra en juicio
Conmigo ahora; como no le tiene,
Cobrarlo piensa con ageno oficio.

CLARENIO.

Este que á competir conmigo viene,
Toribio, es un pastor que quando canta
Algun novillo pensarás que suene.

DELICIO.

Triste ganado á quien tal voz espanta,
Que es qual lobo que ahulla su ruido,
Y él piensa que su canto nos encanta.

CLARENIO.

Seca dexa la yerba y el exido
La voz de este pastor; huid, pastores,
Canto tan duro, son tan desabrido.

DELICIO.

Ninfas venid, gozad de mis primores,
Oireis mi dulce son antes que suene,
El que os destierra dentre aquestas flores.

CLARENIO.

Haz, rústico selvagio, que se enfrene
Esa lengua mas áspera y mas ruda
Que del novillo que al arado viene.

TORIBIO.

Aqueso no es cantar, mas guerra cruda:
Callad por Dios, y concertad el canto,
Dí tú Clarenio, y la sentencia muda.

CLARENIO.

Toque mi voz el estrellado manto,
Tú dulce Apolo, haz como lo puedes,
Que al mundo cause mi zampoña espanto.

DELICIO.

Rústico Pan, así tu cuerpo enredes,
Entre los brazos de una Ninfa bella,
Á honrar mi canto cabe mí te quedes.

CLARENIO.

¡Ó si mis versos una rubia estrella
Entre estas verdes matas escuchára,
Ó yo pudiera con mis ojos vella!

DELICIO.

Mi Filis, que es de hermosura rara,
Donde quiera que voy me va escuchando,
¡O si tambien ahora me escuchára!

CLARENIO.

Galatea conmigo anda jugando,
Llámame, vuelvo, y luego se me esconde,
Y huélgase de verme andar buscando.

DELICIO.

Cantó á su puerta, y Filis me responde,
Hiéreme por detrás con el cayado,
Y luego se me va no sé por dónde.

CLARENIO.

Dos tórtolas hallé en su nido amado,
Esas pienso enviar á mi Amaranta
Luego que el dia asome por el prado.

DELICIO.

Una mina de miel me dió una planta
Saqué una horterá para mi Tirrena,
Tambien mañana la enviaré otra tanta.

CLARENIO.

El panal mas sabroso á mi Filena
Es mi presencia, y mas quando la envío
Una cestilla de manzanas llena.

DELICIO.

Quando me aguarda Filis en el rio
Yendo á lavar sus paños, luego pierdo
En el monte por ella mi cabrío.

CLARENIO.

Si yo soñando á Filida recuerdo,
Tal vez hay que en no verla qual soñaba
De mi ganado ni de mí me acuerdo.

DELICIO.

Fílida un dia á voces me llamaba,
Por zarzas fuí corriendo á ver qué habia,
Y quando allá llegué burlando estaba.

CLARENIO.

Á mi me llamó Fílida otro dia,
Mas traxele en mis hombros fatigadas
Dos corderillas que perdido habia.

DELICIO.

Aquella, que por selvas y quebradas
Seguir me hace amor, de mí se duele
Bien que lo encubre, y borra las pisadas.

CLARENIO.

Tambien sé yo, que mi pastora suele
Preguntar dónde estoy, si no me halla,
Y llora porque yuelva, y la consuele.

DELICIO.

Si yo hablo á Belisa, Filis calla,
Y se enoja y se va sin que aproveche,
Quererla regalar, ni regalalla.

CLARENIO.

Quando mas enojada me deseche
Filis, ya sé que me harán su amigo
Una hortera de miel, y dos de leche.

DELICIO.

Mi huerto por podar es buen testigo
Que no ha pintado la primer manzana,
Y ésta será de mi Amaranta digo.

CLARENIO.

Cogida tengo de una vid temprana
Á Filis una cesta de dulzura,
De tiernas ubas de color de grana.

DELICIO.

El granizo á la fruta no madura
Derriba, el lobo estraga los ganados,
Y á mí de Filis la aspereza dura.

CLARENIO.

Dulce es el fresco humor á los sembrados,
Y al ganado es la sombra deleytosa,
Y mas Tirrena á todos mis cuidados.

DELICIO.

Abre el clavel, desplégase la rosa,
Brota el jazmin, y nace la azucena,
En dando luz los ojos de mi diosa.

CLARENIO.

Si su beldad esconde mi Tirrena
El jazmin cae, la azucena muere
Quando de mas frescor y aljofar llena.

DELICIO.

Haz tú que el sol de Filis reverbere,
Y verás que el invierno desabrido
Con el florido Abril competir quiere.

CLARENIO.

Vistase de mil flores el exido
Que si mi sol no abriere la mañana,
Todo queda en espinas convertido.

DELICIO.

Mas bella es mi Tirrena, y mas lozana,
Que las blancas ovejas de Taranto,
Y de árbol fertil la primer manzana.

CLARENIO.

Fresca es la fuente entre el florido acanto,
De rosas y violetas coronada;
Y mas es la pastora que yo canto.

DELICIO.

Ó si mi Galatea enamorada
Oyera aquí mi canto y sus primores,
Como fuera rendida y obligada.

CLARENIO.

Frescas guirnaldas de tempranas flores,
Ninfas coronarán vuestros altares,
Si propicias guiais nuestros amores.

DELICIO.

Silvano, guarda fiel de los lugares,
Sea en tu altar pechero mi rebaño,
Si límite á mi mal le señalares.

CLARENIO.

Á ti, Priapo, al renovar del año
El mio sudará templada leche,
Si pones fin á mi amoroso daño.

DELICIO.

Haz que mi canto Filis no deseche,
Y darte he, Apolo, en premio mi zampoña,
Sin que Belona della se aproveche.

CLARENIO.

Calla, rústico, que es tu voz ponzoña,
¿No miras como traes tu ganado
Maganto, sin pacer, lleno de roña?

DELICIO.

Pastor, este Clarenio descuidado
Quando acomete el lobo á su manada
Él duerme, y se revuelve de otro lado.

CLARENIO.

De Driadas y Faunos la sagrada,
Junta, olvidado el bayle, mis primores
Escucha en esta selva sosegada.

DELICIO.

Rústico, ¿tú no ves los burladores
Sátiros como van de prado en prado,
Tus locuras riendo y tus errores?

CLARENIO.

Corre, rudo pastor desacordado,
A algun charco, y allí de rana en rana
Aprende canto, y son mas entonado.

DELICIO.

Y tú busca zampoña mas galana
Para tocarla fuera de la sierra,
Que no es la que ahora tocas toda sana.

CLARENIO.

Dime, ¿quál es el ave que en la tierra
Sus esquadrones vela; y sin armarse
Á la gente menuda hace la guerra?

DELICIO.

Dime tú ¿qué animal suele bañarse
Para limpiar las aguas de la fuente,
Y dexa de una vírgen enlazarse?

TORIBIO.

El cielo ya, pastores, no consiente
Pasar de aquí vuestro divino canto,
Aunque el bosque os escucha alegremente.
Nuestro fragil saber no sube á tanto,
Vosotros ya tocais divina historia,
Que á mí es invidia y á la selva espanto.
Callad, nuevos Apolos, y la gloria
De vuestras venas de oro suya sea,
Y á solo Apolo demos la vitoria.
Y vuestra fama así crecer se vea
Qual crece el año con sus nuevos meses,

El vivo fuego con la seca tea,
Ó con el ayre las maduras mieses.

ÉGLOGA V.

ARISTEO.

De Tyrsis y Damon el dulce canto
Que en otro tiempo oyeron estos pinos,
Y á Erífile divina puso espanto;
Y por entre los robles mas vecinos
Las Ninfas asomaron las cabezas,
Suspensas á cantares tan divinos:
Y las selvas desnudas de fierezas
Por aquel breve espacio se vistieron
De mayores frescuras y riquezas:
Al fin quanto estos árboles oyeron,
Y lo que con suspiros y con llanto
En sus verdes cortezas escribieron:
Si el cielo diere fuerzas para tanto,
Cantaré aquí, y escribiré entre flores
De Tyrsis y Damon el dulce canto.
Dos pastorcillos que entre los pastores
Á cantar y tañer acostumbrados,
El menor fuera aquí de los mayores.
Así cantar se oyeron por los prados,
Que por oir las vacas sus canciones
En la boca olvidaron los bocados.
Damon á quien en todas perfecciones
Hizo el cielo cumplido y acabado,
Así sembró en las selvas sus razones.

DAMON.

¿Qué haces dí, zagal, aquí sentado?
¿Piensas que no podrá, si en él te cebas,
Acabarte en un hora tu cuidado?
¿Dexaste de coger las flores nuevas,
Y de álamos texer una guirnalda,
Por hacer en tu mal costósas pruebas?
Mira del monte la estrellada falda
Que estrellas juzgarás que son sus flores,
Y su yerba finísima esmeralda.
Mira que ya en el campo los pastores
Sienten que la florida primavera
Resucita en las selvas sus primores.
Yo quiero ahora desta blanca cera
Remendar mi zampoña ; tú, carillo,
Préstame si querrás tu podadera,
Que de aquí me han hurtado mi cuchillo;
Ó lo dexé do ayer corté un cayado,
Ó lo perdí quizás cogiendo un grillo.
Donde quiera que esté, lo habré buscado
Si no llueve esta tarde, como suele,
Ó me asombra algun lobo mi ganado.
Mas tú, pastor, que el cielo te consuele,
Y en el ardiente y caluroso estío
Erífile tu lengua y labios yele.
Mientras al fresco y apacible frio
Que corre aquí, templamos los ardores
Del Sol, al pie de este laurel sombrio;
Canta, pues cantar sabes tus dolores,
Que yo prometo en pago, compañero,
De coronar tu cítara de flores.
Y aun destas palmas texeré un sombrero,

Que si lo enramas de laurel precioso
Mas sombra te hará que un roble entero.
Tambien allá en un valle temeroso
Donde canto de ave no se oia,
Que turbase su acento sonoroso;
Y el mundo entre dos luces parecia
Estar suspenso, ni la noche vuela
Ni se puede decir perfecto el dia,
Sin golpe oirse de mortal azuela
Con un nuevo hozino de mi mano
Labré de blanca aya una vihuela.
El suelo y las clavijas de avellano,
La voz es de laurel, y toda ella
De talle y artificio muy galano.
Esta es tuya de hoy mas, porque con ella
Espero que harás tal son al mundo,
Que Apolo more en él de amores della.
Y á ti en un nuevo canto furibundo
Tan trocada veremos tu llaneza,
Que se ahogue el primero en el segundo.
Ahora en tanto que con la corteza
Del álamo silvestre te entretienes,
Y escribes tu tesoro en su pobreza;
Y en tanto que en el campo te detienes
Y usas de las abarcas y pellico
Y de leche y castañas te mantienes;
Y en tanto que de amores pobre y rico
Haces reliquias de un favor liviano
Que se lo lleva un páxaro en el pico;
Canta, pastor, que el cielo soberano
Al regocijo y al placer perdido
Te vuelva como puede de su mano.

ARISTEO.

Esto es lo que cantó Damon tendido
Sobre la yerba, ¿quién dirá, pregunto,
Lo que de Tirsis aprendió el exido?
Musas, decidlo vos, que á tanto junto
Mi ánimo no basta, y fueron cosas
Dignas de ni quitar ni añadir punto.

TIRSIS.

Yo, selvas, cantaré las milagrosas
Palabras que pudieron darme vida,
Á ser mis penas menos dolorosas.
Ya que de entera luz toda vestida
La Luna sobre el mundo se descubre
En purísimas llamas encendida,
Aquí donde con negra sombra encubre
La noche en sueño y luto sepultada
La casta yerba que estas aras cubre;
Primero una cordera degollada
Con lumbre de laurel, y azufre puro
Al silencio será sacrificada.
De aquí comenzará nuestro conjuro,
Ya aquí no hay que esperar sino la muerte,
El encanto es aquí lo mas seguro.
Y porque tú con ánimo mas fuerte
Á semejantes cosas te apercibas,
Atento ahora mi cantar advierte.
De un negro rio aquí las aguas vivas
Tengo guardadas para que con ellas
Ciertas palabras en mi sombra escribas.
De que serán testigos las estrellas,
Y la noche que oyendo está su canto,
Y la luna tambien que vuela entrellas.

Y porque no te cieguen con espanto
Las sombras de los dioses que vinieren,
Forzados del apremio de mi encanto;
Así los que del ayre descendieren,
Como los que en sepulcros escondidos
Están siempre escuchando á los que mueren,
Con esta yerba claros y lucidos
Te dexaré los ojos, que con ellos
Podrás aun conocer los no nacidos.
Y contando uno á uno tus cabellos
Si te hallare nones de tus males,
Podrás creer que morirás por ellos.
Mas si en tu dicha los hallare iguales
Sobre la tierra esteril y desnuda,
Contaré de tus huesos las señales.
Luego do el agua sin correr se muda,
Bañado nueve veces de mi mano,
Con la raiz de la encantada ruda,
Seguro cogerás por este llano
Las yerbas de virtud no conocida,
Que en él nacieron su primer verano.
Y con la vestidura desceñida,
Y descalzo el un pie, y en la cabeza
Esta corona de laurel ceñida,
Irás diciendo como yo una pieza
Ciertos cantares, si hallares dina
Tu lengua de cantarlos con pureza.
Que en nuevas hojas de inmortal encina
Escritos parecieron en el mundo,
De oculta mano, y de virtud divina.
Bastante cada qual sin el segundo
Para baxar la luna de su cielo,

Y dar luz á las gentes del profundo,
  Encadenar los rios con el yelo,
Abrir la noche y encerrar el dia,
Y á las horas hacer parar el vuelo.
  Vestir nuestros collados de alegría
En el invierno esteril, y el verano
Las rosas ahogar en nieve fria.
  Y estos ya dichos, porque de tu mano
Cojas la libertad entre las flores,
Qual cojemos la fruta del manzano,
  Con tres velos diversos en colores
Cercarás el altar que ya encendido
Con yerbas estará de tres colores.
  De la casta berbena, y el florido
Arrayan, y del roxo y tierno acanto
En luna nueva de raiz cogido.
  Y sobre todo del encienso santo,
El humo llevará en los ayres mudos
Tu dolor á los reynos del espanto.
  Luego los miembros ligarás desnudos
De esta imagen que ves de limpia cera
Tres veces, con tres lazos y tres nudos,
  Y atándola dirás de esta manera:
La que me tiene ahora así ligado
Ligada como yo de amores muera.
  Y tres veces aquello pronunciado,
Tres veces cercarás el encendido
Altar donde se abrasa tu cuidado,
  Que el número ternario es escogido
De los sagrados Dioses, y en su acento
Cierto divino olor está escondido.
  Y á la imagen ligado el pensamiento,

Así dirás poniendola en la llama:
Aquí contigo acabe mi tormento.
  Y encendiendo en el fuego aquesta rama,
Filis, dirás, me abrasa en vivo fuego;
Y yo en este laurel quien me desama.
  Y esto dicho verás que baxe luego
Buscándote por sendas escondidas
Ciega, qual vives tú por ella ciego.
  Que estas yerbas de Arcadia son traidas,
Allí tú las sembraste Alfesibeo,
Y á ti, Aretusa, te las dió escogidas.
  Allí nacieron, aunque aquí las veo,
Ya de verdor y fruto tan caido,
Que no podrán cumplir algun deseo.
  Con su virtud en cisne convertido
Ví su primer pastor, y con su canto
Dexar de seco el campo florecido,
  Baxar los pinos á escuchar su canto,
Trocar las mieses, y encantar los rios,
Y esto es lo menos, y lo mas no tanto.
  Estas cenizas y carbones frios
Arroja por detras en la corriente,
Y aquí van, dí, los pensamientos mios.
  Mientras coges la brasa, un fuego ardiente,
Tirsis, tenlo á señal y dicha buena,
Hizo todo su altar resplandeciente.
  No sé que pueda ser, mi perro suena,
Si viene Filis, si nos han burlado,
Siempre juzgué por inmortal tu pena,
Siempre el bien del amante es bien soñado.

ÉGLOGA VI.

Ursanio. *Tyrseo.*

URSANIO.

No lo tendré, pastor, mas encubierto,
Así el cielo me ponga de su mano,
En el punto y compas de mi concierto:
Un rostro vi, carillo, soberano,
No era del suelo, no, que á tal belleza
Muy atras queda todo ser humano.
Al oro que llovia su cabeza,
La luz con que el sol baña tierra y cielo,
Comparada es tinieblas y pobreza.
¿Has visto quando Abril nos viste el suelo
De los esmaltes que el verano cria,
Desnudo ya del encogido yelo;
Ó quando el cielo al despuntar el dia
El tierno aljofar cierne por las flores,
Y al sol viste de grana el alva fria?
Pues si vieses, Tyrseo, las colores
De sus mexillas, el jazmin y grana
Tienen de su primor por borradores.
Si la juzgases por pintura humana,
Yo quiero confesar que mi cuidado
Su asiento tiene en ocasion liviana.

TYRSEO.

Ursanio, quando yo ví aquel dechado
De quien el cielo saca su belleza,
Belleza que jamas se vió en traslado;
Ví en él tan altas partes de riqueza,

Que no habrá joya fuera de su vista
Que en mis ojos no venga á ser pobreza.
  Que en solo ella mi gloria y bien consista
No hay para que, pastor, encarecello,
Pues en mí es cosa tan sabida y vista.
  Las madejuelas de oro por cabello
En el divino cuello marañado,
Mi alma y vida marañada en ello;
  La ví yo un dia en este verde prado,
Haciendo una guirnalda de mil flores,
Texiendo quizá á vueltas mi cuidado.

URSANIO.

  ¿Dime, Tyrseo, y sabe tus amores?
Que yo de corto nunca me he atrevido
Á contarle á la mia mis dolores.

TYRSEO.

  Vime al principio deste mal perdido,
Á llorar me escondia entre mi pena
Mi cuidado tambien allí escondido.
  Rompiase de apretada la cadena
No acabo de entender cómo, carillo,
Mi suerte se trocó de mala en buena.
  Tenia yo un manchado cerbatillo
Que los tiernos corderos retozaba,
Criado á hoja y flores de tomillo.
  De mi mismo zurron le regalaba,
Si acaso me escondia por el prado,
Con placenteras vueltas me buscaba.
  Por collar al erguido cuello echado
De mil conchuelas un sartal curioso,
Que me trocó un pastor por mi cayado.
  En él de un fiero javalí cerdoso

Por remate un colmillo, en blanco estaño
Ligado con engaste artificioso.
En hechura, en belleza, y en tamaño
La luna de dos dias ser dixeras
Si dexáras llevarte del engaño.
Con mi cabrío un dia á ver las heras
Saqué mi cerbatillo regalado.
De diges lleno, y burlas placenteras.
Llegó Filis en esto á mi ganado
Quando yo en mi dolor á mas perdido,
Y ella del y de mí á menor cuidado.
Con un cabrito, aun no de un mes nacido,
Tal le vió retozando, que le tuvo
El gusto por un rato embebecido.
Yo viendo que con esto se entretuvo
La que en gloria mi alma entretenia
El breve rato que conmigo estuvo;
La ocasion le ofrecí de su alegría,
Para que recibiéndola hallase
En ella escrito quanto en mí tenia,
Y aunque al principio Filis no pasase,
Por el concierto, mi porfia hizo
Que ni el don ni el deseo despreciase.
Y pudo en ella tanto este hechizo
Que haciendo principios en mi gloria,
Mil nubes de tristeza me deshizo.
Fuese luego aclarando la victoria
Y á mostrarse fortuna de mi parte,
Y á verse mi ventura mas notoria.
¿De qué me sirve, Ursanio mio, cansarte?
Sabe que un don ablanda el duro acero,
Y que podrá hasta el cielo levantarte.

URSANIO.

¿Qué podrá dar un pobre ganadero,
Ó qué tiene que dar, habiendo dado
Al primer lance el corazon entero?
Donde este rico don no es estimado
Por el mayor de quantos pueden darse;
Ya es aquese querer amor comprado.
No es amor, ni es posible conservarse,
Que amor que al interés está rendido
Interés, y no amor ha de llamarse.

TYRSEO.

Ursanio mio, no lo has entendido,
No es yerro que por dádivas te quieran,
Ni lo es comprar por ellas ser querido.
Si algun valor secreto no tuvieran
Para ablandar altivos corazones,
Nunca los Dioses á ellas se rindieran.
No quiero yo hacer tus pretensiones
Venir por interés á ser amado,
Mas que ganes audiencia por tus dones.

URSANIO.

Pastor, un vaso tengo delicado
El cuerpo de taray, el pie de pino,
De liso cedro el tapador labrado.
Es todo de un entalle peregrino,
Y puede sin escrúpulo igualarse
De todo lo criado á lo mas fino.
Quiso en él de proposito extremarse
El gran Alcimedonte, de manera
Que solo en él su sello pudo echarse.
Pintó en su pie la alegre primavera,
Y al seco estío frente coronada

De espigas roxas de color de cera.
El frio otoño con la espalda helada,
En mosto envuelto, de ubas coronado,
La barba y cara sucia y enmostada.
El invierno el cabello rebujado,
Tal, que quien al estío no mirase
Tendria frio en verlo tan helado.
Y porque mas la obra se estremase,
Cada tiempo está dando la manera,
Como la tierra en él ha de labrarse.
Quando se ha de coger la sementera,
Quando sembrar, podar, y hacer el vino,
Y otras cosas al fin de esta manera.
Pues en el tapador de cedro fino
Están doce estrellados aposentos,
Y en cada quadro su dorado sino.
Los cielos con sus varios movimientos
Unos violentos, otros naturales,
Sobre sus exes de oro por cimientos.
Quantos clavos las puertas celestiales
Tienen para beldad y luz del mundo,
Allí alcanzan sus puntos y señales.
Y en el cuerpo del vaso sin segundo,
Por no cansarte hallarás cifrado
Quanto la luna encierra, y el profundo.
Pues este mundo fragil y abreviado
Que Alcimedonte aquí dexó esculpido,
De ningun labio ha sido deslustrado.
Helo siempre guardado y escondido,
Y ahora en el poder de mi pastora
Quedará con tal dueño enriquecido.
Ella sola merece ser señora,

De todo lo que en él está entallado,
Y á ella se lo ofrezco desde ahora.

TYRSEO.

Ursanio, es ese don tan acabado,
Que no sé yo si á quien á darlo llega
Le queda mas que dar que haberlo dado.
Si tu grata pastora no te niega
La obligacion y fe de tal recibo,
Tuyo es el tiempo á tu sabor navega.

URSANIO.

Entre esa confianza y temor vivo,
Con la frialdad de mi baxeza muero,
Con el calor de su valor revivo.

TYRSEO.

Pues dime, así se logrèn, compañero,
Cuidados tan honrados, ¿quién te hizo
De tal beldad gallardo prisionero?
¿Qué nombre le dió el cielo, qué hechizo
Tan poderoso fué, que á un pecho esento
La antigua libertad y brio deshizo?

URSANIO.

Levantóse tan alto el pensamiento,
Que aun ese nombre que en la lengua cabe
Quiso en el corazon tòmar asiento.
Cerró el amor su cofre con la llave,
Y rompióla en cerrando, de manera
Que junto el cofre y el secreto acabe.
Y creeme pastor, que si tuviera
Puerta por do salir habiendo entrado,
Sola la llave de tu gusto abriera.

TYRSEO.

Ahora, Ursanio, estimo tu cuidado,

En lo que con razon debe estimarse
El gran punto de un firme enamorado.
Que pechos que no saben conservarse
En guardar la importancia de un secreto,
Y con él y sus penas ahogarse,
Bien podrán alcanzar amor perfeto,
Mas no en mi estimacion que ya se sabe
Que solo asienta amor en el discreto.
Y si lo es tu pastora honesta y grave,
No pondrá en ti mas punto de contento
Del que tardáres en hallar la llave:
Y á Dios que se destempla mi instrumento.

ÉGLOGA VII.

Liranio. *Graciolo.*

LIRANIO.

Saca pastor y templa tu vihuela,
Y asida á mi rabel discantaremos,
Mira que el tiempo y nuestra vida vuela.
Y si en melancolías nos metemos
Si no damos salida á las pasiones
Espuelas á la muerte le ponemos.
Limpia y escombra el alma de invenciones
Que es condicion de gente distraida
Traer puesta la vida en condiciones.
¿Quién hay tan libre, que si trae metida
La fantasía en ocasiones vanas,
Le falte alguna en que perder la vida?
Contempla aquellas luces soberanas,

Que la preciosa estambre van hilando,
Que tú entre ciega vanidad devanas.
 El cielo en exes de oro volteando,
Y en la incierta baraja de los dias,
Unos naciendo, y otros acabando.
 Viene el verano envuelto en alegrías,
Y muere á manos de sus tiernas flores,
El triste invierno con sus canas frias.
 Siembra disgustos, cogerás dolores,
Que quando salga la cosecha llena
Bien la habrán cultivado tus sudores.
 Ara en el mar, y siembra en el arena,
Y en red procura de encerrar el viento,
Quien pretende hallar vida sin pena.

GRACIOLO.

 Si yo viese, pastor, mi entendimiento
Escombrado de sombras contrahechas
Que tanto martirizan mi contento:
 Si aquestas ataduras ya deshechas
Dexasen libre de su carga el cuello
En quien amor las puso tan estrechas;
 Mi bien veria descubierto en vello,
Veria mis trabajos acabados,
Y no colgada el alma de un cabello.
 Cantarian los montes mas callados,
Graciolo sus collados eterniza,
El mundo goza ya siglos dorados.
 Y éste que todo el mundo tiraniza
De sí mismo corrido y afrentado
Iria sin triunfar de mi ceniza.
 ¡Ó cielos, llegue el dia deseado
Que enxugando á la orilla mi vestido

Seguro cuente el uracán pasado!

LIRANIO.

Antes, vaquero, se verá vestido
El seco campo de doradas flores
En medio del invierno desabrido;
¿Que dexe de sembrar amor dolores,
Que es patrimonio suyo, y en su casa
Los que padecen mas son los mejores.
Oido he ya decir, que el alma abrasa
No sé, ni veo por qué, de aquella suerte
Quien es gozar de vida tan escasa.
¿No te valiera mas entretenerte
En labrar tus cortijos olvidados,
Que en cultivar con lágrimas tu muerte?
Por ventura, pastor, pocos cuidados
De su cosecha el tiempo nos envia
Para andar en amores ocupados?

URANIOLO.

Mi regalo, mi bien, la gloria mia
Nace y se cria desta dulce pena,
Y el sol es feo á quien enfada el dia.
Maldigo, amor, mil veces tu cadena,
Tu bien incierto, tu engañoso trato
Que á no fingidas muertes nos condena.

LIRANIO.

Pastor, no llames al amor ingrato,
Porque te cueste un gusto mil dolores
Si á nadie lo ha vendido mas barato.
Así diz que se arriendan sus favores,
Que si todo en amor fuera contento,
Á dos dias cansáran los amores.
Alza tu rostro, limpia el pensamiento,

Sacude el alma, corta á la medida
De sola tu ventura el sentimiento.
No la tendrás con tino aborrecida,
Ni gastarás en vanas pesadumbres
Las horas robadoras de la vida.
Ni perderás por mucho que te encumbres
El seso con el bien desvanecido,
Ni colgado andarás de sus vislumbres.
Dale con tiempo al corazon rendido
Algun alivio, dale algun descanso
Que bien basta un tormento á un afligido.

GRACIOZO.

Cielo sereno, al parecer tan manso
Como duro, cruel y riguroso
Á mí que con querellas mil te canso;
Bien sabes tú, teatro deleytoso,
Quantas veces la muerte he deseado
En este solitario bosque umbroso.
El rio de mis quexas lastimado
Á veces en cristal se ha convertido,
Y á veces de dolor se ha despeñado.
Hacer acaso sobre un olmo un nido
Á dos tórtolas vi en esta ribera,
Con ellas el amor entretenido.
Y yo llorando dixe, ¡ó quién me diera
Aquí la muerte, porque de mi vida
Jamas nueva en el mundo se supiera!

LIVARDO.

Error, sin fin, de gente distraida
Es el comun vivir destos que tienen
El alma en vanidades convertida.
Á cada paso sin morir se mueren,

Olvidan un gran hato de ganado,
Y en ver unos cabellos se entretienen.
Un dia á Olimpo vi desesperado,
Y otro dia pensando que era muerto,
Ya no le conocia de trocado.
Lleve ubas mi parral, frutas mi huerto,
Y allá se lo haya con su amarga muerte,
Amor, y quien busca en vano tu concierto.

GALACIOLO.

Dorado cielo, si en el bien de verte
Alguno se concede al que te mira
Entre la luz que tu hermosura vierte:
Si algun Dios en tus sillas de oro aspira
Á cuyo cargo esten los desdichados,
Á quien el ciego amor sus flechas tira;
Desata destos miembros fatigados
Un alma triste, puesta por consuelo
A los que en él están mas agraviados.
Rayos que haceis estremecer el cielo,
Pues los de amor pretenden destruirme
Matadme, y no me mate este rezelo.
Silvestres fieras, mansas en oirme;
Bosque espeso, cansado de escucharme,
Y vosotros, Serranos, de sufrirme:
Si no basta mi fin para llorarme,
Muevaos á compasion el ver que muero
Por quien tuvo en su mano el remediarme.
Y al corazon del pecho mas sincero
En que el amor abrió mortal herida
Con dardo agudo de bruñido acero;
Á lo menos le dadá su medida
Sepulcro, noble, rico y suntuoso,

Á honra de la que en él está esculpida.
  Y por mas solo y menos deleytoso
Sea debaxo de un cipres copado
Que al viento forme un silvo temeroso.
  Ó sea entre duros riscos quebrantado
El rigor grave de mi adversa suerte,
Que hoy me hace morir desesperado.
  Zelos y quien no ha gustado vuestra muerte,
Ni el alma por los ojos ha perdido,
No es mucho que á entender mi mal no aciérte.
  Ó zelo que del mismo amor nacido
Es tu oficio abrasar vida y contento,
Y dexar el carbon mas encendido,
  Eres muerte y dolor del pensamiento,
Fiero verdugo de inmortal contienda
Donde del bien y el mal nace el tormento.
  Llévasme al fin por tan estrecha senda,
Que das imperfeccion en el cuidado
Donde apenas caber puede la enmienda.

LIRANIO.

  Quien no teme, y pastor, ser olvidado,
Quien no teme perder prenda divina
Poco la estima, y poco le ha costado.

GRACIDEO.

  Ya, Liranio, al siniestro lado inclina
Atlante el cielo, y sobre entrambos exes
Su carro de oro en la mitad camina.
  Razon es que tu canto y mi mal dexes
En las manos del sueño, y en tu choza
Á descansar de mi dolor te alexes.
  Que si en oirte el fresco campo goza
Una alegre y florida primavera,

Y entre sus flores el placer retoza,
En mí suena tu voz de otra manera,
Que lo que suele en otros ser contento,
Con eso quiere amor que pene y muera.

LIRANIO.

Ya va en las selvas refrescando el viento,
Calla, pastor, y en sueño sepultado
Desnuda el alma dese pensamiento.
Aquel hogar que ves amortiguado
Los pastores en torno dél dormidos,
Todo con la ceniza fria nevado,
No ha mucho que en sonoros estallidos
Arderle viste con la llama al cielo,
Mas que oro sus carbones encendidos.
Pasóse aquella furia y vino el yelo,
Vistió de blanco su dorada brasa,
Así pasan las cosas deste suelo.
De aquese fuego que tu pecho abrasa
Tambien presto verás la llama altiva
Deshecha en humo, y por el suelo rasa,
Que amor y el tiempo todo lo derriba.

CANCION.

Aguas claras y puras,
En cuyo limpio seno
Ví la beldad mayor, que el mundo encierra:
Florestas y frescuras,
Bosque de álamos lleno,
Morada de los Dioses de esta tierra;
Oid la nueva guerra
En que amor me ha metido:

Y vos, Ninfas divinas,
Que en aguas cristalinas
Gozais helado y transparente nido,
Salid fuera á escucharme
Mientras mi mal no acaba de matarme.

Si el rigor de mi suerte
Ya tiene difinido
Que en lágrimas de amor mi vida cabe;
Por premio de mi muerte
Seame concedido
Un don, que en mí la haga menos grave:
Si en la ventura cabe
De un vivir tan cansado,
Que el cuerpo frio y mudo,
De la vida desnudo,
Aquí entre flores quede sepultado,
Y en esta fuente pura
Alcance su holganza mas segura.

Que yo espero algun dia,
Segun amor me advierte,
Que vuelva por aquí Cintia gozosa;
Y la nueva alegría
De mi sabida muerte
La haga menos grave, y mas hermosa:
Y ya no rigurosa,
De un piadoso zelo
Y compasion llevada
Sobre mi tierra helada
Enjugará los ojos con su velo;
Y á ver esto cumplido
Quedará aquí mi espíritu escondido.

A la sombra olorosa

De aquel arbol sentada
Ninfa de aquesta fuente parecia:
Y una rama hermosa
De jazmines nevada
A dar sobre sus hombros descendia:
Y allí flores llovia
Qual nieve por la sierra,
Unas á los cabellos,
Que el sol es menos que ellos,
Iban otras al agua, otras á tierra;
Y ella entre tantas flores,
Por todas partes derramando amores.
  Yo viendo luz tan pura,
Suspenso y admirado
Bien creí que en el cielo me hallase,
Y con su hermosura
Entre flores echado
Sentí que amor el alma me robase:
Mas como se arrojase
Ya mi ganado al rio,
Fueme el perder forzoso
Rato tan deleytoso,
Y caminar sin mí tras mi cabrío:
Tal que al pasar el vado
A la orilla el zurron dexé olvidado.
  Mientras que las estrellas
Habitáran el cielo,
Y del sol tomára lumbre la luna;
Y mientras ella, y ellas
Enviarán al suelo
Los diversos sucesos de fortuna;
Sin que mudanza alguna

Deshaga esta memoria,
De mí será cantada
Beldad tan celebrada,
Y escrita en estos árboles su historia;
Porque en los ramos bellos
Crezcan sus loores como crecen ellos.
Cancion, si tanto de primor tuvieras
Como tienes de amor, yo me obligára
Que nadie por grosera te dexára.

POEMA

DE LA PINTURA.

POR PABLO DE CÉSPEDES. *

LIBRO I.

Mueve á la alma un deseo que la inclina
Á seguir desigual atrevimiento,
Ardor, que nos parece ser divina
Inspiracion, de pretendido intento:
Si el despierto vigor, donde se afina,
En mí avivase el fugitivo aliento,
Diria el artificio soberano
Sin par, dó llegar pudo estudio humano.

Quál principio conviene á la noble arte
Del dibuxo, que él solo representa
Con vivas líneas que redobla y parte
Quanto el ayre, la tierra y mar sustenta:
El concierto de músculos, y parte
Que á la invencion las fuerzas acrecienta:

* Cordobés: escultor, pintor, antiquario y poeta: fué Racionero en la Iglesia de Córdoba, nació en esta Ciudad en 1538, y murió allí en 1608. El poema presente no se ha conservado entero: solo han quedado estos fragmentos, que se imprimen aquí segun el órden que ultimamente les ha dado Don Juan Cean en su Diccionario.

El bello colorido, y los mejores
Modos con que florece y los colores,
Comenzaré de aquí. Pintor del mundo,
Que del confuso caos tenebroso
Sacaste en el primero y el segundo
Hasta el último dia del reposo
Á luz la faz alegre del profundo,
Y el celestial asiento luminoso
Con tanto resplandor y hermosura
De varia y perfectísima pintura;
Con que tan léjos del concierto humano
Se adorna el cielo de purpúreas tintas,
Y el translucido esmalte soberano,
Con inflamadas luces y distintas:
Muestras tu diestra y poderosa mano,
Quando con tanta maravilla pintas
Los grandes signos del etéreo claustro
De la parte del élice y del austro.
Al ufano pabon alas y falda
De oro bordaste y de matiz divino,
Do vive el rosicler y de la esmeralda
Reluce, y el zafiro alegre y fino:
Al fiero pardo la listada espalda,
La piel al tigre en modo peregrino;
Y la tierra amenísima, que esmalta
El lirio y rosa, el amaranto y calta.
Todo fiero animal por ti vestido
Va diverso en color del vario velo:
Todo volante género atrevido,
Que el ayre y niebla hiende en presto vuelo:
Los que cortan el mar, y el que tendido
Su cuerpo arrastra en el materno suelo:

De ti, mi inculto ingenio, enfermo y poco,
Fuerzas alcance: yo á ti solo invoco.
Un mundo en breve forma reducido, *
Propio retrato de la mente eterna,
Hizo Dios, que es el hombre, ya escogido
Morador de su regia sempiterna;
Y la aura simple de inmortal sentido
Inspiró dentro en la mansion interna,
Que la parte exterior avive, y mueva
Los miembros frios de la imagen nueva.
Vistiólo de una ropa que compuso
En extremo bien hecha y ajustada,
De un color hermosísimo, confuso,
Que entre blanco se muestre colorada.
Como si alguno entre azucenas puso
La rosa, en bella confusion mezclada,
Ó del indio marfil trasflora y pinta,
La limpia tez con la sidonia tinta.
Primero romperás lo menos duro. **
Deste arte, poco á poco conquistando:
Procura un órden, por el qual seguro
Por sus términos vayas caminando.
Comienza de un perfil sencillo y puro
Por los ojos y partes figurando
La faz; ni me desplugo deste modo
Un tiempo linear el cuerpo todo.
Un dia y otro dia, y el contino
Trabajo hace práctico y despierto,
Y despues que tendrás seguro el tino
Con el estilo firme y pulso cierto

* *Pintura del hombre.* ** *Método de aprender.*

No cures atajar luengo camino,
Ni por allí te engañe cerca el puerto:
Vedan que el deseado fin consigas
Pereza y confianzas enemigas.
Así la universal naturaleza
Quantos produce al esplendor del cielo
No primero los arma de firmeza,
Ni con osado pie huellan el suelo,
Que el sabor de la leche y la terneza
Funde y condense del corporeo velo,
Y como va creciendo el alimento
Refuerza con igual mantenimiento.
Hasta que ya crecida, llega al punto
Adulta edad, de mas perfecto estado:
El sustento dispone y dalo junto
Al cuerpo y al vigor acomodado.
No quieras adornar mas tu trasunto
De lo que conviniere al primer grado,
Que quanto mas en él te detuvieres,
Irás mas pronto al otro á que subieres.
Ya que la aura segunda de la suerte
Descubre en tu favor felice agüero,
No puede segun esto sucederte
Menos el resto que el sudor primero:
Porende con ahinco anteponerte
Pretende entre los otros delantero,
Llevando siempre, y vencerás, por guia
La libre obstinacion de tu porfia.
La elegancia y la suerte graciosa
Con que el diseño sube al sumo grado
No pienses descubrirla en otra cosa,
Aunque industria acrecientes y cuidado,

Que en aquella excelente obra espantosa,
Mayor de quantas se han jamas pintado,
Que hizo el Buonarota de su mano
Divina, en el Etrusco Vaticano. *
  Qual nuevo Prometeo, en alto vuelo
Alzándose, extendió las alas tanto,
Que puesto encima el estrellado cielo
Una parte alcanzó del fuego santo;
Con que tornando enriquecido al suelo,
Con nueva maravilla y nuevo espanto,
Dió vida con eternos resplandores
Á marmoles, á bronces, á colores.
  Era perpetua noche y sombra oscura
La ignorancia, que tanto ocupa y tiene,
Quando con llama relumbrante y pura
Esta luz clara se aparece y viene;
Vistióse de no vista hermosura
El siglo inculto y rudo, á quien conviene
Con título vencer debido y justo
La fortunada edad del grande Augusto.
  ¡Ó mas que mortal hombre, angel divino!
¿Ó qual te nombraré? No humano cierto
Es tu ser, que del cerco impíreo vino
Al estílo y pincel, vida y concierto.
Tú mostraste á los hombres el camino
Por mil edades escondido, incierto
De la reyna virtud: á ti se debe
Honra, que en cierto dia el sol renueve....
  Será entre todos el pincel primero **

* *El juicio universal de Miguel Angel.*
** *Instrumentos para pintar.*

En su cañon atado y recogido
Del blando pelo del silvestre vero
(El bélgico es mejor y en mas tenido):
Sedas el javalí cerdoso y fiero
Parejas ha de dar al mas credido:
Será grande ó mayor, segun que fuere
Formado á la ocasion que se ofreciere.
Un junco, que tendrá ligero y firme
Entre dos dedos la siniestra mano,
Dó el pulso incierto en el pintar se afirme,
Y el teñido pincel vacile en vano;
De aquellos que cargó de tierra-firme
Entre oro y perlas navegante ufano;
De évano ó de marfil asta que se entre
Por el cañon, hasta que el pelo encuentre.
Demas un tabloncillo relumbrante
Del árbol bello de la tierna pera,
Ó de aquel otro, que del triste amante
Imitáre el color en su madera:
Abierto por la parte de delante,
Dó salga el grueso dedo por defuera:
En él asentarás por sus tenores
La variedad y mezcla de colores.
Un pórfido quadrado, llano y liso,
Tal que en su tez te mires limpia y clara,
Donde podrás con no pequeño aviso
Trillarlos en sutil mistura y rara:
De tres piernas la máquina de aliso,
De una á otra poco mas que vara,
Las clavijas pondrás en sus encaxes,
Donde á tu mano el quadro alces ó baxes.
De mazizo nogal y sazonado

Derecha regla que el perfil requadra:
Tendrás tambien de acero bien labrado
(No faltará ocasion) la justa esquadra,
Y el compas del redondo fiel travado,
Á quien el propio nombre al justo quadra,
Que abriendose ó cerrando no se sienta
El salto donde el paso mas se aumenta.

Demas de esto un cuchillo acomodado
De sus pérfidos filos ya desnudo,
Que incorpore el color; y otro delgado
Que corte sin sentir fino y agudo
Los despojos del páxaro sagrado,
Cuya voz oportuna tanto pudo
De la tarpea roca en la defensa,
Quando tenerla el fiero Galo piensa.

Sea argentada concha, dó el tesoro
Creció del mar en el extremo seno,
La que guarde el carmin y guarde el oro,
El verde, el blanco y el azul sereno:
Un ancho vaso de metal sonoro
De frescas ondas trasparentes lleno,
Dó molidos á olio en blando frio
Del calor los defienda y del estío.

Una ampolla de vidrio cristalina,
Que el perfecto barniz guarde, distinta
De otra, dó se conserva, y dó se afina
Ólio, con que mas cómodo se pinta:
Con estas otra que á la par destina
Á la letra y dibuxo, oscura tinta,
De caparrosa hecha, agalla y goma
Con el licor que dá la fértil soma.

Tiene la eternidad ilustre asiento *
En este humor por siglos infinitos:
No en el oro, ó el bronce, ni ornamento
Pario, ni en los colores exquisitos:
La vaga fama con robusto aliento
En él esparce los canoros gritos,
Con que celebra las famosas lides
Desde la India á la Ciudad de Alcides.
¿Qué fuera (si bien fué segura estrella,
Y el hado en su favor constante y cierto)
Con la soberbia sepultura y bella
De las cenizas del esposo muerto
La magnánima reyna, si en aquella
Noche oscura de olvido y desconcierto
La tinta la dexára, y los loores
De versos y eruditos escritores?
Los soberbios alcázares alzados
En los latinos montes hasta el cielo,
Anfiteatros y arcos levantados
De poderosa mano y noble zelo,
Por tierra desparcidos y asolados,
Son polvo ya, que cubre el yermo suelo:
De su grandeza apenas la memoria
Vive, y el nombre de pasada gloria.
De Priamo infelice solo un dia
Deshizo el reyno tan temido y fuerte:
Crece la inculta yerba, dó crecia
La gran ciudad, gobierno y alta suerte:
Viene espantosa con igual porfia

* *Elogio de la tinta y su duracion.*

Á los hombres y mármoles la muerte:
Llega el fin postrimero, y el olvido
Cubre en oscuro seno quanto ha sido.

Humo envuelto en las nieblas, sombra vana
Somos, que aun no bien vista desparece:
Breve suma de números que allana
La parca, quando multiplica y crece:
Tirana suerte en condicion humana:
Que con nuestros despojos enriquece,
Deuda cierta nacemos y tributo
Al gran tesoro del hambriento Pluto.

Todo se anega en el Estigio lago:
Otro esquivo, nobleza, ilustres hechos;
El ancho imperio de la gran Cartago
Tuvo su fin con los soberbios techos:
Sus fuertes muros de espantoso estrago
Sepultados encierra en sí y deshechos
El espacioso puerto, donde suena
Ahora el mar en la desierta arena.

Espantoso su nombre fué, espantoso
El hierro agudo á la Ciudad de Marte:
Ella lo sabe, y Trasimeno undoso,
Que en su sangre hervió de parte aparte:
Caberna ahora del leon velloso,
Dó aspid sorda y cerasta se reparte,
Á dó no humano acento, mas bramidos
De fieras resonantes son oidos.

Vos sentisteis tambien menos amigos,
Los tristes hados con discurso extraño,
No tanto por los golpes enemigos,
Mas por vuestro valor último daño.
¡Ó Numancia! ¡Ó Sagunto! que testigos

Ahora sóis de humano desengaño:
Caisteis, mas quitó vuestra venganza
Al vencedor la palma y la esperanza.
¡Qué mucho si la edad hambrienta lleva
Las peñas enriscadas y subidas,
El fiero diente, y su crueza ceba
De piedras arrancadas y esparcidas!
Las altas torres con extraña prueba
Al tiempo rinden las eternas vidas:
Hiéndese y abre el duro lado en tanto
El marmol liso, el simulacro santo.
Del gran Señor la omnipotente mano,
Que las ruedas formó del ancho mundo,
Y quanto adorna el pavimento humano,
Y el mar, y quanto esconde en el profundo,
No vemos que refrena, ó va á la mano.
De la natura el gran poder segundo,
Pues todo quanto á luz sacar le place
Acaba, y con morir su curso hace.
¿Quántas obras la tierra avara esconde,
Que yá ceniza y polvo las contemplo?
¿Dónde el bronce labrado y oro? ¿Y dónde
Atrios y gradas del asirio templo,
Al qual de otro gran rey nunca responde
De alta memoria peregrino exemplo?
Solo el tesoro que el ingenio adquiere
Se libra del morir, ó se difiere.
No creo que otro fuese el sacro rio
Que al vencedor Aquiles, y ligero
Le hizo el cuerpo con fatal rocío
Impenetrable al homicida acero,
Que aquella trompa y sonoroso brio

Del claro verso del eterno Homero,
Que viviendo en la boca de la gente
Ataja de los siglos la corriente.
  Como se opuso con igual aliento
El verso grande de Maron divino,
Quando con paso audaz de ilustre intento
De la aurea eternidad halló el camino:
Puso en el trono del purpureo asiento
La noble tinta del poeta Andino
Al magnánimo Eneas, no el inico
Pasage, y la creciente de Numico.

LIBRO II.

Y aunque en la proporcion generalmente *,
De los antiguos muchos difirieron,
Una intento seguir, la mas corriente,
Que en las mayores obras eligieron:
Yo la ví, y observé en aquella fuente
De perenne saber, de dó salieron
Nobles memorias, de valiente mano
Que ornan la alta Tarpeya y Vaticano.
  Del alto de la frente, dó el cabello
Se comienza á espesar obscurecido,
Hasta donde adornado de su bello
El perfil de la barba es mas crecido,
Y dó mas baxo se avecina al cuello
En tres partes iguales dividido,
La medida será con que midieres
Grande ó pequeña imágen que hicieres....

* *Simetría del hombre.*

El estudio no menos, y el cuidado *
Que pusiste en humanas proporciones,
Á qualquier animal representado
Aplicarás por partes y razones:
Al corzo ligerísimo, al venado,
Pero en particular á los leones
Con fuerte garra, y con lanudas crines,
Y cierta ley de rigorosos fines.
El hermoso lebrél, el crudo alano,
Pintado ser de grande ornato hallo:
El javalí espumoso y el tigre hircano
Y otros en grande número, que callo:
Mas sobre todos ten siempre á la mano
El bizarro dibuxo del caballo,
Con que tanto enriquece la pintura
El aliento, caudal y hermosura.
Muchos hay que la fama ilustre y nombre **
Por estudio mas alto ennobleciera
Con obras famosísimas, do el hombre
Explica el artificio y la manera:
Solo el caballo les dará renombre
Y gloria en la presente y venidera
Edad, pasando del dibuxo esquivo
Á descubrirnos quanto muestra el vivo.
Que perezca en el ayre y movimiento
La generosa raza, dó ha venido,
Salga con altivez y atrevimiento,
Vivo en la vista, en la cerviz erguido:
Estribe firme el brazo en duro asiento

* *Simetría de los animales.*
** *Pintura del caballo.*

Con el pie resonante y atrevido,
Animoso, insolente, libre, ufano,
Sin temer el horror de estruendo vano.
  Brioso el alto cuello y enarcado
Con la cabeza descarnada y viva:
Llenas las cuencas; ancho y dilatado
El bello espacio de la frente altiva:
Breve el vientre rollizo, no pesado,
Ni caido de lados, y que aviva
Los ojos eminentes: las orejas
Altas sin derramarlas y parejas.
  Bulla hinchado el fervoroso pecho
Con los músculos fuertes y carnosos:
Hondo el canal, dividirá derecho
Los gruesos quartos limpios y hermosos
Llena la anca y crecida, largo el trecho
De la cola y cabellos desdeñosos:
Ancho el hueso del brazo y descarnado:
El casco negro, liso y acopado.
  Parezca que desdeña ser postrero,
Si acaso caminando, ignota puente
Se le opone al encuentro; y delantero
Preceda á todo el esquadron siguiente:
Seguro, osado, denodado y fiero,
No dude de arrojarse á la corriente
Rauda, que con las ondas retorcidas
Resuena en las riberas combatidas.
  Si de lejos al arma dió el aliento
Ronco la trompa militar de Marte,
De repente estremece un movimiento
Los miembros, sin parar en una parte:
Crece el resuello, y recogido el viento

Por la abierta nariz, ardiendo parte:
Arroja por el cuello levantado
El cerdoso cabello al diestro lado.

Tal las sueltas madejas extendias
De la fiera cerviz con fiero asalto,
Quando con los relinchos encendias
El ayre y blanca nieve á Pelio alto,
Las matas mas cerradas esparcías
Al vago viento igual de salto en salto,
En el encuentro de tu Ninfa bella,
Saturno volador, delante de ella.

Tal el gallardo Cylaro iba en suma,
Y los de Marte atroz iban, y tales,
Fuego espiraba la albicante espuma
De los sangrientos frenos y bozales:
Tal con el tremolar de libia pluma
Volaban por los campos desiguales
Con ánimos y pechos varoniles
Los del carro feroz del grande Aquiles.

Á los quales excede en hermosura
El cisne volador del señor mio,
Que la vitoria cierta se asegura
De otro qualquiera en gentileza y brio.
Va delante á la nieve helada y pura
En color, y en correr al Euro frio;
Y á quantos en su verso culto admira
La ronca voz de la Pelasga lira.

Salve, gran madre, á quien dichoso parto
Digno engrandece de corona y cetro,
Cuyo esplendor se extiende y crece, harto
Mas vivo y puro que el diurno Electro:
Rendido el Persa, el Agareno y Partho

Á su valor con sonoroso plectro,
Si el cielo tiene aún quien venza y quiebre
De Smirna y Roma el presumir celebre.

Quales en torno al carro levantado
De uncidos ferocísimos leones
Van al abrigo del materno lado
De estrellas los ardientes esquadrones:
No menor gozo tienta el pecho amado
Ver tú salir de ti tales varones,
Cuya virtud, qual el celeste fuego
Reluce, y mas el gran Marques de Priego.

Éste, por quien de gloria coronada
Viste de eterno honor mil ornamentos
Córdoba, de laureles adornada,
Y de palmas sus altos fundamentos:
Luz de su ilustre patria levantada
Encima á qualesquier merecimientos;
Y es bien razon que en serlo della sea
De quanto alumbra el sol, y el mar rodea.

Y si tú, grave cítara, pretendes
Seguir este subido heroyco intento,
Y el valor celebrar, ¿dónde te enciendes
Tanto, y alzar tu voz al claro asiento?
No consienten tus fuerzas lo que emprendes,
Que pocas son, y el ya cansado aliento:
Vuelve, vuelve, y conoce la carrera,
Que ya tomaste, á proseguir primera.

Si enseñarte pudiese los concetos *
Escritos, y la voz presente y viva,
Los primores abriera, y los secretos

* Perspectiva y escorzo.

Que encierra en sí la docta perspectiva:
Como extendidos por el ayre y reros
Los rayos salen de la vista esquiva,
Como al término llegan de su intento,
Dó paran, como en basa y fundamento.
  Osaré confesar que alguna parte
El contino trabajo alcanzar puede,
Por gastar largo tiempo en aquesta arte,
Y la esperanza audaz, que al fin sucede:
De mirar donde acaba y donde parte
El corte de las líneas; y dó quede
Señalado el escorzo, con certeza,
En breve forma, y con mayor belleza.
  Acórtase por esto, y se retira
El perfil, que á los miembros ciñe y parte,
Asimismo escondiendose á la mira,
Y desmiente á la vista una gran parte:
Donde una gracia se descubre y mira
Tan alta, que parece, que allí el arte,
Ó no alcanza de corta, ó se adelanta
Sobre todo artificio, ó se levanta.
  Esto llaman escorzo introducido,
Que en la habla comun se entienda y nombre,
De tierras extrangeras conducido,
Traxo con la arte misma el mismo nombre:
Hora pues, ni el trabajo conocido
Tal vez te haga acobardar ni asombre,
Ni la dificultad severa pueda
Romperte el paso á la sublime rueda.
  ¿Qué diré de la tabla que desvía
El fulminante brazo y los colores?
Vivo parece, y viva fuerza envia

El golpe entre fingidos resplandores,
Al qual se rindió la Asia, y la porfia
De los Parthos huyendo vencedores;
Y la pintura tan subida, y nueva,
Que con relinchos su caballo aprueba.
  Bien hay donde extender la blanda vela
Por ancho campo, donde el fin no es cierto,
Y traer mil precetos que la escuela
Tuvo de los antiguos y concierto;
Mas mientras la intencion mas se desvela
Mas cerca pide el deseado puerto:
Con todo descubrir el fin se debe
Del camino mas facil y mas breve.
  Y para mayor luz sabrás, que hay una *
Industria, con que muchos han obrado,
Y acudiendo el favor de la fortuna,
Y el suceso al estudio y al cuidado,
Sus pinturas ilustres una á una
Las colocaron en tan alto grado,
Tan firmes, que la fuerza no ha podido
Del tiempo obscurecerlas, ni el olvido.
  Harás de quatro listas bien labradas,
Que entre sí puedan encajarse, un quadro,
Y por iguales trechos señaladas
Á la redonda sean del requadro:
De señal á señal atravesadas
Vayan las hebras á encontrarse en quadro;
Qual el vario axedrez suele mostrarse,
Y de ébano y marfil diferenciarse.
  Podrás, como quisieres, la figura

* *Quadricula.*

En tabla ó en papel representarla,
En la qual se descubra en la escultura
Un movimiento vivo en que mirarla:
De suerte la acomoda en la postura;
Que habrás despues con tintas de pintarla,
Si aspira el noble pecho á la alta gloria,
Que da de siglo en siglo la memoria.
El ya dicho instrumento en medio puesto
De esta figura, y de tu opuesta vista
La membrana ó papel tendrás dispuesto,
Dó tu dibuxo con razon consista:
Un trazo suba por derecho enhiesto,
Y corra por traves la ciega lista
Con otros tantos quadros y señales,
Todas al justo, ó todas desiguales.
Y luego mirarás por donde pasa
Cierto el contorno de la bella idea,
De rincon en rincon, de casa en casa
De aquella red que contrapuesta sea:
Á tus quadrados los perfiles casa
Con oscura ematite *, dó se vea
El escorzo tan justo con efeto,
Igual en todo al imitado objeto.
Y pues ya sale y resplandece y dora **
Con belleza de luz del nuevo dia,
El cielo oscuro, la florida aurora,
Y alza la faz rosada á la aura fria;
Á vos llamo, y á vos convoco ahora,
Ilustre y animosa compañía,
Que conmigo entendido aquella parte

* *Lapiz negro.* ** *Colorido.*

Habeis de los principios de aquesta arte:
¿Mas qué me canso de pintar, si al vivo
Desfallece el matiz y apenas llega?
¿Si con humilde ingenio lo que escribo
Mal el verso declara, ó mal despliega?
Del natural pretende alto motivo
Seguir, que á solo estudio no se entrega;
Del natural recoge los despojos
De lo que pueden alcanzar tus ojos.
Busca en el natural, y (si supieres
Buscarlo) hallarás quanto buscares:
No te canse mirarlo, y lo que vieres
Conserva en los diseños que sacares.
En la honrosa ocasion y menesteres
Te alegrará el provecho que hallares;
Y con vivos colóres resucita
El vivo que el pincel y é ingenio imita.
No me atrevo á decir, ni me prometo
Todas las bellas partes requeridas
Hallarse de contino en un sugeto,
Todas veces sin falta recogidas;
Aunque las cria sin ningun defeto
(Á todas en belleza preferidas)
Naturaleza, tú entresaca el modo,
Y de partes perfetas haz un todo.
En el silencio oscuro su belleza, *
Desnuda de afeytadas fantasías,
Le descubre el pintor naturaleza
Por tantos modos y por tantas vias,
Para que la arte atienda á su lindeza

* *Imágenes de la fantasía.*

Con nuevo ardor, quando en las cumbres frias
La luna enviste blanca, y en cabello
Al pastorcillo desdeñoso y bello.
  Las frescas espeluncas ascondidas
De arboredos silvestres y sombríos,
Los sacros bosques, selvas estendidas
Entre corrientes de cerúleos rios,
Vivos lagos y perlas esparcidas,
Entre esmeraldas y jacintos frios
Contemple, y la memoria entretenida
De varias cosas quede enriquecida.
  Si dispusiese el soberano cielo, *
Cuyo imperio corrige y ley gobierna
Quanto á luz manifiesta el ancho suelo,
Y el estado mortal siguiendo alterna,
Que despues que dé vuelta el leve vuelo
Del tiempo, que consume y desgobierna
Quanto produce y cria el universo,
Viviese la memoria de mi verso:
  Será quizá que entre otros desvaríos
En que dan los que aquesta humana senda
Huellan, mirase los preceptos mios
Uno que alzarse á la virtud pretenda;
Y añadiendo al cuidado nuevos brios
Levantar á su antiguo honor emprenda
Esta arte ya perdída y desechada,
Sin honra en el olvido sepultada.
  ¿Cómo? ¿No puede ser? Un tiempo estuvo
(Y pasaron mil años) ascondida,
En tanto que la niebla escura tuvo

* *Conclusion.*

De la ignorancia la virtud sin vida,
Hasta que aventajadamente hubo
Quien la ensalzó dó ahora está subida;
Mas (como todas cosas) nunca puede
Firmarse donde permanezca y quede.
No asienta en nada el pie, ni permanece
Cosa jamas criada en un estado:
Este hermoso sol que resplandece,
Y el coro de los astros levantado,
El vago ayre y sonante, y quanto crece
En la tierra y el mar de grado en grado
Mueven como ellos, cambian vez y asientos,
Y revuelven los grandes elementos.

POESÍAS

DE VARIOS AUTORES.

CANCION

De Don Diego de Mendoza. *

Ya el sol revuelve con dorado freno
Los ligeros caballos nuestra via,
Acabando la mas corta carrera:
Ya calienta, ya dá nueva alegría
De la estrella mas fria el tibio seno:
Ya las nubes esparce por defuera:
Ya parte mas afuera
Del cielo, y apartada
Ve la luz demasiada:
Yo cautivo que muero, quiere amor
Que de mí huya el claro resplandor;
Y que siempre le siga como loco,
Teniendo al sol en poco,
Y que muriendo busque mi dolor.
La ira del cruel y duro invierno
Huye so tierra, y los rabiosos vientos

* Nació en Granada por los años de 1500, y murió en Valladolid en 1575. Mas que por sus poesías es conocido por su *Historia de la Rebelion de los Moriscos de Granada.*

No suenan ya por bosque ni montaña:
El cielo dá los dias ya contentos,
Ya muestra la montaña el rostro tierno,
Ya sale á retozar por la campaña
La sabrosa compaña
Del viento delicado.
Yo ausente y olvidado
No mengua mi tristeza y desconsuelo;
Antes rompo las peñas con mi duelo,
Y los montes de duelo suspirando;
Mas poco cura el cielo
Que viva el triste desamado amando.
La verde yerba coronando viene
De varias flores la pintada tierra,
Que al estrellado cielo se parece:
Los tiernos ramos no tienen mas guerra
Con el soberbio viento, ni conviene
Temor del duro yelo que entorpece:
Ya ninguna perece
De las espesas hojas:
Y tú, fortuna, arrojas
Tanto dolor en mí, tanta agonía
Quanto ellos hora tienen de alegría,
Cada cosa en su tiempo fin alcanza:
Y en la tristeza mia
No hay tiempo que remedie mi esperanza.
En el mar sosegado al manso viento
Tiende la vela alegre el marinero,
Seguro ya de la cruel tormenta;
En alta popa con navío ligero
Corta agua espumosa y va contento,
Sin tener con las ciegas nubes cuenta;

Ni espera mas afrenta:
Y en mi vida importuna
Qualquier tiempo es fortuna;
Siempre me veo cubierto de cuidados
Que en lágrimas quebrantan sus nublados.
¡Ó enemiga fortuna! ¡ó cruda suerte!
No son unos pasados,
Quando me llegan otros á la muerte.
El pastor amoroso embebecido
En la cumbre del monte está cantando,
Ó en la fresca arboleda y verde prado,
Y con sabrosa flauta remedando
La viva voz, ó ya el dulce sonido
Del agua clara y viento delicado,
Presente su ganado
Que escucha sus querellas:
Yo triste que con ellas
Vivo solo en lugar adonde oidas
No pueden ser de nadie, ni sentidas,
Paso mi vida en doloroso llanto;
Y si hubiese mil vidas
Todas las pasaria en otro tanto.
Bien sabes tú, cancion, qué primavera,
Qué sol es el que espera
Mi alma en esta ausencia:
Qué males en presencia
Me pueden dar mas conocido daño,
Y en tanta soledad aborrecer,
Huyendo como extraño
Todo aquello que á todos da placer.

Del mismo autor.

LETRILLA.

Esta es la justicia
Que mandan hacer
Al que por amores
Se quiso prender.
Engañó al mezquino
Mucha hermosura,
Faltó la ventura,
Sobró el desatino.
Errado el camino
No pudo volver,
El que por amores
Se quiso prender.
Mandenle escribir
Aunque no contente,
Y si se arrepiente
Que no ha de huir.
Que quiera morir,
Y no pueda ser:
Que esta es la justicia
Que mandan hacer
Al que por amores
Se dexó prender.
Entró simple y ciego,
Mas no sin razon,
Hízose aficion
De lo que era juego.
Él encendió el fuego

En que habia de arder,
Quando por amores
Se quiso prender.
Sufra disfavores
Hechos por antojo,
Háganse del ojo
Sus competidores;
Y los miradores
Échenlo de ver;
Que esta es la justicia
Que mandan hacer
Al que por amores
Se quiso prender.
Si acaso algun dia
Habla con su dama,
Mire ella al que ama,
Y con él se ria.
De envidia y porfia
Se ha de mantener
El que por amores
Se quiso prender.
Diga su cuidado,
No sea creido,
Antes que sea oido
Sea condenado:
Quiera ser mirado,
No le quieran ver
Al que por amores
Se dexó prender.

DE FRANCISCO DE FIGUEROA *

EGLOGA.

TIRSI.

Tirsi, pastor del mas famoso rio
Que da tributo al Tajo, en la ribera
Del glorioso Sebeto, á Dafne amaba,
Con ardor tal, que fué mil veces visto
Tendido en tierra en doloroso llanto
Pasar la noche; y al nacer del dia,
Como suelen tornar otros del sueño
Al exercicio usado, así del llanto
Tornar al llanto, y de una en otra pena
Rompiendo el ayre en semejantes voces.
Fiero dolor, que del profundo pecho
De este tu propio antiguo usado nido
Sacas tan abundante y larga vena,
Afloja un poco; ¡ó dolor fiero! afloja,
Fiero dolor, un poco, y de las lágrimas
Que en mis ojos cuajadas hacen turbia
Mi débil vista, alguna parte enxuga,
Porque con este hierro, que algun dia
Ha de dar fin á mi cansada vida

* Natural de Alcalá de Henares: floreció despues de mediado el siglo 16.

En este tronco escriba mis querellas:
Dó por ventura la engañosa Dafne
Tornando de la caza calurosa
Y sedienta á buscar ó sombra ó agua,
Vuelva acaso los ojos y los lea:
Ó si esto no, serán piadoso exemplo
A amorosos pastores.... Dafne ingrata,
Que mientras vas con sol nuevo alegre
Del espacioso mar las bravas ondas
Que crecen con mis lágrimas mirando,
Ó en jardin deleytoso, al manso viento,
De cuidados de amor libre paseas;
Tú Tirsi, ¡ay Dios! tú Tirsi un tiempo, yace
Solo con su dolor en esta selva:
Que ya ni el verde prado, ó fresca sombra,
Ni olor suave de diversas flores,
Ni dulce murmurar de clara fuente
Le es dulce ó clara sino el llanto solo.
¡Quántos pastores, quántas pastorcitas
Amorosas oyendo mis gemidos
Conmigo consolándome han llorado!
¡Qué me dixo una vez la blanca Alcea
Movida á compasion! ¡qué dixo Clori,
La rubia Clori, amor de mil pastores!
Que quando yo cantando, ella vencida
Del amor que me tiene entre estas ramas
Escondida, tu nombre oyó en mis versos,
Dixo: ¡ay amargas voces, quán impresas
Os tiene el corazon! Hermoso Tirsi,
De tus riberas no pequeña gloria,
¿Quál estrella cruel, quál fiera saña
Te mueve contra ti! tú mismo buscas

Tu presto fin en tus mas tiernos años.....
¿No te vi, Tirsi, yo, ¡ah qué bien debo
Acordarme del dia! en las solemnes
Bodas de Alcipe estar, qual prado en Mayo
De guirnaldas ganadas en mil pruebas
Cercado en derredor, ufano y ledo?
¿Qué tienes ya de aquel, de aquel que pudo
Á mí misma robarme? ¿á dónde es ida
Tu gracia? ¿á dónde la color del rostro?
¿Á dónde está la fuerza de tus ojos
Amorosos ó ayrados? ¿quién te tiene
Parado tal, que si tu imágen viva,
Desde aquel para mí cuitado dia,
Esculpida en mi pecho no estuviera,
Te conociera apenas? Mira, Tirsi,
Mira, cruél, que el justo amor debido
A tu Clori, tan mal en Dafne empleas.
Mas así vá, son estos los misterios
De la diosa cruel, Reyna de Cipro,
Que desiguales ánimas y formas
Se deleyta enlazar con crudo yugo.
Alcipe ama á Damon: Damon á Clori:
Arde Clori por Tirsi: Tirsi ingrato
Por Dafne: Dafne está entregada á Glauco:
En Glauco no hay amor...... apenas pude
Escuchar hasta aquí, que ayrado en vista,
Y muy mas dentro el corazon, la dixe:
Huye, huye de mí, malvada Clori,
No me fatigues mas con falsas nuevas.
Ella se fué, mas levantó primero
Los ojos lagrimosos hácia el cielo,
Y no sé si pidió de mí venganza.

Pero bien se la doy: desde aquella hora
Imaginando estoy el cómo sea
Que por amar á Glauco, á Tirsi olvides.
De secreta virtud pequeña yerba,
No nace planta en este prado ó valle,
De quien no tenga yo cierta noticia,
Y la sepa apropiar á sus efetos.
¿Quando nació jamás por aquí en torno
Contienda pastoril, que yo no fuese
Elegido júez por ambas partes?
¿Quándo en fiesta quedé sin algun premio?
Testigos son esta zampoña y vaso,
Y ese collar que cuelga de tus pechos.
Pues si versos se precian, ya te dieron
Otro tiempo loór mis dulces versos.
¿Mis ovejas que van presas del lobo,
No te dieron un tiempo de sus partos?
¿No te dieron mis huertos fruta y flores?
¿Por qué me ha de vencer, pastor ageno,
Y si no vil, que yo menos famoso?
¿En qué me excede Glauco? ¡Ah Dafne ingrata,
Ah Dafne desleal, perjura Dafne!
¿Por qué quiero esperar que venga á pasos
Perezosos la muerte? aunque está cerca,
Yo quiero apresurarla. En esto prueba
Á levantarse; pero no sostienen
Los pies débiles carga tán pesada.
Torna á caer, y con dolor de verse
Estorbar el morir, corre á la muerte
Perdiendo los espíritus vitales.
Mas presto torna á su pesar la vida,
Y torna juntamente el llanto amargo.

DE JORGE DE MONTEMAYOR. *

CANCION.

Ojos, que ya no veis quien os miraba
Quando érades espejo en que él se via,
¿Qué cosa podeis ver que os dé contento?
Prado florido y verde do algun dia
Por el mi dulce amigo yo esperaba,
Llorad conmigo el grave mal que siento.
Aquí me declaró su pensamiento;
Oile yo cuitada,
Mas que serpiente ayrada,
Llamándole mil veces atrevido:
Y el triste allí rendido,
Parece que es ahora y que le veo,
Y aun ese es mi deseo.
¡Ay si ahora le viese, ay tiempo bueno!
Ribera umbrosa, ¿qué es de mi Sireno?
Aquella es la ribera, éste es el prado,
De allí parece el soto, el valle umbroso,
Que yo con mi rebaño repastaba;
Veis el arroyo dulce y sonoroso
Dó pacia la siesta mi ganado,

* Portugués: natural de Montemor: floreció á mediados del siglo 16: fué el que con su *Diana* introduxo el gusto de las novelas pastorales.

Quando mi dulce amigo aquí moraba:
Debaxo de aquella aya verde estaba,
Y veis allí el otero,
Á dó le ví primero,
Y dó me vió: dichoso fué aquel dia
Si la desdicha mia
Un tiempo tan dichoso no acabára.
¡Ó aya! ¡ó fuente clara!
Todo está aquí; mas no por quien yo peno,
Ribera umbrosa, ¿qué es de mi Sireno?
  Aquí tengo un retrato que me engaña,
Pues veo á mi pastor, quando lo veo,
Aunque en mi alma está mejor sacado:
Quando de velle llega el gran deseo,
De quien el tiempo luego desengaña,
Á aquella fuente voy que está en el prado.
Arrimomele al sauce, y á su lado
Me siento ¡ay amor ciego!
Al agua miro luego,
Y veo á él, y á mí como le via
Quando él aquí vivia:
Esta invencion un rato me sustenta,
Despues caygo en la cuenta,
Y dice el corazon, de ansias lleno,
¿Ribera umbrosa, qué es de mi Sireno?
  Otras veces le hablo, y no responde,
Y pienso que de mí se está vengando,
Porque algun tiempo no le respondia:
Mas digole yo triste, así llorando:
Hablad, Sireno, pues estais adonde
Jamás imaginó mi fantasía.
No veis, decí, que estais en la alma mia?

Y él todavía callado,
Y estarse allí á mi lado,
En mi seso le ruego que me hable,
¡Qué engaño tan notable,
Pedir á una pintura lengua ó seso!
¡Ay tiempo, en que en un peso
Estaba mi alma, y en poder ageno!
¿Ribera umbrosa, qué es de mi Sireno?
No puedo jamás ir con mi ganado
Quando se pone el sol en nuestra aldea,
Ni desde allí venir á la majada,
Sino por donde, aunque no quiera, vea
La choza de mi bien tan deseado,
Ya toda por el suelo derribada.
Allí me siento un poco descuidada
De ovejas y corderos,
Hasta que los vaqueros
Me dan voces diciendo: ¡ola pastora!
¿En quién piensas ahora?
Y el ganado paciendo por los trigos:
Mis ojos son testigos
Por quien la yerba crece al valle ameno,
¿Ribera umbrosa, qué es de mi Sireno?
Razon fuera, Sireno, que hicieras
Á tu opinion mas fuerza en la partida,
Pues que sin ella te entregué la mia:
¿Mas yo de quién me quejo ya, perdida?
¿Pudiera alguno hacer que no partiera
Si el hado ó la fortuna lo queria?
No fué la culpa tuya, ni podria
Creer que tú hicieses
Cosa con que ofendieses

Á este amor tan llano y tan sencillo;
Ni quiero presumillo,
Aunque haya muchas muestras y señales:
Los hados desiguales
Me han anublado un cielo muy sereno:
¿Ribera umbrosa, qué es de mi, Sireno?
 Cancion, mira que vayas donde digo:
Mas quédate conmigo,
Que puede ser te lleve la fortuna
Á parte dó te llamen importuna.

DE GIL POLO. *

CANCIONES PASTORILES.

I.

En el campo venturoso
Donde con clara corriente
Guadalaviar hermoso,
Dexando el suelo abundoso
Da tributo al mar potente;
 Galatea desdeñosa
Del dolor que á Licio daña,
Iba alegre y bulliciosa
Por la ribera arenosa
Que el mar con sus ondas baña.

* Valenciano: Autor de *La Diana enamorada*: floreció despues de mediado el siglo 16.

Entre la arena cogiendo
Conchas y piedras pintadas,
Muchos cantares diciendo
Con el son del ronco estruendo
De las ondas alteradas:
Junto al agua se ponia,
Y las ondas aguardaba,
Y en verlas llegar huia;
Pero á veces no podia,
Y el blanco pie se mojaba.
Licio, al qual en sufrimiento
Amador ninguno iguala,
Suspendió allí su tormento
Mientras miraba el contento
De su pulida zagala.
Mas cotejando su mal
Con el gozo que ella habia,
El fatigado zagal
Con voz amarga y mortal
De esta manera decia:
Ninfa hermosa, no te vea
Jugar con el mar horrendo,
Y aunque mas placer te sea
Huye del mar, Galatea,
Como estás de Licio huyendo.
Dexa ahora de jugar,
Que me es dolor importuno,
No me hagas mas penar,
Que en verte cerca del mar
Tengo zelos de Neptuno.
Causa mi triste cuidado,
Que á mi pensamiento crea,

Porque ya está averiguado,
Que si no es tu enamorado,
Lo será quando te vea.
Y está cierto; porque amor
Sabe desde que me hirió,
Que para pena mayor
Me falta un competidor
Mas poderoso que yo.
Dexa la seca ribera,
Do está el alga infructuosa,
Guarda que no salga afuera
Alguna marina fiera
Enroscada y escamosa.
Huye ya, y mira que siento
Por ti dolores sobrados,
Porque con doble tormento
Zelos me da tu contento
Y tu peligro cuidados.
En verte regocijada
Zelos me hacen acordar
De Europa, Ninfa preciada,
Del Toro blanco engañada
En la ribera del mar.
Y el ordinario cuidado
Hace que piense contino
De aquel desdeñoso Alnado,
Orilla el mar arrastrado,
Visto aquel monstruo marino.
Mas no veo en ti temor
De congoja y pena tanta,
Que bien sé por mi dolor
Que á quien no teme al amor

Ningun peligro le espanta.
  Guarte pues de un gran cuidado,
Que el vengativo Cupido
Viendose menospreciado,
Lo que no hace de grado,
Suele hacerlo de ofendido.
  Ven conmigo al bosque ameno,
Y al apacible sombrío
De olorosas flores lleno,
Do en el dia mas sereno
No es enojoso el Estío.
  Si el agua te es placentera,
Hay allí fuente tan bella,
Que para ser la primera
Entre todas, solo espera
Que tú te laves en ella.
  En aqueste raso suelo
Á guardar tu hermosa cara
No basta sombrero ó velo,
Que estando al abierto cielo,
El Sol morena te para.
  No escuchas dulces concentos
Sino el espantoso estruendo
Con que los bravosos vientos
Con soberbios movimientos
Van las aguas revolviendo.
  Y tras la fortuna fiera
Son las vistas mas suaves
Ver llegar á la ribera
La destrozada madera
De las anegadas naves.
  Ven á la dulce floresta,

Do natura no fuese escasa,
Donde haciendo alegre fiesta
La mas calorosa siesta
Con mas deleyte se pasa.
  Huye los soberbios mares;
Ven verás como cantamos
Tan deleytosos cantares,
Que los mas duros pesares
Suspendemos y engañamos;
  Y aunque quien pasa dolores,
Amor la fuerza á cantarlos,
Yo haré que los pastores
No digan cantos de amores,
Porque huelgues de escucharlos.
  Allí, por bosques y prados,
Podrás leer todas horas,
En mil robles señalados
Los nombres mas celebrados
De las Ninfas y pastoras.
  Mas seráte cosa triste
Ver tu nombre allí pintado,
En saber que escrita fuiste
Por el que siempre tuviste
De tu memoria borrado.
  Y aunque mucho estés ayrada,
No creo yo que te asombre
Tanto el verte allí pintada,
Como el ver que eres amada
Del que allí escribió tu nombre.
  No ser querida y amar,
Fuera triste deplacer,
¿ Mas qué tormento ó pesar

Te puede, Ninfa, causar
Ser querida y no querer?
Mas desprecia quanto quieras
Á tu pastor, Galatea:
Solo que en estas riberas
Cerca de las ondas fieras
Con mis ojos no te vea.
¿Qué pensamiento mejor
Orilla el mar puede hallarse
Que escuchar el ruiseñor,
Coger la olorosa flor,
Y en clara fuente lavarse?
Pluguiera á Dios que gozáras
De nuestro campo y ribera,
Y porque mas lo preciáras,
Óxala tú lo probáras,
Antes que yo lo dixera.
Porque quanto alabo aquí
De su crédito lo quito,
Pues el contentarme á mí
Bastára, para que á ti
No te venga en apetito.
Licio mucho mas le hablára,
Y tenia mas que hablalle,
Si ella no se lo estorbára,
Que con desdeñosa cara
Al triste dice que calle.
Volvió á sus juegos la fiera
Ya sus llantos el pastor,
Y de la misma manera
Ella queda en la ribera,
Y él en su mismo dolor.

CANCION II.

Quando con mil colores divisado
Viene el verano en el ameno suelo,
El campo hermoso está, sereno el cielo,
Rico el pastor, y próspero el ganado:
Filomena por árboles floridos
Dá sus gemidos,
Hay fuentes bellas
Y en torno de ellas
Cantos suaves
De Ninfas y aves;
Mas si Elvinia de allí sus ojos parte,
Habrá contino invierno en toda parte.
Quando el helado cierzo de hermosura
Despoja yerbas, árboles y flores,
El canto dexan ya los ruiseñores,
Y queda el yermo campo sin verdura.
Mil horas son mas largas que los dias
Las noches frias.
Espesa niebla
Con la tiniebla
Oscura y triste
El ayre viste;
Mas salga Elvinia al campo, y por do quiera
Renovará la alegre primavera,
Si alguna vez envia el cielo ayrado
El temeroso rayo ó bravo trueno,
Está el pastor de todo amparo ageno,
Triste, medroso, atónito y turbado:
Y si granizo ó dura piedra arroja,

La fruta y hoja
Gasta y destruye,
El pastor huye
Á paso largo
Triste y amargo;
Mas salga Elvinia al campo, y su belleza
Desterrará el rezelo y su tristeza,
 Y si acaso tañiendo estó ó cantando,
Á sombra de olmos ó altos valladares,
Y está con dulce acento á mis cantares
La mirla y la calandria replicando;
Quando suave espira el fresco viento,
Quando el contento
Mas soberano
Me tiene ufano
Libre de miedo
Lozano y lido;
Si asoma Elvinia ayrada, así me espanto
Que el rayo ardiente no me aterra tanto.
 Si Delia en perseguir silvestres fieras,
Con muy castos cuidados ocupada
Va de su hermosa esquadra acompañada
Buscando sotos, campos y riberas,
Napeas y Hamadríadas hermosas
Con frescas rosas
La van delante,
Está triunfante
Con lo que tiene:
Pero si viene
Al bosque donde caza Elvinia mia,
Parecerá menor su lozanía.
 Y quando aquellos miembros delicados

Se lavan en la fuente esclarecida,
Si allí Cintia estuviera, de corrida
Los ojos abajára avergonzados:
Porque en la agua de aquella transparente
Y clara fuente,
El marmol fino
Y peregrino
Con beldad rara
Se figurára,
Y al atrevido Acteon si la viera,
No en ciervo; pero en marmol convirtiera.
Cancion, quiero mil veces replicarte
En toda parte,
Por ver si el canto
Amansa un tanto
Mi clara estrella
Tan cruda y bella;
¡Dichoso yo si tal ventura hubiese,
Que Elvinia se ablandase, ó yo muriese.

DE PEDRO DE ESPINOSA. *

IDILIO.

Fábula del Genil.

Tambien entre las ondas fuego enciendes,
Amor, como en la esfera de tu fuego,

* Natural de Antequera: murió en 1650. Fué el que recogió varias poesías de su tiempo con el título de *Flores de poetas ilustres.*

Y á los Dioses de escarcha tambien prendes,
Como á Vulcano con lascivo juego:
Del sacro Olimpo á Júpiter desciendes,
Y á Febo dexas (sin su lumbre) ciego,
Y á Marte pones con infame prueba,
Que de tu madre las palabras beba.
El claro Dios Genil sintió tus lazos,
Que á la Náyade Cínaris adora;
Ella le hace el corazon pedazos,
Y él crece con las lágrimas que llora:
Corta las aguas con los blancos brazos
La Ninfa, que con otras Ninfas mora
Debaxo de las aguas cristalinas
En aposentos de esmeraldas finas.
El despreciado Dios, su dulce amante
Con las Náyades vido estar bordando,
Y por enternecer aquel diamante,
Sobre un pescado azul llegó cantando:
De una concha una cítara sonante
Con destrísimos dedos va tocando:
Paró el agua á su queja, y por oilla
Los sauces se inclinaron á la orilla.
Vosotras, que mirais mi fuego ardiente,
Sereis (dice) testigos de mi pena,
Y del rigor y término inclemente
De la que está de gracia y desden llena:
Neptuno fué mi abuelo, y de una fuente,
Que es de una sierra de cristales vena,
Soy Dios, y con mis ondas fuera Tetis,
Si no atajára mi camino el Betis.
Vestida está mi margen de espadaña,
Y de viciosos apios y mastranto,

Y el agua clara, como el ambar, baña
Troncos de mirtos y de lauro santo:
No hay en mi margen silvadora caña,
Ni adelfa, mas violetas y amaranto,
De donde llevan flores en las faldas,
Para hacer las Hénides guirnaldas.

Hay blandos lirios, verdes mirabeles,
Y azules guarnecidos alelíes;
Y allí las clavellinas y claveles
Parecen sementera de rubíes:
Hay ricas alcatifas, y alquiceles
Roxos, blancos, gualdados y turquíes,
Y derraman las auras con su aliento
Ambares y azahares por el viento.

Yo; quando salgo de mis grutas hondas
Estoy de frescos palios cobijado,
Y entre nácares crespos de redondas
Perlas mi margen veo estar honrado:
El sol no tibia mis cerúleas ondas,
Ni las enturbia el valador ganado;
Ni á las Napéas, que en mi orilla cantan
Los pintados lagartos las espantan.

Allí del olmo abrazan ramo y cepa
Con pámpanos arpados los sarmientos,
Falta lugar por donde el rayo quepa
Del sol, y soplan los delgados vientos:
Por flexîbles tarayes sube y trepa
La inexplicable yedra, y los contentos
Ruiseñores trinando, allí no hay selva,
Que en mi alabanza á responder no vuelva.

¿Mas qué aprovecha, ó lumbre de mis ojos,
Que conozcas mis padres y riqueza,

Si despreciando todos mis despojos,
Te contentas con sola tu belleza?
Dixo, y la Ninfa de matices roxos
Cubrió el marfil, y vuelta la cabeza
Con desden, da á entender que el Dios la enoja;
Y arroja el bastidor, y el oro arroja.
Quedó elevado así, como se encanta
El que escuchó la voz de la sirena:
Helósele su voz en la garganta,
Como cercado de engañosa hiena:
No tanto á vírgen temerosa espanta
Serpiente negra, que pisó en la arena,
Ni al yerto labrador en noche triste
Rayo veloz, que de temor le embiste.
En sí volvió del ya pasado espanto,
Quando quiso el contrario del contento,
Y halló que ya las aguas de su llanto
Le llevaban nadando el instrumento:
La libertada cólera entre tanto
Le obligó á que dixese, y el tormento:
¡Ó tú, hija de montes y de fieras!
Por fuerza has de quererme, aunque no quieras.
Dixo así, y codicioso del trofeo,
Al alcazar del viejo Betis parte,
Cuyo artificio atras dexa el deseo,
Que á la materia sobrepuja el arte:
No da tributo Betis á Neréo;
Mas, como amigo sus riquezas parte
Con el; que es rey de rios, y los Reyes
No dan tributos, sino ponen leyes.
Vé que son plata lisa los umbrales,
Claros diamantes las lucientes puertas,

Ricas de clavazones de corales,
Y de pequeños nácares cubiertas:
Vé que rayos de luces inmortales
Dan, y que están de par en par abiertas,
Y los quiciales de oro muy rollizo,
Que muestran el poder de quien los hizo.
  Colunas mas hermosas, que valientes,
Sustentan el gran techo cristalino:
Las paredes son piedras transparentes,
Cuyo valor del Ocidente vino:
Brotan por los cimientos claras fuentes,
Y con pie blando en líquido camino
Corren cubriendo con sus claras linfas
Las carnes blancas de las bellas Ninfas.
  De suelos pardos, de mohosos techos,
Hay doscientas hondísimas alcobas,
Y de menudos juncos verdes lechos,
Y encima colchas de pintadas tobas:
Maldicientes arroyos por estrechos
Pasos murmuran entre juncias y ovas,
Donde á los Dioses el profundo sueño
Cubre de adormideras y beleño.
  Vido, entrando Genil, un vírgen coro
De bellas Ninfas de desnudos pechos,
Sobre cristal cerniendo granos de oro
Con verdes crivos de esmeraldas hechos:
Vido, ricos de lustre y de tesoro,
Follages de carambano en los techos,
Que estaban por las puntas adornados
De racimos de aljófares helados.
  Un rico asiento de diamante frio
Sobre gradas de nacar se sustenta,

Donde preñadas perlas de rocío
Al alcazar dan luz, al sol afrenta:
El venerable viejo, Dios del rio,
Aquí con santa magestad se asienta,
Reclinado en dos urnas relucientes,
Que son dos caños de abundantes fuentes.
Ya que huyó la admiracion del fuego,
Que abrasaba al amante despreciado,
Su queja al padre Betis cuenta luego,
No sé si mas lloroso que turbado:
Dió luz á su justicia, estando ciego
De lágrimas, que amor habia brotado;
Y no hubo menester el Dios amigo
Ni mas informacion, ni mas testigo.
No será tu aficion con desden rota,
Le dice Betis, que tambien tu orilla
Mereció á Febo, como el sacro Eurota,
Por quien desprecia Júpiter su silla:
Granada de tus templos es devota,
Si hecatombe á mis templos da Sevilla,
Y por ti gozo ilustres vasallages
Desde el Hídaspes dulce al negro Arages.
En Colcos, junto á un ancho promontorio,
Hay unas grutas de alabastro fino,
Donde nació, entre arenas de abalorio,
Un Triton, que á servir á Betis vino:
Á éste manda llamar á consistorio
Á todos los del reyno cristalino,
Los quales, al sagrado mandamiento,
Vienen venciendo por el agua el viento.
Ricas garnachas de riqueza suma
Unos visten de tiernas esmeraldas:

Otros, como á la Garza facil pluma,
Cubren de escama de oro las espaldas
Con ropas blancas de cuajada espuma:
Otros vienen ceñidos con guirnaldas,
Brotando olor los cristalinos cuernos
De tiernas flores, y de tallos tiernos.
Quantas viven en fuentes Ninfas bellas
(Que burlan los satíricos silvanos,
Que arrojándose al agua por cogellas,
El agua aprietan con lascivas manos)
Vinieron, y á una parte las doncellas,
A otra los mozos, y á otra los ancianos,
Se sientan, qual conviene á tales huéspedes,
En blandas sillas de mojados céspedes.
Ya que corrió el silencio las cortinas,
Dando angosto camino al blando asiento,
Y las vistas suspensas y divinas,
A Betis fueron penetrando el viento,
Y entre los labios de esmeraldas finas
Pararon, él con grave movimiento
Sacudio la cabeza sobre el pecho,
Y perlas sudó el suelo, y llovió el techo.
No con el mar de España tengo guerra,
Dice, ó saliendo de mi margen corva,
Quiero cubrir las faldas de la tierra,
Mientras teme dudosa que la sorba:
Ni pardo monte, ni cerulea sierra
De mi profundidad el paso estorba;
Mas hoy se casa un claro Dios divino,
Que ha merecido á Betis por padrino.
Tú, Genil, á quien ciñen mirto y lauro
(No cañaberas frágiles) tus sienes,

Y, como el Cindo del nevado Tauro,
Montes de plata por principio tienes:
Tú, aquel potente Dios, á quien el Dauro
Señor te hace de mayores bienes,
Pues que sus Ninfas en liviano coro,
Para darte tributo ciernen oro:
Hoy gozarás de Cínaris los brazos;
Y tú, Ninfa, el valor de ser su Esposa,
Y en legítimo fuego, y dulces lazos,
Dexareis á Cidálida envidiosa.
Dixo; y ella, huyendo los abrazos,
Volvió turbada la cerviz de rosa,
Naciendo al tierno llanto, que comienza,
Roxo color de virginal vergüenza.
No hay Dios, á quien el llanto no recuerde,
Si con la compasion hace su tiro;
Y así el aljofar, que la Ninfa pierde,
Costó mas de un sollozo y de un suspiro;
Y hubo alguno, que el crin del sauce verde
Tendió sobre la frente de safiro;
Mas los arroyos, que á la puerta estaban,
Del desden de la Ninfa murmuraban.
Como quando en solícitos tropeles,
Por mayor magestad de sus castillos
Ricos de olor, vestidos de doseles,
Entre selvages cercas de tomillos,
Guardando rubias perezosas mieles
En urnas de panales amarillos,
Se oyeron las abejas en esquadra,
Así el rumor por la soberbia quadra.
Lágrimas tibias de tus luces bellas
Llueves en tanto que Genil te imita,

¡Ó Cínaris! mas todas tus querellas
Betis mirando, el caso facilita:
Que el melindre, que es dado á las doncellas,
Piensa que el libre espíritu te quita;
Y así, queriendo hacer un monte llano,
La mano de Genil puso en tu mano.
  Llenos de envidia noble se levantan
Los Dioses del sagrado coliseo,
Y con las lenguas de agua dulce cantan
Alegres: Himeneo, Himeneo:
Mas de improviso, sin pensar, se espantan,
Porque la Ninfa, viendo el caso feo,
Y su virginidad así oprimida,
Quedó llorando, en agua convertida.

DE LUIS BARAHONA DE SOTO. *

ÉGLOGA.

Silvana, Fenisia, Silveria, Pilas, Poeta.

POETA.

Las bellas Hamadríades, que cria
Cerca del breve Dauro el bosque umbroso,
En un florido y oloroso prado,
En un tan triste dia,
Quanto despues famoso,
Por ser del pastor Pilas celebrado,
Hicieron que el ganado

* Natural de Lucena: floreció á fines del siglo 16.

De este pastor y de otros, que abrevando
Al mal seguro pie de la nevada
Sierra hallaron, estuviesen quedos,
Los versos y canciones escuchando,
Que en loor cantaron de una mal lograda
Ninfa, despues que con mortales bledos,
Tomillos y cantuesos
Cubrieron la preciosa carne y huesos.
  De cedros, mirras, bálsamos y palmas,
De incienso y cinamomo desgajando
Flexibles varas, que despues texidas
Por las hermosas palmas,
Se fueron transformando
En blandos canastillos, dó las vidas
De sus tallos partidas
Las frescas rosas fueron despidiendo:
Y juntamente de un olor precioso,
Ellas y el mirto, y lirio azul y blanco,
Un aura delicada enriqueciendo,
Porque el Fabonio, al tiempo presuroso
No pareciese en solo voces franco,
De olor, sonido y lumbre
Poniendo al mundo en celestial costumbre.
  Silveria, de Felicio celebrada,
Y la que celebró el pastor Silvano,
Reformador del bético Parnaso,
Y la que fué cantada
Del que ya gozó ufano
Del ayre y cielo libertado y raso,
Dolidas mas del caso,
Las hebras de brocado á las espaldas
Sueltas, por sus gargantas despidiendo

La corriente, que dan á sus pastores,
Ceñidas por las sienes con guirnaldas
Vagas y bellas, al amor prendiendo
Con nueva aljaba y nuevos pasadores,
Honráron con su acento
Y enriquecieron el delgado viento.
No preste aliento en olmos y avellanos
El céfiro apacible, ni nos siembre
De aljofar cristalina el verde suelo,
Ni nos hincha las manos
El meloso Septiembre
Con dorado racimo ternezuelo,
Ni nos otorgue el cielo
Los madroños, bellotas y castañas,
Dulces manzanas y sabrosas nueces,
Ni alegres flores de la primavera,
Ni á las silvestres cabras las montañas,
Los verdes ramos den (qual otras veces),
Y la manada de hambrienta muera,
Si no fuere aplacada
Con humos la alma de la Ninfa amada.
La oscura selva de árboles texidos,
Cubierta de alcornoques y quexigos,
Á quien la inexplicable yedra abraza,
Serán de mis gemidos
Fielísimos testigos,
Y del dolor que el alma me embaraza.
La parlera picaza,
Diversa en paso de las otras aves;
Y desde aquellos troncos la corneja,
Que solo mal agüero nos pregona,
Dirán que alegres versos y suaves

Por este siglo no ocupó su oreja
En quanto abraza nuestra obliqua zona,
Ni se retumba el llano
Con mas que Tirsa, freqüentada en vano.

SILVANA.

Pues que sus fuerzas y calor refrena
El encendido Febo, y la villana
Gente no teme de sufrir su lumbre,
Ni ronca voz resuena
De la cigarra vana
Que añade en los calores pesadumbre,
Y sobre la alta cumbre
El seco y frio temporal asoma,
Ocasionando túmulos funestos,
Y á Tirsa nos dá el cielo helada y yerta;
Mostremos el dolor que al alma doma
En las palabras y los tristes gestos,
Y la alegría con la Ninfa muerta,
Siempre sea este dia
Honrado en llanto, y falto de alegría.

Solemnes pompas, versos funerales
Honren cada año la dichosa tierra,
Que oculta y guarda los amados huesos:
Los castos animales
Y la blanca becerra
Con sangre ablanden los terrones tiesos:
Violetas y cantuesos
Ligustres, blancos lirios y azucenas,
Alelies, rosas, trebol, madre-selva,
Aquí marchitos dexen lustre y vida,
Y aqueste dia ofrezcan tristes penas,
No solo el rio, sierra, campo y selva,

Mas á la gente oculta y escondida
En Galos y Britanos,
Y quantos hace el sol meridïanos.

FENISA.

Si con sus rayos el noveno dia
La blanca Aurora el mundo oscuro diere,
Las nubes con su rostro destruyendo,
Una novilla mia
Al que mejor corriere,
Y dos al que luchare dar pretendo;
Y al otro, que blandiendo
El recio brazo, abarca mayor trecho,
Un toro de cerviz macizo y duro;
Y un buey hermoso al que mejor cantare;
Y al que de versos epitafio hecho
Sobre el sepulcro me escribiere, juro
Darle lo que él en mi manada amáre;
Y lo que es mayor gloria,
Nombre inmortal, y palma de victoria.

Vendrá bermejo el Dios de los pastores,
Con bermellon y fina sangre ungido,
Que en vivas conchas se produce y cria,
Por ambos derredores
De sus sienes ceñido
Con las monteses ramas que solia:
Y vendrán á porfia
Pastores fuertes diestros y zagales,
Qual por correr, qual por luchar, llevando
Dulce victoria, premio victorioso;
Pues los marchitos versos funerales,
Las largas faldas ornarán pintando
El túmulo funesto y doloroso,

Lleno de cipres verde,
Que enteramente su color no pierde.
Pon casta oliva y olorosa tea,
Con la sabina yerba y el incienso,
En sacros fuegos, quemaré el redaño
De no manchada ó fea
Cordera, cuyo censo
Á tal sepulcro pagaré cada año.
Despues por fértil caño
De los colmados vasos la caliente
Leche, con sangre viva entreverada,
Haré mojar la víctima humosa,
Y la yema del vino, que la gente
De la rica Lucena dá á Granada,
La triste faz de la terrestre diosa
Vertida humedeciendo,
Vendrá los sacrificios consumiendo.

SILVERIA.

Si les es á las almas concedido,
Desnudas ya de corporales cargas,
Prestar oreja á los piadosos llantos,
Divina Tirsa, oido
Habrás nuestras amargas
Querellas, que suspensos tiene á tantos
Frutales, fieras, cantos:
Mas donde quiera que las tristes voces
Nuestras te hallen, ó en el cielo ilustre,
Ó al derredor de robles y manzanos,
Ó ya que elíseos aposentos goces,
Pasada el agua lóbrega y palustre,
Ó junto al olmo de los sueños vanos,

Rogamos que recibas
En voces nuestras intenciones vivas.
Tu alma bella nuestras selvas, creo,
Hermosa Ninfa, que andará lustrando
Con sosegado y saludable vuelo;
Y así de mi deseo
Las voces escuchando
Nos has de ver culpar de injusto al cielo.
Verás el verde suelo
De vergonzoso y triste no dar flores,
Ni los frutales apacibles frutes,
Ni claras aguas las delgadas fuentes,
Ni los zagales publicar amores,
Ni nuestros ojos sin dolor enjutos,
Ni las cabrillas, ni las de dos dientes
Pacer la tierna grama,
Ni responder al hijo, si las llama.
Pues si las voces tristes comprehendes,
Y ves que el humo de las piedrazufres
No purga el hato y recental rebaño,
Y nuestro mal entiendes,
¿Por qué, mi Tirsa, sufres
Vivir los tuyos en notable engaño?
Pues uno y otro daño
Con solo respondernos sanarias,
Ó con mostrarnos tu hermosa cara,
Ó con dexarte ver por do pasares.
Pues tú eres, Tirsa, que en placer solias
Dar á la noche y reducirla clara,
Con rostro alegre y lícitos cantares;
Mas ya tu cantilena
Nos dexa sola su memoria en pena.

SILVANA.

Tú con palabras dulces y elegantes
Á las contiendas término pusiste:
Mil veces inclinabas á victoria,
Pastores litigantes,
De suerte que saliste,
Contentos ellos, tú con igual gloria.
Y aun tengo en la memoria,
Que á veces en las ondas cristalinas
Mostraste tu cabeza orlada de oro,
Cantando versos del pastor Silvano:
Á cuyo son debaxo las encinas
El ganado de Pilas y Peloro
Rumió la yerba el uno y otro en vano:
Mil veces se arrojaron
Al agua, mas tus carnes no tocaron.
Yo vide al tiempo que la Aurora muestra
En este dia su rosada lumbre
Al triste Pilas húmedas mexillas,
Á quien la mano diestra
De la doliente cumbre
Era coluna, y de ella las rodillas:
Que de estas florecillas
Con sus lamentos marchitó tal suma,
Y desgajó de robles tanta rama,
Rompiendo de las peñas tanta parte,
Qual suele Bóreas en la helada bruma,
Y qual el cierzo, que herido brama,
Con ardientes suspiros á invocarte
Se compelió, y cantados
Aquestos versos dixo mal limados.

PILAS.

Sin tu presencia, Tirsa, el fresco viento
Helado quema las fragantes yerbas,
Y el rubio trigo, que en el suelo echamos,
Perece en el momento:
Las ubas son acerbas
Que de las tiernas vides desgajamos,
Y en el lugar hallamos
De trigo, avena, y de cebada blanca
Ballico inutil, y del lino grama,
Y de lechuga dulce amargo cardo.
Ni nos alegran ya con mano franca
Ceres y Baco, y en perpetua llama
En todo tiempo me consumo y ardo,
Hasta que venga el dia
Que goce de tu eterna compañía.
Dos blancas reses, de vedejas llenas,
De cada quatro quartos poderosas,
Exercitadas al palestre oficio,
De lirios y azucenas
Las frentes, y de rosas
Coronadas he puesto al sacrificio:
Y siempre es mi exercicio
Honrar con premios el sepulcro amado,
Haciendo fiestas, ya con tallos tiernos,
Ya con sus flores, ya con dulces frutos.
Los toros y novillos he apartado
De sus becerras, que con los internos
Mugidos cercan los funebres lutos,
Al tiempo temeroso
Que el trabajado cuerpo va al reposo.
Descansa en paz, hermosa, casta y bella,

Y tierna carne; que el dorado Apolo
Con sacros versos te eterniza y canta;
Y la nocturna estrella,
Que rige el primer Polo,
Tu tierra huella con piadosa planta:
Y el Tauro se levanta
Antes que el sól, y de apio, pino y lauro,
Y de quejigo, premios virtuosos,
Guirnaldas hechas en tu fiesta ofrecen;
Y sus divinas aguas nuestro Dauro,
De leche y miel, y de oro muy precioso
Sobre sus faldas siembra y enriquece,
Quedando el suelo honrado,
Que fué á tus huesos por sepulcro dado.
Loable envidia en las vecinas Ninfas
Forzó á seguir de aquestos las pisadas,
Que en compás de alabastro y vidrio hechas
Las cristalinas linfas,
Con azahar templadas,
Con rosas y violetas contrahechas,
Y en cestas nada estrechas
De casia y amaranto y mirabeles,
Y de alheña y saúco tristes flores;
Y los cogollos brotadores tiernos
De plátanos, naranjos y laureles,
Presentan por los anchos derredores
De tu sepulcro, á quien por mil iviernos
Los genios apacibles
Harán tus blancos huesos inmovibles.

POETA.

El roxo Apolo entonces transmontando
Sembró de varias nubes el Poniente,

Ya azules, ya violadas, ya sangrientas,
Ya aquestas despintando,
Con tal de la aparente
Color de aquestas; y otras mal contentas,
Al rostro suyo atentas,
Así imitaban el metal bruñido
Del mismo Febo con las fimbrias de oro,
Quando otras de la plata el lustre claro;
Y así las Ninfas, el cantar rompido,
Volviendo al campo, dó el oculto Moro
Riquezas guarda con el puño avaro,
Desnudas se metieron
En las encinas huecas dó salieron.

DE VICENTE ESPINEL. *

FRAGMENTO DE UNA EPÍSTOLA.

Incendio y rebato en Granada.

¿Á quién no hizo remover la planta
El gran terror de la ciudad famosa,
Que de Juán honra la reliquia santa?
¿Quién no tembló de ver una rabiosa
Ira del suelo; y aun quizá de arriba
Amenaza á los hombres espantosa?
Rompe y asuela, y al romper derriba

* Nació en Ronda en 1544, y murió en Madrid en 1634. Introduxo en la vihuela la cuerda quinta, y fue inventor de las décimas, que se llamaron de su nombre *Espinelas*.

De la pólvora el ronco trueno el muro
En que la miserable casa estriba.
  Vuelan maderos por el ayre escuro
Sobre el humoso remolino, y vueltos
Del grave golpe, arrebatado y duro,
  Á quales dexan en su sangre envueltos
Entre los brazos de la esposa amada,
Á quales del trancon los miembros sueltos.
  Húndense casas al temblar Granada,
Vela, sonaba, en el Alhambra, vela,
Traycion, toca á rebato, hay ordenada.
  Disparan todos: huye el mozo y vuela,
El viejo corre, la parida enfalda
Al niño, y lleva en brazos la hijuela:
  Huye esparcido el oro por la espalda,
La doncelluela, en lo demas desnuda;
Que á nadie mueve el nacar, ni esmeralda.
  Un confuso alarido, ayuda, ayuda,
Suena de gritos: nadie, á nadie llama,
Que no hay quien por salvarse al otro acuda.
  Crece la sorda y tragadora llama:
Traspasa á Darro, y de un horrible estruendo
Pasó al molino, y dió la nueva á Alhama,
  Piedras de nuevo, y leños esparciendo,
Que amenazaban la soberbia cumbre,
Y á trechos van las torres combatiendo.
  Baxan vigas de inmensa pesadumbre,
Ladrillo y planchas por el ayre vago,
Y espesos globos de violenta lumbre;
  Y en el Alhambra hacen tal estrago,
Que las Reales Casas, qual Numancia,
De fuego y humo parecieron lago.

Del Rey Chiquito la encantada estancia,
De alabastro, azul, y oro inestimable
Cayó, como del dueño la arrogancia.
¡Mas qué mucho, si el trueno incomportable
Parte asoló de la del gran Monarca,
Del gran Machuca fábrica admirable!
Vense rayos de toda la comarca,
Que el etna ardiente con la noche escura,
Manifiesta y descubre quanto abarca.
Dura el hambriento fuego, el daño dura,
Tiembla el Consejo, que al mayor le falta,
Que la Audiencia Real no está segura.
Cada qual de la dulce cama salta
Á reparar los daños generales,
Aunque á hijos y esposa haga falta.
¿Mas quién repara repentinos males,
Que los famosos y altos edificios
De Troya parecian ser señales?
Las puertas rotas, la clausura y quicios
De las vírgenes sacras, que al esposo
Christo hacen perpetuos sacrificios.
Que de una laja el golpe ponderoso
De Catalina, en el convento santo,
El quarto abrió del virginal reposo.
No atemoriza á las ovejas tanto
En el aprisco del cuidoso dueño,
Nocturno rayo del mortal espanto,
Como la arrojadiza piedra y leño
De Dios á las ovejas encerradas
Puso terror en lo mejor del sueño.
Cruzan las calles gentes á manadas,
Pasan y encuentran, sin saber por donde,

Del sin vida enemigo mal guardadas,
Que al uno en las entrañas se le esconde:
Tropella al uno, al otro desbarata,
Da en el primero, y al de atras responde:
Derriba, rompe, hiende, parte y mata:
Trastorna, arroja, oprime, estrella, asuela,
Envuelve, desparece y arrebata.
Consume, despedaza, esparce y vuela
Traga, deshace, y sin piedad sepulta
Á quien del daño menos se rezela.
¿Qué te movió, que no dexaste oculta,
Homicida sangriento, la endiablada
Invencion de que tanto mal resulta?
Que esa ánima cruel descomulgada
(En descubrir la pólvora) no pudo
Con aparente bien ser engañada.
Que un ánimo feroz, áspero y crudo,
Y un ódio de Timon á los humanos
Movió el bestial entendimiento rudo:
Que sin ella vencieron los romanos,
Y engrandecieron sus excelsos nombres,
Con esfuerzo, valor, industria, y manos.
Quando del infernal hedor te asombres
Del azufre, y la pólvora, el infierno
Verás que disfrazaste entre los hombres;
Que por tu daño en el tormento eterno
Quizá (ó me engaño) llevará la nueva
De tanto lloro y sentimiento tierno.
Si Falaris hiciera en ti la prueba
De tu invencion ganára mayor gloria,
Que por el Toro maldiciones lleva.

DE DON JUAN DE ARGUIJO. *

SONETOS.

I.

Á Baco.

Á ti de alegres vides coronado
Baco, gran padre domador de Oriente,
He de cantar, á ti que blandamente
Templas la fuerza del mayor cuidado:
Hora castigues á Licurgo ayrado,
Ó á Penteo en tus aras insolente;
Hora te mire la festiva gente
En sus convites dulce y regalado.
Ó ya de tu Ariadna al alto asiento
Subas ufano la mortal corona;
Ven facil, ven humano al canto mio:
Que si no desmerezco el sacro aliento,
Mi voz quebrantará la opuesta zona,
Y al Tibre inundará el Hispalio rio.

* Natural de Sevilla, y Veintiquatro de esta Ciudad: fué el protector mas generoso de los poetas de su tiempo: floreció á fines del siglo 16.

II.

Júpiter ó Ganimedes.

No temas ¡ó bellísimo Troyano!
Viendo que arrebatado en nuevo vuelo
Con corbas uñas te levanta al cielo
La feroz ave por el ayre vano.
¿Nunca has oido el nombre soberano
Del alto Olimpo? ¿la piedad y el zelo
De Júpiter, que da la pluvia al suelo,
Y arma con rayos la tonante mano,
Á cuyas sacras aras humillado
Gruesos toros ofrece el Teucro en Ida,
Implorando remedio á sus querellas?
El mismo soy, no al Águila eres dado
En despojo; mi amor te trae, olvida
Tu amada Troya, y sube á las estrellas.

III.

Del Tiempo.

Mira con quanta priesa se desvia
De nosotros el sol al mar vecino,
Y aprovecha, Fernando, en tu camino
La luz pequeña de este breve dia,
Antes que en tenebrosa noche fria
Pierdas la senda, y de buscarla el tino,
Y aventurado en manos del destino
Vagues errando por incierta via.

Hágante agenos casos enseñado,
Y el miserable fin de tantos pueda
Con fuerte exemplo apercibir tu olvido.
Larga carrera, plazo limitado
Tienes, veloz el tiempo corre, y queda
Solo el dolor de haberlo mal perdido.

IV.

Las Estaciones.

Vierte alegre la copia en que atesora
Bienes la primavera, da colores
Al campo, y esperanza á los pastores
Del premio de su fé la bella Flora:
Pasa ligero el sol, adonde mora
El cancro abrasador, que en sus ardores
Destruye campos, y marchita flores,
Y el orbe de su lustre descolora.
Sigue el húmedo otoño, cuya puerta
Adornar Baco de sus dones quiere,
Luego el invierno en su rigor se extrema.
¡O variedad comun! ¡mudanza cierta!
¿Quién habrá que en sus males no te espere?
¿Quién habrá que en sus bienes no te tema?

V.

Apolo á Dafne.

Victoriosa laurel, Dafnes esquiva,
En cuyas verdes hojas la memoria

De tu rigor, y de mi triste historia
Quiere el amor que eternamente viva;
  La antigua palma y abundante oliva,
Á ti de hoy mas inclinarán su gloria;
Tú ceñirás en premio de victoria
Del fuerte vencedor la frente altiva.
  Dixo el burlado Cintio, y á la dura
Corteza asido la contempla, y luego
Repite: ¡Dafne fiera! ¡mármol frio!
  Del rayo ardiente vivirás segura,
Que no es bien que consienta ageno fuego,
Quien pudo resistir el fuego mio.

VI.

Sisifo.

  Sube gimiendo con mortal fatiga
El grave peso que en sus hombros lleva
Sisifo al alto monte, y quando prueba
Pisar la cumbre, á mayor mal se obliga.
  Cae el fiero peñasco, y la enemiga
Suerte cruel su nuevo afan renueva;
Vuelve otra vez á la dificil prueba,
Sin que de su trabajo el fin consiga.
  No iguala aquella á la desdicha mia;
Pues algun tiempo alivia en su tormento
Los hombros á tal carga desiguales.
  Sufro peso mayor á tal porfia,
Que un punto no perdona al pensamiento
La importuna memoria de mis males.

VII.

Lucrecia.

Baña llorando el ofendido lecho
De Colatino la consorte amada,
Y en la tirana fuerza disculpada
Si no la voluntad, castiga el hecho.
Rompe con yerro agudo el casto pecho,
Y abre camino al alma, que indignada
Baxa á la obscura sombra; do vengada
Aun duda si su agravio ha satisfecho.
Venció al paterno llanto endurecida,
Y de su esposo el ruego, que no basta,
Menospreció con un fatal desvío.
Ceda al debido honor la dulce vida,
Que no es bien, dixo, que otra menos casta
Ose vivir con el exemplo mio.

VIII.

La avaricia.

Castiga el cielo á Tántalo inhumano
Que en impia mesa su rigor provoca,
Medir queriendo en competencia loca
Saber divino con engaño humano.
Agua en las aguas busca, y con la mano
El árbol fugitivo casi toca;
Huye el copioso Erídano á su boca,
Y en vez de fruta aprieta el ayre vano.

Tú que espantado de su pena admiras
Que el cercano manjar en largo ayuno
Al gusto falte, y á la vista sobre:
¿Cómo de muchos Tántalos no miras
Exemplo igual? y si codicias uno,
Mira al avaro en sus riquezas pobre.

IX.

Artemisa.

Labra Artemisa el grande mausóleo,
Que los altos pirámides afrenta
Del Egipcio soberbio, y no contenta
Busca á su ilustre fé mayor trofeo.
Del tierno y casto pecho en nuevo empleo
Hacer sepulcro al nuevo esposo intenta,
Cuyas cenizas de su amor sedienta
Bebe con ansias de inmortal deseo.
En vano, dice, pretendió la muerte
De ti, dulce Mausolo, dividirme,
Y en largo olvido sepultar tu gloria.
Que de su injuria puede defenderte
Mi pecho mas que el bronce y mármol firme,
Y eternizar mi amor y tu memoria.

X.

Ariadna.

¿A quién me quejaré del cruel engaño
Arboles mudos, en mi triste duelo?

¡Sordo mar! ¡tierra estraña! ¡nuevo cielo!
¡Fingido amor! ¡costoso desengaño!
  Huye el pérfido autor de tanto daño,
Y quedo sola en peregrino suelo,
Dó no espero á mis lágrimas consuelo,
Pues no permite alivio mal tamaño.
  Dioses, si entre vosotros hizo alguno
De un desamor ingrato amarga prueba,
Vengadme os ruego del traidor Teseo.
  Tal se quejaba Ariadna en importuno
Lamento al cielo, y entretanto lleva
El mar su llanto, el viento su deseo.

XI.

Orfeo.

  Desiertas selvas, monte yerto y frio,
Ródope que en el cielo tocar osas,
Vosotras de Estrimon ondas hermosas,
Á quien vencer presume el llanto mio:
  Sereis testigos largo tiempo, fio,
De mi dolor, y quejas lastimosas
Que en vano esparzo al ayre, y con piadosas
Voces al Rey del lago obscuro envio.
  Así cantando llora el Tracio amante,
Y á sus blandos acentos enmudece
El viento, y la agua su corriente enfrena;
  Y enternecidas truecan el semblante
Las fieras ¡corto alivio! mientras crece
Del ya perdido bien la justa pena.

XII.

La tempestad y la calma.

Yo vi del roxo sol la luz serena
Turbarse, y que en un punto desfallece
Su alegre faz, y en torno se obscurece
El ayre con tiniebla de horror llena:
El austro proceloso ayrado suena,
Crece su furia, y la tormenta crece,
Y en los hombros de Atlante se estremece
El alto Olimpo, y con espanto truena.
Mas luego vi romperse el negro velo
Deshecho en agua, y á su luz primera
Restituirse alegre el claro dia;
Y de nuevo esplendor ornado el cielo
Miré, y dixe: ¿quién sabe si le espera
Igual mudanza á la fortuna mia?

XIII.

Horacio Cocles.

Con prodigioso exemplo de osadía
Un hombre miro en el Romano puente,
Resistir solo de la Etrusca gente
El grueso campo que pasar porfia.
Ni la enemiga fuerza le desvia,
Ni de su vida el cierto fin presente,
Que su valor dexar no lo consiente
La dificil empresa en que insistia.

Oigo del roto puente el son fragoso,
Quando al Tibre el varon se precipita
Armado, y sale de él con nueva gloria;
Y al mismo punto escucho del gozoso
Pueblo las voces, que aclamando grita:
Viva Horacio, de Horacio es la victoria.

XIV.

Al Guadalquivir.

Tú á quien ofrece el apartado polo,
Hasta donde tu nombre se dilata,
Preciosos dones de luciente plata,
Que envidia el rico Tajo y el Pactolo;
Para cuya corona, como á solo
Rey de los rios, entretexe y ata
Palas su oliva con la rama ingrata,
Que contempla en tus márgenes Apolo;
Claro Guadalquivir, si impetuoso
Con crespas ondas y mayor corriente
Cubrieres nuestros campos mal seguros;
De la mejor Ciudad, por quien famoso
Alzas igual al mar la altiva frente,
Respeta humilde los antiguos muros.

DE BALTASAR DE ALCAZAR. *

REDONDILLAS.

En Jaen, donde resido
Vive Don Lope de Sosa,
Y direte, Ines, la cosa
Mas brava de el que has oido.
Tenia este caballero
Un criado Portugues. . . .
Pero cenemos, Ines,
Si te parece primero.
La mesa tenemos puesta,
Lo que se ha de cenar junto,
Las tazas del vino á punto;
Falta comenzar la fiesta.
Comienze el vinillo nuevo,
Y échale la bendicion;
Yo tengo por devocion
De santiguar lo que bebo.
Franco fué, Ines, este toque;
Pero arrojame la bota:
Vale un florin cada gota
De aqueste vinillo aloque.
¿De qué taberna se traxo?
Mas ya. . . . de la del Castillo:
Diez y seis vale el quartillo
No tiene vino mas baxo.

* Sevillano: vivia á principios del siglo 17, y se ignoran las demas circunstancias de su vida.

Por nuestro Señor que es mina
La taberna de Alcocer:
Grande consuelo es tener
La taberna por vecina.

Si es ó no invencion moderna,
Vive Dios que no lo sé;
Pero delicada fué
La invencion de la taberna.

Porque allí llego sediento,
Pido vino de lo nuevo,
Mídenlo, dánmelo, bebo,
Págolo, y voyme contento.

Esto, Ines, ello se alaba,
No es menester alaballo:
Sola una falta le hallo,
Que con la priesa se acaba.

La ensalada y salpicon
Hizo fin, ¿qué viene ahora?
La morcilla, gran señora,
Digna de veneracion.

¡Que oronda viene y qué bella!
Que traves y enjundia tiene,
Paréceme, Ines, que viene
Para que demos en ella.

Pues sus, encójase y entre,
Que es algo estrecho el camino.
No eches agua, Ines, al vino,
No se escandalice el vientre.

Echa de lo tras añejo,
Porque con mas gusto comas:
Dios te guarde, que así tomas,
Como sábia, el buen consejo.

Mas dí ¿no adoras y precias
La morcilla ilustre y rica?
¡Cómo la traydora pica!
Tal debe tener especias.
¡Qué llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
Y asada por esas manos
Hechas á cebar lechones.
El corazon me rebienta
De placer: no sé de tí:
¿Cómo te va? yo por mí
Sospecho que estás contenta.
Alegre estoy vive Dios:
Mas oye un punto sutil;
¿No pusiste allí un candil?
¿Cómo me parecen dos?
Pero son preguntas viles,
Ya sé lo que puede ser;
Con ese negro beber
Se acrecientan los candiles.
Probemos lo del pichel,
Alto licor celestial,
No es el aloquillo tal,
Ni tiene que ver con él.
¡Qué suavidad! ¡qué clareza!
¡Qué rancio gusto y olor!
¡Qué paladar! ¡qué color!
Todo con tanta fineza.
Mas el queso sale á plaza,
La moradilla va entrando,
Y ambos vienen preguntando
Por el pichel y la taza.

Prueba el queso, que es extremo,
El de Pinto no le iguala,
Pues la aceytuna no es mala,
Bien puede vogar su remo.
Haz pues, Ines, lo que sueles,
Daca de la bota llena
Seis tragos: hecha es la cena,
Levántense los manteles.
Ya, Ines, que habemos cenado
Tan bien, y con tanto gusto,
Parece que será justo
Volver al cuento pasado.
Pues sabrás, Ines hermana,
Que el Portugues cayó enfermo....
Las once dan, yo me duermo,
Quédese para mañana.

OTRAS REDONDILLAS

Del mismo.

Deseais, Señor Sarmiento,
Saber en estos mis años,
Sujetos á tantos daños,
Como me porto y sustento.
Yo os lo diré en brevedad,
Porque la historia es bien breve,
Y el daros gusto se os debe
Con toda puntualidad.
Salido el sol por Oriente

De rayos acompañado,
Me dan un huevo pasado
Por agua, blando y caliente,
  Con dos tragos del que suelo
Llamar yo néctar divino,
Y á quien otros llaman vino,
Porque nos vino del cielo.
  Quando el luminoso vaso
Toca en la meridional,
Distando por un igual
Del Oriente y del Ocaso;
  Me dan asada y cocida
De una gruesa y gentil ave,
Con tres veces del süave
Licor que alegra la vida.
  Despues que cayendo viene
Á dar en el mar Esperio,
Desamparando el imperio
Que en este orisonte tiene;
  Me suelen dar á comer
Tostadas en vino mulso,
Que el enflaquecido pulso
Restituyen á su ser.
  Luego me cierran la puerta,
Yo me entrego al dulce sueño:
Dormido soy de otro dueño,
No sé de mi nueva cierta.
  Hasta que habiendo sol nuevo,
Me cuentan cómo he dormido,
Y así de nuevo les pido,
Que me den néctar y huevo.
  Ser vieja la casa es esto

Veo que se va cayendo,
Voyle puntales poniendo,
Porque no cayga tan presto.
  Mas todo es vano artificio:
Presto me dicen mis males,
Que han de faltar los puntales,
Y allanarse el edificio.

DE GUTIERRE DE CETINA.

MADRIGAL.

Ojos claros serenos,
Si de dulce mirar sois alabados,
¿Por qué si me mirais, mirais ayrados?
Si quanto mas piadosos
Mas bellos pareceis á quien os mira,
¿Por qué á mí solo me mirais con ira?
Ojos claros serenos,
Ya que así me mirais, miradme al menos.

DE LUIS MARTIN.

MADRIGAL.

Iba cogiendo flores;
Y guardando en la falda
Mi Ninfa, para hacer una guirnalda;

Mas primero las toca
Á los rosados labios de su boca,
Y les da de su aliento los olores.
Y estaba (por su bien) entre una rosa
Una abeja escondida,
Su dulce humor hurtando;
Y como en la hermosa
Flor de los labios se halló, atrevida
La picó, sacó miel, fuese volando.

SIGLO XVII.

POESÍAS

DE LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA.

CANCION

Á Felipe II. en la canonizacion de San Diego.

En estas santas ceremonias pias,
Adonde tu piedad, Filipo augusto,
Con admirables rayos resplandece,
Verás como dexando el cetro justo
Despues de largos y felices dias
Al nuevo tronco que á tu sombra crece,
Nuestra Madre santísima te ofrece
Los mesmos cantos, y la mesma palma;
Y ya nos muestra como en cierta idea,
Que tal quiere que sea
La gloria entonces de tu cuerpo y alma:
Y que al inmenso templo que dedicas
Al gran Levita, que en la ardiente llama
Exâminó la de su amor divino,
Ha de venir devoto el peregrino,
No solo convidado de su fama
Por contemplar las aras de oro ricas,
Sino á probar si á su congoja aplicas

Saludable remedio desde el cielo,
Como lo das á todos en el suelo.
  Tú enseñado á escuchar humanos ruegos,
Y á ser comun defensa de los hombres,
Serás de todos ellos invocado,
Y justamente uniéndose los nombres
Tendremos dos Filipos y dos Diegos,
Y un altar solo á entrambos dedicado:
Que pues has con tu mano levantado
El primero que á Diego se dedica,
Aquí y allá serás su compañero,
Y exemplo verdadero
De como Dios tambien se comunica
Debaxo de la púrpura preciosa
Como debaxo el áspero vestido;
Que no son abreviadas no sus manos.
¿Mas de qual tus hechos sobre-humanos
Te daremos entonces apellido?
¿Si lucirá la espada rigorosa?
¿Ó retorcido en tu corona hermosa
Sus hojas tenderá el olivo sacro,
Por propia insignia de tu simulacro?
  ¿Ó si quando la trompa horrible diere
Señal en los exércitos, y tienda
La roxa Cruz el viento en las banderas;
Y de la muerte la vision horrenda
Envuelta en polvo y humo discurriere
Por medio las esquadras y armas fieras,
Tu nombre ha de sonar en las primeras
Voces, que diere la española gente
Pidiendo por tu medio la victoria?
¿Ó si querrás la gloria

De ser en los concilios Presidente
Donde se trate del gobierno humano,
Del qual nos dexas admirable exemplo?
¿Ó si será mas propio que el piloto
Quando lucháre con el Euro y Noto
Prometa ronco visitar tu templo,
Y allí colgar las velas por su mano?
¿Ó que en tu proteccion el rubio grano
El labrador envuelva, y te suplique
Que por tu medio Dios lo multiplique?
Primero vivirás felices años
Introduciendo por el ancho mundo
La santa paz, y la justicia unidas,
Y gemirá Pluton en el profundo
De ver por tí deshechos los engaños,
Y á Dios tantas naciones convertidas,
Y que las escrituras no entendidas
Como el otro Filipo les declaras.
Teme tambien, y no sin causa, viendo
Lo que hoy estás haciendo,
Que á mayores empresas te preparas,
Y que si por honrar la sepultura
De Diego, das de tu piedad tal muestra,
Por quitar al tirano la de Christo
Has de dar un exemplo nunca visto,
Y derribar sus ídolos tu diestra,
Venciendo en medio de la noche obscura
Como el gran Gedeon, pues en ti dura
La insignia del bellon, con que Diós quiso
Darle de la victoria cierto aviso.
Cancion, el ser humilde no te espante,
Que es hoy fiesta de humildes, y se precia

De ser su amparo el Rey mayor del suelo;
Bien puedes atreverte, pues el zelo
Háce precioso el don, y se desprecia
Aunque raro y costoso el arrogante.
Mas pues se me permite que yo cante
Entre los cisnes del famoso Henares,
Mucho harás si de humilde te preciares.

TERCETOS.

Descripcion de Aranjuez.

Hay un lugar en la mitad de España
Donde Tajo á Xarama el nombre quita,
Y con sus ondas de cristal lo baña:
Que nunca en él la yerba vió marchita
El sol, por mas que al Etiópe encienda,
Ó con su ausencia hiele al duro Scita.
Ó que naturaleza condescienda,
Ó que vencida dexe obrar al arte,
Y serle en vano superior pretenda:
Al fin jamas se ha visto en esta parte
Objeto triste, ni desnudo el suelo,
Ó cosa que de límite se aparte.
Contrarias aves en conforme vuelo
Los ayres cortan, y en iguales puntas
Las plantas suben alabando al cielo.
Las fieras enemigas aquí juntas
Forman una república quïeta,
Mezclandose en sus pastos y en sus juntas;
Sin temer que el lebrel las acometa,
Ó hiera el plomo con terrible estruendo,

Ó con mortal silencio la saeta.
Las fuentes cristalinas, que subiendo
Contra su curso y natural costumbre
Están los claros ayres dividiendo,
Rocian de los árboles la cumbre,
Y baxan, á las nubes imitando,
Forzadas de su misma pesadumbre
Sobre las bellas flores, que adornando
El suelo, como alfombras africanas,
Las estan con mil lazos esperando.
Las calles largas de álamos y llanas
Envidia pueden dar á las ciudades,
Que están hoy de las suyas mas ufanas.
¿Pues quién podrá contar las amistades
Con que las plantas fértiles se prestan,
Y templan sus contrarias calidades?
Y como no se impiden, ni molestan
Por ver su fruta en extrangeras hojas,
Ni del agravio apelan y protestan;
Como tú, fragil hombre, que te enojas
Si tener ves al otro lo que es tuyo,
Y con rabia lo usurpas y despojas.
Comunica el gran Tajo el humor suyo
Á qualquier de los árboles do llega,
Sin atender si es hijo propio, ó cuyo:
Al huesped no sus alimentos niega,
Ni al natural desecha, y así hace
Corona rica de su hermosa vega.
Si la region remota ve, que aplace
Alguna planta suya en esta, luego
La envia, y á su dueño satisface.
Y así la que se jacta de que al fuego

De los templos dá olores, no es mas rica,
Ni la fingió ningun Latino ó Griego.
Qualquiera aquí su condicion aplica,
Aunque su origen trayga de otra parte,
Dó el sol menos, ó mas se comunica.
Suple la falta de la tierra el arte,
Y del calor con límite, y del hielo
Aquello que conviene les reparte.
Hay planta que miró en su patrio suelo
El sol al mismo tiempo que la luna
En éste mira en la mitad del cielo:
Y no por esto siente falta alguna
De la virtud, que tuvo allá en su tierra,
Como si aquella y esta fuesen una:
La qual en senos cóncavos encierra
Las aguas usurpadas al gran rio,
Donde los peces viven sin ver guerra.
Pudiera en cada qual un gran navío
De aquellos que á Neptuno son mas graves,
Navegar sin temor de hallar vaxío:
Mas solamente aquí navegan aves
De aquellas que á la muerte se aperciben
Con cantos apacibles y suaves.
Aquí redes y engaños se prohiben,
Y así discurren sin temor las fieras,
Y á los hombres pacíficas reciben.
La hermosura y la paz de estas riberas
Las hace parecer á las que han sido
En ver pecar al hombre las primeras.
Alzase al lado del jardin florido
Con quatro hermosas fuentes una casa,
Que nunca el sol su semejante ha herido.

Del alto chapitel hasta la basa
Ninguna imperfeccion hallarse puede,
Si el gran Vitrubio vuelve, y la compasa.
Pues lo interior, que á lo exterior excede
En materia y en arte, que tal sea
Con esto solo declarado quede:
Que nuestro gran Filipo dió la idea,
Y en ella sus cuidados deposita,
Quando su corte dexa y se recrea.
Que puesto que los hombros jamas quita
Del peso, con que Atlante desmayára,
Con eso lo aligera y facilita.
Los árboles, las aves, la agua clara
En este verde sitio son testigos
De las heroycas obras que prepara:
Del modo con que traza los castigos
Á la cerviz, que huyó del yugo santo,
El premio regalando á los amigos.
Las aves mezclan su acordado canto
Entre los dulces y ásperos decretos,
Que han de poner despues al mundo espanto.
Y aquellos profundísimos secretos,
Que á los ausentes Príncipes desvelan,
Y les tienen los ánimos inquietos;
Aquí con los Ministros se rebelan,
Y el templo del gran Jano se abre ó cierra,
Los pueblos se castigan ó consuelan;
Y la espantable y poderosa guerra
Aguarda que de aquí le den materia
Para cubrir de sangre el mar y tierra.
Mas no dentro los límites de Iberia,
Donde la paz y la justicia santa

Previenen con cuidado á tal miseria.

Aquí se engendra el rayo, mas no espanta
Sino al loco Nembrot, que contra el cielo
Muros de barro frágiles levanta.

Filipo, tú tambien, que del abuelo
Y padre, emulacion gloriosa al mundo
Prometes, y en su pérdida consuelo;

Mientras tu padre con saber profundo,
Y tu niñez te escusan del trabajo,
Entre esas flores andas vagabundo.

Tiempo vendrá que no te ofrezca Tajo
En su ribera conchas, mas caballos,
De aquellos que lo beben mas abaxo:

Y que tú y esos niños tus vasallos
Armados convirtais en gruesas lanzas
Las que agora jugais de tiernos tallos.

Entonces cumplirás las esperanzas,
Que das de tu valor, dexando libres
Á los que dan agora del fianzas;

Y ya la Grecia espera que la libres,
Que abras el paso del sepulcro santo,
Y que la espada en su defensa vibres.

¡Ó temeraria lira! ¿por qué tanto
El punto subes, que entre el son horrendo
De las trompetas suena ya mi canto?

Vuelveme á la ribera, donde viendo
Estaba con el Príncipe á su hermana
Rayos de luz y flechas despidiendo:

Tal en el monte Cintio á su Diana
Rodeada de vírgenes hermosas
Fingió la antigüedad en forma humana.

No huyen, no, las fieras temerosas;

Mas antes, como víctimas sagradas,
Se ofrecen á sus flechas poderosas.
Las flores del divino pie pisadas
Ya miran con desprecio á las estrellas,
Y son de las estrellas envidiadas;
Y puesto que la esperan gozar ellas,
Y saben que en el mundo su presencia
Las hace con los hombres menos bellas:
La detienen acá con su influencia,
Y proponen su daño y su deseo
Forzadas de la eterna Providencia.
¿Pero qué mar inmenso es el que veo,
¡O divina Isabel! de tus virtudes,
Donde pierde las fuerzas Himeneo?
Que tanto á todos sobras, que sacudes
El yugo dulce y fuerte, que procura
Que á llevar con tu cuello hermoso ayudes:
Y libre, como Fénix, tu hermosura
Al dichoso Aranjuez se comunica
Entre sus claras aguas y verdura....

SONETOS.

I.

Tanto mi grave sentimiento pudo
Que en la mano de bárbara violencia
Hizo dando lugar á la clemencia
Volver el filo del cuchillo agudo.
¿Hay por ventura de diamante escudo
Que pueda hacer tan firme resistencia,
Como de un alma pura la inocencia

Que ofrece el pecho al vencedor desnudo?
Yo ví, yo vi los ojos, y no es mentira,
Que muerte amenazaban, detenerse
Con blando afecto en la miseria mia;
Y deshacerse los nublados de ira,
Y la santa piedad aparecerse;
Que todo es facil si en la fe se fia.

II.

Este prolixo y tenebroso dia,
El qual con piedra negra notar quiero,
Memoria es dignamente del primero
De mi vida, si es vida aquesta mia.
Entónces lo lloraba en profecía,
Y de su soledad tomando agüero,
En tanto que viviere ya no espero
Tener en él sucesos de alegría.
Odioso me será, y odioso sea
Al cielo y á la tierra eternamente,
Pues en él se me esconde Galatea;
Entre las noches lóbregas se cuente,
Y en él ninguna accion jamas se vea
Digna de que la fama la sustente.

III.

Tras importunas lluvias amanece
Coronando los montes el sol claro,
Salta del lecho el labrador avaro
Que las horas ociosas aborrece.
La torba frente al duro yugo ofrece

El animal, que á Europa fué tan caro:
Sale de su familia firme amparo,
Y los surcos solícito enriquece.
Vuelve de noche á su muger honesta,
Que lumbre, mesa y lecho le apercibe,
Y el enxambre de hijuelos le rodea.
Faciles cosas cena con gran fiesta,
El sueño sin envidia le recibe:
¡Oh corte! ¡ó confusion, quien te desea!

IV.

Yo os quiero confesar, Don Juan, primero,
Que aquel blanco y carmin de Doña Elvira
No tiene de ella mas, si bien se mira,
Que el haberle costado su dinero.
Pero tambien que me confieses quiero,
Que es tanta la beldad de su mentira,
Que en vano á competir con ella aspira
Belleza igual de rostro verdadero.
¿Mas qué mucho que yo perdido ande
Por un engaño tal, pues que sabemos
Que nos engaña así naturaleza?
Porque ese cielo azul que todos vemos
Ni es cielo, ni es azul. ¡Lástima grande
Que no sea verdad tanta belleza!

V.

Lleva tras sí los pámpanos Octubre,
Y con continuas aguas insolente
No sufre Ibero margenes ni puente,

Mas antes los vecinos campos cubre.
Moncayo como suele, yá descubre
Coronada de nieve la alta frente,
Y el sol apenas vemos en Oriente
Quando la opaca sombra nos le cubre.
Sienten el mar y selvas ya la saña
Del aquilon, y encierra su bramido
Gente en el puerto, y gente en la cabaña:
Y Fabio en el umbral de Tais tendido
Con vergonzosas lágrimas le baña,
Debiéndolas al tiempo que ha perdido.

VI.

Imagen espantosa de la muerte,
Sueño cruel, no turbes mas mi pecho,
Mostrándome cortado el nudo estrecho,
Consuelo solo de mi adversa suerte.
Busca de algun tirano el muro fuerte,
De jaspe las paredes, de oro el techo;
Ó al rico avaro en el angosto lecho
Haz que temblando con sudor despierte.
El uno vea el popular tumulto
Romper con furia las herradas puertas,
Ó al sobornado siervo el hierro oculto.
El otro sus riquezas descubiertas
Con llave falsa, ó con violento insulto;
Y déxale al amor sus glorias ciertas.

POESÍAS

DE BARTOLOME DE ARGENSOLA.

CANCION.

De los campos y mares se apodera
Céfiro tu ministro á su albedrío
Formando el tiempo, amor, que mas te agrada:
Pues con máquinas vuelve ya el navío,
Que enjuto reposaba en la ribera
Á la tranquilidad tiranizada;
Y crespando las olas á su entrada
Tiende los lienzos al favor del cielo.
El prado rie, y su virtud fecunda
De cien mil partos fértiles abunda,
Que blanqueaba rígido del hielo:
Mas con el blando vuelo
Del pacífico soplo abre los poros,
Y pródigo descubre sus tesoros.
Tú, armado de ternuras y suspiros
En los silvos de céfiro te arrojas,
Y en su espacioso diáfano sereno
Oyes dulces querellas y congojas,
Y se encuentran recíprocos los tiros,
Que de nectar bañaste y de veneno.
Tal vez acudes al amado seno
De Ericina, la qual te abraza y prende,
Y en su carro sentada, y tú en sus faldas
Sembrando varias flores y guirnaldas

Dexa volar sus Cisnes, y desciende
Donde Adonis atiende
Á la robusta caza, y con mil bellas
Ninfas lo busca y lo regala entre ellas.
  Todo es amor y paz, las piedras aman
Dando suspiros mudos, y las vides
En alegre silencio amor las casa,
Con los soberbios árboles de Alcides:
Las flores se entretexen y se llaman,
Y tu flecha las hiela y las abrasa.
El mismo sol enamorado pasa
Tan risueño el viage, que parece
Que persigue la Ninfa de Peneo:
Y para ostentacion de su deseo,
La pompa de la luz con que amanece
Trémula resplandece
Sobre las ondas, y las rosas dora
Que pintó con su púrpura la aurora.
  Las rosas quando dellas mas compuesta
Su abril adorna la nativa espina:
Que una sus hojas qual belleza inculta
Confiada dilata, otra se inclina
Dentro en sí misma tímida y modesta
Con virginal vergüenza medio oculta;
Algunas en niñez menos adulta
Dentro el materno manto se aperciben
Para salir tambien á competencia
De toda la olorosa diferencia:
Á quien las aves, que á su sombra viven,
La gloria que reciben
¡Cambio divino! abriendo su armonía,
La recompensan en sintiendo el dia, &c.

EPISTOLA.

Yo quiero, mi Fernando obedecerte,
Y en cosas leves discurrir contigo
Como quien de las graves se divierte.
Por lo qual será bien, que las que digo
No salgan fuera del distrito nuestro,
Que al fin van de un amigo al otro amigo.
Y no soy tan soberbio ni tan diestro
En dar preceptos, ni advertir enmiendas
Que aspire á proceder como maestro.
Digo pues que me place el ver que atiendas
Tanto á las filosóficas verdades,
Que siempre de sus órdenes dependas.
Pero que alguna vez te desenfades
De aquel rigor, y el gusto no apremiado
Se cebe en mas benignas facultades.
Que si ellas guardan su nativo agrado,
No será menester que lo compelas
Á seguir lo que yo le persuado.
Que allí no hay que ocurrir á las cautelas
Que por ventura un tiempo exercitabas,
Como lo enseñan hoy nuestras escuelas.
Quando para probar tu intento andabas
Afilando entimemas, que volantes
Salen de las dialécticas aljabas.
Porque á lo ya pacífico levantes
Por diversion el gusto con las nueve
Pierides ingenuas y elegantes.
Y la cansada historia que nos debe,
Á pesar de la muerte, exemplos vivos

Por los vestigios de la edad te lleve.
  Y saliendo despues de sus archívos,
Al poético ardor se ofrezca el pecho
Dispuesto á pensamientos mas altivos.
  Esta excelente inclinacion sospecho,
Sin que preceda rigoroso exâmen,
Que es la que mas te dexa satisfecho.
  Síguela pues: por mas que la desamen
La inconsideracion y la fortuna,
No aflijas con violencia tu dictamen.
  Y quando en la sazon mas importuna
Sigue aquel en la selva unos ladridos
Al resplandor escaso de la luna;
  Y el otro rinde al juego los sentidos,
Ó en indignos sugetos que no ignoras
Andan nuestros patricios divertidos;
  Tú retirado las nocturnas horas
Escribe á vigilante lamparilla,
Ó en la estudiosa luz de las auroras;
  Contra el rapaz que la razon humilla
Remedios nuevos, con primor juntando
En los versos deleyte y maravilla.
  Y si te instiga mas, dulce Fernando,
La fama de magnánimas acciones,
Costumbres y Provincias explorando;
  Ó si á canto mas digno te dispones,
Inquiriendo el concurso de los siete
Planetas y sus varias impresiones;
  Resuelvete al designio, y acomete,
Que á seguir sus estímulos resueltos
El orbe encerrarás en tu retrete.
  Pero si no te hallares desenvuelto

En consonar nuestro lenguage fia,
La empresa al generoso verso suelto:
Porque la libertad de la armonía,
Como solo sus números respeta
De emparentar las voces se desvia.
Y el que atiende á la parte mas perfecta,
Ponderando y midiendo consonantes
A ridículo estorbo se sujeta.
El ser forzoso que aperceibas antes
Lo menos sustancial verbos y nombres
Que suenen con acentos semejantes;
Y que si ha de acabar la estanza en hombres,
Como si te mostrase alguna fiera,
Diga el verso anterior que no te asombres.
Por esto apenas oyes rima entera,
Con ambas partes fáciles y llanas,
Y excluyes por ociosa la primera:
Como para guisar palustres ranas,
Que sospechoso el cuerpecillo todo
Las piernas solo nos ofrecen sanas.
Y quando aplaya el Nilo, de este modo
Causa el fecundo sol generaciones
En las grasezas del informe lodo:
Que organiza los húmedos terrones,
Escarban ya los pies, gruñen las testas,
Sin darles forma entera de ratones.
Desde que llevan consonante acuestas
Miran su trabazon los versos ruda,
Con voces no importantes ni dispuestas.
Concedo que á las veces nos ayuda,
Y apoya la sentencia si lo ablanda
El arte, ó á mejor lugar lo muda.

La fuerza del dinero, ó sirve ó manda,
Y la del consonante, que igualmente
Por uno de estos dos extremos anda.
Mas quien por una clausula eloqüente,
Para un final escrita de antemano,
Pasa inculta la parte precedente;
¿En qué se diferencia de un tirano,
Que por medios injustos encamina
Alguna utilidad del trato humano?
Perezca la política doctrina
Que por sacar de la maldad ganancia
La ley de las virtudes arruina;
Pero sí acomodar la consonancia
Con liberalidad ó con miseria,
Es en las rimas caso de importancia.
El escritor abunde en la materia,
Para que se le vengan á la pluma
Quantas palabras vuelan en Iberia.
Mas el furor nativo no presuma
Reducirlas á número y concierto
Sin sumo estudio y sin industria suma.
Homero en estas ondas tan experto,
Que sobre trozos de animosas naves
Responde como oráculo en el puerto,
Para ser mas acepto á las suaves
Musas, surcó primero luengos dias,
Profundos golfos de otras ciencias graves.
Si tú para las dos filosofías
Ya por Platon, de Sócrates conoces
Las siempres misteriosas ironías;
Y prender te dexaste de las voces
Con que suele el sutil Estagirita

Dar caza á los espíritus veloces;
Por esta docta antigüedad escrita
Dexa correr tu ingenio, y, sin rezelo,
Conforme á su eleccion roba ó imita.
Suelta despues al voluntario vuelo
Pomposa vela en golfo mas remoto
Que no descubra sino mar y cielo:
No navegante ya, sino piloto
Intrépido á las olas insolentes,
Tanto como á los ímpetus del Noto.
Quiero decir que quando en los corrientes
Métodos varios te hayas dado filos,
Con destreza ya propia los freqüentes.
Porque los dos genéricos estilos
Mas de un naufragio nuevo nos avisa,
Que no por freqüentados son tranquilos.
Obliga el uno á brevedad concisa,
Que aunque la demasiada luz desama
Precia la elocucion peynada y lisa;
Y no solo el honor del epígrama
Recibe calidad de este precepto,
Sino la lira con que amor nos llama:
El trágico favor puesto en aprieto,
Y la sátira en este caso amiga
Siempre del panegírico perfecto.
El émulo de Pindaro lo diga,
Por quien Venosa el título recibe,
Que á venerar á Tebas nos obliga.
Y en el Romano autor, que en prosa escribe
Desde que falleció su Augusto anales,
El compendioso laconismo vive.
Á Trajano sus dotes inmortales

Refiere Plinio en este acento puro,
Sin voces tenebrosas ni triviales.
¿De las primeras quién corrió seguro,
Si el Presbítero docto de Cartago
Aspirando á ser breve quedó escuro?
Mas quien el genio floreciente y vago
De Séneca llamó cal sin arena
No probó los efectos de su alhago.
No niego yo que de sentencias llena
La agudeza sin límites congoja,
Y al rigor con que hiere nos condena.
Como la nieve que granizo arroja
Sobre esperanzas rústicas floridas
Que aquí destronca, y acullá deshoja.
Y al golpe de las recias avenidas
Mira el cultor su industria defraudada
Que yace entre las ramas esparcidas.
La fuerza que nos venga arrebatada
En esta brevedad yaqulatoria
Si quieres que deleyte y persuada;
Aunque por ambicion de mayor gloria,
Fleche cada palabra una sentencia,
Y obre cada sentencia una victoria.
Que en el segundo estilo hay eloqüencia,
Que entre la igual corriente del progreso
Aníma su fervor con la freqüencia;
Y en su mediocridad lleva gran peso,
Pues sin que lo envilezca, ni lo encumbre,
Le suele dar mas próspero suceso.
Pruebase por razon y por costumbre,
Que, aunque no influye en término tan breve,
Insta con mas vigor la mansedumbre;

Como en ivierno descender la nieve!
Tan sosegada vemos, que al sentido
Parece que ni baxa ni se mueve;
Pero en valles y montes recibido
De la cándida lluvia el humor lento,
Los cubre, y fertiliza sin ruido.
Con la perseverancia de este aliento
Canta Homero las iras juveniles,
Y el orbe escucha atonito ó atento;
Y Maron los afetos pastoriles,
El culto agreste, y el varon Troyano
Que el cielo arrebató al furor de Aquiles.
Éste que llama el vulgo estilo llano
Encubre tantas fuerzas, que quien osa
Tal vez acometerle suda en vano.
Y su facilidad dificultosa
Tambien convida, y desanima luego
En los dos corifeos de la prosa.
Fulmina la retórica del Griego;
Pero desata aquel vigor divino
En la igualdad freqüente con sosiego.
No menos el Demóstenes Latino
Para cuya riqueza usurpa el oro,
Que nació en minas Áticas, Arpino.
Yo ha mucho que lo hurté para el decoro
De algun poema, y hecho el aparato
Me asenté sobre el arca del tesoro.
Porque me profanó el cuidado ingrato
De gran causa civil, á pesar mio,
Y es menester purgarme de su trato.
Que al fin no sufre la altivez de Clío,
Que canto venerable se indigne

Sino en la soledad de su desvío:
Demas de esto, no falta quien me incite
Á que si ornarme de laurel deseo,
Los números latinos exercite;
Porque gusta de ver aquel museo
La ostentacion del dáctilo gallarda
Tropellar la quietud del espondeo.
Y quando aquel prosigue, y éste tarda,
Mas gracia de esta priesa y deste espacio
Que de los pies de nuestro verso aguarda.
Mas yo sé bien el sueño, con que Horacio
Antes el mismo Rómulo me enseña,
Que llevar versos al antiguo Lacio,
Fuera lo mismo que á los bosques leña,
Y trastornar en Betis ó en Ibero
Una vasija de agua muy pequeña.
Nuestra patria no quiere, ni yo quiero
Abortar un poema colecticio
De lenguage y espíritu extrangero:
Pues quando me quisiera dar propicio
Maron para su fábrica centones,
¿Quién sabe qual surgiera el edificio?
Con mármoles de nobles inscripciones,
(Teatro un tiempo y aras) en Sagunto,
Fabrican hoy tabernas y mesones.
Ya me parece pues que al mismo punto,
Que me retiro á vida libre y sola,
Imitaciones y advertencias junto.
Y que mi Musa fiel, como española,
Á venerar nuestras banderas viene,
Donde la religion las enarbola.
Que en los silvosos montes de Pirene,

En ningun tiempo infieles ni profanos;
Las espadas católicas previene:
Para que las reciban de sus manos
Los heroes, que escogió por lidiadores
Contra los esquadrones Africanos:
Quando por dar señal de sus favores
Sobre uno de los árboles, fué vista
Cándida Cruz vibrando resplandores.
Con lo qual dió principio á la conquista
El Rey, en los fervores de la guerra,
Por su velocidad llamado *Arista*;
Porque al ímpetu horrible con que cierra
Como de flor de sacudidas ramas,
Se cubre de arcos púnicos la tierra.
Acero en limpias órdenes de escamas
Tege á nuestros campeones las lobigas,
Que ilustradas del sol arrojan llamas.
Y en ambas huestes fieles y enemigas
Héctores, Turnos, Nisos, Telamones
Exercitan las bélicas fatigas:
Ni con esfuerzo de ínclitos varones
Faltáran otras vírgenes guerreras
Como en Frigios y en Tuscos esquadrones.
Aquí verás Pentésileas fieras,
Camilas fuertes, que dexada el arte
De Aragne, siguen trompas y banderas.
Ni caerá ocioso el arco en esta parte,
De cuyos tiros nacen los deseos
Con que amor solicita el mismo Marte.
Los ramos de los robles pirineos
Desgajará el honor de las hazañas;
Y en tanto que lo viste de trofeos,

Sonará el abolorio en sus montañas
Progenitor de tantos graves nietos,
Que hoy veneramos en las tres Españas.
No guardaré el rigór de los precetos
En muchas partes, sin buscar escusa
Ni perdon por justísimos respetos.
Y si algun Aristarco nos acusa,
Sepa que los precetos no guardados
Cantarán alabanzas á mi Musa:
Que si sube mas que ellos ciertos grados
Por obra de una fuga generosa,
Contentos quedarán y no agraviados.
Así habrás visto alguna Ninfa hermosa
Que desprecia el ornato ó le modera
Quizá con negligencia artificiosa:
Que es mucho de hermosura verdadera,
Á veces consultar con el espejo,
Mas por la adulacion que de él espera,
Que por necesidad de su consejo.

FRAGMENTO DE OTRA EPISTOLA.

Apólogo de los dos ratones.

Quiero oponerme al tráfago injurioso,
Cansador de improvisas turbaciones,
Para que no me asalten el reposo.
Aquello de los dos cautos ratones,
Que en Horacio con gusto habrás leido,
Oye, aunque el repetirlo me perdones.
Rústico vivió el uno, y conocido
Del otro, al qual, si bien fué cortesano

Le convidó en su campo al pobre nido.
Y siendo escaso, ó próvido el villano
Á conservar su provision atento,
Á honor del huesped alargó la mano.
Derramó sus legumbres, bastimento
De que guardaba su despensa llena,
Y los trozos de lardo macilento,
De pasas, de garbanzos, y de avena,
Ufano entresacó lo mas reciente,
Y con los labios lo sirvió en la cena.
Mas hecho el cortesano á diferente
Gusto, de sus manjares fingió agrado
Y probó algunos con soberbio diente.
En paja muelle entonces recostado
(Próspero lecho) el gran raton yacia,
Dueño de aquel vivar afortunado:
Que royendo unos tronchos se abstenia
De lo bueno y repuesto, porque el hijo
Se acreditase con la demasía.
Al qual, riendo, el cortesano dixo:
¿No me dirás, amigo, por qué pasas
La vida en este mísero escondrijo?
¿Antepones las selvas á las casas,
Y al sabor de los mas nobles manjares
Unas legumbres débiles y escasas?
Ruégote que este yermo desampares:
Vente conmigo á mejorar tu suerte,
Donde venzas los últimos pesares.
Que todos somos presa de la muerte,
Y quanto ella mas lazos apercibe,
Con mas cautela el sabio los divierte.
Este pues breve espacio, que se vive,

¿Quién, tan sin arte sirve á su destino,
Que de alimento substancial se prive?
Persuadido con esto el campesino,
Sale tras él por el boscaje escuro,
Y hácia la corte siguen el camino.
Llegados entran por el roto muro,
Y en casa de uno de los mas felices
Magnates se pusieron en seguro:
En cuyos aposentos los tapices
Por la paciencia bélgica tegidos
Mostraban sus figuras de matices.
Sobre los lechos de marfil bruñidos
Los carmesíes adornos de la China,
Á la púrpura tiria preferidos,
Aquí el raton campestre se reclina,
Y sin que el caro amigo se lo evite
La quadra y sus adornos contamina.
Y en los platos, reliquias de un convite,
Que una fiel mesa le ofreció, procura
Que el vientre de su ayuno se desquite.
Muy hallado tras esto la figura
Hace de alegre huesped, discurriendo
Por la pieza con libre travesura.
Pero cesó el placer por el estruendo,
Con que cierran las puertas principales,
Por no esperado entonces, mas horrendo.
Los canes luego (honor de los umbrales)
Como acostumbran con ladridos altos
De su fidelidad dieron señales.
Aquí de tino los ratones faltos,
Huyen hasta subir por las paredes,
Y ambos cayendo, chillan, y dan saltos.

Mas luego el campesino, tú que puedes,
Le dice al cortesano, llevar esto,
Podrá bien ser, que en su vivienda quedes:
Que yo á tentar la fuga estoy dispuesto,
Y con celeridad tan proseguida,
Que á mi quietud me restituya presto:
Donde no hay asechanza que la impida,
Por incapáz del trato, ó por indigno,
Volveré á la escaseza de mi vida.
Todo quanto me ofreces, te resigno:
Con tu abundancia á tu placer te dexo
Por un hoyo sin luz, pero benigno.
Este el suceso fué, y este el consejo,
Que yo venero, con haberlo dado
Un tímido, y silvestre animalejo.

SONETO I.

Ya el oro natural crespes, ó estiendas,
Ó á componerlo con industria aspires:
Lucir sus lazos, ó sus ondas mires,
Quando libre á tus damas lo encomiendas:
Ó ya, por nueva ley de amor, lo prendas
Entre ricos diamantes y zafires,
Ó baxo hermosas plumas lo retires,
Y el trage varonil fingir pretendas:
Buscate Adonis por su Venus antes,
Por su Adonis te tiene ya la Diosa,
Y á entrambos los engañan tus cabellos:
Mas yo en la misma duda milagrosa,
Mientras se hallan en ti los dos amantes,
Muero por ambos, y de zelos de ellos.

SONETO IX.

Dime, Padre comun, pues eres justo,
¿Por qué ha de permitir tu providencia,
Que, arrastrando prisiones la inocencia,
Suba la fraude á tribunal augusto?
¡Quién da fuerzas al brazo, que robusto
Hace á tus leyes firmes resistencia?
¿Y qué el zelo, que mas las reverencia,
Gima á los pies del vencedor injusto?
Vemos, que vibran victoriosas palmas
Manos inicas; la virtud gimiendo
Del triunfo en el injusto regocijo.
Esto decía yo, quando riendo
Celestial Ninfa apareció, y me dixo:
¿Ciego, es la tierra el centro de las almas?

EPIGRAMA I.

Viendose en un fiel cristal
Ya antigua Lice, y que el arte
No hallaba en su rostro parte
Sin estrago natural,
Dixo: hermosura mortal,
Pues que su origen lo fué,
Aunque el mismo amor le dé
Sus flechas para rendir,
Viva obligada á morir,
Pero á envejecer ¿por qué?

EPÍGRAMA CXI.

Quatro dientes te quedaron
(Si bien me acuerdo), mas dos,
Elia, de una tos volaron,
Los otros dos de otra tos.
Seguramente tosen
Puedes ya todos los dias,
Pues no tiene en tus encías
La tercera tos que hacer.

NOTICIAS DE LOS ARGENSOLAS.

Lupercio nació en la ciudad de Barbastro en 1563 estudió Filosofía y Leyes en Huesca, y despues en Zaragoza Historia, Eloqüencia y Lenguas. Vino por los años de 1585 á Madrid de Secretario del Duque de Villahermosa, y al instante se hizo conocer por sus talentos. En Madrid compuso las tres tragedias *Filis, Isabela* y *Alexandra* representadas con sumo aplauso, si creemos á Cervantes. La viuda del Emperador Maximiliano II. le hizo su Secretario, y su hijo el Archiduque Alberto Gentil-hombre de su cámara. Este nuevo empleo le obligó á fixarse en Madrid, quando á poco despues, entrando á reynar Felipe III., se le nombró Cronista del Reyno de Aragon. En cumplimiento de este encargo emprendió escribir los Anales de aquel pais, y aunque llegó á tener bastante adelantado este trabajo, se ignora si le concluyó, y qué paradero tuvo. Entonces vivia en Zaragoza entregado al estudio y á los placeres del campo: mas vuelto á Madrid á tiempo que el Conde de Lemus partia de Virey á Nápoles, se le llevó de Secretario del Virreynato; en cuyo em-

pleo vivió Lupercio hasta el año de 1613, que fué el de su muerte, acaecida en Nápoles, teniendo cincuenta de edad. Su crédito y los aplausos que disfrutó como hombre público, como literato y poeta fueron muy grandes. Se ignora por qué capricho quemó en una ocasion todos sus versos; habiendo quedado solamente los que estaban en poder de sus amigos, impresos despues con las poesías de su hermano.

Bartolomé Leonardo de Argensola un año mas joven que su hermano Lupercio, siguió la carrera eclesiástica, y puede decirse que en todo lo demás fué comun la suerte de los dos. Unos fueron sus estudios: al influxo de su hermano debió ser Rector de Villahermosa y Capellan de la Emperatriz, y seguir á Nápoles al Conde de Lemus. Muerto Lupercio, debió al Pontífice un Canonicato de Zaragoza, y á los Estados de Aragon que le nombrasen Cronista del Reyno. Dedicado al estudio y al retiro vivió en aquella ciudad hasta el año de 1633 en que murió de setenta y quatro de edad. Sus obras son: la *Historia de las Malucas* publicada en 1610, los *Anales de Aragon* impresos en 1630, y las *Rimas* recogidas y publicadas por el hijo de Lupercio juntamente con las de éste en 1634.

POESIAS

DE DON ESTEVAN MANUEL DE VILLEGAS.

IDILIO.

Dafne. Dametas. Poeta.

POETA.

Viniéronse á juntar Dafne y Dametas,
Pastor de cabras uno, otro vaquero,
Mientras las unas pacen inquietas,
Y las otras el sol huyen severo,
Quales por las roturas mas secretas,
Y quales, al soplar cierzo ligero,
Por las amenas sombras distraidas,
Con paz gozadas, con piedad movidas.
Era robusto, sí, Dafne y mancebo,
Al exercicio duro entonces dado:
Dametas mozo, pero no tan nuevo
En el oficio de guardar ganado:
Rigen cayados de taray y acebo,
Y cada qual sombrero coronado
De acebuche y laurel, y al cabo de ellos
Zurrones pardos sobre blancos cuellos.
La floja ociosidad, y el grave estío
De la pesada siesta, entonces grave:
El susurrar de céfiro y el rio,
Fresca la sombra, querellosa el ave:
La vacada extendida, y el cabrío
Aun no cansado de pacer suave,

En Dafne ocasionaron voz dispuesta,
Y en Dametas despues voz y respuesta.

DAFNE.

¿No ves, ó Polifemo, como tira
La blanca Galatea, á tu ganado,
Con muestras de retozo, no de ira,
Manzanas libres desde el mar salado?
Vuelve, gigante, pues, el rostro, y mira
Con quánta desenvoltura, con quánto agrado
Del pecho de cristal perlas derrama,
Y con su boca de coral te llama.

Llámate duro, y amador grosero:
Y tú, cantando al son de tu cicuta,
Mísero no la ves; antes austero
Huyes el cuerpo á la tirada fruta:
Solo tu mastinillo lisongero
La sigue jugueton, que se reputa
Por digno del favor de Galatea;
Y ella se lanza al mar, y él la rastrea.

Pero ya desde allá vuelve lozana,
Como el acanto enmedio del Estío,
Quando las verdes hojas engalana,
Quando al fin de arrebol purpúra el brio:
Ella pues, bien quisiera serte humana,
Sin darte á conocer su desvarío:
Que en las cosas de amor siempre acontece
Que lo que no es hermoso lo parece.

Respetos vence, y honras destituye
Solo por conmover tu pecho duro:
Y si otras veces tus alhagos huye,
Hoy les promete paces de seguro:
Postra pues esta vez, postra y destruye

Las altiveces de su enhiesto muro:
Que amor al que se atreve, da saetas:—
Pero escuchad al bárbaro en Dametas.

DAMETAS.

Vila, no hay duda, vila, cabrerizo,
Sí, por el Pan que rige mi manada,
Desde el instante que en mis cabras hizo
Tiro burlon con fruta coloreada;
Y aunque su desnudez me satisfizo,
No por eso de mí será obligada:
Que la miré, no hay duda, y con deseo;
Sí, por el reluciente con que veo
Sol de mi frente, que será en mis dias
Luz á mis pasos, lumbre á mi camino,
Si ya no son verdad las profecías
Del mísero Telemo el adivino:
Que plegue al cielo que en sus canas frias
Se vengue el ódio del infausto sino,
Y desmintiendo el juicio de Telemo,
Ciegue á sus hijos, dexe á Polifemo.
Soy, si me adviertes, cuerdo enamorado,
Y en extremo sagáz, pues porque sea
De su loca pasion mas estimado,
Desden hago al amor de Galatea:
Zelos la doy, y finjo que el agrado
De Kénife me abrasa y me espolea:
Celebro su hermosura, y ella entonces
Pierde el color, y queda qual los bronces.
Otras veces rabiosa con los zelos
Sale del hondo mar, como la loba
Que vá desalentada á sus hijuelos
En busca del villano que los roba:

Luego mis gatos escudriñan, y vén los
Negros rincones de mi parda alcoba;
Y yo por mas encarecer su yerro,
Hago al descuido que la ladre el perro.

Ella con esto se halla tan rendida
De la tierna pasion que Venus labra,
Que ya esté vergonzosa, ya rendida,
Agora zele, agora se desabra,
Siempre busca mi amor de amor herida,
Como el cabrito el paso de la cabra
Quando en el monte con furor violento
Oye la rama sacudida al viento.

Verás que ya el regalo, ya el mensage
Me envia cuidadosa, á quien yo luego
Cierro las puertas, dándole hospedage,
Si no á su amor, á la aficion que niego:
Otras veces al fin digo á su page,
Que si pretende mejorar su fuego,
Jure de darme por Neptuno y Doris
Fin á mis gustos, gusto á mis amores.

Y que en la siempre verde cabellera
De ésta, que miras, vega caudalosa,
Me mulla lecho conyugal siquiera,
Pues hijo soy de dios, si ella es de diosa.
Con esto parte el nuncio y se aligera;
Y aunque, qual virgen, la halla vergonzosa,
Rayo que Venus despeñó en mi seno,
Bien sé que en ella sembrará veneno.

No soy tan fiero, no soy tan deforme
Como dicen de mí los que me afean;
Antes al buen dictamen soy conforme,
Si las aguas del mar no lisongean:

Donde una siesta, quando mas enorme
El sol las dora, y ellas le platean,
Pude mirarme bien, porque su espejo
Del rostro que me hurtó sacó un reflexo.
  Vime robusto en él, no femenino,
Y aunque robusto, por extremo hermoso,
Erguido como el álamo y el pino,
Y mas que el ciervo corredor brioso:
Pero del suelto que á mis manos vino,
Con que ayer era céfiro gancho,
La de Zeusipo mal casada nuera
Gozó una espalda, y la cabeza entera.
  Vime este sol tambien, que es por Apolo
Igual al que de luz nace en Oriente:
Solo le tengo porque aquel es solo,
Y esto conviene al cielo de mi frente;
No peyno crin, no cejas alcoholo,
Pero de barba y crin hago un torrente
Que desgajado por espalda y pecho,
Con ser inmenso mar, les vengó estrecho.
  El blanco diente que alimenta y cria
El elefante asiático y tardío,
Negro parece mas que noche umbría,
Si llega á compararse con el mio:
Y porque de Kotitaris sabia
Una leccion que tengo, á desvarío
Al mirarme tan plácido y sereno,
Luego tres veces me escupí en el seno.

POETA.

  Esto apenas cantó Dametas, quando
Dafne besó su faz, y este á su beso,
Respondió con abrazos, engendrando

Amor en ellos amoroso exceso:
Y qual su flauta á cítara trocando,
Poco á poco se van del monte espeso,
Con su vacada el uno al fresco rio,
Y el otro á su redil con su cabrío.

ODA I.

En alabanza de Garcilaso.

Si al apacible viento,
Eterno huesped de este prado umbrío,
Regalado instrumento,
Dulce tal vez, y secretario mio,
Hemos cantado á solas
Tu dulces ojos, yo sangrientas golas;
Ea, de aquel famoso,
De aquel ilustre mayoral cantemos,
Que con pie generoso
Pisó del Tajo márgenes y extremos,
Hasta que la Garona
Le vió blandir las armas de Belona.
¡Quán cubierto de acero
El Aquitano conoció sus brios
En el asalto fiero,
Y desatando manantiales rios
De galicanas venas,
Murallas inundó, coloró almenas!
Mas luego que al sosiego,
Del trance duro retiraba el brazo,
Venus le ardia en fuego,
Dócil al yugo, facil al regazo,

Y él cantaba su espuma
Tomando ora la espada, ora la pluma.
Así como solia
Al ampararse de su voz postrera
El cisne que á porfia
Aguas paró del Istro en la ribera,
Que fueron á sus males
Rocas de yelo, ó yelos de cristales.
Bien lo dirá la fuente,
Dígalo amor tambien, que amor lo sabe,
Si quando en su corriente
Cantando á veces tierno, á veces grave,
Maldixo su fatiga,
Y el casto engaño de su dulce amiga.
Mas ¡ ay ! detente un poco,
Detente, lira, pues que aquí Salicio
Desalentado y loco,
Cuerdo en perder entonces el juicio,
Tambien paró su canto,
Colgó su lira, y empezó su llanto.

ODA II.

Al céfiro.

Dulce vecino de la verde selva,
Huesped eterno del Abril florido,
Vital aliento de la madre Venus,
Céfiro blando,
Si de mis ansias el amor supiste,
Tú, que las quexas de mi voz llevaste,
Oye, no temas, y á mi Ninfa dile,
Dile que muero.

Filis un tiempo mi dolor sabía,
Filis un tiempo mi dolor lloraba,
Quísome un tiempo; mas agora temo,
Temo sus iras.
Así los Dioses con amor paterno,
Así los cielos con amor benigno
Nieguen al tiempo que feliz volares,
Nieve á la tierra.
Jamás el peso de la nube parda,
Quando amanece en la elevada cumbre,
Toque tus hombros, ni su mal granizo
Hiera tus alas.

CANTILENAS Y ANACREÓNTICAS.

I.

Como rosa que nace
En el jardin cercado
No sujeta el arado
Ni al ganado que pace,
Cuyo primer aumento
El sol, el agua, el viento
Crece, cria y alhaga,
Con cuya vista paga
Del dueño amado el zelo,
Á quien promete el cielo
De piedad cada dia,
Cristal que la rocía;
Que mientras no es tocada
Crece su lozanía

Y es de todos amada;
Mas si en agena mano
Pierde el lustre lozano,
Y á desdecir comienza
La nativa vergüenza,
Al paso que es amada
Viene á ser desdeñada;
Así la virgen bella
En tanto que es doncella
Es de todos querida,
Con el alma y la vida:
Mas quando se ve falta
De dignidad tan alta,
Si busca quién la quiera,
Es mas aborrecida
Que ponzoñosa fiera.

II.

Amada Filomena,
Que entre aquestos laureles,
Con doliente armonía
Significas la pena,
Que los brazos crueles
Del infame Tereo
Obraron aquel dia:
Pues la terca porfia
Que aviva tu deseo
En cantar mil pesares
Por desiertos lugares,
Al son de la corriente,
Que despeña esta fuente,

En ti qual siempre veo;
Ya con gemido triste
Querellándote al cielo,
Ya con tácito vuelo
Recelando la injuria,
Que por tus ojos viste;
Deten, deten la furia
En derramar querellas,
Y á las altas estrellas,
Que se nos muestran pias,
Dexa las tuyas bellas,
Canta las tristes mias.

III.

Yo vi sobre un tomillo
Quexarse un paxarillo,
Viendo su nido amado,
De quien era caudillo,
De un labrador robado:
Vile tan congojado,
Por tal atrevimiento,
Dar mil quexas al viento,
Para que al cielo santo,
Lleve su tierno llanto,
Lleve su triste acento.
Ya con triste armonía
Esforzando el intento,
Mil quexas repetia,
Ya cansado callaba,
Y al nuevo sentimiento
Ya sonoro volvia:

Ya circular volaba,
Ya rastrero corria,
Ya pues de rama en rama
Al rústico seguia,
Y saltando en la grama,
Parece que decia:
Dame, rústico fiero,
Mi dulce compañía:
Y que le respondia
El rústico: no quiero.

LV.

Lleguen esos rubies
Con que graciosa ries,
Bella Lidia, á mi boca,
Pues amor los provoca,
Y espárzanse sus mieles
Como esparcirlas sueles.
Lleguen: que amor lo quiere;
Amor que sana y hiere;
Amor, hijo de Marte,
Que reyna en toda parte;
Amor que si atosiga,
Luego cura y mitiga;
Amor niño y gracioso,
Que con fuego amoroso
Nos hizo en todo iguales.
Lleguen pues tus corales,
Lidia, ¿quién te acobarda?
¿No ves que si se tarda
Un punto, un solo instante

Tu regalado beso,
Perderás un amante,
Y yo perderé el seso?

V.

En tanto que el cabello
Resplandeciente y bello
Luce en tu altiva frente
De cristal trasparente,
Y en tu blanca mexilla
La púrpura que brilla;
La púrpura que al labio,
No quiso hacerle agravio;
Goza tu abril, Drusila,
En esta edad tranquila.
Coge, coge tu rosa,
Muchacha desdeñosa,
Antes que menos viva,
Vejez te lo prohiba.
Porqué si te rodea
Y en ti su horror emplea,
Quizá lo hará de suerte,
Que llegues á no verte,
Por no verte tan fea.

VI.

Lidia, Amor y yo estando,
¡O dulce y claro dia!
Cogiendo tiernas flores,
La beldad contemplando,

De aquella que allí via;
En sus varios colores,
Sentí nuevos olores,
Derramarse en mi alma;
Sentí dichosa calma
Esparcirse en mis venas;
Y libre de las penas,
Que hasta allí amor tirano
En sujecion eterna,
Obró con llama interna
Y con ingrata mano.
Lidia amorosa y tierna
Embebecida estaba:
Amor que la miraba
Con señas que me hacia,
Mis ánimos movia,
Y al hecho me llamaba.
Yo de amor incitado,
Por fin de mis congoxas,
En sus mexillas roxas
Libre mi boca añado:
Mas ella que usurpado
Su nectar vió sabroso,
Y en el trance forzoso,
Su clavel en mi labio,
Por vengar tal agravio
De amor la flecha toma,
Con que las almas doma,
Y así vengar intenta
Esta süave afrenta:
Pero amor que la mira,
Piadoso á mis querellas,

Hirió sus carnes bellas
Con la indomable vira.
Lidia bañada en ira,
Viendo rotos los bronces
Que imaginó inmortales,
Y con la esfera iguales,
Dixo: pierda la vida
Quien vive inadvertida,
Niño, de tu centella.
Quedando desde entonces
Ella de amor herida,
Y yo de amores della.

VII.

Miraba Lidia atenta
Las flores que le ofrece
Su jardin heredado,
Cuyos pies humedece
El cristal desatado,
De una fuente sedienta:
Amor, que solo intenta
Darle algunos pesares,
En unos colmenares,
Principios deste daño,
Con ligeros talares
Á robar fué sus mieles:
Las abejas crueles,
Movidas del engaño
Á gozar la venganza,
Sin ninguna tardanza
Con puntas de diamantes

Se aprestan susurrantes:
Mas viéndose burladas,
Unas se vuelven luego
Á sus dulces moradas,
Otras con vago juego
Á gustar los licores
De las nativas flores,
Se esparcen revolando.
De aqueste iniquo vando,
Una, la mas traviesa,
Se llega á Lidia hermosa,
Y pensando que es rosa
La boca le atraviesa.

VIII.

Sobre el margen de un rio,
De árboles tanto umbrío,
Quanto de linfas claro,
Donde se halla reparo
Contra el can del estío,
Dormido yace el ciego
Cuyo blando sosiego
En éxtasis tenia;
Todo quanto solia
Arder en vivo fuego.
Tambien yace su aljaba,
Que no ya le colgaba,
Del hombro reluciente;
Ni del brazo pendiente
El arco le agravaba.
Él yace al fin dormido,

Y Lidia que le vido
Despierta, y levantada,
Qual tigre estimulada
Al cazador rendido,
  Á la aljaba arremete,
Y al vendado acomete,
Que ya entonces decia,
Viéndola que tenia
La ocasion del copete;
  Lidia, mal te aprovechas
Si con armas bien hechas
Quieres vengar enojos;
Donde tienes tus ojos
No has menester mis flechas.

IX.

Al son de las castañas,
Que saltan en el fuego
Echa vino, muchacho,
Beba Lesbia, y juguemos
Siquiera el Capricornio
Tire lanzas del yelo,
Mal agüero á casados,
Buen auspicio á solteros,
Enemigo de Baco,
Quando estaba en el suelo,
Destrozándole vides,
Rumiándole sarmientos,
Y agora no tan docil,
Que no procure vernos,
Aguados con mil aguas,

Y helados con mil hielos.
Yo apostaré, mi Lesbia,
Que si le diese el cielo
Poder en causa propia,
Que nos hiciese yermos.
¡Ó, cómo el insolente
Diera fin al viñedo,
Y juntamente en Darro
Con todos los sedientos!
Porque daños mayores
Se le siguen al cuerpo
Beber tus aguas, Tajo,
Que echarse en las del Ebro.
Pero ya que los astros
Mejor que esto lo hicieron;
Echa vino, muchacho,
Beba Lesbia, y juguemos.

X.

Aquellos dos verdugos
De las flores y pechos,
El amor y la abeja
Á un rosal concurrieron.
Lleva armado el muchacho
De saetas el cuello,
Y la bestia su pico
De aguijones de hierro.
Ella va susurrando,
Caracoles haciendo,
Y él criando mil risas,
Y cantando mil versos.

Pero dieron venganza
Luego á flores, y á pechos,
Ella muerta quedando,
Y él herido volviendo.

XI.

Ya de los altos montes
Las encumbradas nieves,
A valles hondos baxan
Desesperadamente.
Ya llegan á ser rios
Las que antes eran fuentes,
Corridas de ver mares
Los arroyuelos breves.
Ya las campañas secas
Empiezan á ser verdes,
Y porque no beodas,
Aguadas enloquecen.
Ya del Licéo monte
Se escuchan los rabeles
Al paso de las cabras,
Que Títiro defiende.
Pues ea, compañeros,
Vivamos dulcemente,
Que todas son señales,
De que el verano viene.
La cantimplora salga;
La cítara se temple,
Y beba el que bayláre,
Y bayle el que bebiere.

XII. *

Quiero cantar de Cadmo,
Quiero cantar de Atridas,
¡Mas ay! que de amor solo
Solo canta mi lira.
Renuevo el instrumento,
Las cuerdas mudo apriesa,
Pero si yo de Alcides,
Ella de amor suspira.
Pues, heroes valientes,
Quedaos desde este dia;
Porque ya de amor solo,
Solo canta mi lira.

XIII.

En medio del silencio,
Quando la Ursa corre
Veloz hácia la mano
De la estrella Boótes;
Quando el piadoso sueño
Esparce sus licores,
Suspendiendo el trabajo
De los cansados hombres;
Amor á mis umbrales,
Llegó acaso una noche,
Y llamando á las puertas,

* Esta y todas las siguientes son traducciones ó imitaciones de Anacreonte.

Del sueño despertóme;
¿Quién es el atrevido,
Ayrado dixe entonces,
Que á tales horas llama,
Y al que duerme interrompe?
Abre, piadoso huesped,
Las puertas, me responde,
Y dexa el miedo, amigo,
Que mi llamar te pone.
Porque soy un muchacho
Que ando toda la noche
Perdido por ser ciego,
Y helado por ser pobre.
Yo movido á sus ruegos,
Y amigable á sus voces,
Las puertas abrí luego,
Porque entre el que las rompe.
Quando ví un niño ciego
Al modo de los Dioses,
Con alas en sus hombros
Y en su carcax arpones.
Subíle á mi aposento,
Encendí mis carbones,
Enjugué sus cabellos,
Y apagué sus temblores.
Sus manos con las mias
Le apreté, y él entonces,
Viéndose redimido
Del hielo y sus rigores;
Probemos, dice, el arco,
Por si el nervio se encoge,
Y estirando la cuerda

El pecho atravesóme.
Luego con mil risadas
De mi casa salióse,
Diciendo al despedirse;
Huesped, queda á los dioses:
Pero primero advierte,
Que tras hacer tal golpe,
Mis arcos quedan sanos,
Y tú con mil dolores.

XIV.

La rosa de Cupido
Juntemos á Lieo,
Y della laureados,
Bebamos y juguemos.
La rosa que á las flores
Es süave ornamento,
Y del verano alegre
El cuidado primero;
La rosa que á los dioses
Es deleyte, y por esto,
De rosas coronado
Danzas sigue el de Venus.
Haz pues, ó padre Baco,
Que de rosas compuesto,
Y de lira adornado,
Me reciba tu templo.
Süaves daré olores,
Süaves diré versos,
Y juntos yo y mi dama
Süaves baylaremos.

XV.

Amada palomilla,
¿De dónde, dí, ó á donde
Vienes con tanta priesa,
Vas con tantos olores? —
¿Pues á ti, qué te importa?
Sabrás que Anacreonte
Me envia á su Batilo,
Señor de todo el orbe:
Que como por un himno
Me emancipó Dione,
Nombróme por su page,
Y él por tal recibióme.
Suyas son estas cartas,
Suyos estos renglones,
Por lo qual me promete
Libertad quando torne.
Pero yo no la quiero,
Ni quiero que me ahorre;
¿Porque de qué me sirve
Andar cruzando montes,
Comer podridas vacas,
Ni pararme en los robles?
Á mí pues me permite
El mismo Anacreonte,
Comer de sus viandas,
Beber de sus licores:
Y quando bien brindada
Doy saltos voladores,
Le cubro con mis alas,

Y él dulce las recoge.
Su cítara es mi cama,
Sus cuerdas mis colchones,
En quien suavemente
Duermo toda la noche.
Mi historia es ésta, amigo;
Pero queda á los Dioses,
Que me has hecho parlera,
Mas que graja del monte.

XVI.

Una taza me forja
De plata; pero en ella,
Vulcano, no me pintes
Armadas ni peleas.
¿Porque yo qué con Marte?
Solo harás que ella sea,
Ya que no la mas ancha,
La mas honda que puedas.
Ni tampoco me esculpas
Las lucientes estrellas,
Ni el carro de las Osas,
Ni el Orïon que hiela.
¿Qué á mí las Pleïadas
Ó el Boótes me prestan?
Pero grábame vides
Con racimos que pendan,
Y á Baco juntamente
Que los esprima en ella,
Con Amor y Batilo
Mas bello que las bellas.

XVII.

Si alargarse pudiera
Nuestra vida con oro,
Sin duda le buscára
Por un mundo ó por otros;
Y así luego á la muerte
En el dia forzoso,
Le diera una gran suma,
Porque volviera el hombro.
Pero ya que es vedado
Hacer del hado lógros;
¿De qué sirve el gemido?
¿De qué sirve el sollozo?
Tambien si inescusable,
Es la via del Orco,
¿Para qué las riquezas?
¿Para qué los tesoros?
Pues ea, venga el vino
Que me salte á los ojos,
Que entre mis cämaradas
Quiero hacerme beodo.
Y tambien la muchacha,
Con risadas y gozos,
Y deme mil abrazôs,
Que yo le daré otros.

XVIII.

Al Amor descuidado
Cogieron las Pimpleas,
Y con grillos de flores
Al Decoro le entregan.

Luego para el rescate,
La misma Citerea
Previene muchos dones,
Y da grandes riquezas.
Pero quando lo libre,
Tenga por cosa cierta,
Que amor tarde se arranca
Si á ser esclavo empieza.

XIX.

Si eres hombre que vales,
Quantas la selva verde
Contiene breves hojas
Á contar doctamente;
Ó quantas, sin errarte,
Arenas el mar tiene,
Á tí solo encomiendo,
Que mis amores cuentes.
Y quanto á lo primero,
De Atenas cuenta veinte,
A quien añade quince,
Por número siguiente.
Luego los de Corinto,
Caterva nada esteril,
Que es Corinto en Acaya
De asaz bellas mugeres.
Los de Lesbos tras estos
Con los Jonios refiere,
Y los de Caria y Rodas,
Que son mas de cien veintes.
Pues dí ¿tanto has amado?
¡O! si advertirme quieres,

Aun no cuento los Siros,
Ni los de Egipto alegres;
Ni menos los de Candia,
Cuya viciosa gente
Está debaxo el yugo
Del amor que enloquece.
¿Pero qué? no es posible
Sin cansarte, que acierte
A nombrar los de Cádiz,
Que yace en el poniente,
Ó los de Bactria y India
Tierra en aromas fertil;
Todos, todos calores,
Que mis pechos encienden.

XX.

Agora que süave
Nace la primavera
¿No ves como las Gracias
De rosas mil se llenan?
¿No ves como las ondas,
Del ancho mar quïetas,
Aflojan los furores,
Y amigas se serenan?
¿No ves como ya nada
El ánade, y empieza
La grulla á visitarnos,
Y el sol á barrer nieblas?
Los trabajos del hombre
Ya lucen y ya medran,
La vega pare gramas;

La oliva flores echa,
Las cepas se coronan
De pámpanos que engendran,
Y de bullentes hojas
Los campos y alamedas.

XXI.

Amor entre las rosas,
No rezelando el pico,
De una que allí volaba
Abeja, salió herido;
Y luego dando al viento,
Mil dolorosos gritos,
En busca de su madre
Se fué qual torbellino.
Hallóla, y en su gremio
Arrojado esto dixo:
Madre, yo vengo muerto,
Sin duda, madre, espiro,
Que de una sierpecilla
Con alas vengo herido,
A quien todos abeja
Llaman, y es basilisco.
Pero Venus entonces
Le respondió á su niño:
Si un animal tan corto
Da dolor tan prolixo,
Los que tú cada dia
Penetras con tus tiros,
¿Quánto mas dolorosos
Que tú estarán, Cupido?

ROMANCE.

Á mejorar la vendimia
Salieron Filis la bella,
Y Amor y Baco, deïdades
Uno en ubas, y otro en flechas.
Las Gracias tres desceñidas
Van con las Ninfas compuestas,
Y entre las aras del gusto
La lascivia y la belleza.
¡Ay Dios, quán dulce camina
Entre la pompa soberbia
La tigre! ¡Mal haya, Celio,
Quien mas paráre en la aldea!
Toma el sombrero de rua,
Dame la parda montera,
Que amor, con ser cortesano,
Ya canta toscas endechas.
Ay, si me permite el cielo,
Llegar adonde me veas,
Con quanto gusto al trabajo
Daré, muchacha, mis fuerzas!
Por tres labradores diestros,
El alma se fia en ellas,
Trabajaré sin cansarme,
Como yo presente os tenga.
¡Ó quántas cepas vïudas,
Serán por mis manos hechas,
Quando caygan sus racimos
Desde el cuchillo á la cesta!
Usar acciones villanas,

No lo tendré por afrenta,
Que el sol las usó en Afriso;
Entre las vacas y ovejas.
¡Qué poco le aprovecharon
Sus astutas diligencias,
Ni el dulce son de su lira,
Ni el oro de sus madejas!
Contra la pasion del alma
Nada valieron sus yerbas,
Que al arte de medicina
Venció de amor la saeta.
Del gran mayoral Admeto
Trató las anchas dehesas,
Llevando el zurron al lado
Con la lira y la merienda.
Texiendo mimbres estaba
Mientras las vacas le dexan,
Y de la leche esprimida
Natas cuaja, y queso encella.
¡Ó quántas veces la hermana
Le vió bañada en vergüenza,
Con el becerro en los brazos
Subir las ásperas cuestas!
¡Y quántas veces los toros,
Quando él cantaba en las peñas,
Interrumpieron sus voces
Con bramidos de fiereza!
Y ni por eso olvidaba
La dulce imagen de aquella
Que por ser laurel sin alma,
Le dió la suya á sus huellas.
Desmayado en su memoria,

O pensativo en su idea,
Tal vez pagaron las vacas
Su descuido y negligencia.
Animo pues al trabajo,
Saca el ganado á la vega,
Llévale al agua en paciendo,
Y al redil quando anochezca.
Y sepa el amor en ambos,
Yo en mi viña, y tú en tu selva,
Que un labrador y un vaquero
Sirven mas, quando mas penan.

NOTICIAS DE DON ESTEVAN MANUEL DE VILLEGAS.

Natural de Náxera, en la Rioja, nació en 1595, y pasó los primeros años de su vida en Madrid, de donde á los catorce fué á estudiar Leyes á la Universidad de Salamanca. Entonces fué quando escribió sus Cantilenas, á que dió el nombre de *Delicias*, limadas, segun él mismo dice, á los veinte años, y que acompañadas de sus traducciones y demas poesías publicó en 1618 con el título de *Eróticas*. Pero puede decirse que sus estudios poeticos acabaron al mismo tiempo que acabó su juventud. Los cuidados domésticos le ocuparon en adelante, y la escasez de su hacienda le obligó á pretender largo tiempo algun empleo con que suplirla. Todos sus deseos en esta parte se malograron. El resto de su vida le pasó en su patria, dedicado á tareas de erudicion que tampoco le consiguieron uti-

lidad ninguna. En su vejez traduxo la obra de *Consolatione* de Severino Boecio, reimpresa con las Eróticas en nuestros dias, y murió en Náxera en 3 de Setiembre de 1669, á los 74 años de su edad.

APÉNDICE. *

DE LUPERCIO DE ARGENSOLA

SATIRA

Contra la Marquesilla.

Muy bien se muestra, Flora, que no tienes
Desta mi condicion noticia cierta,
Pues piensas enmendalla con desdenes.
  Tú pensarás que guardaré tu puerta
Desde que se recogen las gallinas,
Hasta que el ronco gallo las despierta:
  Y que quando á las horas matutinas
Se levantan los Frayles, y durmiendo
Tus émulos estan y tus vecinas,
  Me estaré yo en la calle consumiendo,
Y por el agujero de la llave
Lo que en tu casa tienes inquiriendo.
  Y que te sufriré despues muy grave
Pidiéndote perdon, porque me seas
Afable como sueles, y suave.
  Pues porque sí lo crees, no lo creas,
Y sepas que no ignoro con quien trato,
Es bien que mis odiosos versos leas.
  Aquí verás un natural retrato
De nuestras diferentes condiciones,

* Por un descuido, que no pudo remediarse á tiempo, se traspapelaron estas tres composiciones, y ha sido preciso colocarlas en este lugar.

Por mas que tú lo encubras con recato.
  Agora me parece que te pones
Mucho mas colorada que tu saya,
Y me das un millon de maldiciones.
  Diciendo que primero que me vaya,
Quedarás satisfecha de la injuria,
Aunque dificultades cien mil haya.
  Y yo por todo el oro, que Liguria
A España con usuras arrebata,
No quiero hacerme digno de tu furia:
  Ni quiero dar mi vida tan barata,
Ni ver del Africano la frontera,
Cosa que por tu causa alguno trata.
  Escríbate pues sátiras quien quiera,
Que yo alabanzas solas quiero darte,
Hasta que tú te canses, ó yo muera.
  Ya, ya me tienes, Flora, de tu parte,
Que, como tus costumbres amo tanto,
Mudable soy tambien por imitarte.
  Quiero dexar la pluma, que me espanto
De ver ese furor tras ordinario,
Y dar de contricion señal con llanto.
  Pero tengo conmigo un tu contrario,
Que tiene prometido defenderme
Contra el poder de Xerxes y de Dario:
  Y no me da lugar de recogerme,
Antes con amenazas me provoca:
Dios sabe si ofenderte es ofenderme.
  Pero no puedo mas, mi fuerza es poca;
Tú no me defendieras del que digo
Siquiera con el ayre de la boca.
  Y pues he de cobrar un enemigo,

Escojamos, de dos, el menor daño:
Demas, que la razon, y verdad sigo.
  En el mas fértil mes de todo el año,
O Flora, yo te ví, que no debiera,
Aunque no ha resultado dello engaño.
  Y luego, como frágil y ligera,
Antes de conocerme, ni yo hablarte,
Me descubriste ser tu pecho cera.
  Mas, como sé de Ovidio mal el arte,
No procuré poner en Troya el fuego,
Aunque te ví contenta descuidarte.
  Hubo manjares, y tras ellos juego;
Y como ví colgar allí la yedra,
El vino reputé por malo luego.
  A todo estuve qual si fuera piedra,
Tan fuera de pensar en tus amores,
Como Hipólito estuvo en los de Fedra.
  Mil veces repetiste mis loores,
Que en ti los engendró mi negra fama,
(Díceslo así, y es bien que así lo dores:)
  Y para declararme que eres dama
Tan grave, que la corte señorea,
O por mejor decir, quema tu llama;
  Como quien confesar algo desea,
Y lo quiere decir por negativa,
Para que lo contrario se le crea;
  Así me declaraste, quan esquiva
Con grandes cortesanos habias sido,
A quien de libertad tu valor priva.
  Tras esto me juraste haber venido
Al lugar donde estabas, por hablarme,
Y la visita falsa haber fingido.

Pensaste, no lo dudo, colocarme
Encima de los cuernos de la luna,
(Y aun por ventura dellos adornarme.)
Jamas infante tierno de la cuna
Oyó tan dulces nombres repetidos
De su madre con besos importuna,
Como yo los oí, pero fingidos,
Solo para cubrir las cautas redes,
Con que á tantos enredas los sentidos.
Sin preceder servicio hacer mercedes
Dará que sospechar, á quien no sea
De los con quien hacer tu labor puedes.
Créame quien lo oyere, ó no me crea,
Digo, que sospeché, sospeché, digo,
Viéndote tan afable, sin ser fea.
Mas soy de ingratitud tan enemigo,
Que, por corresponder al beneficio,
Agradecido me mostré contigo.
Hubo tambien en ello su artificio;
Porque sé que resbala fácilmente
En tales ocasiones el jüicio.
Y tú te imaginabas suficiente
A poderme llevar, como de rienda,
A todos tus antojos obediente.
Así lo creo yo, porque mi hacienda
Es ménos que el tesoro veneciano,
Y otro tanto ha de dar quien te pretenda.
Al fin, como si fuera yo aldeano,
Que se admira de ver con perlas y oro
La gorra del soberbio cortesano,
Así me descubriste tu tesoro,
(Esto disimulando, como acaso,

Y sin perder allí de tu decoro).
¿Hubo baxilla por ventura, ó vaso,
Que delante de mí no te sirviese,
Buscando tú ocasion á cada paso?
Y porque tus esclavas todas viese,
Y que son siervas libres, ó prestadas,
Como soy malicioso, no creyese;
Todas delante mí fueron llamadas,
Y por cierto descuido no muy grande
Con ásperas palabras afrentadas.
No hay mayordomo necio, que así mande
En casa de un Señor á los sirvientes,
Y en guerra con aquellos y estos ande;
Como tú con tus siervas diligentes,
Solo para mostrar tu preeminencia,
Haciendo ostentacion con los presentes.
Mandábaste traer en mi presencia
(Sin haber menesterlas) tus arquillas
De menos oro llenas, que apariencia.
Estaba la esclavilla de rodillas,
En tu imaginacion, de mí notada
Por una de las siete maravillas.
¡O Flora, como estabas engañada!
Que entónces el Eunuco revolvia,
(Comedia de Terencio celebrada);
El qual en sus exemplos me decia,
Que desean las damas de tu trato
Las Esclavas tener, que Tays tenia:
Y que soleis comprarlas muy barato;
Que un ignorante Fedria las presenta
En competencia de un Trason bravato.
¡Mira quán al reves salió tu cuenta!

Que lo que tú por honra descubrias,
En mí se convirtió para tu afrenta.
Y quando mas compuesta te ponias,
Como quien va mirándose la sombra,
Conmigo de tu crédito perdias.
No pienses, si lo piensas, que me asombra
Un lecho de damásco granadino,
Y á un lado y á otro la morisca alfombra:
Que soy, si no lo sabes, adivino,
Y no tienes un clavo, ni una evilla,
Que no sepa de donde, y cómo vino.
Veote santiguar con maravilla
De esto que voy diciendo; pues no dudes,
Que fábula serás en esta villa.
Sabrá, quien no las sabe, tus virtudes,
Las quales te sustentan todo el año,
Aunque ya vendrá tiempo en que las sudes.
Quiero vender al mundo desengaño,
Que, aunque es poca la gente, que lo entienda,
Sé que te puedo hacer no poco daño:
Y que si, por tu mal, abro mi tienda,
La tuya quedará tan abatida,
Que un ochavo en un año no se venda.
Mas tengo condicion tan comedida,
Que no quiero quitarte la ganancia,
Contando los enredos de tu vida.
En ti tienda sus redes la ignorancia,
Para los que pidieren á sus padres
De su porcion debida la sustancia.
A estos muerdas, y á los otros ladres:
Y por ver á sus hijos lastimados,
Te den su maldicion doscientas madres.

Tengas mil hombres viejos engañados,
En sus canudas barbas te regales,
Haciendo rica presa en sus ducados:
Y á otros, que se precian de leales,
Con vanos favorcillos entretengas,
Y pesques mas de espacio sus reales.
Con los que veas ardientes, te detengas,
Y con los que veas tibios, te apresures,
Y á todos en comun enredo tengas.
Delante de tu madre te mesures,
Fingiendo que la temes, y que ignora
Los favores que das, y así lo jures.
Y si te vieres sola, bella Flora,
Y el necio sin pagarte se desmanda,
Di luego, ¡ay Dios, que sale mi señora!
Y quando veas al triste que se ablanda,
Lleguen el Portugués con el Joyero,
Este con oro, el otro con holanda.
Dirás, como los Médicos, no quiero,
Alargando la mano á la presea,
Con que te esté rogando el majadero.
Y dirás, como sueles, si desea
Ser tu favorecido, que dé muestra,
En donde su aficion mejor se vea.
Ayúdete tu madre ó tu maestra,
Dándote mil recaudos al oido,
(Leccion de todo punto propia vuestra).
Estése el otro necio sin sentido,
Mientras hablais vosotras, muy compuesto,
Ó, como acá decimos, muy corrido:
Que no me quiero yo poner en esto,
Ni descubrir tus faltas en la calle,

Pues se descubrirán por sí tan presto.
  Pero no será bien que sufra y calle
Cierto tributo, censo, ó alcabala,
Pues tú no te avergüenzas de cobralle.
  Quando sale quien digo de la sala,
Le vuelves á llamar con gran caricia,
O sales tú con él hasta la escala:
  Y allí disimulando tu codicia,
Le pides un catálogo de cosas,
Como si las debiera por justicia.
  El, ambas las mexillas hechas rosas,
Arrepentido ya de verse en ello,
Y de emprender empresas tan costosas,
  No sabe qué decir, que tiene el cuello
Ceñido con tus brazos, y los ojos
Clavados, por su mal, en tu cabello.
  Quiere satisfacer á tus antojos;
Y quisiera tambien á menos costa
Comprar, pues que se venden, los despojos:
  Imagínasle tú la bolsa angosta,
O por ser muy avaro, ó por ser pobre,
Personas de quien huyes por la posta:
  Y para hacer sudar por fuerza al robre,
O como buen artífice en la piedra
Tocando, conocer si es oro, ó cobre,
  Enmarañaste dél qual verde yedra,
(No te comparo mal, pues que se dice,
Que nunca el árbol que la tiene medra),
  Diciendo, buena prueba, Señor, hice
De vuestra fe, si no fingida, tibia,
Con que, para mi mal, me satisfice.
  Si yo os mandara humedecer la Libia,

Si oponer vuestros hombros á la carga,
Que en los de Atlante nunca el tiempo alivia;
Si peregrinacion pidiera larga,
Donde estuviera en duda el volver vivo,
O cierta en el progreso vida amarga;
¿Pudierades estar mas pensativo?
¿Pudierades dudar de tal manera,
Y mostraros conmigo mas esquivo?
Pues yo sé bien alguno, que quisiera,
Y como que quisiera, que pagára,
Porque lo que á vos pido, le pidiera:
Que ni tan pobre soy, ni tan avara,
Que por necesidad, ó por codicia
En cosa tan pequeña reparára.
Mal de mi condicion teneis noticia:
Que, aunque no lo truxérades tan presto,
No os sacára yo prendas por justicia.
Pero no reparemos mas en esto:
Solo vivid seguro de que os amo,
Y que no me sereis jamas molesto.
El triste ya qual pece asido al hamo,
Ó como ciego páxaro, que viene
Llamado con el son de su reclamo,
Ni en dudas, ni en peligros se detiene;
Quiere tomar prestado, ó con usura,
Sin ver si de pagarlo modo tiene.
Promete allí sin tasa, ni cordura,
Y niega, que jamas dudase en algo,
Y aun, para ganar crédito, lo jura.
Así lo creo yo de un noble hidalgo,
Respondes tú, soltando la cadena,
Que quisiera yo mas la de mi galgo.

Atraviésase luego Magdalena,
Pide para chapines, ó una toca,
Y tu page de lanza pide estrena.
A aquella tú le dices, calla loca,
Y á este otro, tú, rapaz, tambien te atreves:
Y por detras les señas con la boca.
Ni á la carne se da tal priesa el jueves,
Como le dais vosotras entre dientes,
Diciendo, pagarás lo que no debes:
Ó tú, que con pagarlo no lo sientes,
Y cansarás, pidiéndoles prestado,
Despues á tus amigos y parientes:
Si alguna vez, ó vezes has pasado
De Aragon á Castilla, y en los puertos
Del uno, y otro Reyno registrado:
Adonde los derechos hacen tuertos,
Y con decreto, y órden de justicia
Roban en los poblados y desiertos:
Adonde puede tanto la codicia,
Que no son tan mudables Venecianos,
Quando á alguno prometen su amicicia:
Como aquellos ladrones, y villanos
En olvidar al Rey, si el caminante
Les pone de sus armas en las manos:
Conocerás agora, ó adelante,
Que es mayor el trabajo, que se pasa
Con Flora, de quien andas ciego amante.
Y tú, Flora, tambien modera, y tasa
Los derechos tiránicos, que llevas
De entradas y salidas de tu casa;
Pues solamente deben ropas nuevas
Al entrar por los puertos el derecho,

Y no será razon que á mas te atrevas.
  No quieras descubrir tu avaro pecho,
Ni como mercader tener oreja
Abierta solamente á tu provecho.
  Y no digo con esto, que eres vieja;
Mas téngote por ropa tan traida,
Que descubres la hilaza por la ceja.
  Pues quien te ve fingir la recogida,
Ha de soltar á su pesar la risa,
Si sabe, como yo, tu buena vida.
  Verte salir con tu Señora á Misa,
Como Frayle novicio, que no mira
Acá, ni allá mas suelo del que pisa.
  ¿Á quién tu gravedad allí no admira?
¿Quién no dirá, que puedes llevar palma,
Y que á las once mil tu intento aspira?
  Quien sepa como yo, que en esa calma
Suceden por momentos torvellinos,
Que anegan las agenas, y tu alma.
  Ni lo dirán tampoco tus vecinos,
Que ven salir, y entrar en tu posada
Los recien emplumados palominos.
  Ni lo dirá tu hermana, que se enfada
De estar labrando soliman, y mudas,
Ella desnuda, y tú muy enjoyada.
  Ni el que suele soltarme cien mil dudas,
(Si se lo preguntase), cuyo nombre
Es del que sucedió en lugar de Judas.
  Ni lo dirá, bien sabes, aquel hombre,
Que en darte, y abstenerse tal anduvo,
Que le doy Alexandro por renombre.
  Ni lo dirá tampoco quien estuvo

De Mantua, por tu causa, foragido,
Y el perdon por dineros despues hubo.
Ni menos lo dirá quien ha leido
Lo que con apariencia va cubierto,
Si con la vista pasa del vestido.
Yo digo de vosotras (y es lo cierto),
Que sois de las fantasmas y visiones,
Que vido San Antonio en el desierto.
Debaxo de esas ropas y jubones
Imagino serpientes enroscadas,
Uñas de grifos, garras de leones.
Si sois fuera de casa convidadas.
Desechais mil viandas, que son buenas,
Solo para fingiros delicadas.
Tomaislas con dos dedos, y aun apénas,
Ni dellas exîvis mas que á un doliente
Le dan nuestros modernos Avicenas.
Fingis os muy honestas juntamente,
Y á la palabra equívoca no clara
Le dais luego el sentido maldiciente;
Y puestas ambas manos en la cara
Llamais al que la dixo torpe y necio,
Quizá porque mejor no se declara.
Y con desden, y grande menosprecio
Burlais de algun galan, que por ventura
Os tuvo en su poder á poco precio.
Pues quien del mal de amor sanar procura,
En vuestras casas, si pudiere, os vea
Sin tanta gravedad y compostura:
Y verá convertir la que desea
En un fiero demonio, poco digo,
Si cosa se pudiese hallar mas fea.

Y mas si no teneis allí testigo,
Y salis de la cama descompuestas,
Mostrando dé los pies hasta . . . . . .
¡Qué fieras pareceis! ¡qué deshonestas!
Con los ojos hinchados, y sobre ellos
Dos negras, y tendidas nubes puestas;
Revueltos en bedijas los cabellos,
Como los de las furias infernales,
Ó largos, como colas por los cuellos.
Torciendo cuerpo, y brazos dais señales,
Mezclados con bostezos, del deseo,
Que mueve vuestros ánimos bestiales.
Pues para transformar el rostro feo,
No vais á fuente clara, ó rio santo,
Adonde fué Naaman por Eliseo.
Tampoco lo mudais con mago canto,
Ni buscando las yerbas fabulosas,
Quando la noche tiende el negro manto:
Antes lo transformais con otras cosas,
Poniendo las cabezas en arquillas,
Yo no digo que bien, pero olorosas.
¿Quién podrá numerar las garrafillas
Dedicadas al sucio ministerio,
Ungüentos, botecillos, y pastillas?
Aquí para enrubiar el sahumerio
De aqueste mismo aceyte, que blanquea
Los huesos de la boca, ó cimenterio.
Allí la miel mezclada, que se emplea
Con mostaza y almendras en ser muda,
Para mudar color á la que es fea.
En otra parte ya la vereis ruda,
En otra ya en aceyte convertida,

Que dicen que al cabello el color muda.
  La leche con xabon vereis cocida,
Y de varios aceytes composturas,
Que no sabré nombrarlos en mi vida.
  Aceyte de lagartos, y rasuras,
De ajonjoli, jazmin y adormideras,
De almendras, nata y huevos, mil mixturas.
  Aguas de mil colores y maneras,
De rábanos y azucar, de simiente
De melon, calabazas y de peras.
  El aceyte de enebro propiamente
Para curar el mal á las ovejas,
Aquí sirve de oficio diferente.
  Agua de alumbre, buena para viejas,
Que quita las arrugas, que los años
Les cargan, como fuelles, en las cejas:
  Y ellas (¡ó ceguedad!) con darse baños,
Qual parche de atambor tiran el cuero,
Como si no venciese el tiempo á engaños.
  Pero debiera yo nombrar primero
Al magno soliman tan vuestro amigo,
Como lo fué de Francia el otro fiero;
  El qual os da justísimo castigo,
Pues solo por salir con vuestro intento,
Os valeis del veneno, y enemigo:
  Y mudándole nombres ciento á ciento,
Quereis arrebozallo, como usura,
Con nombre de mohatra, ó quitamiento.
  Agora lo vendeis por agua pura,
En pasas con azucar, piedra luego,
Mudándole de especies y figura.
  Y que pondreis las manos en un fuego,

Decis, si no os lavais con agua sola,
Pudiendo lo contrario ver un ciego.
Quan mal se cubre el gato con la cola,
Quan mal se cubre el fuego sin dar humo,
Asi la que se afeyta y arrebola.
Otros afeytes hay, que no los sumo:
Porque en imaginallos tanto hieden,
Que de congoja y rabia me consumo.
Ni ser nombrados todos aquí pueden,
Porque como se inventan cada dia,
En infinito número proceden.
Y porque me parece, que seria
Afrenta, de sus nombres acordarme,
Y que á los que me hablasen oleria:
Así he determinado preparame,
Y por haber tratado de estas cosas,
En una fuente líquida purgarme.
Ni son en sus manjares mas curiosas,
Puesto que allá en lo público pregonan,
Que sin ellos se pasan como diosas.
Encima de los platos se amontonan,
Y hoy comen lo que ayer quedó fiambre,
Que ni por ser helado lo perdonan.
Direis, que son las hijas de la hambre,
O quales avestruces suficientes
Á digerir el hierro, y el arambre.
Aquí no se comprehenden las prudentes,
Que siguen las virtudes; que las tales
No llevan composturas aparentes.
No son todas las leyes generales:
Que muchas excepciones hay en ellas;
Ni las cosas del mundo son iguales.

En las tinieblas lucen las estrellas,
Á vueltas de los cardos nacen flores,
Y entre agudas espinas rosas bellas.
Destas despues yo cantaré loores:
Que no se han de mezclar con las profanas
Las cosas excelentes, y mayores.
Tú, Flora, y otras damas cortesanas
Sois estas enemigas, de quien trato,
Perdidas por comer, y andar galanas.
Con esto le doy fin á tu retrato,
Y parécete tanto, que me afrento
De haberlo concertado tan barato.
Pero tengo por premio tu contento,
Del qual, por ser yo causa, participo,
Y el nombre de mis obras acreciento.
Así creció de Apeles y Lisipo
La fama, solos ellos retratando
Al hijo venturoso de Filipo.
Agora con razon estoy dudando,
Pues he de retratarme, dónde, y cómo
Me puedo yo estar viendo, é imitando.
La mano mas pesada, que de plomo,
Inobediente al arte desatina,
Si el cansado pincel en ella tomo.
Parece (y es posible) que adivina,
Que (como siempre el conocerse ha sido
Cosa dificultosa y peregrina),
Yo de mi propio gusto persuadido,
Como pienso que soy, querré pintarme,
Por falta de no haberme conocido.
Yo mismo no sabré vituperarme,
Y, aunque verdad dixese, menos puedo

(Si ya no es defendiéndome) alabarme:
Si como quando vine de Toledo
Me supiese pintar, en testimonio
De tocar las verdades con el dedo:
O como me pintaba Don Antonio,
(Puesto que es al reves), yo juraria,
Que te espantases menos de un demonio.
Alguno con razon me culparia,
Si me pintase mal; y tu figura
Por obra de otra mano juzgaría:
Y quien tener buen crédito procura,
(Segun dice Caton) jamas lo cobra,
Si le pierde una vez por desventura.
Á mí no me hace falta, ni me sobra:
Quiero, pues, conservarle como cuerdo,
Alzando, como dicen, mano de obra.
Ya fué un pintor (del nombre no me acuerdo,
Y de que no me acuerde no te espantes,
Que ya de la memoria mucho pierdo):
Ni sé bien si fué Zeusis, ó Timantes,
(Yo me fatigo poco de estas cosas,
Por ser disputas propias de Pedantes):
Este pintor pintando las tres diosas,
Delante del pastor Troyano puestas,
Desnudas, y del oro codiciosas,
(Que suelen muchas veces las honestas
Al rústico por él así mostrarse,
Y á los que no lo tienen muy compuestas):
En Juno y en Minerva señalarse
Tan de veras mostró, que no podia
Para pintar á Venus mejorarse:
Y viendo que pintarla convenia,

Para no ser culpado, mas hermosa,
Lo qual, aunque quisiese, no sabía:
Al arte socorrió con ingeniosa
Astucia, sus defectos encubriendo,
Y pintando de espaldas á la Diosa.
Yo, pues, la misma falta conociendo,
De poder retratarme desconfio,
Si al discreto pintor no voy siguiendo.
Y pues has de llevar retrato mio,
Verás por las espaldas mi retrato;
Que con volverlas, Flora, me desvio
De tu conversacion, favor y trato.

CANCION DEL MISMO.

Alivia sus fatigas
El labrador cansado,
Quando su yerta barba escarcha cubre,
Pensando en las espigas
Del Agosto abrasado,
Y en los lagares ricos del Octubre:
La hoz se le descubre
Quando el arado apaña,
Y con dulces memorias le acompaña.
Carga de hierro duro
Sus miembros, y se obliga
El joven al trabajo de la guerra:
Huye el ocio seguro;
Trueca por la enemiga
Su dulce, natural y amiga tierra;
Mas quando se destierra,
O al asalto acomete,

Mil triunfos y mil glorias se promete.
  La vida al mar confia,
Y á dos tablas delgadas
El otro, que del oro está sediento;
Escóndesele el dia,
Y las olas hinchadas
Suben á combatir el firmamento:
El quita el pensamiento
De la muerte vecina,
Y en el oro le pone y en la mina.
  Dexa el lecho caliente
Con la esposa dormida.
El cazador solícito y robusto:
Sufre el cierzo inclemente,
La nieve endurecida,
Y tiene de su afan por premio justo
Interrumpir el gusto,
Y la paz de las fieras
En vano cautas, fuertes y ligeras.
  Premio, y cierto fin tiene
Qualquier trabajo humano,
Y el uno llama al otro sin mudanza:
El invierno entretiene
La opinion del verano,
Y un tiempo sirve al otro de templanza.
El bien de la esperanza
Solo quedó en el suelo,
Quando todos huyeron para el cielo.
  Si la esperanza quitas,
¿Qué le dexas al mundo?
Su máquina disuelves y destruyes:
Todo lo precipitas

En olvido profundo,
Y del fin natural, Flérida, huyes:
Si la cerviz rehuyes
De los brazos amados,
¿Qué premio piensas dar á los cuidados?

DE BARTOLOME DE ARGENSOLA

SÁTIRA.

Contra los vicios de la corte.

Dicesme, Nuño, que en la corte quieres
Introducir tus hijos, persuadido
A que así te lo manda el ser quien eres.
Que ya la obligacion, con que han nacido,
Concede á su primera edad licencia,
Para que intenten á volar del nido.
Que en los umbrales de la adolescencia,
Poniendo acibar junto de la leche,
O el pedagogo evitas, ó su ciencia;
No porque como inutil se deseche,
Sino porque les des la que él no alcanza,
Que al trato humano mas les aproveche.
Supuesto, dices, que han de hacer mudanza,
¿A dónde ocurrirán como á la corte
Unica perfeccion de su crianza?
Si estás resuelto de seguir su norte,
Precediendo consulta, no me atrevo
Á estorbarlo, por mucho que te importe.
Mas si en virtud de otro consejo nuevo

Quisieres ver que el tuyo es peligroso,
Mira quan sin efugios te lo pruebo.
  Bien que si huyendo el paternal reposo
Al espanto te expones, ó á la ira
Por algun caso, ó grave, ó afrentoso;
  Si tus amadas prendas (á quien mira
Como á su luz tu patria) ver deseas
Despojos de la pública mentira;
  Y si cebarse en las mohatras feas
(Habiendo el patrimonio trastornado)
Te persuade alguno que los veas;
  Si ciegos al honor, y del cuidado
Del gobierno político incapaces,
Y de las calidades de su estado;
  Si viciosos, al fin, y contumaces,
En luxuria, y en gula; vengan presto,
Traelos á la corte, muy bien haces.
  Mirando estoy, que te santiguas desto,
Y que enojado quedas, ó risueño,
Llamándome filósofo molesto:
  Pues enfrena la risa, ó templa el ceño,
Y en mi defensa escúchame entretanto,
Que estas proposiciones desempeño.
  Si está en verdad, que no nos mueve tanto
Docta declamacion, Griega ó Latina,
Como el exemplo vivo, ó torpe, ó santo;
  Del padre, que á sus hijos disciplina
Con mal exemplo, ¿quién dirá que es prueba
De la águila, que al sol los exâmina?
  ¿Pues dar rienda á la edad ferviente y nueva,
No es culpa de indiscreto amor paterno,
Que á manifiesta perdicion la lleva?

El diestro agricultor al arbol tierno
De recientes raices no lo expone
Luego á las inclemencias del ibierno;
Que hasta qué su virtud se perfeccione,
De hojosas ramas entretexe setos,
Cuya defensa en torno le corone.
Así con Preceptores, y precetos
Lucirán esos niños, pues los crias
Para que excedan á los mas perfetos.
Y ordénales que busquen muchos dias
La mas util verdad en las Historias,
Y aprendan de las dos filosofias,
Con qué medio se alcanzan las vitorias,
Y se guarda la paz; y al fin que apliquen
El pensamiento á verdaderas glorias.
Para esto harás que siempre comuniquen
Con tales hombres, que seguramente
A imitar sus costumbres se dediquen.
Y porque hay enemigos en Oriente,
Y en Africa los hay, y el siglo nuestro
Acá produce ocasionada gente;
Tomen espadas negras, y algun diestro
Á enseñarles con modo á herir comience,
(Solo en aquella facultad maestro.)
Mas al trabajo (el qual si abunda, vence,)
Suceda el ócio; pero no tan largo,
Que contra la virtud se desvergüence.
Y así en el ayo, que los tiene á cargo,
Cubra mas que las canas el bonete,
Sepa ser dulce, y si conviene, amargo.
Goce los mismos gajes, que él decrete:
Que, en bien de tus caballos si pagaste

Precio tan excesivo por Amete;
No has de juzgar que el ordinario baste,
Para el que de tus hijos trayga cuenta,
Á quien como á segundo padre honraste.
Haz que en sus aposentos no consienta
Un page disoluto; ni allí suene
Cancion de las que el vulgo vil freqüenta:
Cancion, que de Indias con el oro viene
Como él á afeminarnos, y perdernos,
Y con lasciva cláusula entretiene.
Al curioso inventor de usos modernos,
Copete, y goma, que lo carguen de heno,
Como al buey coceador sobre los cuernos.
El quadro, que no fuere casto y bueno,
En ningun caso por sus puertas entre,
Porque parece almivar, y es veneno.
Y haz que tanto concierto se guarde entre
Sus pages, que un descuido, un desaliño
En bufete, ó en silla no se encuentre.
Gran reverencia se le debe á un niño:
En los principios su salud consiste;
Por esto á su observancia le constriño.
Porque en su edad con tanta fuerza embiste
Las sencillas potencias el objeto,
Que ninguna un momento le resiste:
Antes agarran del primer conceto,
Y andan como los ojos de la sierva
Atendiendo á sus manos con respeto.
El vaso nuevo así el olor conserva,
Que la primera vez le cupo en suerte,
Ya ministrando á Baco, ya á Minerva.
Pues si en lo que le aplican se convierte

Un niño, ¿puede hacerle mayor tiro
Quien de sanos principios le divierte?
Mi opinion es al fin (porque no aspiro
Á caminar por senda tan andada,
Formando con preceptos otro Ciro)
Que quando les conozcas arraygada
Con la eleccion, que al ciego error condena,
La fuerza á proseguir determinada;
Que entonces vengan muy en hora buena,
Para que con su exemplo nos refrenen
De lo que aquí nos turba, y desordena.
Pero si agora en este tiempo vienen,
¿Qué piensas que hallarán, sino ocasiones
Adonde pierdan el candor, que tienen?
¡Qué Fabios toparán, ó qué Cipiones!
¿Á qué Lacedemonia los envias
Rígida formadora de varones?
Nuño, si á los leones los confias,
La inocencia una vez sola en su lago
Fué recibida con entrañas pias.
Y así el punto, en que lleguen, por aciago
Con carbon nota; como quien confiesa,
Que juzga por certísimo su estrago.
Tienen aquí jurisdiccion expresa
Todos los vicios, y con mero imperio
De animos juveniles hacen presa:
Juego, mentira, gula, y adulterio,
Fieros hijos del ócio, y aun peores
Que los vió Roma en tiempo de Tiberio,
Y los de sus horribles sucesores:
Las noches de Calígula, y de Neró
Son á nuestros portentos inferiores.

De Sibaris el trato hallo severo,
Su juventud viciosa penitente,
Si con la desta corte la confiero.
Aquí es tenido en poco quien no miente,
Quien paga, quien no debe, quien no adula,
Y quien vive á las leyes obediente:
Y admitido al honor, quien disimula
En pacífica piel hambre de fiera,
Que con modesto nombre la intitula.
Pasea el que en su patria no pudiera
Fiarse á su muger, y por insultos
Quebró los grillos, y la carcel fiera:
Religiosos apóstatas ocultos
En mentiroso trage de seglares,
Sediciosos, y autores de tumultos.
De semejantes monstruos, que á millares
Nuestro teatro universal admite,
De Príncipes amigos familiares,
Los nocturnos solaces del convite
En indecentes casas celebrado
¿Hay aquí autoridad que los evite?
¿Pues mira tú si un joven, freqüentado
De los tales, podrá salir modesto,
Aunque de tres aceros venga armado?
Ninguno fué torpísimo de presto:
Que el agua poco á poco le combate,
Mas quando acuerda, se halla descompuesto.
Andad acá, señor, que es disparate
Estar leyendo, dice un Ganimedes
Destos, que andan perdidos á remate.
Si habeis venido á estar entre paredes,
Y á no ser visto, claven esa puerta,

Y pongan campanilla, torno, y redes.
Como si no viniese en él cubierta
La mas perjudicial, que le embaraza
La vida, y la salud le desconcierta.
Salen juntos al Prado, que es la plaza
De armas, donde la gran Reyna de Gnido
La gente alista, y sus facciones traza.
Queda el bisoño ya persuadido
A freqüentar los árboles, saeta,
De que (sin que lo sienta) quedó herido.
Los Narcisos lo admiten á la Seta,
Que mas por randas, y almidon suspira,
Que por la perdicion de la Goleta.
Luego que el bozo á dar bigote aspira,
No diré yo si lo arma, ó si lo aflige
Con pegajoso baño de alquitira;
Ríndese á un fiel Acates, que lo rige,
A cuya risa, y voz, que desentona,
Cosa, que hubiera de imitar, corrige.
Este á sus meretrices le aficiona,
Y en el error del laberinto ciego
Sin prevencion le empeña, y le aprisiona.
Otro en cuevas sacrílegas de juego,
Donde suenan blasfemias exquisitas
Dignas de celestial vengador fuego.
Parecen mesas bárbaras de Scitas,
Y su estruendo el del címbalo, ó tinaja,
Donde habitaba el Tarentino Architas.
Cállase aquí quien forma la ventaja,
La industria del artífice, que juega,
O la suerte, que yace en la baraja.
Al fin qualquier novel, que se le allega,

O le reduce la virtud á menos,
O alguna grave enfermedad le apega.
Convídale otro á visitar los senos
Desta gran poblacion, de seda y oro,
Y de pinturas admirables llenos,
Que á ley de ingenio valen un tesoro;
En la de Dios, él sabe lo que cuesta
Leda en el cisne, Europa sobre el toro,
Venus pródigamente deshonesta,
Sátiros torpes, ninfas fugitivas,
Y entre las suyas Cintia descompuesta.
Que las tendria por figuras vivas,
Quien juzgarlo á sus ojos permitiese,
Tanto como las juzga por lascivas.
¡Mas qué ni un cortés pámpano creciese
El favor del pincel, ni otro piadoso
Velo, que á nuestra vista se opusiese!
En esta sala el Genovés vicioso
Bañado en ambar las usuras vierte,
O en juego, ó en convite delicioso.
Tiene nuestra Española con tan fuerte
Mágica preso al Ligurino bravo,
Que en la lluvia de Dánae lo convierte.
Conservas, que navegan desde el cabo
De Zeylan, toman puerto en su posada,
Sin que Neptuno quiera ser su esclavo.
Y allí en brocado envuelta la casada
Por ignoto portillo introducida,
Del yugo maridal se desenfada.
Su esposo es noble, y ella bien nacida;
¿Pero aquella paréntesis qué importa
En un discurso largo entremetida?

Demas que otra madama, y no de corta
Fortuna, no desdeña el hurto mismo,
Y un grave exemplo, si no manda, exhorta.
Deste y otros secretos es abismo
El confidente amor de una vecina,
Que nunca ha cometido solecismo.
Esposa fué de un César Mesalina,
Y lámparas de bálsamo dexaba,
Techos de oro en la cumbre Palatina:
Y al candil, que en su casa un Lenon daba,
Augusta meretriz . . . .
. . . . . . por vil precio acariciaba.
Pensó, que hurtando el nombre, y el postigo,
Que abre y cierra á sus cómplices Licisca,
Evitára la infamia, y el castigo.
Harto mas cauta á su interés se arrisca
Nuestra Godeña, si al galan secreto
Los cambios por injustos le confisca.
No admiten la moneda del decreto
Su coche, sus tapices y sus galas,
Que presuponen paga con efeto.
No todas estas fáciles zagalas
Lleva tras sí la liviandad del sexo,
Que de otras causas cobran fuerza y alas.
Pues quizá es omision, si no es consejo,
De benignos maridos, y de tias
De sagaz y compuesto sobrecejo.
Reciben al principio unas buxias;
Mas luego anhelan al metal mas grato,
Y en figura de ninfas son Harpias.
El Mayorazgo es corto, el aparato
Abundante de joyas y de telas,

Para servir al Idolo de ornato.
¿Quién nos dirá (dexadas sus cautelas
Mayores) lo que cuestan sus encaxes,
Sus cadenetas, randas y arandelas?
¿Quién las ciegas mudanzas de los trages?
Que yo por no decirlas, ó por solo
No verlas, habitára entre salvages,
Adonde miran por Zenith el Polo,
O en la Barbaria, que hacen no habitable
Onzas y Tigres, ó el fervor de Apolo.
El ornato á su antojo es variable,
El culto, que les bruñe, y hace tersas
Las mexillas, ni limpio, ni mudable.
Ya en los tocados no andan muy diversas
De las bárbaras mitras, que traian
Sobre el cabello las mugeres persas.
En cultivarse unánimes porfian:
El ornato sin causa, y así á bulto,
Hasta las mas honestas lo varian.
Gran diferencia va de ornato á culto,
Este lascivia, aquel soberbia arguye,
De una sola atencion distinto insulto.
La humilde sumision del ornato huye,
Como la castidad deste segundo,
Que del ánimo es cierto que la excluye.
Y si aquel pide perlas á otro mundo,
¿Este para sus baños y sus mudas
Anda menos curioso y vagabundo?
O tú, qualquier que seas, la que sudas,
Arando surcos en los materiales,
Que en la tez natural del rostro engrudas;
Si destilas con esto los metales,

Que taladran las sienes, ¿qué deleyte,
O qué esplendor te infunden baños tales?
¿Goma tenaz, y avenenado aceyte
Podránte preservar de las arrugas,
Que anticipa el abuso del afeyte?
¿Qué tan mohina contra Dios madrugas
A enmendarle su hechura, y del espejo
Al arbitrio aqui mojas, y allí enjugas?
Y el dedo (ya pincel) corre el pellejo,
Donde extiende con líquidos barnices
Las manchas, ó las nubes de un bosquejo.
Risa á la vista, hedor á las narices,
Mentira aborrecible á todo el cielo,
Y á los que dél cayeron infelices.
¿Piensas que añaden gracias al cerbelo
Esas piedras, y perlas que le aplicas?
¡O siglo atroz, de abominable zelo!
¡Qué monstruos de otros monstruos multiplicas!
¿Qué dixera el severo Tertuliano
A vista de costumbres tan inicas?
¿Quánta se engendra en el distrito humano
Hermosura odorífera, ó luciente,
Das al antojo de un adorno vano?
La piedra, que el Dragon cria en su frente,
Pones, Lize, en la tuya: ¡ó quántas veces
Le das sucio lugar no diferente!
¿Mas las que en los celebros de los peces
Nacieron, no podrán quejarse, viendo
A quan mas leve casco las ofreces?
Pero al lugar donde salí, volviendo,
Porque de divertido no me acuses
(Bien que no sin gran causa) ya me enmiendo:

Y digo, caro Nuño, que reuses
Tu gusto, y á tus tiernas palomillas
El vuelo peligroso les escuses:
Que andan muchos Azores por las sillas,
De cuyas uñas penden los despojos
De otras aves incautas y sencillas.
¿Quién en la corte volverá los ojos
Sin topar un objeto, que los venza,
Que abone, y acaricie sus antojos?
Es un mañoso engaño, que comienza
Con título de honesto regocijo,
Y entre manos se os vuelve desvergüenza.
El proverbio vulgar, corte, ó cortijo,
En mi opinion fué loco, ó fué blasfemo,
Digno de una mordaza quien lo dixo.
El sábio en medio de uno y otro extremo
Desengañado, estableció vivienda,
Y es todo lo demas vivirla al remo.
Que en Madrid ni hay paciencia ni hay hacienda,
Para vivir al uso; y menos malo,
Si aquí esperar pudieramos la enmienda:
Pero entre los peligros que señalo,
No hay quien sin vicios ande, ó sin la fuerza,
Que los produce todos, del regalo.
Este es voraz, que en recordando almuerza,
Y dexa seno para tres comidas,
Aunque por donde entró salga la verza.
El otro entre comadres conocidas,
Que saben mil secretos, reprehende
Entre sus almohadillas nuestras vidas:
Y como ocioso de sus lábios pende,

Al blando taburete se acomoda,
Y á los chismes inútiles desciende:
  Otro, gastada ya su hacienda toda
Con Lesbia, hace el postrero desconcierto,
Y la conduce en clandestina boda.
  Al panal de sus labios inexperto
Corrió, para lograr la miel primera,
Con risa del que sabe lo mas cierto.
  Y el padre, como Cremes por la nuera,
Que tañe y canta, contra el hijo brama,
Aunque al fin se conforma y se modera.
  Hay quien modernas invenciones ama,
Peynado siempre, y limpio como armiño,
Que su hacienda, y su crédito derrama;
  Y en perdiendo el dinero, hace desinio
Sobre el de los amigos no advertidos,
En quien por esto tiene predominio.
  ¿Qué diré del que suelta los sentidos
Solo al olor de la primera rosa,
Y acomoda familias y maridos?
  Es gran tesoro aquí una hija hermosa,
Aunque ande con su madre tan asida,
Que sin su voluntad no intente cosa.
  ¿Y habrá en los que profesan esta vida
Alguno, que se precie de amor puro,
Que eleve el alma al dulce objeto unida?
  ¿Que salga en los alientos del seguro
Pecho, que con fineza heroyca ahuyenta
La inclinacion del apetito escuro?
  Todo es torpeza, imperfeccion y afrenta,
Que estraga la salud, y en tiempo breve

La vida, que en sus gustos apacienta.
Otro verás, que á acrecentar se atreve
Cercado de valientes y crueles,
El numero famoso de los nueve.
Al sol nos muestra horrendos sus lebreles,
Bien que á la luna él sabe si acometen
La lidia tan ligeros, como fieles.
Y para que estos mismos le respeten,
Finge la voz, ó bárbara, ó robusta,
Porque á inhumanidad se lo interpreten.
No de caballos generosos gusta,
Para correr los montes y los valles
Del Belgio helado, y de la Libia adusta.
Pero alaba sus brios, y sus talles,
Para sacar centellas de guijarros,
Quando nos desempiedran nuestras calles.
Y no se correrán de andar bizarros
Con rostros opilados y sutiles,
Y quizá de comer cascos de barros.
¿No fuera gran vergüenza ver, que Aquiles,
Y el gran Hector trataran con ahinco
En estas travesuras femeniles?
En comprar dixes, en feriar un brinco
Traen cinco sentidos ocupados,
(Si no carecen del comun los cinco);
Y aunque el uso los tenga disculpados,
Pero saben tan poco de otras cosas,
Que es risa (antes dolor) ver sus cuidados.
Sus motes, sus empresas amorosas
(Honor de sus adargas en las fiestas)
Te lo dirán, si exâminarlas osas:

O en la ocasion urgente sus respuestas
Envueltas en sofistica doctrina,
Aun á los nuevos lógicos molestas.
Discrecion, que afectada determina
La voz antes pacífica en su quicio,
Primero aguardaré una culebrina.
¡O quántos hallarás, que (á su juicio)
No influyen otras partes esenciales
En la nobleza, que ignorancia y vicio!
¿No ves llorar las artes liberales,
(Que este nombre les dieron, porque en ellas
Se exercitaban hombres principales)
De que hagan sacrilegio el recogellas,
Ni en un zaguan? Y así como en estraña
Region vierten en vano sus querellas.
El gran Cipion solia en la campaña
Peleando, oponerse al sol, y al hielo,
Como lo saben Africa y España:
Y se preciaba de saber del cielo
Causas, y efectos, y la agreste ciencia,
Que fructífero vuelve el rudo suelo.
Los triunfos que adquirió en su adolescencia
Vió Roma; y en el cómico Proscenio,
Por él edificado, su eloqüencia:
Con quien sus convidados Lelio y Enio,
Al tiempo que en la olla hervian las coles,
Conferian en pláticas de ingenio.
Y entre nuestros preciados Españoles,
No robustos, ni dados al trabajo,
Ni curtidos por hielos, ni por soles;
El que con traza escribe, es hombre baxo,

Y estiman por ilustre al que figura
Por letras unos pies de escarabajo,
Que el diablo (á quien semeja su escritura)
No las descifrará; si en quince dias
Con diabólica industria lo procura:
Sus caractéres son, pero vacias
Señales; y así no las interpretes,
Como ellas lo merecen, por impías.
Mas piensa la frialdad, que en sus villetes
Desta letra verá Madamisela,
Qué vocablos trocados, qué juguetes!
Anda el confiadillo en centinela
Por lograr un conceto, ó dicho bueno;
Y alábolo, si en esto se desvela:
Pero vino á acostarse el vientre lleno
De pabo, y el celebro se le abrasa
Del gran licor, que se avivó al sereno.
Porque hizo media noche en cierta casa:
Hubo mimos, bayló la Histrionisa,
(Turba, que en fiesta las tiniebla pasa).
Duerme, y antes que pida la camisa,
Ya son las doce; y pasará buen rato,
Y perdone el precepto de la Misa.
¡Pues quán digno es de ver el aparato,
La priesa y ceremonia, que anda entre ellos,
Quando se está vistiendo el mentecato!
Un ministro le crespa los cabellos,
Mientras que el otro allá formas inventa
(Mas que las del panal) de abrir los cuellos.
¿Di, el brasero, y los hierros, que calienta,
No le condenarán por Cirujano?

Que apercibe cauterios, legra y tienta?
Todos andan vistiendo á Don Fulano,
Porque él de floxo y lánguido no puede
A tales usos alargar la mano:
O piensa que es grandeza, y finge adrede
No saberse vestir; porque el aseo
Solamente á los siervos se concede.
Pone el rostro á lo Turco ó Nabateo,
Mostachos y aladares se perfila,
(Que es belleza tener algo de feo).
Luego su Consejero, ó su Sibila,
¡Qué calumnias, qué pláticas secreto
En sus orejas fáciles destila!
Háblale, ó con denuedo, ó sin respeto,
(Dominio viene á ser, mas que privanza,
Que tiene mas de un Príncipe sujeto),
Y como executor de su esperanza,
(Odio comun de los demas criados)
A todos sus antojos se abalanza.
Pero su industria es tal, que los pescados,
Como á su Antonio los sirvió Cleopatra,
Del agua se los da en la red guisados.
Traza el empeño á cambio, la mohatra
En el ayre acomoda, y siempre flecha
Al que en las mismas aras idolatra.
Y aunque á su dueño el corazon le estrecha
Por una parte la molesta usura,
Por otra á nuevas fraudes se pertrecha.
Al son de los doblones asegura
Con las fuerzas que pide al que los presta,
Y se dexa enlazar de la escritura:

Que la tardanza sola es la molesta,
Y asi con sus privados clandestinos,
A vista de la cédula hace fiesta.
Como de algun electo los sobrinos,
Que arribando las bulas, que tardaban,
Besan aquellos sacros pergaminos.
Pues ver quando los plazos se le acaban,
Con qué cauto desvio arma la treta,
A los que ántes, sin ley, lo desarmaban:
Que si engañado el acreedor le aprieta,
Por mas que le persige diligente,
Le entretiene, le burla, y le sujeta;
De suerte, que agraviado y obediente
Le da otros plazos, y contemporiza,
Aunque conoce que otra vez le miente:
Y quando á judicial rigor le atiza,
Le ruega, y turba, y del concierto escrito,
Proteo en formas mil se le desliza.
En efecto en la ley de su apetito
No hay palabra, no hay fé, no hay gentileza,
Antes cobrando fuerzas del delito,
No atiende mas á fueros de nobleza,
Que un Juez pesquisidor, que acelerado
Se opone á Dios, y á la Naturaleza.
Destos niños Madrid vive logrado,
Y de viejos tan frágiles como ellos,
Porque en la misma escuela se han criado.
Que quando el tiempo, al fin, para vendellos,
Con no previsto ibierno se incorpora,
Sus barbas plateando y sus cabellos;
Este les pone luto, aquel los dora.

Con fuego, baño, y peyne fementido,
Resistiendo á la fuerza vencedora,
  Como si fuera injuria haber vivido,
O al sol pudiesen detener las riendas,
O infundir en sus ánimos olvido.
  Ni á vosotras, ó tocas reverendas,
Autoridad y norte de la casa,
Ha de negar mi musa sus ofrendas.
  Por vuestras manos su comercio pasa,
Los lechos conyugales, y aun las cunas
Mancilla vuestra industria, ó las abrasa.
  El agraz virginal de las alumnas
En las prensas arroja aun no maduro,
Sin aguardar tardanzas importunas.
  Descoyunta el candado, humilla el muro,
En la familia toda infunde sueño,
Introduce al adúltero seguro.
  Ni un fiel latrido, ni un rumor pequeño
A su eficaz supersticion se opone,
De las potencias absoluto dueño.
  Pero no he de negar, que aunque aficione
La inclinacion al gusto, hay otra rueda
Superior, que esta máquina compone.
  La grave autoridad de la moneda,
Del áspero desden nunca ofendida,
Porque jamas oyó respuesta aceda.
  Arbitro de la muerte y de la vida,
Que niega del valor, y del derecho,
Porque del trato humano se despida.
  Y así todo es venal; no hay sano pecho:
Cada qual Epicuro, ó Aristipo,

Su deleyte pretende, ó su provecho.
 Si tú pudieses ver, como el Menipo
De Luciano, en los ayres sostenido,
Quando hierbe esta corte de Filipo;
 De su desórden, tráfago y ruido,
Sin otros argumentos importantes,
Quedarias asaz persüadido.
 Como aquí de Provincias tan distantes
Concurren, ó por gracia, ó por justicia,
Diversas lenguas, trages y semblantes;
 Necesidad, favor, zelo, codicia
Forman tumulto, confusion, y priesa.
Tal, que dirás, que el orbe se desquicia.
 Tropel de litigantes atraviesa,
Con varias quejas, varios ademanes,
Sus causas publicando en voz expresa.
 Entre mil estropeados Capitanes,
Que ruegan y amenazan todo junto,
Quando nos encarecen sus afanes;
 Los vivanderos gritan, y en un punto
Cruzan entre los coches los entierros,
Sin que á dolor ni horror mueva el difunto.
 Las voces, los ladridos de los perros,
Quando acosan la fiera, aqui resuenan,
Y aquí forjan los Cíclopes sus hierros.
 Todos esperan, y discordes penan,
Segun la disonancia de los fines,
Y prosiguen lo mismo que condenan.
 Mas dirás, que no todos son rüines,
Que entre los vicios las virtudes nacen,
Como entre yedras, rosas y jazmines.

¿Pues eso no está claro? Que aunque yacen
Sordas, tal vez avivan las acciones,
Y á su nobleza misma satisfacen.
Mas bástame mostrar las ocasiones,
Y peligros, que vencen las mas veces,
Y el grande riesgo á que tus hijos pones.
Y digo al fin, que si los aborreces,
Y no admitiendo el parecer segundo,
Constante en el primero permaneces;
Que si en tu casa hay pozo bien profundo,
O alta ventana, allá los precipita:
Que en los castigos no desplace al mundo
Quien por clemencia el mas horrendo evita.

INDICE.

ERRATAS.

PAG.	LIN.	DICE.	ERASE.
19.	17.	con su dueño	*como sueña*
64.	8.	ensalzada	*ensalza*
72.	18.	humillese	*humillase*
75.	23.	nueve	*nieve*
81.	6.	consintiera	*consistiera*
120.	23.	portensa	*portentosa*
179.	25.	lenguas	*luengas*
183.	20.	des	*de*
200.	4.	escuchara.	*escuchára,*
205.	22.	exido	*exidos*
229.	8.	sola	*solo*
231.	8.	abràsa	*abràsa,*
237.	27.	habitáran	*habitarán*
id.	28.	tomára	*tomará*
247.	13.	otro	*oro*
250.	25.	perezca	*parezca*
251.	15.	hermosos	*hermosos:*
254.	2.	reros	*velos*
276.	11.	la	*le*
id.	31.	deplacer	*desplacer*
277.	21.	bastára	*bastará*
278.	25.	primavera,	*primavera.*
279.	7.	tristeza,	*tristeza.*
id.	17.	lido	*ledo*
283.	25.	deseo	*deseo,*
291.	32.	el	*al*
295.	27.	buma	*bruma*
309.	23.	lo	*le*
313.	21.	de	*del*
319.	11.	tus	*de tus*
334.	1.	lenguage fia,	*lenguage, fia*
id.	9.	humano,	*humano?*
id.	15.	importancia.	*importancia;*
id.	30.	siempres	*siempre*
352.	20.	vengó	*vengo*
362.	22.	tenia;	*tenia*
363.	21.	del	*de*
366.	7.	apriesa	*aprisa*

